

LAS VELADAS DE MÉDAN

Por

Émile Zola, Guy de Maupassant, J. Karl Huysmans,
Henri Céard, Léon Hennique, Paul Alexis



J.-K. Huysmans



Henri Céard



Guy de Maupassant



Paul Alexis



Léon Hennique



Emile Zola

Las narraciones que siguen han sido publicadas, unas en Francia, otras en el extranjero. Nos ha parecido que proceden de una misma idea, que tienen una misma filosofía; por eso las reunimos.

Esperamos todos los ataques, la mala fe y la ignorancia de que tantas pruebas nos ha dado la crítica al uso. Sólo nos importa afirmar únicamente lo verdadero de nuestras amistades, y, a la vez, nuestras tendencias literarias.

Émile Zola

ÍNDICE

Presentación por <i>Guy de Maupassant</i>	7
El ataque del molino por <i>Émile Zola</i>	11
Bola de sebo por <i>Guy de Maupassant</i>	39
Mochila al hombro por <i>J.K. Huysmans</i>	75
La sangría por <i>Henri Céard</i>	99
El ataque del siete por <i>Léon Hennique</i>	141
Después de la batalla por <i>Paul Alexis</i>	159

PRESENTACIÓN

Como fue hecho este libro

Al Sr. Director del Gaulois.

Su periódico fue el primero en anunciar Las Veladas de Médan, y usted me pregunta hoy algunos detalles particulares sobre los orígenes de este volumen. Le parece interesante saber si lo que pretendíamos con ello era afirmar una ideología para hacer escuela y emitir un manifiesto.

Yo le responderé a algunas de estas preguntas.

No tenemos la pretensión de crear un movimiento. Somos simplemente algunos amigos, que una admiración común nos reúne en casa de Zola, y que, enseguida, una afinidad de temperamentos, de sentimientos muy parecidos sobre todas las cosas, una misma tendencia filosófica nos une de vez en cuando.

En cuanto a mí, que no soy todavía nadie como literato, ¿cómo podría haber tenido la pretensión de pertenecer a una escuela? Admiro indistintamente todo lo que me parece superior de todos los siglos y de todos los géneros.

Sin embargo, se produce en nosotros una reacción inconsciente, fatal, contra el espíritu romántico, por la única razón de que las generaciones literarias siguientes no se parezcan.

Pero, del resto, lo que nos afecta del romanticismo, de donde han salido imperecederas obras de arte, es únicamente su resultado filosófico.

No nos quejamos de que la obra de Hugo haya destruido en parte la obra de Voltaire y de Diderot. Por el sentimentalismo exagerado de los románticos, por su desconocimiento dogmático del derecho y de la lógica, el viejo sentido común, la antigua sagacidad de Montaigne y de Rabelais han desaparecido casi de nuestro país. Han sustituido la idea de perdón por la idea de justicia, sembrando en nosotros una sensiblería misericordiosa y sentimental que ha reemplazado a la razón.

Es gracias a ellos que los teatros, llenos de caballeros sospechosos y de muchachas, no pueden tolerar sobre la escena un simple pícaro. Es la moral romántica de la muchedumbre que provoca, la mayoría de las veces, a los tribunales a absolver a unas particulares mujerzuelas enternedoras pero sin excusa.

Tengo por los grandes maestros de esta escuela (puesto que se considera escuela) una admiración sin límites, provocando a menudo dilemas en mi razón; pues encuentro que Schopenhauer y Herbert Spencer tienen sobre la vida ideas mucho más claras que el ilustre autor de *Los Miserables*. – He aquí la única crítica que me atreveré a hacer, y no se trata aquí de literatura. Desde el punto de vista literario, lo que nos parece odioso, son los viejos órganos de *Bárbarie lacrimógenos*, de los que Jean-Jacques Rousseau ha inventado el mecanismo que ha generado una serie de novelistas, detenido, espero, y que el Sr. Feuillet, se ha obstinado en dar vuelta a la manivela, respetando invariablemente los mismos amaneramientos lánguidos y falsos.

En cuanto a las disputas sobre las palabras: realismo e idealismo, yo no las entiendo.

Una ley filosófica inflexible nos enseña que no podemos imaginar nada que se escape a nuestros sentidos; y la prueba de esta imposición, es la estupidez de las concepciones llamadas ideales, de los paraísos inventados por todas las religiones. Nosotros tenemos este único objetivo: El Ser y la Vida, que es necesario comprender e interpretar artísticamente. Si no se logra conseguir la expresión, a la vez exacta y artísticamente superior, es que no se tiene suficiente talento.

Cuando un caballero, calificado como realista, tiene la preocupación de escribir lo mejor posible, y sin sentirse perseguido por inquietudes artísticas, es, desde mi punto de vista, un idealista. En cuanto al que tiene la audacia de pretender hacer la vida más bella que la naturaleza, como si se pudiese imaginar otra que no existe, de usar el cielo en sus libros, y que escribe en « *novelado para damas* », no es más, a mi parecer, que un charlatán o un imbécil. Adoro los cuentos de hadas y debo añadir que esta clase de concepciones deben ser más verosímiles, en su ámbito particular, que no importa que novela de costumbres de la vida contemporánea.

Veamos ahora algunos apuntes sobre nuestro volumen.

Nos encontramos reunidos, en el verano, en casa de Zola, en su propiedad de Médan.

Durante las lentas digestiones de las grandes comilonas (pues somos todos golosos y refinados, y Zola come él solo como tres novelistas normales), charlábamos. Él nos contaba sus futuras novelas, sus ideas literarias, sus opiniones sobre diversas cosas. Alguna vez tomaba un fusil, que maniobraba con torpeza y, sin dejar de hablar, disparaba a unas altas hierbas alentado por nosotros que decíamos que eran pájaros, contrariándose considerablemente cuando no encontraba ningún cadáver.

Otros días pescábamos con caña. Hennique se destacaba, para gran desesperación de Zola que no atrapaba más que zapatos.

Yo quedaba tendido en la barca La Nana, o bien me bañaba durante unas horas, mientras que Paul Alexis contaba chistes picantes, Huysmans fumaba unos cigarros y Céard se aburría, encontrando el campo aburrido.

Así se pasaban las tardes; pero, como las noches eran magníficas, cálidas, llenas de olores de follaje, íbamos a pasear a la gran isla de enfrente.

Yo trasladaba a todo el mundo en La Nana.

Entonces, una noche de luna llena, hablamos de Mérimée, del qué las damas decían: «¡Que encantador autor de cuentos! » Huysmans pronunció poco después estas palabras:

—Un escritor de cuentos es una persona que no sabe escribir, vende pretenciosamente pamplinas.

Se puso a recorrer todos los escritores de cuentos célebres y a alabar a los narradores a viva voz entre los que se encontraba uno de los más maravillosos que nosotros conocíamos, el gran ruso Turguéneff, ese maestro casi francés; Paul Alexis sostenía que escribir un cuento es muy difícil. — Cèard, un escéptico, mirando la luna, murmuró:

—He aquí un bonito decorado romántico; se debería utilizar ...

Huysmans añadió:

— Contemos historias sentimentales.

A Zola le pareció una buena idea, que se contaran unas historias.

La sugerencia nos hizo reír y, se convino, para aumentar la dificultad, que la temática elegida por el primero se mantendría por los otros desarrollando, eso sí, aventuras diferentes. — Nos sentamos y, en la gran calma del campo, adormecidos bajo la brillante luz de la luna, Zola nos contó esta terrible página de la historia siniestra de las guerras que se llama L'Ataque du Moulin. Cuando hubo acabado, cada uno escribía:

—Es necesario escribir esto rápido.

Él comenzó a reír:

—Eso está hecho.

Al día siguiente Huysmans nos divirtió mucho con la narración de las miserias de un soldado sin entusiasmo. — Cèard, nos describió el cerco de París, desarrollando una historia llena de filosofía, siempre verosímil sino verdadera, pero real después del viejo poema de Homero . Pues si la mujer inspira eternamente tonterías en los hombres, los

guerreros a los que ella brinda especialmente su interés, sufren necesariamente más que otros.

Hennique nos demostró una vez más que los hombres, con frecuencia razonables e inteligentes, considerados aisladamente, se convierten infaliblemente en unos brutos cuando están en masa. Es lo que se podría denominar: la embriaguez de los locos. No conozco nada más gracioso y más horrible al mismo tiempo, que el cerco de esta casa pública y la matanza de las pobres muchachas.

Pero Paul Alexis nos hizo esperar cuatro días, no encontrando tema. Quería contarnos una historia de prusianos profanando cadáveres. Nuestra exasperación lo hizo callar y acabó por imaginar la divertida anécdota de una gran dama yendo a recoger a su marido muerto en el campo de batalla y dejándose «enternecer» por un pobre herido. Y este soldado ¡¡ era un sacerdote ¡!

Zola encontró estos relatos curiosos y nos propuso hacer un libro.

He aquí, señor Director, algunas notas, rápidamente escritas, pero conteniendo, creo yo, todos los detalles que le pueden interesar.

Quiero presentarle, con el agradecimientos por su benevolencia, mis respetos más sinceros.

Guy de Maupassant

Texto publicado en Le Gaulois del 17 de abril de 1880

EL ATAQUE DEL MOLINO

Por Émile Zola

1

Aquella hermosa noche de verano había gran fiesta en el molino del tío Merlier. Tres mesas, puestas en fila en el patio aguardaban a los convidados. Toda la comarca era sabedora de que en aquel día la chica de Merlier, Francisca, celebraba sus esponsales con Domingo; un muchacho á quien se acusaba de haragán, sin ser óbice para que las mujeres de tres leguas a la redonda dejasen de mirarle con ojos encandilados: tal era su arrogante apostura.

Este molino del tío Merlier daba gozo de verdad el verlo. Estaba precisamente en el sitio donde forma un recodo la carretera de Roceuse. El pueblo no tiene más que una calle, dos hileras de casuchas, una fila á cada lado del camino, pero allá en el recodo ensanchándose los prados; grandes árboles a lo largo del curso del Morelle, cubren de magníficas umbrías el fondo del valle. En toda la Lorena no existe paisaje más adorable. A derecha é izquierda espesos bosques, arboledas seculares, van subiendo por suaves ribazos y llenan el horizonte, con un mar de verdura; mientras hacia el Mediodía se extiende el llano, de una fertilidad prodigiosa, desplegando hasta la última lontananza infinidad de tierras aparcadas. Pero lo que sobre todo forma el encanto de Roceuse, es el frescor de esa verdeante hondonada en los días más cálidos de Julio y Agosto. El río Morelle .baja de los bosques de Gaguy, y parece como si adquiriera la frescura de las frondas, bajo las cuales corre durante leguas; lleva consigo los ruidos murmurantes, la sombra helada y recogida de las selvas. Y no es él lo único fresco: bajo los árboles susurran toda clase de aguas corrientes; a cada paso. brotan manantiales; al andar por las angostas sendas, se advierten como lagos subterráneos que salen a la luz bajo el musgo para esparcirse convertidos en fuentes cristalinas. Tan numerosas y altas se elevan las cuchicheadoras voces de esos arroyos, que apagan el cántico de los pajarillos. Se creería uno en algún parque encantado, con cascadas precipitándose por todas partes.

Abajo, las praderas están empapadas. Gigantes castaños proyectan sombras intensas. Al borde de los prados alinean sus rumorosas colgaduras largas cortinas de álamos blancos. Hay allí dos calles de plátanos enormes, que suben, campo traviesa, hacia el antiguo castillo de Gagny, actualmente en ruinas. En esta tierra, regada de continuo, crecen las hierbas de un modo desmedido. Es como el fondo de un

jardín entre dos laderas arboladas. Cuando el sol, a mediodía, cae a plomo, azulean las sombras, las hierbas agostadas duermen la calurosa siesta, mientras que una brisa helada se desliza bajo sus follajes.

El molino del tío Merlier alegraba allí con su tictac, un rincón de un verdor loco. El edificio, construido con yeso y tablas, parecía tan antiguo como el mundo. Medio se bañaba en el Morelle, que en ese punto forma claro remanso. Una esclusa permitía que el agua cayese desde algunos metros de altura sobre la rueda, que rechinaba al girar, con la tos asmática de una fiel sirvienta envejecida en la casa. Cuando aconsejaban al tío Merlier que la cambiase, meneaba la cabeza diciendo «que una rueda nueva sería más perezosa, y no estaría tan ducha en el trabajo», y remendaba la antigua con todo lo que caía en sus manos, duelas de tonel, herrajes oxidados, zinc, plomo. La rueda parecía más contenta con esto, viéndose cada vez más estrafalario su perfil, empenachado de hierbas y de musgos. Cuando el agua la golpeaba con sus argentadas ondas, se cubría de perlas y se veía pasar su extraño armatoste bajo un espléndido aderezo de collares de nácar.

La parte del molino sumergida en el Morelle tenía el aspecto de un arca bárbara encallada en aquel sitio. La mitad, lo menos, del edificio, estaba construida sobre pilares: El agua penetraba por debajo del piso, en el cual había agujeros muy conocidos en la comarca por las anguilas y los cangrejos enormes que allí se pescaban. Debajo del salto de agua:, el caz estaba límpido como un espejo; y cuando la rueda no lo enturbiaba con su espuma, se veían bandadas de peces grandes nadando con la lentitud de una escuadra. Una escalera deshecha bajaba hasta el río junto a un pilar, donde había una barca amarrada. Un puentecillo de madera en forma de galería pasaba por encima de la rueda, con varias ventanas irregularmente abiertas en él. Era un baturrillo de rinconadas, de pequeños muros, de construcciones añadidas según fue preciso, de vidas y techumbres, que daban al molino el aspecto de una antigua ciudadela desmantelada. Pero habían brotado hiedras; toda suerte de plantas trepadoras tapaban las grietas demasiado grandes, y cubrían la vieja morada con un manto verde. Las señoritas forasteras transeúntes, dibujaban en sus álbumes el molino del tío Merlier.

Por el lado de la carretera la casa tenía mayor solidez. Un zaguán de piedra desembocaba en el corralón, costado a derecha e izquierda por cobertizos y cuadras. Cerca de un pozo, un olmo inmenso cubría con su sombra la mitad del corral. En el fondo se destacaban en fila las cuatro ventanas del primer piso de la casa, encima del cual había un palomar. El único coquetismo del tío Merlier consistía en

hacer enjalbregar aquella fachada de diez en diez años. Precisamente acababan de enlucirla, y cuando el sol la bañaba en el centro del día, deslumbraba a la aldea.

Desde veinte años atrás, el tío Merlier era alcalde de Rocreuse. Se le estimaba por la fortuna que supo crearse. Se le suponía dueño así como de unos ochenta mil francos, reunidos ochavo por ochavo. Cuando se casó con Magdalena Guillard, la cual le llevó en dote el molino, no tenía más capital que sus brazos. Pero Magdalena nunca se arrepintió de su elección: con tanto acierto supo manejar los intereses de la casa. A la sazón había fallecido la mujer, y estaba viudo, con su hija Francisca. Hubiera podido retirarse a descansar, dejar que la rueda del molino se durmiese; pero se hubiera aburrido demasiado, y la casa le hubiese parecido muerta. Trabajaba por gusto. El tío Merlier era anciano, de largo rostro, silencioso, nunca se reía, pero estaba, no obstante, muy alegre en su interior. Fue electo alcalde por su dinero y por el aspecto de circunstancias que sabía presentar cuando autorizaba un matrimonio.

Francisca Merlier acababa de cumplir dieciocho años. No pasaba por una de las buenas mozas del país, porque era poquita cosa. Hasta la edad de quince años había sido lo que se llama fea. Nadie podía comprender en Rocreuse cómo la hija de los Merlier, padre y madre, ambos tan bien apuestos, crecía tan poco y con tan mala facha. Pero a los quince años, sin dejar de ser delicada, adquirió una apariencia de lo más lindo del mundo. Tenía negro el pelo, negros los ojos y la carita como una rosa; con la boca siempre risueña, hoyuelos en las mejillas y frente despejada, en la que resplandecía como una aureola de sol.

Aunque esmirriada, en concepto de los aldeanos, distaba mucho de estar flaca; sólo quería significarse con ello que no habría podido echarse a cuestras un saco de trigo; pero con la edad iba poniéndose llenita de carnes, y acabaría por ser oronda y apetitosa como una perdiz. Sólo que los largos silencios de su padre concluyeron por hacerla muy formal desde bien joven. Si siempre se reía, fue por dar gusto a los demás. En el fondo era seria.

Naturalmente, todos los mozos del país la cortejaban, aún más por su dinero que por su gentileza. Y ella había concluido por hacer su elección, la cual acababa de escandalizar a la comarca. A la otra orilla del Morelle vivía un muchachote llamado Domingo Penquer. No era de Rocreuse. Diez años antes había llegado de Bélgica para heredar a un tío suyo poseedor de una haciendita, al borde mismo de la selva de Gagny, frente por frente del molino, a pocos tiros de fusil. Dijo que

venía a vender esas tierras y volverse a su casa. Pero le gustó la región, según parece, y no se movió de allí. Se le vio cultivar su campito y recolectar algunas legumbres, de las cuales vivía. Pescaba, cazaba; varias veces estuvieron los guardias á punto de prenderlo y sumarlo. Esta existencia libre, que no se explicaban bien los campesinos, acabó por darle mala reputación. Se le trataba de cazador furtivo. De todas maneras, era un holgazán, puesto que a las horas del trabajo se le hallaba con frecuencia dormido en la hierba. La casuca dónde habitaba, al pie de los últimos árboles del bosque, no parecía la habitación de un hombre de bien. Las viejas no se hubieran sorprendido de que tuviese comercio con los lobos de las ruinas de Gagny. Sin embargo, las solteras se atrevían a veces a defenderlo, pues era soberbio aquel hombre ambiguo, flexible y alto como un chopo, de piel blanquísima, con una barba y unos cabellos rubios que al sol parecían de oro. Pues bien; una mañanita Francisca declaró al tío Merlier que amaba a Domingo y que jamás consentiría en casarse con ningún otro galán.

¡Figuraos que golpe de maza recibió aquél día el tío Merlier! No dijo nada, según su costumbre. La expresión de su rostro era pensativa, sólo que ya no se notaba en sus ojos el brillo de su alegría interior. Estuvo de hocico una semana. También Francisca andaba muy seria. El tormento del tío Merlier era saber cómo ese pelafustán de cazador furtivo pudo hechizar á su hija. Domingo jamás había estado en el molino. El molinero se puso a espiar y vio al galanteador, al otro lado del Morelle, tendido en la hierba y fingiendo dormir. Francisca podía verle desde su cuarto. La cosa era clara: habían debido de amarse, poniéndose ojos tiernos, por encima de la rueda del molino.

No obstante, transcurrieron otros ocho días. Cada vez se ponía Francisca más tristonera. El tío Merlier continuaba sin decir palabra. Después, cierto día, trajo. él mismo silenciosamente á Domingo. Francisca estaba poniendo la mesa. No pareció extrañarse, se limitó a añadir otro cubierto; sólo ocurrió de particular que los hoyuelos de sus mejillas se ahondaron de nuevo y reapareció la risa. Por la mañana, el tío Merlier fue a buscar a Domingo a su casucha, limítrofe con el bosque. Allí estuvieron hablando los dos hombres durante tres horas, con las puertas y ventanas cerradas. Nunca supo nadie que habían podido decirse. Lo cierto es que el tío Merlier, cuando salió, trataba ya a Domingo como hijo suyo. Sin duda, el viejo había encontrado lo que buscaba, un mozo de cuenta, en ese haragán que se tumbaba en la hierba para hacerse querer de las muchachas.

Todo el pueblo de Rocreuse puso el grito en el cielo. Las mujeres, en las puertas a la calle, eran inagotables acerca de la locura del

tío Merlier, al meter un bergante en su casa. Dejó que dijeran. Quizá se había acordado de su propio casamiento Tampoco él tenía un cuarto cuando se casó con Magdalena y con su molino; sin embargo, eso no impidió que hubiese sido un buen marido. Por otra parte, Domingo cortó las hablillas poniéndose a la faena con tal empeño, que la gente del pueblo se quedó boquiabierta. Justamente el mozo del molino acababa de caer soldado, y Domingo jamás consintió que se tomase otro. Cargó los sacos, guió la carreta, luchó a brazo partido con la rueda cuando se hacía de rogar para dar vueltas, todo ello con tales bríos, que iban a verlo por gusto. El tío Merlier sonreía en silencio. Estaba muy orgulloso de haber adivinado a ese mozo. No hay nada como el amor para dar ánimos a la gente joven.

En medio de estas rudas tareas. Francisca y Domingo se adoraban. No se hablaban una palabra, pero se miraban con una dulzura sonriente. Hasta entonces, el tío Merlier no había dicho ni pizca sobre la cuestión de la boda; y ambos respetaban ese silencio, esperando lo que quisiese disponer el anciano. Por fin, cierto día, hacia mediados de Julio, hizo poner tres mesas en el corral debajo del olmo, e invitó a sus amigos de Rocreuse para que a la caída de la tarde viniesen a beber con él una copa. Cuando el corral estuvo lleno de gente y todo el mundo con el vaso en la mano, el tío Merlier levantó muy alto el suyo y dijo:

—Es para tener el gusto de anunciaros que Francisca se casará con este picarillo dentro de un mes, el día de San Luis.

Al oírlo trincaron con estrépito. Todo el mundo se reía. Mas el tío Merlier, alzando la voz, dijo de nuevo:

—Domingo, besa a tu prometida. Es obligación.

Y ellos se besaron, rojos hasta más no poder, mientras el concurso se reía más fuerte. Aquello fue una verdadera fiesta. Se vació un tonelito. Después, cuando sólo quedaron allí los amigos íntimos, se charló más tranquilamente. Era entrada la noche, una noche con estrellas y muy clara. Domingo y Francisca, sentados en un banco, no decían nada. Un anciano labriego hablaba de la guerra que el Emperador había declarado a Prusia. Todos los reclutas disponibles del pueblo habían ya salido. La víspera pasaron nuevas tropas. Bien iba a batirse el cobre.

—¡Bah! — dijo el tío Merlier con el egoísmo de un hombre dichoso—Domingo es extranjero, no irá a las filas... Y si vinieran los prusianos, aquí estaría para defender a su mujer.

Esta idea de que pudiesen llegar los prusianos pareció una verdadera cuchufleta. Se les iba a dar un buen recorrido, y pronto se acabaría todo.

—Yo los he visto, yo los he visto ya—repitió con voz sorda el viejo labriego.

Hubo un breve silencio. Después trincaron otra vez. Francisca y Domingo nada habían oído; se habían agarrado dulcemente las manos por detrás del banco, sin que pudieran verles, y esto les sabía tan bien que así permanecieron con las miradas puestas vagamente en el fondo de las tinieblas.

¡Qué noche tan tibia y hermosa! La aldea se dormía a ambos lados de la blanca carretera, con la tranquilidad de un niño. Sólo se escuchaba á lo lejos el canto de algún gallo despierto antes de tiempo. De los grandes montes vecinos descendían largos resuellos de brisas, que pasaban sobre las techumbres como caricias. Los prados, con sus oscuras umbrías, presentaban por momentos una majestad misteriosa y recogida; mientras todos los manantiales, todas las aguas corrientes que brotaban en la sombra, sembraban la respiración fresca y rítmica de los dormidos campos. La vetusta rueda del molino, soñolienta por instantes, parecía soñar como esos perros viejos de guarda que ladran al roncar; tenía rechinamientos hablaba a solas mecida por el salto del Morelle, cuya sábana de agua producía el sonido musical y continuo de un tubo de órgano. Nunca reinó una paz más amplia sobre un rinconcito más feliz de la naturaleza.

II

Un mes más tarde, día por día, justamente la víspera de San Luis, había terrible pánico en Rocreuse. Los prusianos habían derrotado al Emperador y avanzaban a marchas forzadas hacia la aldea. Desde una semana atrás, las gentes que pasaban por la carretera anunciaban a los prusianos: «Están en Lormière, están en Novelles», y oyendo decir que se aproximaban tan de prisa, todas las mañanas se creía en Rocreuse verlos bajar por los montes de Gagny. Sin embargo, no llegaban, y esto asustaba más. De seguro que caerían de noche sobre el pueblo y pasarían a cuchillo a todo el mundo.

La noche anterior, poco antes de amanecer, hubo alarma. Los habitantes se despertaron al oír un gran ruido de hombres en la carretera. Se habían ya puesto de rodillas las mujeres y estaban santiguándose, cuando al abrir con prudencia las ventanas se vió que llevaban pantalón encarnado: era un destacamento francés. El capitán preguntó

al momento por el alcalde del pueblo, y se quedó en el molino, después de haber hablado con el tío Merlier.

Aquella mañana salió alegremente el sol. Iba hacer mucho calor al medio día. Sobre los bosques flotaba una claridad áurea, al paso que en las hondonadas subían de las praderas blancos vapores. La aldea, limpia y bonita, se despertaba entre la frescura; y la campiña, con su río y sus fuentes, tenía esa húmeda gracia de los ramilletes. Pero aquel día tan hermoso no daba a nadie ganas de reír. Se acababa de ver al capitán dar vueltas alrededor del molino, mirar las casas próximas, pasar al otro lado del Morelle y desde allí estudiar el país con un anteojo; el tío Merlier, que le acompañaba, parecía dar explicaciones. Después el capitán apostó soldados tras de los muros, tras de los árboles, en los hoyos. El grueso del destacamento acampaba en el corral del molino. Iban, pues, a batirse! Al regresar el tío Merlier fue interrogado. Sin hablar hizo una señal afirmativa con la cabeza. Sí, iban a batirse.

Francisca y Domingo estaban mirándole allí, en el corral. Acabó por quitarse la pipa de la bocay pronunció esta sencilla frase:

—¡Ah, pobres hijitos míos, no es mañana cuando os casaré!

Domingo, con los labios fruncidos y una arruga de ira en la frente, se enderezaba de vez en cuando y se quedaba con los ojos fijos en los bosques de Gagny, como si hubiese querido ver llegar a los prusianos. Francisca, muy pálida y triste, iba y venía suministrando a los soldados lo que necesitaban. Hacían el rancho en un rincón del corral, y bromeaban esperando la hora de comer.

Sin embargo, el capitán parecía satisfecho. Había visitado los cuartos y la sala grande del molino que calan hacia el río. A la sazón, sentado junto al pozo, hablaba con el tío Morlier.

—Tenéis aquí una verdadera fortaleza—decía.—Nos sostendremos bien hasta la noche... Los bandidos se retrasan. Ya debían estar aquí.

El molinero se quedó serio. Veía llamear su molino como una tea. Pero no se quejaba, por creerlo inútil. Sólo abrió la boca para decir:

—Debería hacer resguardar la barca detrás de la rueda. Allí hay un hueco donde cabe... Acaso pueda servir de algo.

El capitán dio órdenes. Este capitán era un hombre como de cuarenta años, buen mozo y de simpática figura. Parecía regocijarle el ver a Francisca y Domingo. Se ocupaba de ellos, cual si hubiese olvidado la próxima lucha. Seguía con los ojos a Francisca, y su aspecto

decía con claridad que la encontraba encantadora. Después, volviéndose hacia Domingo, le preguntó bruscamente:

—¿Cómo no estás en el ejército, muchacho?

—Soy extranjero—respondió el joven.

El capitán pareció no quedar muy convencido de esta razón. Guiñó los ojos y sonrió. Francisca era de un trato mucho más agradable que los cañones. Entonces, al verle sonreír, añadió Domingo:

—Soy extranjero, pero meto una bala en una manzana a quinientos metros... Mire, mi escopeta está ahí, detrás de usted.

—Podrá servirte—replicó sencillamente el capitán.

Francisca se había acercado un poco trémula. Y sin cuidarse de la gente que había, Domingo cogió y estrechó entre las suyas las manos que ella le tendía, como para ponerse bajo su protección. El capitán se sonrió de nuevo y no dijo una palabra más. Permaneció así con la espada entre las piernas, la mirada vaga, semejante a quien está meditabundo.

Eran ya las diez. El calor apretaba. Reinaba hondo silencio. En el corral se habían puesto a comer el rancho los soldados, a la sombra de los cobertizos. Ningún ruido llegaba de la aldea, cuyos habitantes habían atrancado sus casas, puertas y ventanas. Aullaba un perro, que se había quedado solo en el camino. De los bosques y praderas próximos, desfallecidos de calor, surgía una voz lejana, prolongada, conjunto de todos los rumores esparcidos por el viento. Cantó un cuclillo. Luego, creció aún más y más el silencio.

Y en este aire adormecido, de repente sonó un disparo. El capitán se levantó con presteza; los soldados dejaron sus escudillas de sopa medio llenas aún. En algunos segundos, todos estuvieron en sus puestos de combate; el molino se vio ocupado de alto a bajo. Sin embargo, el capitán, que se había dirigido a la carretera, no vio nada: a derecha e izquierda se extendía el camino solitario y blanquecino. Se escuchó un nuevo disparo... y nada, ni una sombra. Pero al volverse, advirtió por la parte de Gagny, entre dos árboles, una ligera nubecilla de humo que se desvanecía, semejante a un «hilo de la Virgen». El bosque permanecía mudo y plácido.

—Los granujas han echado por el monte— murmuró.—Saben que estamos aquí.

En esto continuó cada vez más nutrido el fuego de fusil entre los soldados franceses, desplegados alrededor del molino, y los prusianos ocultos tras de los árboles. Las balas silbaban por encima del Morelle, sin causar pérdidas por una ni otra parte. Los disparos eran irregulares, partían de cada matorral, y sólo se veían las nubecillas de humo, sua-

vemente mecidas por el viento. Esto duró cerca de dos horas. El oficial canturreaba con aire indiferente. Francisca y Domingo, que se habían quedado en el corral, se empinaban y miraban por encima de una cerca. Les interesaba sobre todo un soldadito apostado á orillas del Morelle, tras el armazón de una barca vieja, estaba echado boca abajo en el suelo, husmeaba, hacía su disparo, luego se escurría a una zanja un poco detrás para volver. a cargar el fusil, y sus movimientos eran tan graciosos, astutos y ágiles, que al verle no se podía por menos de sonreír. Debió de reparar en alguna cabeza de prusiano, porque se levantó con rapidez y apuntó; pero antes de disparar lanzó un grito, giró sobre sí y cayó rodando a la zanja, donde sus piernas adquirieron por un instante esa rigidez convulsiva de las patas de una gallina degollada. El soldadito acababa de recibir un balazo en mitad del pecho. Era el primer muerto. Instintivamente Francisca cogió la mano a Domingo, y se la apretó con un crispamiento nervioso.

—Quitaos de ese sitio—dijo el capitán.—Las balas llegan hasta aquí.

En efecto, se dejó oír un golpecito seco en el olmo, y la punta de una rama cayó tambaleándose. Pero los jóvenes no se movieron, clavados en el suelo por la ansiedad del espectáculo. Por un lado del bosque, había salido bruscamente un prusiano por detrás de un árbol como de una bambalina, agitando al aire los brazos y cayendo de espaldas. Y nada se movió después; ambos muertos parecían dormir al sol, y continuaba solitario el campo agostado. El mismo fuego graneado cesó por completo. Sólo el Morelle cuchicheaba su claro rumor.

El tío Merlier miró al capitán con aire de sorpresa, como para preguntarle si se había concluido la cosa.

—Ahora viene lo gordo— murmuró éste.— Desconfíe. Márchese de ahí.

Aún no había concluido, cuando sonó una descarga espantosa. El olmo quedó como arrasado, cayendo de él una lluvia de hojas revoloteando. Por suerte, los prusianos habían apuntado muy alto. Domingo se llevó consigo, arrastró casi a Francisca, mientras el tío Merlier fue en pos de ellos gritando:

—Entrad en la cueva—las paredes son sólidas. Pero, sin escucharle, entraron en la sala grande, donde unos diez soldados estaban en silencio a la espera, con las persianas corridas, espionando por las rendijas. El capitán se había quedado sólo en el corral, agachado tras de la pequeña cerca, mientras se sucedían furiosas descargas. Los soldados que había apostado por fuera no cedían terreno sino palmo a palmo. Sin embargo, entraban uno por uno arrastrándose, cuando el

enemigo los desalojaba de sus escondrijos. Su consigna era ganar tiempo, no presentarse a la vista, para que los prusianos no pudieran saber qué fuerzas tenían delante. Transcurrió una hora. Y como llegase un sargento diciendo que ya no quedaban fuera sino dos o tres hombres, el oficial sacó el reloj, murmurando:

—Las dos y media... Vamos, hay que sostenerse cuatro horas.

Hizo cerrar la portalada del corral, y todo quedó dispuesto para una resistencia enérgica. Como los prusianos estaban al otro lado del Morelle, no era de temer un asalto inmediato. Verdad es que a dos kilómetros había un puente, pero sin duda ignoraban su existencia, y no era de creer que intentasen pasar el río por un vado. El oficial hizo, pues, sencillamente vigilar la carretera. Todo el combate iba a empeñarse hacia el lado del campo.

De nuevo cesó la fusilería. El molino parecía muerto bajo el sol que caía de plano. Ni una hoja de ventana estaba abierta; ningún ruido salía del interior. Sin embargo, poco a poco iban presentándose prusianos en el término del bosque de Gagny. Alargaban el cuello, se iban atreviendo. En el molino apuntaban ya muchos soldados; pero el capitán les gritó:

—No, no, esperad... Dejadlos que se acerquen. Lo hicieron con suma prudencia, mirando al molino con desconfianza. Aquella vetusta mansión, silenciosa y tétrica, con sus colgaduras de hiedra, les inquietaba. Eso no obstante, iban avanzando. Cuando hubo unos cincuenta en la llanada del frente, el oficial dijo esta sola palabra:

—¡Fuego!

Se dejó oír una descarga, seguida de un tiroteo graneado. Francisca, agitada por un estremecimiento, se llevó a pesar suyo las manos a los oídos. Domingo miraba por detrás de los soldados; y al disiparse el humo, vio tres prusianos tendidos de espalda en medio de la pradera. Los demás se habían metido detrás de los sauces y de los chopos. Comenzó el sitio.

Durante más de una hora el molino se vio acribillado á balazos. Las balas azotaban á los viejos muros como una granizada. Cuando daban en piedra, se las oía aplastarse y caer al agua. En la madera, se clavaban con un ruido sordo. De vez en cuando un crujido anunciaba que la rueda acababa de llevar un balazo. En el interior, los soldados economizaban los cartuchos, no disparando sino cuando podían apuntar. De rato en rato, el capitán consultaba el reloj. Y al rajar un proyectil la madera de una ventana e ir a clavarse en el techo, murmuraba:

—Las cuatro. No vamos a poder sostenernos.

En efecto, aquella terrible fusilería quebrantaba poco a poco el viejo molino. Una ventana de madera cayó al agua, agujereada como un encaje, y fue preciso reemplazarla con un colchón. El tío Merlier se exponía a cada instante para comprobar las averías de su pobre rueda, cuyos crujidos le llegaban al corazón. Lo que es ahora, acabada del todo; nunca podría remendarla más. Domingo había suplicado a Francisca que se retirase, pero ella quería continuar allí con él; estaba sentada tras un gran armario de encina que la protegía. Sin embargo, una bala dio en el armario, cuyos costados emitieron un sonido grave. Entonces Domingo, se puso delante de Francisca. Aún no había disparado; tenía la escopeta en la mano, pero no podía acercarse a las ventanas, cuya anchura ocupaban los soldados. A cada descarga, retemblaba el piso.

—¡Atención, atención! — gritó de repente el capitán.

Acababa de ver salir del bosque una masa oscura. Enseguida empezó un formidable fuego de pelotón. Fue como una tromba que pasó por encima del molino. Saltó otra ventana, y por el hueco entraron las balas. Dos soldados rodaron por el suelo. Uno de ellos no se movió; lo arrimaron contra la pared porque estorbaba. El otro se retorció pidiendo que le rematasen, pero nadie le oyó; las balas continuaban entrando sin parar; cada cual se guarecía y trataba de hallar una tronera por donde contestar con un disparo. Fue herido un tercer soldado; éste no dijo una palabra; cayó al borde de una mesa, con los ojos fijos y foscos. Llena de horror Francisca frente a esos muertos, rechazó maquinalmente la silla, para sentarse en el suelo junto a la pared; se creía allí más pequeña y menos en peligro. Sin embargo, cogieron todos los colchones de la casa, y medio taparon la ventana. La sala se llenaba de despojos, de armas rotas, de muebles desvencijados.

—Las cinco — dijo el capitán. — Resistid... van a tratar de pasar el río.

En este momento, Francisca dio un grito. Una bala que había rebotado acababa de rozarle la frente. Brotaron algunas gotas de sangre. Domingo la miró; luego, acercándose a la ventana, disparó su primer tiro, y ya no cesó de tirar. Cargaba y tiraba, sin ocuparse de lo que sucedía a su alrededor; sólo de rato en rato echaba un vistazo a Francisca. Por lo demás, no se aturrullaba, apuntaba con atención. Los prusianos, bordeando los chopos, intentaban vadear el Morelle, según el capitán había previsto; mas en cuanto uno de ellos se atrevía a hacerlo así, caía herido en la cabeza por una bala de Domingo. El capitán, que observaba esa táctica, estaba asombrado. Felicitó al joven,

diciéndole que sería feliz con tener muchos tiradores de su tino. Domingo no le escuchaba. Una bala le dio en un hombro, otra le hizo una contusión en un brazo; pero él no dejaba un punto de disparar.

Hubo dos nuevos muertos. Los colchones, hechos trizas, ya no tapaban las ventanas.

Una postrera descarga pareció que iba a llevarse el molino. Era ya insostenible la posición. Sin embargo, el oficial repetía:

—Resistidlos... media hora más.

A la sazón contaba los minutos. Prometió a sus jefes contener allí al enemigo hasta la noche, y no hubiera retrocedido un paso antes de la hora de la retirada. Conservaba su aspecto amable, sonreía a Francisca a fin de tranquilizarla. El mismo acabó por recoger el fusil de un soldado muerto y disparar.

Ya no había más que cuatro soldados en la sala. Los prusianos se presentaban en masa al otro lado del Morelle, y era evidente que iban á pasar el río de un momento á otro.

Transcurrieron aún algunos minutos. El capitán estaba terco, y no quería dar la orden de retirarse, cuando se presentó un sargento, y dijo:

—Están en la carretera, nos van á pillar la retaguardia.

Los prusianos debían de haber encontrado el puente. El capitán sacó el reloj.

—Cinco minutos más — dijo. — No estarán antes de cinco minutos.

Por fin, a las seis en punto, consintió en hacer salir a sus hombres por una puertecita que daba a una calleja. De allí se arrojaron a una zanja, y llegaron al bosque de Ganval.

El capitán, antes de salir, saludó con mucha finura al tío Merlier, excusándose por lo acontecido. Y hasta añadió:

—Festeadlos... Volveremos.

Sin embargo, Domingo que se había quedado sólo en la sala, disparaba siempre, sin oír nada, sin comprender nada. No sentía más que la necesidad de defender a Francisca. Los soldados habían partido, sin que él se diese la más mínima cuenta. A cada disparo, apuntaba y mataba un hombre. Bruscamente hubo un gran ruido. Los prusianos acababan de invadir por detrás del corral. Hizo el último disparo, y cayeron sobre él cuando aún humeaba su fusil.

Cuatro hombres le sujetaron. Otros vociferaban alrededor de él, en un idioma espantoso. En poco estuvo que no le degollaran a escape. Francisca se había lanzado suplicante. Pero entró un oficial e hizo que le entregasen el prisionero. Después de cruzar algunas frases en ale-

mán con los soldados, se volvió hacia Domingo y le dijo rudamente en buen francés:

—Dentro de dos horas será fusilado.

III

Regla dictada por el Estado Mayor alemán:

«Todo francés no perteneciente al ejército regular, y a quien se aprehendiese con las armas en la mano, debía ser fusilado.»

Haciendo así terribles ejemplares contra los campesinos, defensores de sus casas, los alemanes querían impedir el levantamiento general, que temían.

El oficial, un hombre alto y seco, de unos cincuenta años, sometió a Domingo a un breve interrogatorio. Aun cuando hablaba con mucha pureza en francés, tenía una sequedad enteramente prusiana.

—¿Sois de este país?

—No, soy belga.

—¿Por qué ha tomado las armas?... Todo esto debe serle indiferente.

Domingo no respondió. En ese momento, el oficial reparó en Francisca, de pie y muy pálida, que estaba escuchando; en su pálida frente formaba una línea roja la leve herida. Miró a los jóvenes, uno tras otro, pareció comprender, y se limitó a añadir:

—¿No niega haber disparado?

—He tirado tanto como he podido — respondió tranquilamente Domingo.

Inútil era esta confesión, puesto que estaba negro de la pólvora, cubierto de sudor y manchado con algunas gotas de sangre que habían fluido del rasguño de su hombro.

—Está bien—repitió el oficial, —Se le fusilará dentro de dos horas.

Francisca no gritó. Juntó las manos y las alzó con un ademán de muda desesperación. El oficial notó este gesto. Dos soldados habían metido á Domingo en una estancia próxima, donde debían guardarle de vista. La joven se había caído sobre una silla, quebrantadas las piernas; no podía llorar, se ahogaba. Sin embargo, el oficial no dejaba de examinarla. Acabó por dirigirla la palabra, preguntando:

—¿Es hermano suyo ese mozo?

Ella contestó que no con la cabeza. Se quedó rígida, sin sonreírse. Luego, al cabo de un silencio breve, preguntó dé nuevo:

—¿Hace mucho tiempo que habita en este país?

Ella dijo que sí, con otro movimiento.

—¿Entonces conocerá muy bien los bosques del contorno?

Esta vez habló ella.

—Sí, señor—dijo mirándole con alguna sorpresa.

El oficial no preguntó más y dio media vuelta, pidiendo que le trajesen el alcalde del pueblo. Pero Francisca se había levantado, con un ligero rubor en el rostro, creyendo haber comprendido el objeto de sus preguntas y llena de esperanza. Ella misma fue quien corrió en busca de su padre.

En cuanto cesaron los disparos, el tío Merlier había bajado a escape por la galería de madera, para visitar a su rueda. Adoraba a su hija, profesaba una sólida amistad a Domingo; pero su rueda ocupaba también un gran lugar en su corazón. Puesto que los dos chicos, según los llamaba, habían salido salvos del combate, pensaba en el otro objeto de su ternura, el cual había sufrido singularmente a la verdad. E inclinado sobre el gran armatoste de madera, estudiaba sus heridas con aire contristado. Cinco paletas estaban hechas astillas, el maderaje central hecho una criba. Metía los dedos en los agujeros de los balazos para medir su profundidad. Pensaba en el modo cómo pudiera componer todas esas averías. Francisca le encontró tapando ya grietas con los residuos y con musgo.

—Padre, a usted le llaman.

Y al fin lloró, al referirle lo que acababa de oír. El tío Merlier meneó la cabeza. No se fusilaba a las gentes así como así. Era menester verlo para creerlo. Y entró en el molino, con su aspecto silencioso y apacible. Cuando el oficial le pidió víveres para sus hombres, contestó que las gentes de Rocreuse no estaban acostumbradas a las brutalidades, y que nada se obtendría de ellas si se empleaba la violencia. El se encargaría de todo, pero a condición de que le dejaran obrar solo. El oficial pareció enfadarse al pronto con ese tono tranquilo; luego cedió ante las palabras breves y claras del viejo. Hasta le volvió á llamar para preguntarle:

—Aquellos bosque de allá enfrente, ¿cómo se llaman?

—Los bosques de Sauval.

—¿Y qué extensión tienen?

El molinero le miró con fijeza.

—No lo sé—respondió.

Y se alejó. Una hora después se hallaba en el corral del molino la contribución de guerra en víveres y dinero reclamada por el oficial. Llegada la noche; Francisca seguía con ansiedad los movimientos de los soldados. No se alejaba de la pieza donde tenían preso a Domingo.

Hacia las siete tuvo una emoción hondísima: vio al oficial entrar en la habitación del prisionero, y durante un cuarto de hora oyó sus voces, que no eran fuertes. El oficial reapareció un momento en el quicio de la puerta para dar una orden en alemán, que ella no comprendió, pero cuando, doce hombres, arma al brazo, fueron a formarse en el corral, se apoderó de ella un temblor, que le pareció que iba a morir. Cosa resuelta; iba a verificarse la ejecución. Los doce hombres permanecieron allí diez minutos; la voz de Domingo continuaba alzándose en un tono violento de negativa. Por último salió el oficial, cerrando brutalmente la puerta y exclamando:

—Está bien, reflexionad.... Os doy de término hasta mañana por la mañana.

Y con un gesto hizo romper filas a los doce hombres. Francisca se quedó atontada. El tío Merlier, que había continuado fumando y viendo el pelotón con un aire sencillamente curioso, se acercó a cogerla por un brazo, con paternal dulzura. Se la llevó á su habitación.

—Estate tranquila—le dijo—trata de dormir. Mañana será otro día, y ya veremos.

Al retirarse, la encerró por prudencia. Profesaba como principio que las mujeres no sirven para nada, y que todo lo echan a perder cuando se ocupan de un asunto serio. Sin embargo, Francisca no se durmió. Permaneció largo tiempo sentada en su lecho, escuchando los rumores de la casa. Los soldados alemanes, acampados en el corral, cantaban y reían; debieron de estar comiendo y bebiendo hasta las once, porque el barullo no cesó un instante. En el molino resonaban también de tiempo en tiempo pasos pesados, indudablemente de los centinelas a quienes relevaban. Pero lo que más le interesaba eran los ruidos que podría oír en la pieza sita debajo de su cuarto. Varias veces se echó al suelo y aplicó el oído contra el piso. Esta pieza era precisamente aquella donde habían encerrado a Domingo. Debía de estar paseándose desde la pared hasta la ventana, porque oyó mucho tiempo la cadencia regular de su paseo; después reinó un largo silencio, sin duda se había sentado. Por otra parte, cesaban los rumores, todo dormía. Cuando le pareció sosegar la casa, abrió la ventana lo más suavemente que pudo, y se apoyó de codos en ella. Por fuera, la noche era de una serenidad tibia. La luna menguante, que se ponía tras de los bosques de Sauval, alumbraba la campiña con un resplandor como de lamparilla de noche. La sombra alargada de los grandes árboles rayaba de negro las praderas, al paso que la hierba tomaba una suavidad como de terciopelo verdoso. Pero Francisca no se fijaba lo más. mínimo en el encanto misterioso de la noche. Estudiaba el campo, buscando

con la vista los centinelas que los alemanes debían de haber puesto en él. Veía perfectamente sus siluetas escalonarse a lo largo del Morelle. Sólo había una delante del molino, al otro lado del río, junto a un sauce cuyas ramas se sumergían en el agua. Francisca lo distinguía perfectamente. Era un mocetón, inmóvil, en pie, con la cara mirando al cielo, con el aire pensativo de un pastor.

Así que hubo inspeccionado los lugares con atención, volvió a sentarse en la cama. Allí se estuvo quieta una hora, profundamente absorta. Luego escuchó otra vez: no se oía un soplo en la casa. Volvió a la ventana y echó un vistazo; pero, sin duda, uno de los cuernos de la luna que aún aparecía tras los árboles, le pareció molesto, porque se puso a esperar de nuevo. Al fin, creyó llegada la hora. La noche estaba oscura del todo, ya no veía al centinela en frente; los campos estaban como una balsa de tinta. Escuchó por un instante y se decidió. Había allí próxima a la ventana una escala de hierro, de barrotes metidos en el muro, que subía desde la rueda al granero y que en otros tiempos servía a los molineros para inspeccionar ciertos rodajes; después se había modificado el mecanismo, y hacía ya mucho tiempo que la escala iba desapareciendo bajo la espesa hiedra que cubría esta parte del molino.

Francisca pasó valientemente las piernas por encima del alféizar de la ventana, se apoyó en una de las barras de hierro y se encontró en el vacío. Comenzó a bajar. Las faldas le incomodaban mucho. De pronto se desprendió una piedra de la pared y cayó al Morelle con un rebote sonoro. Se detuvo, helada de espanto. Pero comprendió que el salto de agua, con su continuo roncar, apagaba a distancia todos los ruidos que ella podía causar; y entonces bajó con más audacia, tocando a tientas con el pie la hiedra y afirmándose en los escalones. Cuando estuvo a la altura del cuarto que servía de prisión a Domingo, se detuvo. Poco faltó para que una imprevista dificultad le hiciese perder los ánimos: la ventana de la pieza de abajo no estaba hecha con regularidad debajo de la ventana de su estancia, sino que se desviaba de la escala; y cuando alargó la mano, no encontró más que la pared. ¿Tendría que volverse a subir sin llevar a cabo su proyecto? Sus brazos se cansaban, el murmullo del Morelle, a sus pies, comenzaba a darle vértigos. Entonces arrancó de la pared pedacitos de yeso y los lanzó a la ventana de Domingo. Este no oía, quizá estaba durmiendo. Desconchó más la pared, desollándose los dedos. Ya estaba casi sin fuerzas y se sentía próxima a caer de espaldas, cuando al fin Domingo abrió con suavidad.

—Soy yo—murmuró ella.—Cógeme pronto, que me caigo.

Era la primera vez que lo tuteaba. La cogió él, inclinándose, y la atrajo hacia la habitación. Allí tuvo ella una crisis de lágrimas, ahogando, sus sollozos porque no la oyesen. Luego, por un esfuerzo supremo, se calmó.

—¿Estás vigilado?—le preguntó en voz baja.

Domingo, estupefacto aún de verla así, hizo una simple seña indicando la puerta. Al otro lado se oía roncar; el centinela, cediendo al sueño, había debido de echarse en el suelo, junto a la puerta, diciendo para sí que de este modo el prisionero no podría escaparse.

—Hay que huir— replicó ella con viveza.— He venido para suplicarte que huyas y para decirte adiós.

Mas él no parecía oírla, limitándose a repetir:

—¡Cómo, eres tú, eres tú!... ¡Oh, que miedo me has dado! Podías matarte.

La cogió las manos y se las besó.

—¡Cuánto te amo, Francisca!... Eres tan valiente como buena. Yo no tenía más que un temor, y era el de morir sin haber vuelto a verte. Pero estás ahí, y ahora ya pueden fusilarme. Pasando contigo un cuarto de hora estaré dispuesto.

Poco a poco la había atraído hacia sí, y ella apoyaba la cabeza en el hombro de él. El peligro los aproximaba. Se olvidaban de todo en aquel abrazo.

—¡Ah, Francisca!—continuó Domingo con voz cariñosa—hoy es San Luis, el día por tanto tiempo esperado de nuestra boda. Nada ha podido separarnos, puesto que aquí estamos los dos solos, fieles a la cita... ¿No es verdad? A esta hora es la noche de novios.

—Sí, sí — repitió ella— la noche de novios. Estremecidos, se dieron un beso. Pero de pronto ella se desprendió: la terrible realidad se presentaba a su vista.

—Hay que huir, hay que huir — balbuceó ella. — No perdamos ni un minuto.

Y como tendiese él los brazos en la sombra para volverla a coger, ella le tuteó de nuevo.

—¡Oh, te lo suplico, escúchame!... Si tú mueres, me moriré yo. Dentro de una hora amanecerá. Quiero que te marches enseguida. Entonces le explicó brevemente su plan. La escala de hierro bajaba hasta la rueda; una vez allí, podría valerse de las paletas y entrar en la barca, que se encontraba en una rinconada.

—Pero debe haber allí centinelas—dijo él.

—Uno solo, en frente, al pie del primer sauce.

—¿Y si me ve, si grita?

Francisca tembló. Le puso en la mano un cuchillo que había bajado consigo. Hubo un breve silencio.

—¿Y tu padre, y tú?—repuso Domingo. Pero no, yo no puedo huir... Cuando yo no estuviese aquí, esos soldados os asesinarían tal vez... No los conoces. Me han propuesto el perdón, si consentía en guiarlos por el bosque de Sauval. Si no me encontrasen, son capaces de todo.

La joven no se detuvo a discutir. Respondió sencillamente a todas las razones de él.

—Huye, por mi amor... Si me amas Domingo, no te quedes aquí un minuto más.

Luego prometió volver a subirse a su cuarto. No se sabía que ella le había ayudado. Acabó por cogerle entre los brazos, por abrazarle, para convencerle, con un arranque extraordinario de pasión. Quedó vencido. Ya no hizo más que una pregunta:

—¿Me juras que tu padre sabe el paso que has dado, y me aconseja huir?

—Mi padre es quien me envía—contestó audazmente Francisca.

Mentía. En ese momento no tenía sino una inmensa necesidad, la de verle a salvo, la de librarse del horrible pensamiento de que la salida del sol iba a ser la señal de su muerte. Cuando él estuviese lejos, podían caer sobre ella todas las desdichas: le parecerían dulces, desde el momento que él viviera. El egoísmo de su ternura quería, ante todas las cosas, que quedase él vivo.

—Está bien—dijo Domingo—haré lo que gustes.

Y no hablaron más. Domingo fué a abrir de nuevo la ventana. Pero, de repente, un ruido los dejó helados. La puerta se movió y creyeron que iban a abrirla. Era evidente que alguna ronda había oído sus voces. Y de pie los dos, apretados uno contra otro, aguardaban con una angustia indecible. De nuevo sacudieron la puerta, pero no se abrió. Ambos ahogaron un suspiro: acababan de comprender que el soldado echado a través del umbral debía de haber dado una vuelta en el suelo. En efecto, tras un nuevo silencio, comenzaron otra vez los ronquidos.

Domingo tuvo decidido empeño en que antes volviese Francisca a subirse a su cuarto. La cogió entre los brazos y le dio un mudo adiós. Luego, la ayudó a tomar la escala, y a su vez se agarró él también. Pero se opuso a bajar un solo escalón antes de saber que ella había llegado a su habitación. Cuando Francisca hubo entrado en ésta, dejó caer con voz leve como un soplo estas palabras:

—Hasta la vista. ¡Te amo!

Permaneció de codos en la ventana, tratando de seguir á Domingo con la mirada. La noche continuaba estando muy oscura. Buscó ella con los ojos al centinela y no lo vio; únicamente formaba el sauce una mancha pálida en medio de las tinieblas. Por un instante oyó el roce del cuerpo de Domingo a lo largo de la hiedra. En seguida crujió la rueda, y hubo un ligero chapoteo anunciador de que el joven acababa de encontrar la barca. En efecto, un minuto más tarde distinguió la oscura silueta de la barca sobre la sábana gris del Morelle. Entonces sintió ella en la garganta una terrible angustia. A cada instante creía oír el grito de alarma del centinela; los menores ruidos en la oscuridad, le parecían pasos rápidos de soldados, choque de armas, rumores de fusiles que se manejaban para disparar. Sin embargo, transcurrían los segundos, y el campo conservaba su soberana paz. Domingo debía de abordar a la otra orilla. Francisca ya no veía nada. El silencio era majestuoso. Y oyó un pataleo, un grito ronco y la sorda caída de un cuerpo. Luego se hizo más profundo el silencio. Entonces, como si hubiera sentido ella pasar la muerte a su lado, se quedó fría, yerta, enfrente de la densa oscuridad nocturna.

IV

Desde el alba, estrepitosas voces conmovieron el molino. El tío Merlier fue a abrir la puerta de Francisca. Bajó ella al corral, pálida y muy tranquila. Pero una vez en él, no pudo reprimir un escalofrío al verse frente al cadáver de un soldado prusiano tendido junto al pozo sobre un capote desplegado.

En torno del cadáver, los soldados gesticulaban y gritaban con tono de furor. Varios de ellos enseñaban los puños a la aldea. Sin embargo, el oficial acababa de hacer llamar al tío Merlier, como alcalde del pueblo.

—He aquí—le dijo con voz comprimida por la cólera— uno de nuestros hombres, a quien se ha encontrado muerto a mano airada en la orilla del río... Necesitamos hacer un escarmiento ejemplar, y cuenten con que nos ayudaréis a descubrir el asesino.

—Todo lo que queráis— respondió el molinero con su flema habitual.— Sólo que no será fácil de hacer.

El oficial se había bajado para apartar un extremo del capote que ocultaba el rostro del muerto. Entonces apareció una horrible herida. El centinela había sido degollado, y el arma quedó en la herida. Era un cuchillo de cocina, con mango negro.

—Mirad este cuchillo—dijo el capitán al tío Merlier—acaso nos facilite nuestras investigaciones.

El viejo sintió un escalofrío. Pero se repuso al instante y contestó, sin que se contrajese un solo músculo de su cara:

—Todo el mundo tiene cuchillos parecidos en nuestros campos. Quizá vuestro hombre se aburría de batirse y se haya suicidado. Suele suceder.

—¡Silencio! — gritó furiosamente el oficial.

—No sé que me contiene para no prender fuego por los cuatro ángulos al pueblo.

Por fortuna, la cólera le impedía reparar en la profunda alteración del rostro de Francisca. Esta había tenido que sentarse sobre el poyo de piedra, junto al pozo. A pesar suyo, no podía apartar sus miradas de aquel cadáver tirado en el suelo, casi a sus pies. Era un mocetón fornido y guapo, que se parecía un poco a Domingo, con cabellos rubios y ojos azules. Esta semejanza le retorció el corazón. Pensaba, en que tal vez el muerto habría dejado allá en Alemania alguna novia que tendría que llorarle, Y reconocía su propio cuchillo en la garganta del muerto. Ella le había matado.

Sin embargo, el oficial hablaba de tomar terribles medidas contra Rocreuse, cuando se presentaron corriendo unos soldados. Acababa de advertirse nada menos que la evasión de Domingo. Esto causó una agitación extrema. El oficial fue al sitio del suceso, miró por la ventana abierta todavía, comprendió todo y regresó exasperado.

Al tío Merlier pareció contrariarle muchísimo la fuga de Domingo.

—¡Imbécil! —murmuró.— Todo lo estropea.

Francisca, que lo oyó, se llenó de angustia. Por lo demás, su padre no sospechaba que ella fuese cómplice. Meneó la cabeza el viejo, diciéndole a media voz:

—¡Ahora, ya estamos limpios!

—¡Ese pillo, ese pillo! —gritaba el oficial.

—Habrá llegado a los bosques... Pero es menester que nos lo encuentren, o pagará la aldea por él.

Y dirigiéndose al molinero, exclamó:

—Vamos, usted debe de saber donde se oculta.

El tío Merlier, con su risita silenciosa, mostrando la inmensa extensión de las laderas cubiertas de arbolado, dijo:

—¿Cómo queréis encontrar un hombre allá dentro?

—¡Oh! Debe de haber escondites que usted conozca. Voy a darle diez hombres. Guíelos.

—Conforme. Sólo que necesitaremos ocho días para registrar todos los montes del contorno.

La tranquilidad del viejo enfurecía al oficial. Comprendía, en efecto, lo ridículo de esa batida. Entonces fue cuando reparó en Francisca, pálida y temblorosa sobre el poyo. Le chocó mucho la actitud ansiosa de la joven. Se calló por un instante, examinando uno tras otro al molinero y a Francisca, y acabó por preguntar brutalmente al viejo:

—Ese hombre, no es el amante de su hija?

El tío Merlier se puso lívido, y parecía que se iba a echar sobre el oficial para estrangularlo. Se quedó rígido y no contestó. Francisca se había tapado la cara con las manos.

—Sí, eso es—continuó el prusiano—usted o su hija le han ayudado a huir. Es su cómplice... Por última vez, ¿queréis entregárnoslo?

El molinero no respondió. Se había vuelto de espaldas, mirando a lo lejos con aire de indiferencia, como si el oficial no se dirigiese a él. Esto puso el colmo á la cólera del último.

—¡Pues bien!—declaró— va usted a ser fusilado en su lugar.

Y pidió otra vez el pelotón para el fusilamiento. El tío Merlier conservó su aplomo. Apenas se encogió de hombros ligeramente, pareciéndole de mal gusto todo ese drama. Sin duda, creía que no se fusilaba a un hombre con tanta facilidad. Luego, cuando estuvo allí el pelotón, dijo con grave actitud:

—¿Con que va de veras?... Conformes. Si le hace absoluta falta uno, igual yo que otro cualquiera.

Pero Francisca se había levantado enloquecida, balbuceando:

—Misericordia, señor, no hagáis daño a mi padre. Matadme en lugar suyo... Yo he sido quien ha ayudado a huir a Domingo. Yo sola soy culpable.

—Cállate, hijita — exclamó el tío Merlier.—¿Por qué mientes? Señor, ha pasado la noche encerrada en su cuarto. Miente, se lo aseguro.

—No, yo no miento—replicó la joven con ardor.—He bajado por la ventana, e inducido a Domingo a que huyese... Esta es la verdad, la verdad sola...

El viejo se había puesto muy pálido. Veía bien en sus ojos que no mentía; esta historia le espantaba. ¡Ah, esos chicos como lo echan todo a perder con sus corazones! Entonces se enfadó.

—Está loca, no le haga caso. Le refiere historias estúpidas... Vamos, acabemos.

Ella quiso protestar de nuevo. Se arrodilló, juntó las manos. El oficial asistía tranquilo a esta lucha dolorosa.

—¡Dios mío! — acabó por decir— cojo a su padre, porque ya no tengo al otro... Trate de encontrar al otro, y quedará libre su padre.

Ella le miró un momento, con ojos despavoridos por lo atroz de aquella proposición.

—Esto es horrible —murmuró — ¿Dónde quiere que encuentre yo a Domingo a estas horas? Se marchó, no sé más.

—En fin, elija. O él, o su padre.

—¡Dios mío! ¿Puedo elegir yo? ¡Pero aunque supiera dónde está Domingo, no podría yo elegir!... Destroza mi corazón... Mejor quisiera morir en el acto. Sí, eso sería lo más pronto. Máteme, se lo ruego, máteme...

Aquella escena de desesperación y de lágrimas concluía por impacientarse al oficial, quien exclamó:

—¡Basta! Quiero ser bueno: Consiento en darle dos horas de término... Si dentro de dos horas no está aquí su novio, pagaré por él su padre.

E hizo llevar al tío Merlier al cuarto que sirvió de encierro a Domingo. El viejo pidió tabaco y se puso a fumar. En su impasible rostro no se veía ninguna emoción. Únicamente cuando se quedó solo, mientras fumaba, derramó dos lagrimones que corrieron lentos por sus mejillas. ¡Cómo sufría su pobre y querida hija!

Francisca se había quedado en medio del corral. Algunos soldados prusianos pasaban riéndose. Unos cuantos le decían palabras, chicleos que ella no comprendía. Miraba a la puerta por la cual acababa de desaparecer su padre. Y con un ademán lento se llevó la mano a la frente, como para impedir que estallase.

El oficial dio media vuelta, repitiendo:

—Dos horas le quedan. Trate de aprovecharlas.

Le quedaban dos horas. Esta frase le zumbaba dentro de la cabeza. Entonces salió maquinalmente del corral y echó a andar hacia adelante. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Ni siquiera intentó tomar una decisión, porque sabía bien lo inútil de sus esfuerzos. Eso no obstante, hubiera querido ver a Domingo. Ambos se hubiesen entendido, y hallado, quizás, algún recurso. Y en medio de la confusión de sus ideas, descendió á orillas del Morelle atravesándolo por debajo de la esclusa, en un sitio donde había grandes piedras. Sus pies la condujeron al pie del primer sauce, al extremo de la pradera. Al bajarse vio un charco de sangre que la hizo palidecer. Allí había sido. Y siguió. las huellas de Domingo en la hierba aplastada; había debido de correr, puesto que se veía una línea de largos pasos, atravesando en diagonal la llanada. De ahí para adelante, perdió esas huellas. Pero en un prado

próximo creyó encontrarlas de nuevo. Esto la condujo hasta la linde del bosque, donde se borraba toda indicación. Francisca penetró resuelta bajo los árboles. Sentía alivio en estar sola. Se sentó un instante. Luego, pensando en que pasaba la hora, volvió a ponerse de pie. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde su salida del molino? ¿Cinco minutos? ¿Media hora? Ya no tenía conciencia del tiempo. Quizá Domingo se hubiese ido a esconder en un soto que ella conocía, y donde cierta siesta habían estado juntos comiendo avellanas. Se dirigió al sotillo y lo recorrió. Sólo un mirlo salió a escape de allí, silbando su frase dulce y triste. Entonces pensó ella sí se habría refugiado en el hueco de unas rocas donde a veces solía ponerse él de espera; mas el hueco peñascoso estaba vacío. ¿Para qué buscarle? No le encontraría. Y poco a poco, le enardecía el deseo de encontrarlo, y andaba con más rapidez. De pronto le vino a las mientes la idea de que había debido de subirse a un árbol. Desde entonces avanzó mirando para arriba, y, con objeto de que supiese que ella estaba cerca de él, le llamaba cada quince a veinte pasos. Los cuclillos contestaban; un soplo de brisa entre las ramas le hacía creer que él estaba allí y que le llamaba. Una vez se imaginó verle; se detuvo sofocada, con ganas de huir. ¿Qué iba ella a decirle? ¿Venía para llevárselo consigo y hacerlo fusilar? ¡Oh! no; no le diría una palabra acerca de tales cosas. Le gritaría que se salvase, que no permaneciese en los contornos. Luego, el pensamiento de su padre, que estaba esperando, le causó un dolor agudo. Cayó llorando sobre la hierba, repitiendo en voz alta:

—¡Dios mío! Dios mío! ¿Por qué estoy aquí?

Se hallaba loca por haber venido. Y presa de pavor, corrió, tratando de salir del bosque. Tres veces equivocó la salida, y ya pensaba no encontrar más el molino, cuando desembocó en una llanada frente a Rocreuse. En cuanto vio la aldea se detuvo. ¿Iba a entrar sola?

Aún estaba quieta, cuando una voz le llamó con dulzura:

—¡Francisca! ¡Francisca!

Y vio ella a Domingo que alzaba la cabeza por el borde de una zanja. ¡Santo Dios! ¡Lo había encontrado! ¿Quería, pues, el cielo su muerte? Contuvo un grito ella y se deslizó dentro de la zanja.

—¿Me buscabas?—preguntó él.

—Sí—le respondió ella, zumbándole la cabeza y sin saber lo que decía.

—¡Ah! ¿Qué. pasa?

Bajó los ojos ella y balbuceó:

—Pues nada... estaba inquieta... quería verte...

Tranquilizado entonces, le explicó que no había querido alejarse. Temía por ellos. Esos granujas de prusianos eran muy capaces de vengarse en las mujeres y en los viejos. En fin, todo iba bien; y añadió sonriéndose:

—La boda será dentro de ocho días: he aquí todo.

Después, como se quedase ella aterrada, se quedó meditabundo.

—Pero, ¿qué tienes? Algo me ocultas.

—No, te lo juro. Es que he corrido para venir.

La abrazó él, diciendo que era imprudente para ambos el hablar más, y quiso salirse de la zanja, a fin de internarse en el bosque. Ella le retuvo temblando.

—Oye, quizá fuera lo mejor que permanecieses aquí... Nadie te busca, no temas nada.

—Francisca, tú me ocultas alguna cosa— repitió él.

De nuevo juró ella que nada le ocultaba. Sólo que anhelaba más el saber que estaba él cerca de su lado. Y tartamudeó aún otras razones. Le pareció a él tan singular su conducta, que ahora hubiera rehusado él mismo alejarse. Por otra parte, creía en el regreso de los franceses. Se habían visto tropas hacia la parte de Sauval.

—¡Ah! ¡Que corran, que lleguen aquí lo antes posible! — murmuró ella con fervor.

En aquel momento sonaron las once en la torre de Rocreuse. Las campanadas llegaban claras y distintas. Se levantó ella como una loca: dos horas hacía que salió del molino.

—Escucha — dijo con rapidez — si te necesitamos, subiré a mi cuarto y agitaré mi pañuelo.

Y se marchó corriendo, mientras que Domingo, muy inquieto, se empinaba sobre el borde de la zanja para espiar el molino. Cuando ella iba a entrar en Rocreuse, Francisca se encontró con un viejo mendigo, el tío Boutemps, que conocía a todo el mundo. La saludó; acababa de ver al molinero en medio de los prusianos; luego, haciéndose cruces y chapurreando palabras entrecortadas, continuó su camino.

—Han pasado las dos horas— dijo el oficial cuando se presentó Francisca.

El tío Merlier estaba allí, sentado en el banco junto al pozo. Continuaba fumando. La joven suplicó, lloró, se arrodilló de nuevo. Quería ganar tiempo. Había crecido en ella la esperanza de ver volver a los franceses, y mientras se lamentaba creía oír a lo lejos los pasos cadenciosos de un ejército. ¡Oh, si se presentasen! ¡ Si librasen a todos!

—Oiga, señor: una hora, una hora más... ¡Bien puede concedernos una hora!

Pero el oficial permanecía insensible. Hasta dispuso que dos hombres se apoderasen de ella y se la llevaran, para proceder tranquilamente al fusilamiento del anciano. Entonces se libró un tremendo combate en el corazón de Francisca. No podía dejar que asesinasen así a su padre. No, no, más bien moriría ella con Domingo; se lanzaba hacia su cuarto, cuando el mismo Domingo entró en el corral.

El oficial y los soldados dieron un grito de triunfo. Pero él, como si allí no hubiese habido nadie más que Francisca, se adelantó hacia ella tranquilo y algo serio, y dijo:

—Eso está mal hecho. ¿Por qué no me has traído? Ha sido menester que el tío Boutemps me lo refiriese todo... En fin, aquí estoy.

V

Eran las tres. Grandes nubarrones oscuros habían cubierto lentamente el cielo, presagio de alguna tormenta próxima. Aquel cielo amarillo, aquellos celajes cobrizos convertían el valle de Rocreuse, tan alegre al sol, en un desfiladero lleno de sombras tenebrosas. El oficial prusiano se había limitado a encerrar a Domingo, sin manifestar que suerte le reservaba. Desde el medio día, Francisca agonizaba con una angustia abominable. No quería abandonar el corral, á despecho de las instancias de su padre. Esperaba a los franceses. Pero transcurrían las horas, iba a llegar la noche y sufría tanto más ella, cuanto que todo aquel tiempo ganado no parecía poder influir en que cambiara el tremendo desenlace. Sin embargo, hacia las tres de la tarde, los prusianos hicieron sus preparativos de marcha. Desde un instante, el oficial estaba encerrado como la víspera con Domingo. Francisca había comprendido que estaba decidiéndose la vida del joven. Entonces juntó las manos y rezó. Junto a ella, el tío Merlier conservaba su actitud muda y rígida de viejo campesino, que no lucha contra la fatalidad de los hechos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!—balbuceó Francisca — ¡van a matarlo!...

El molinero la atrajo hacia sí, y la sentó en sus rodillas como a un niño.

En aquel momento salía el oficial, y detrás de él iban dos hombres custodiando a Domingo.

—¡Jamás, jamás! —gritaba este último.—Estoy dispuesto á morir.

—Piénselo bien—contestó el oficial.— Ese servicio que me negáis, nos lo prestará otro. Os ofrezco la vida, soy generoso... Se trata simplemente de que nos guíe a Montredon, a través de los bosques. Debe de haber allí senderos.

Domingo no contestaba.

—Entonces, ¿se empeña en ello?

—Máteme, y acabemos —respondió. Francisca le rogaba desde lejos, con las manos juntas. Se olvidaba de todo, le hubiera aconsejado una felonía. Pero el tío Merlier le cogió las manos, para que los prusianos no viesen sus gestos de mujer enloquecida.

—Tiene razón— dijo él—vale más morir. Allí estaba el pelotón para el fusilamiento.

El oficial aguardaba de Domingo una debilidad. Contaba siempre con decidirle. Hubo un breve silencio. A lo lejos se oían violentos truenos. Un calor pesado aplastaba la campiña. Y en medio de este silencio resonó un grito:

—¡Los franceses, los franceses! Eran ellos, en efecto. Por el camino de Sauval en la linde del bosque, se distinguía la fila de pantalones encarnados. Hubo en el molino una agitación extraordinaria. Los soldados prusianos corrían, con exclamaciones guturales. Por lo demás, aún no se había hecho ni un disparo.

—¡Los franceses, los franceses! — gritó Francisca batiendo palmas.

Estaba como loca. Acababa de escaparse de los brazos de su padre, agitando al aire las manos. Al fin llegaban; y llegaban a tiempo, puesto que Domingo estaba allí de pie.

Un terrible fuego de pelotón, que estalló como el trueno de un rayo junto a sus oídos, la hizo volverse. El oficial acababa de murmurar:

—Ante todo, despachemos este asunto.

Y empujando él mismo a Domingo contra la pared de un cobertizo, había mandado ¡Fuego!

Cuando Francisca se volvió, Domingo estaba en tierra, con el pecho acribillado por doce balas.

Ella no lloró, se quedó estupefacta. Sus ojos permanecieron fijos, y fue a sentarse bajo el cobertizo, a pocos pasos del cadáver. Lo contemplaba y hacía con la mano un gesto vago e infantil de vez en cuando. Los prusianos se habían apoderado, en rehenes, del tío Merlier.

Hubo un buen combate. Rápidamente había apostado sus hombres el oficial, comprendiendo que no podía batirse en retirada sin

hacerse aplastar. Valía más vender cara su vida. A la sazón, los prusianos eran quienes defendían el molino, y los franceses quienes lo atacaban.

El fuego de fusilería comenzó con una violencia inaudita. Durante media hora no cesó. Luego se oyó un estampido sordo, y una granada rompió una rama maestra del olmo secular. Los franceses tenían cañones. Una batería, situada precisamente encima de la zanja en la cual estuvo oculto Domingo, barría con sus fuegos la calle mayor de Roceuse. Desde aquel instante no podía ser larga la lucha.

¡Ah, pobre molino! Las granadas lo atravesaban de parte a parte. Voló la mitad de la techumbre. Se derrumbaron dos paredes. Pero sobre todo, el desastre llegó á ser lamentable por la parte del Morelle. Las hiedras, arrancadas de las derruidas paredes, colgaban como harapos; el río arrastraba escombros de todas clases, y por una brecha se veía la estancia de Francisca, con su lecho, cuyas blancas colgaduras estaban esmeradamente planchadas. Una tras otra recibió dos granadas la vieja rueda, y exhaló un supremo gemido: las paletas fueron arrastradas por la corriente, se hundió la armadura.

Era que el alma del alegre molino acababa de desprenderse de él.

Después dieron el asalto los franceses. Hubo un furioso combate de arma blanca. Bajo el cielo de color de herrumbre, el desfiladero del valle se iba llenando de muertos. Las extensas planicies parecían feroces, con sus grandes árboles aislados, con sus cortinajes de chopos que las manchaban con sombras. A derecha e izquierda, los bosques eran como las murallas de un circo que encerraba a los combatientes; al paso que los manantiales, las fuentes y los arroyuelos producían ruidos como de sollozos en el pánico de las campiñas.

Bajo el cobertizo, Francisca no se había movido, agachada frente al cadáver de Domingo. El tío Merlier acababa de caer seco, de una bala perdida. Entonces, exterminados los prusianos y ardiendo el molino, el capitán francés entró el primero en el corral. Desde los comienzos de la campaña, era éste el único buen éxito que conseguía. Por tanto, lleno de ardimiento, agigantando su elevada estatura, se reía con su simpático aire de gentil caballero. Y al ver a Francisca, imbécil entre los cadáveres de su marido y de su padre, en medio de las ruinas humeantes del molino, la saludó galantemente con la espada, gritando:

—¡Victoria! ¡Victoria!

BOLA DE SEBO

Por Guy de Maupassant

Durante muchos días consecutivos pasaron por la ciudad restos del ejército derrotado. Más que tropas regulares, parecían hordas en dispersión. Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones, y llegaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían abrumados y derrengados, incapaces de concebir una idea o de tomar una resolución; andaban sólo por costumbre y caían muertos de fatiga en cuanto se paraban. Los más eran movilizados, hombres pacíficos, muchos de los cuales no hicieron otra cosa en el mundo que disfrutar de sus rentas, y los abrumaba el peso del fusil; otros eran jóvenes voluntarios, impresionables, prontos al terror y al entusiasmo, dispuestos fácilmente a huir o acometer; y mezclados con ellos, iban algunos veteranos aguerridos, restos de una división destrozada en un terrible combate; artilleros de uniforme oscuro, alineados con reclutas de varias procedencias, entre los cuales aparecía el brillante casco de algún dragón, tardo en el andar, que seguía difícilmente la marcha ligera de los infantes.

Compañías de franco—tiradores, bautizados con epítetos heroicos: Los Vengadores de la Derrota, Los Ciudadanos de la Tumba, Los Compañeros de la Muerte, aparecían a su vez con aspecto de facinerosos, capitaneados por antiguos almacenistas de paños o de cereales, convertidos en jefes gracias a su dinero —cuando no al tamaño de las guías de sus bigotes—, cargados de armas, de abrigos y de galones, que hablaban con voz campanuda, proyectaban planes de campaña y pretendían ser los únicos cimientos, en el único sostén de la Francia agonizante, cuyo peso moral gravitaba por entero sobre sus hombros de fanfarrones, a la vez que se mostraban temerosos de sus mismos soldados, gentes del bronce, muchos de ellos valientes, y también forajidos y truhanes.

Se dijo por entonces que los prusianos iban a entrar en Rúa.

La Guardia Nacional, que desde dos meses atrás practicaba con gran lujo de precauciones prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas y aprestándose al combate cuando un gazapillo hacía crujir la hojarasca, se retiró a sus hogares. Las armas, los uniformes, todos los mortíferos arreos que hasta entonces derramaron el terror sobre las carreteras nacionales, en tres leguas a la redonda, desaparecieron de repente.

Los últimos soldados franceses acababan de atravesar el Sena buscando el camino de Port—Audemer por Saint—Sever y Bourg—

Achard, y su general iba tras ellos entre dos de sus ayudantes, a pie, desalentado porque no podía intentar nada con los jirones de un ejército deshecho y enloquecido por el terrible desastre de un pueblo acostumbrado a vencer y al presente vencido, sin gloria ni desquite, a pesar de su bravura legendaria.

Una calma profunda, una terrible y silenciosa inquietud, abrumaron a la población. Muchos burgueses acomodados, entumecidos por el comercio, esperaban ansiosamente a los invasores, con el temor de que juzgasen armas de combate un asador y un cuchillo de cocina.

La vida se paralizó, se cerraron las tiendas, las calles enmudecieron. De tarde en tarde un transeúnte, acobardado por aquel mortal silencio, al deslizarse rápidamente, rozaba el revoque de las fachadas.

La zozobra, la incertidumbre, hicieron al fin desear que llegase, de una vez, el invasor.

En la tarde del día que siguió a la marcha de las tropas francesas, aparecieron algunos ulanos, sin que nadie se diese cuenta de cómo ni por donde, y atravesaron al galope la ciudad. Luego, una masa negra se presentó por Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de alemanes llegaban por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron a una hora fija en la plaza del Ayuntamiento y por todas las calles próximas afluyó el ejército victorioso, desplegando sus batallones, que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y recio.

Las voces del mando, chilladas guturalmente, repercutían a lo largo de los edificios, que parecían muertos y abandonados, mientras que detrás de los postigos entornados algunos ojos inquietos observaban a los invasores, dueños de la ciudad y de vidas y haciendas por derecho de conquista. Los habitantes, a oscuras en sus viviendas, sentían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos asoladores de la tierra, contra los cuales toda precaución y toda energía son estériles. La misma sensación se reproduce cada vez que se altera el orden establecido, cada vez que deja de existir la seguridad personal, y todo lo que protegen las leyes de los hombres o de la naturaleza se pone a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un terremoto aplastando entre los escombros de las casas a todo el vecindario; un río desbordado que arrastra los cadáveres de los campesinos ahogados, junto a los de sus bueyes y las vigas de sus viviendas, o un ejército victorioso que acuchilla a los que se defienden, hace a los demás prisioneros, saquea en nombre de las armas vencedoras y ofrenda sus preces a un dios, al compás de los cañonazos, son otros tantos azotes horribles que destruyen toda creencia en la eterna justi-

cia, toda la confianza que nos han enseñado a tener en la protección del cielo y en el juicio humano.

Se acercaba a cada puerta un grupo de alemanes y se alojaban en todas las casas. Después del triunfo, la ocupación. Se veían obligados los vencidos a mostrarse atentos con los vencedores.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, se restableció la calma. En muchas casas un oficial prusiano compartía la mesa de una familia. Algunos, por cortesía o por tener sentimientos delicados, compadecían a los franceses y manifestaban que les repugnó verse obligados a tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Con adulaciones, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir a los poderosos, de quiénes dependían? Fuera más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los actuales burgueses de Rúan, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre a la ciudad. Se razonaba — escudándose para ello en la caballerosidad francesa— que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atenciones, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo le trataban que retenían todas las noches al alemán de tertulia junto al hogar, en familia.

La ciudad recobraba poco a poco su plácido aspecto exterior. Los franceses no salían con frecuencia, pero los soldados prusianos transitaban por las calles a todas horas. Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules que arrastraban con arrogancia sus chafarotes por las aceras no demostraban a los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores franceses que frecuentaban los mismos cafés.

Había, sin embargo, un algo especial en el ambiente; algo sutil y desconocido; una atmósfera extraña e intolerable, como una peste difundida: la peste de la invasión. Esa peste saturaba las viviendas, las plazas públicas, trocaba el sabor de los alimentos, produciendo la impresión sentida cuando se viaja lejos, muy lejos del propio país, entre bárbaras y amenazadoras tribus.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban sin chistar: eran ricos. Pero cuanto más opulento es el negociante normando, más le hace sufrir verse obligado a sacrificar una parte, por pequeña que sea, de su fortuna, poniéndola en manos de otro.

A pesar de la sumisión aparente, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores con frecuencia sacaban del agua el cadáver de algún alemán, abotagado, muerto de una cuchillada, o de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra o lanzado al agua de un empujón desde lo alto de un puente. El fango del río amortajaba esas oscuras venganzas, salvajes y legítimas represalias, desconocidos heroísmos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas campales y sin estruendo glorioso.

Porque los odios que inspira el invasor arman siempre los brazos de algunos intrépidos, resignados a morir por una idea.

Pero como los vencedores, a pesar de haber sometido la ciudad al rigor de su disciplina inflexible, no habían cometido ninguna de las brutalidades que les atribuían y afirmaban su fama de crueles en el curso de su marcha triunfal, se rehicieron los ánimos de los vencidos y la conveniencia del negocio reinó de nuevo entre los comerciantes de la región. Algunos tenían planteados asuntos de importancia en El Havre, ocupado todavía por el ejército francés, y se propusieron hacer una intentona para llegar a ese puerto, yendo en coche a Dieppe, en donde podrían embarcar.

A apoyados en la influencia de algunos oficiales alemanes, a los que trataban amistosamente, obtuvieron del general un salvoconducto para el viaje.

Así, pues, se había prevenido una espaciosa diligencia de cuatro caballos para diez personas, previamente inscritas en el establecimiento de un alquilador de coches; y se fijó la salida para un martes, muy temprano, con objeto de evitar la curiosidad y aglomeración de transeúntes.

Días antes, las heladas habían endurecido ya la tierra, y el lunes, a eso de las tres, densos nubarrones empujados por un viento norte descargaron una tremenda nevada que duró toda la tarde y toda la noche.

A eso de las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunieron en el patio de la Posada Normanda, en cuyo lugar debían tomar la diligencia.

Llegaban muertos de sueño; y tiritaban de frío, arrebujados en sus mantas de viaje. Apenas se distinguían en la oscuridad, y la superposición de pesados abrigos daba el aspecto, a todas aquellas personas, de sacerdotes barrigudos, vestidos con sus largas sotanas. Dos de los viajeros se reconocieron; otro los abordó y hablaron.

—Voy con mi mujer —dijo uno.

—Yo también.

—Y yo.

El primero añadió:

—No pensamos volver a Rúan, y si los prusianos se acercan a El Havre, nos embarcaremos para Inglaterra.

Los tres eran de naturaleza semejante, y sin duda, por eso tenían aspiraciones idénticas.

Aún estaba el coche sin enganchar. Un farolito, llevado por un mozo de cuadra, de cuando en cuando aparecía en una puerta oscura, para desaparecer inmediatamente por otra. Los caballos herían con los cascos el suelo, produciendo un ruido amortiguado por la paja de sus camas, y se oía una voz de hombre, dirigiéndose a las bestias, a intervalos razonable o blasfemadora. Un ligero rumor de cascabeles anunciaba el manejo de los arneses, cuyo rumor se convirtió bien pronto en un tintineo claro y continuo, regulado por los movimientos de una bestia; cesaba de pronto, y volvía a producirse con una brusca sacudida, acompañado por el ruido seco de las herraduras al chocar en las piedras.

Se cerró de golpe la puerta. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, ya no hablaban; permanecían inmóviles y rígidos.

Una espesa cortina de copos blancos se desplegaba continuamente, abillantada y temblorosa; cubría la tierra, sumergiéndolo todo en una espuma helada; y sólo se oía en el profundo silencio de la ciudad el roce vago, inexplicable, tenue, de la nieve al caer, sensación más que ruido, entrecruzamiento de átomos ligeros que parecen llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció, con su linterna, tirando de un roncal sujeto al morro de un rocín que le seguía de mala gana. Lo arrimó a la lanza, enganchó los tiros, dio varias vueltas en torno, asegurando los arneses; todo lo hacía con una sola mano, sin dejar el farol que llevaba en la otra. Cuando iba de nuevo al establo para sacar la segunda bestia, reparó en los inmóviles viajeros, blanqueados ya por la nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben al coche y estarán resguardados al menos?

Sin duda no se les había ocurrido, y ante aquella invitación se precipitaron a ocupar sus asientos. Los tres maridos instalaron a sus mujeres en la parte anterior y subieron; enseguida, otras formas borrosas y arropadas, fueron instalándose como podían sin hablar ni una palabra.

En el suelo del carruaje había una buena porción de paja, en la cual se hundían los pies. Las señoras que habían entrado primero lle-

vaban caloríferos de cobre con un carbón químico, y mientras los preparaban, charlaron a media voz; cambiaban impresiones acerca del buen resultado de aquellos aparatos y repetían cosas que de puro sabidas debieron tener olvidadas.

Por fin, una vez enganchados en la diligencia seis rocines en vez de cuatro, porque las dificultades aumentaban con el mal tiempo, una voz desde el pescante preguntó:

—¿Han subido ya todos?

Otra contestó desde dentro:

—Sí; no falta ninguno.

Y el coche se puso en marcha.

Avanzaba lentamente, lentamente, a paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve, la caja entera crujía con sordos rechinamientos; los animales resbalaban, resollaban, humeaban; y el gigantesco látigo del mayoral restallaba sin reposo, volteaba en todos sentidos, arrollándose y desarrollándose como una delgada culebra, y azotando brusca-mente la grupa de algún caballo, que se agarraba entonces mejor, gracias a un esfuerzo mayor.

La claridad aumentaba imperceptiblemente. Aquellos ligeros copos que un viajero culto, natural de Ruán precisamente, había comparado a una lluvia de algodón, luego dejaron de caer. Un resplandor amarillento se filtraba entre los nubarrones pesados y oscuros, bajo cuya sombra resaltaba más la resplandeciente blancura del campo, donde aparecía, ya una hilera de árboles cubiertos de blanquísima escarcha, ya una choza con una caperuza de nieve.

A la triste claridad de aurora lívida los viajeros empezaron a mirarse curiosamente.

Ocupando los mejores asientos de la parte anterior, dormitaban, uno frente a otro, el señor y la señora Loiseau, almacenistas de vinos en la calle de Grand Port.

Antiguo dependiente de un vinatero, hizo fortuna continuando por su cuenta el negocio que había sido la ruina de su principal. Vendiendo barato un vino malísimo a los taberneros rurales, adquirió fama de pícaro redomado, y era un verdadero normando rebosante de astucia y jovialidad.

Tanto como sus bribonadas, se comentaban también sus agudezas, no siempre ocultas, y sus bromas de todo género; nadie podía referirse a él sin añadir como un estribillo necesario: “Ese Loiseau es insustituible”.

De poca estatura, realizaba con una barriga hinchada como un globo la pequeñez de su cuerpo, al que servía de remate una faz arrebolada entre dos patillas canosas.

Alta, robusta, decidida, con mucha entereza en la voz y seguridad en sus juicios, su mujer era el orden, el cálculo aritmético de los negocios de la casa, mientras que Loiseau atraía con su actividad bulliciosa.

Junto a ellos iban sentados en la diligencia, muy dignos, como vástagos de una casta elegida, el señor CarréLamadon y su esposa. Era el señor CarréLamadon un hombre acaudalado, enriquecido en la industria algodonera, dueño de tres fábricas, caballero de la Legión de Honor y diputado provincial. Se mantuvo siempre contrario al Imperio, y capitaneaba un grupo de oposición tolerante, sin más objeto que hacerse valer sus condescendencias cerca del Gobierno, al cual había combatido siempre “con armas cortesés”, que así calificaba el mismo su política. La señora CarréLamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los militares distinguidos, mozos y arrogantes, que iban de guarnición a Ruán.

Sentada frente a su esposo, junto a la señora de Loiseau, menuda, bonita, envuelta en su abrigo de pieles, contemplaba con ojos lastimosos el lamentable interior de la diligencia.

Inmediatamente a ellos se hallaban instalados el conde y la condesa Hubert de Breville, descendientes de uno de los más nobles y antiguos linajes de Normandía. El conde, viejo aristócrata, de gallardo continente, hacía lo posible para exagerar, con los artificios de su tocado, su naturaleza semejante con el rey Enrique IV, el cual, según una leyenda gloriosa de la familia, gozó, dándole fruto de bendición, a una señora de Breville, cuyo marido fue, por esta honra singular, nombrado conde y gobernador de provincia.

Colega del señor CarréLamadon en la Diputación provincial representaba en el departamento al partido orleanista. Su enlace con la hija de un humilde consignatario de Nantes fue incomprensible, y continuaba pareciendo misterioso. Pero como la condesa lució desde un principio aristocráticas maneras, recibiendo en su casa con una distinción que se hizo proverbial, y hasta dio que decir sobre si estuvo en relaciones amorosas con un hijo de Luis Felipe, agasajáronla mucho las damas de más noble alcurnia; sus reuniones fueron las más brillantes y encopetadas, las únicas donde se conservaron tradiciones de rancia etiqueta, y en las cuales era difícil ser admitido.

Las posesiones de los Brevilles producían —al decir de las gentes— unos quinientos mil francos de renta.

Por una casualidad imprevista, las señoras de aquellos tres caballeros acaudalados, representantes de la sociedad serena y fuerte, personas distinguidas y sensatas, se hallaban juntas a un mismo lado, cuyos otros dos asientos ocupaban dos monjas, que sin cesar hacían correr entre sus dedos las cuentas de los rosarios, desgranando padre-nuestros y avemarías. Una era vieja, con el rostro descarnado, carcomido por la viruela, como si hubiera recibido en plena faz una perdigonada. La otra, muy endeble, inclinaba sobre su pecho de tísica una cabeza primorosa y febril, consumida por la fe devoradora de los mártires y de los iluminados.

Frente a las monjas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido en todas partes, era Cornudet, fiero demócrata y terror de las gentes respetables. Hacía veinte años que salpicaba su barba rubia con la cerveza de todos los cafés populares. Había derrochado en francachelas una regular fortuna que le dejó su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia el triunfo de la República, para obtener al fin el puesto merecido por los innumerables tragos que le impusieron sus ideas revolucionarias. El día 4 de septiembre, al caer el gobierno, a causa de un error —o de una broma dispuesta intencionadamente—, se creyó nombrado prefecto; pero al ir a tomar posesión del cargo, las ordenanzas de la Prefectura, únicos empleados que allí quedaban, se negaron a reconocer su autoridad, y eso le contrarió hasta el punto de renunciar para siempre a sus ambiciones políticas. Buenazo, inofensivo y servicial, había organizado la defensa con un ardor incomparable, haciendo abrir zanjas en las llanuras, talando las arboledas próximas, poniendo cepos en todos los caminos; y al aproximarse los invasores, orgulloso de su obra, se retiró mas que a paso hacia la ciudad. Luego, sin duda, supuso que su presencia sería más provechosa en El Havre, necesitado tal vez de nuevos atrincheramientos.

La mujer que iba a su lado era una de las que se llaman galantes, famosa por su abultamiento prematuro, que le valió el sobrenombre de Bola de Sebo, de menos que mediana estatura, mantecosa, con las manos abotagadas y los dedos estrangulados en las falanges —como rosarios de salchichas gordas y enanas—, con una piel suave y lustrosa, con un pecho enorme, rebosante, de tal modo complacía su frescura, que muchos la deseaban porque les parecía su carne apetitosa. Su rostro era como una manzanita colorada, como un capullo de amapola en el momento de reventar; eran sus ojos negros, magníficos, velados por grandes pestañas, y su boca provocativa, pequeña, húmeda, palpi-

tante de besos, con unos dientecitos apretados, resplandecientes de blancura.

Poseía también —a juicio de algunos— ciertas cualidades muy estimadas.

En cuanto la reconocieron las señoras que iban en la diligencia, comenzaron a murmurar; y las frases “vergüenza pública”, “mujer prostituida”, fueron pronunciadas con tal descaro, que la hicieron levantar la cabeza. Fijó en sus compañeros de viaje una mirada, tan provocadora y arrogante, que impuso de pronto silencio; y todos bajaron la vista excepto Loiseau, en cuyos ojos asomaba más deseo reprimido que disgusto exaltado.

Pronto la conversación se rehizo entre las tres damas, cuya recíproca simpatía se aumentaba por instantes con la presencia de la moza, convirtiéndose casi en intimidad. Se creían obligadas a estrecharse, a protegerse, a reunir su honradez de mujeres legales contra la vendedora de amor, contra la desvergonzada que ofrecía sus atractivos a cambio de algún dinero; porque el amor legal acostumbra ponerse muy hosco y malhumorado en presencia de un semejante libre.

También los tres hombres, agrupados por sus instintos conservadores en oposición a las ideas de Cornudet, hablaban de intereses con alardes fatuos y desdeñosos, ofensivos para los pobres. El conde Hubert hacía relación de las pérdidas que le ocasionaban los prusianos, las que sumarían las reses robadas y las cosechas abandonadas, con altivez de señorón diez veces millonario, en cuya fortuna tantos desastres no lograban hacer mella. El señor CarréLamadon, precavido industrial, se había curado en salud, enviando a Inglaterra seiscientos mil francos, una bicoca de que podía disponer en cualquier instante. Y Loiseau dejaba ya vendido a la Intendencia del ejército francés todo el vino de sus bodegas, de manera que le debía el Estado una suma de importancia, que haría efectiva en El Havre.

Se miraban los tres con benevolencia y agrado; aun cuando su calidad era muy distinta, los hermanaba el dinero, porque pertenecían los tres a la francmasonería de los pudientes que hacen sonar el oro al meter las manos en los bolsillos del pantalón.

El coche avanzaba tan lentamente que a las diez de la mañana no había recorrido aún cuatro leguas. Se habían apeado varias veces los hombres para subir, haciendo ejercicio, algunos repechos. Comenzaron a intranquilizarse, porque salieron con la idea de almorzar en Totes, y no era ya posible que llegaran hasta el anochecer. Miraban a lo lejos con ansia de adivinar una posada en la carretera, cuando el coche se atascó en la nieve y estuvieron dos horas detenidos.

Al aumentar el hambre, perturbaba las inteligencias; nadie podía socorrerlos, porque la temida invasión de los prusianos y el paso del ejército francés habían hecho imposibles todas las industrias.

Los caballeros corrían en busca de provisiones de cortijo en cortijo, acercándose a todos los que veían próximos a la carretera; pero no pudieron conseguir ni un pedazo de pan, absolutamente nada, porque los campesinos, desconfiados y ladinos, ocultaban sus provisiones, temeroso de que al pasar el ejército francés, falto de víveres, cogiera cuanto encontrara.

Era poco más de la una cuando Loiseau anunció que sentía un gran vacío en el estómago. A todos los demás les ocurría otro tanto, y la invencible necesidad, manifestándose a cada instante con más fuerza, hizo languidecer horriblemente las conversaciones, imponiendo, al fin, un silencio absoluto.

De cuando en cuando alguien bostezaba; otro le seguía inmediatamente, y todos, cada uno conforme a su calidad, a su carácter, a su educación, abrían la boca, ostensible o disimuladamente, cubriendo con la mano las fauces ansiosas, que despedían un aliento de angustia.

Bola de Sebo se inclinó varias veces como si buscara alguna cosa debajo de sus faldas. Vacilaba un momento, contemplando a sus compañeros de viaje; luego, se erguía tranquilamente. Los rostros palidecían y se crispaban por instantes. Loiseau aseguraba que pagaría mil francos por un jamoncito. Su esposa dio un respingo en señal de protesta, pero al punto se calmó: para la señora era un martirio la sola idea de un derroche, y no comprendía que ni en broma se dijeran semejantes atrocidades.

—La verdad es que me siento desmayado —advirtió el conde—. ¿Cómo es posible que no se me ocurriera traer provisiones?

Todos reflexionaban de un modo análogo.

Cornudet llevaba un frasquito de ron. Lo ofreció y rehusaron secamente. Pero Loiseau, menos aparatoso, se decidió a beber unas gotas, y al devolver el frasquito, agradeció el obsequio con estas palabras:

—Al fin y al cabo, caliente el estómago y distrae un poco el hambre.

Se reanimó y propuso alegremente que, ante la necesidad apremiante, debían, como los náufragos de la vieja canción, comerse al más gordo. Esta broma, en que se aludía muy directamente a Bola de Sebo, pareció de mal gusto a los viajeros bien educados. Nadie la tomó en cuenta, y solamente Cornudet sonreía. Las dos monjas acabaron de mascullar oraciones, y con las manos hundidas en sus anchas man-

gas, permanecían inmóviles, bajaban los ojos obstinadamente y sin duda ofrecían al Cielo el sufrimiento que les enviaba.

Por fin, a las tres de la tarde, mientras la diligencia atravesaba llanuras interminables y solitarias, lejos de todo poblado, Bola de Sebo se inclinó, resueltamente, para sacar de debajo del asiento una cesta.

Tomó primero, un plato de fina loza; luego, un vasito de plata, y después, una fiambarrera donde había dos pollos asados, ya en trozos, y cubiertos de gelatina; aún dejó en la cesta otros manjares y golosinas, todo ello apetitoso y envuelto cuidadosamente: pasteles, queso, frutas, las provisiones dispuestas para un viaje de tres días, con objeto de no comer en las posadas. Cuatro botellas asomaban el cuello entre los paquetes.

Bola de Sebo tomó un ala de pollo y se puso a comerla, con mucha pulcritud, sobre medio panecillo de los que llaman regencias en Normandía.

El perfume de las viandas estimulaba el apetito de los otros y agravaba la situación, produciéndoles abundante saliva y contrayendo sus mandíbulas dolorosamente. Rayó en ferocidad el desprecio que a las viajeras inspiraba la moza; la hubieran asesinado, la hubieran arrojado por una ventanilla con su cubierto, su vaso de plata y su cesta y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la fiambarrera de los pollos. Y dijo:

—La señora fue más precavida que nosotros. Hay gentes que no descuidan jamás ningún detalle.

Bola de Sebo hizo un ofrecimiento amable:

—¿Usted gusta? ¿Le apetece algo, caballero? Es penoso pasar todo un día sin comer.

Loiseau hizo una reverencia de hombre agradecido:

—Francamente, acepto; el hambre obliga mucho. La guerra es la guerra. ¿No es cierto, señora?

Y lanzando en torno una mirada, prosiguió:

—En momentos difíciles como el presente, consuela encontrar almas generosas.

Llevaba en el bolsillo un periódico y lo extendió sobre sus muslos para no mancharse los pantalones, y con la punta de un cortaplumas pingó una pata de pollo, muy lustrosa, recubierta de gelatina. Le dio un bocado, y comenzó a comer tan complacido que aumentó con su alegría la desventura de los demás, que no pudieron reprimir un suspiro angustioso.

Con palabras cariñosas y humildes, Bola de Sebo propuso a las monjitas que tomaran algún alimento. Las dos aceptaron sin hacerse de rogar y, con los ojos bajos, se pusieron a comer deprisa, después de pronunciar a media voz una frase de cortesía. Tampoco se mostró esquivo Cornudet a las insinuaciones de la moza, y con ella y las monjitas, tendiendo un periódico sobre las rodillas de los cuatro, formaron, en la parte posterior del coche, una especie de mesa donde servirse.

Las mandíbulas trabajaban sin descanso; se abrían y cerraban las bocas hambrientas y feroces. Loiseau, en un rinconcito, se despachaba muy a su gusto, queriendo convencer a su esposa para que se decidiera a imitarle. Se resistía la señora; pero, al fin, víctima de un estremecimiento doloroso como un calambre, accedió. Entonces el marido, con floreos retóricos, le pidió permiso a “su encantadora compañera de viaje” para servir a la dama una tajadita.

Bola de Sebo se apresuró a decir:

—Cuanto usted guste.

Y sonriéndole con amabilidad, le alargó la fiambreira.

Al destaparse la primera botella de Burdeos, se presentó un conflicto. Sólo había un vaso, el vaso de plata. Se lo iban pasando el uno al otro, después de restregar el borde con una servilleta. Cornudet, por galantería, sin duda, quiso aplicar sus labios donde los había puesto la moza.

Envueltos por la satisfacción ajena, y sumidos en la propia necesidad, ahogados por las emanaciones provocadoras y excitantes de la comida, el conde y la condesa de Breville y el señor y la señora de Carré—Lamadón padecieron el suplicio espantoso que ha inmortalizado el nombre de Tántalo. De pronto, la monísima esposa del fabricante lanzó un suspiro que atrajo todas las miradas; su rostro estaba pálido, compitiendo en blancura con la nieve que sin cesar caía; se cerraron sus ojos, y su cuerpo languideció: se desmayó. Muy emocionado el marido imploraba un socorro que los demás, aturdidos a su vez, no sabían cómo procurarle, hasta que la mayor de las monjitas, apoyando la cabeza de la señora sobre su hombro, aplicó a sus labios el vaso de plata lleno de vino. La enferma se repuso; abrió los ojos, volvieron sus mejillas a colorearse y dijo, sonriente, que se hallaba mejor que nunca; pero lo dijo con la voz desfallecida. Entonces la monjita, insistiendo para que agotara el burdeos que había en el vaso, advirtió:

—Es hambre, señora; es hambre lo que tiene usted.

Bola de Sebo, desconcertada, ruborosa, dirigiéndose a los cuatro viajeros que no comían, balbució:

—Yo les ofrecería con mucho gusto...

Más se interrumpió, temerosa de ofender con sus palabras la susceptibilidad exquisita de aquellas nobles personas; Loiseau completó la invitación a su manera, librando del apuro a todos:

—¡Eh! ¡Caracoles! Hay que amoldarse a las circunstancias. ¿No somos hermanos todos los hombres, hijos de Adán, criaturas de Dios? Basta de cumplidos, y a remediarse caritativamente. Acaso no encontremos ni un refugio para dormir esta noche. Al paso que vamos, ya será mañana muy entrado el día cuando lleguemos a Totes.

Los cuatro dudaban, silenciosos, no queriendo asumir ninguno la responsabilidad que sobre un “sí” pesaría.

El conde transigió, por fin, y dijo a la tímida moza, dando a sus palabras un tono solemne:

—Aceptamos, agradecidos, su mucha cortesía.

Lo difícil era el primer envite. Una vez pasado el Rubicón, todo fue como un guante. Vacieron la cesta. Comieron, además de los pollos, una terrina de foiegras, una empanada, un pedazo de lengua, frutas, dulces, pepinillos y cebollitas en vinagre.

Imposible devorar las viandas y no mostrarse atentos. Era inevitable una conversación general en que la moza pudiese intervenir; al principio les violentaba un poco, pero Bola de Sebo, muy discreta, los condujo insensiblemente a una confianza que hizo desvanecer todas las prevenciones. Las señoras de Breville y de CarréLamadon, que tenían un trato muy exquisito, se mostraron afectuosas y delicadas. Principalmente la condesa lució esa dulzura suave de gran señora que a todo puede arriesgarse, porque no hay en el mundo miseria que lograra manchar el rancio lustre de su alcuernia. Estuvo deliciosa. En cambio, la señora Loiseau, que tenía un alma de gendarme, no quiso doblegarse: hablaba poco y comía mucho.

Trataron de la guerra, naturalmente. Adujeron infamias de los prusianos y heroicidades realizadas por los franceses; todas aquellas personas que huían del peligro alababan el valor.

Arrastrada por las historias que unos y otros referían, la moza contó, emocionada y humilde, los motivos que la obligaban a marcharse de Ruán:

—Al principio creí que me sería fácil permanecer en la ciudad vencida, ocupada por el enemigo. Había en mi casa muchas provisiones y supuse más cómodo mantener a unos cuantos alemanes que abandonar mi patria. Pero cuando los vi, no pude contenerme; su presencia me alteró; me descompuse y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh! ¡Quisiera ser hombre para vengarme! Débil mujer, con lagrimas

en los ojos los veía pasar, veía sus corpachones de cerdo y sus puntia-gudos cascos, y mi criada tuvo que sujetarme para que no les tirase a la cabeza los tiestos de los balcones. Después fueron alojados, y al ver en mi casa, junto a mí, aquella gentuza, ya no pude contenerme y me arrojé al cuello de uno para estrangularlo. ¡No son más duros que los otros, no! ¡Se hundían bien mis dedos en su garganta! Y le hubiera matado si entre todos no me lo quitan. Ignoro cómo salí, cómo pude salvarme. Unos vecinos me ocultaron, y, al fin, me dijeron que podía irme a El Havre... Así vengo.

La felicitaron; aquel patriotismo que ninguno de los viajeros fue capaz de sentir agigantaba, sin embargo, la figura de la moza, y Cornudet sonreía, con una sonrisa complaciente y protectora de apóstol; así oye un sacerdote a un penitente alabar a Dios; porque los revolucionarios barbudos monopolizan el patriotismo como los clérigos monopolizan la religión. Luego habló doctrinalmente, con énfasis aprendido en las proclamas que a diario pone alguno en cada esquina, y remató su discurso con un párrafo magistral.

Bola de Sebo se exaltó, y le contradijo; no, no pensaba como él; era bonapartista, y su indignación arrebolaba su rostro cuando balbucía:

—¡Yo hubiera querido veros a todos en su lugar! ¡A ver qué hubiera hecho! ¡Vosotros tenéis la culpa! ¡El emperador es vuestra víctima! Con un gobierno de gandules, como vosotros, ¡daría gusto vivir! ¡Pobre Francia!

Cornudet, impasible, sonreía desdeñosamente; pero el asunto tomaba ya un cariz alarmante cuando el conde intervino, esforzándose por calmar a la moza exasperada. Lo consiguió a duras penas y proclamó, en frases corteses, que son respetables todas las opiniones.

Entre tanto, la condesa y la esposa del industrial, que profesaban a la República el odio implacable de las gentes distinguidas y reverenciaban con instinto femenino a todos los gobiernos altivos y despóticos, involuntariamente se sentían atraídas hacia la prostituta, cuyas opiniones eran semejantes a las más prudentes y encopetadas.

Se había vaciado la cesta. Repartida entre diez personas, aún pareció escasez su abundancia, y casi todos lamentaron prudentemente que no hubiera más. La conversación proseguía, menos animada desde que no hubo nada que engullir.

Cerraba la noche. La oscuridad era cada vez más densa, y el frío, punzante, penetraba y estremecía el cuerpo de Bola de Sebo, a pesar de su gordura. La señora condesa de Breville le ofreció su rejilla, cuyo carbón químico había sido renovado ya varias veces, y la

moza se lo agradeció mucho, porque tenía los pies helados. las señoras CarréLamadon y Loiseau corrieron las suyas hasta los pies de las monjas.

El mayoral había encendido los faroles, que alumbraban con vivo resplandor las ancas de los jamelgos, y a uno y otro lado, la nieve del camino, que parecía desarrollarse bajo los reflejos temblorosos.

En el interior del coche nada se veía; pero de pronto se pudo notar un manoteo entre Bola de Sebo y Cornudet. Loiseau, que disfrutaba de una vista penetrante, creyó advertir que el hombre barbudo apartaba rápidamente la cabeza apara evitar el castigo de un puño cerrado y certero.

En el camino aparecieron unos puntos luminosos. Llegaban a Totes, por fin. Después de catorce horas de viaje, la diligencia se detuvo frente a la posada del Comercio.

Abrieron la portezuela y algo terrible hizo estremecer a los viajeros: eran los tropezones de la vaina de un sable cencerreando contra las losas. Al punto se oyeron unas palabras dichas por un alemán.

La diligencia se había parado y nadie se apeaba, como si temieran que los acuchillasen al salir. Se acercó a la portezuela el mayoral con un farol en la mano y, alzando el farol, alumbró súbitamente las dos hileras de rostros pálidos, cuyas bocas abiertas y cuyos ojos turbios denotaban sorpresa y espanto. Junto al mayoral, recibiendo también el chorro de luz, aparecía un oficial prusiano, joven, excesivamente delgado y rubio, con el uniforme ajustado como un corsé, la deada la gorra de plato, que le daba el aspecto de un recadero de fonda inglesa. Muy largas y tiesas las guías del bigote —que disminuían indefinidamente hasta rematar en un solo pelo rubio, tan delgado, que no era fácil ver dónde terminaba—, parecían tener las mejillas tirantes con su peso, violentando también las cisuras de la boca.

En francés—alsaciano indicó a los viajeros que se apearan.

Las dos monjitas, humildemente, obedecieron las primeras con una santa docilidad propia de las personas acostumbradas a la sumisión. Luego, el conde y la condesa; en seguida, el fabricante y su esposa. Loiseau hizo pasar delante a su cara mitad, y al poner los pies en tierra, dijo al oficial:

—Buenas noches, caballero.

El prusiano, insolente como todos los poderosos, no se dignó contestar.

Bola de Sebo y Cornudet, aun cuando se hallaban más próximos a la portezuela que todos los demás, se apearon los últimos, erguidos y altaneros en presencia del enemigo. La moza trataba de contenerse y

mostrarse tranquila; el revolucionario se resobaba la barba rubicunda con mano inquieta y algo temblona. Los dos querían mostrarse dignos, imaginando que representaba cada cual a su patria en situaciones tan desagradables; y de un modo semejante, fustigados por la frivolidad acomodaticia de sus compañeros, la moza estuvo más altiva que las mujeres honradas, y el otro, decidido a dar ejemplo reflejaba en su actitud la misión de indómita resistencia que ya lució al abrir zanjas, talar bosques y minar campos.

Entraron en la espaciosa cocina de la posada, y el prusiano, después de pedir el salvoconducto firmado por el general en jefe, donde constaban los nombres de todos los viajeros y se detallaba su profesión y estado, los examinó detenidamente, comparando las personas con las referencias escritas.

Luego dijo, en tono brusco:

—Está bien.

Y se retiró.

Respiraron todos. Aún tenían hambre, y pidieron de cenar. Tardarían media hora en poder sentarse a la mesa, y mientras las criadas hacían los preparativos, los viajeros curioseaban las habitaciones que les destinaban. Abrían sus puertas a un largo pasillo, al extremo del cual una mampara de cristales esmerilados lucía un expresivo número.

Iban a sentarse a la mesa, cuando se presentó el posadero. Era un antiguo chalán, asmático y obeso, que padecía constantes ahogos, con resoplidos, ronqueras y estertores. De su padre había heredado el nombre de Follenvie.

Al entrar hizo esta pregunta:

—¿La señorita Isabel Rousset?

Bola de Sebo, sobresaltándose, dijo:

—¿Qué ocurre?

—Señorita, el oficial prusiano quiere hablar con usted ahora mismo.

—¿Para qué?

—Lo ignoro, pero quiere hablarle.

—Es posible. Yo, en cambio, no quiero hablar con él.

Hubo un momento de preocupación; todos pretendían adivinar el motivo de aquella orden. El conde se acercó a la moza:

—Señorita, es necesario reprimir ciertos ímpetus. Una intemperancia por parte de usted podría originar trastornos graves. No se debe nunca resistir a quien puede aplastarnos. La entrevista no revestirá importancia y, sin duda, tiene por objeto aclarar algún error deslizado en el documento.

Los demás se adhirieron a una opinión tan razonable; instaron, suplicaron, sermonearon y, al fin, la convencieron, porque todos temían las complicaciones que pudieran sobrevenir. La moza dijo:

—Lo hago solamente por complacer a ustedes.

La condesa le estrechó la mano al decir:

—Agradecemos el sacrificio.

Bola de Sebo salió, y aguardaron a servir la comida para cuando volviese.

Todos hubieran preferido ser los llamados, temerosos de que la moza irascible cometiera una indiscreción, y cada cual preparaba en su magín varias insulseces para el caso de comparecer.

Pero a los cinco minutos la moza reapareció, encendida, exasperada, balbuciendo:

—¡Miserable! ¡Ah miserable!

Todos quisieron averiguar lo sucedido; pero ella no respondía a las preguntas y se limitaba a repetir:

—Es un asunto mío, sólo mío, y a nadie le importa.

Como la moza se negó rotundamente a dar explicaciones, reinó el silencio en torno de la sopera humeante. Cenaron bien y alegremente, a pesar de los malos augurios. Como era muy aceptable la sidra, el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, para economizar. Los otros pidieron vino, excepto Cornudet, que pidió cerveza. Tenía una manera especial de descorchar la botella, de hacer espuma, de contemplarla, inclinando el vaso, y de alzarlo para observar al trasluz su transparencia. Cuando bebía, sus barbasas —del color de su brebaje predilecto— se estremecían de placer; guiñaba los ojos para no perder su vaso de vista y sorbía con tanta solemnidad como si aquélla fuese la única misión de su vida. Se diría que parangonaba en su espíritu, hermanándolas, confundiéndolas en una, sus dos grandes pasiones: la cerveza y la Revolución, y seguramente no le fuera posible paladear aquélla sin pensar en ésta.

El posadero y su mujer comían al otro extremo de la mesa. El señor Follenvie, resoplando como una locomotora desportillada, tenía demasiado estertor para poder hablar mientras comía, pero ella no callaba ni un solo instante. Refería todas sus impresiones desde que vio a los prusianos por vez primera, lo que hacían, lo que decían los invasores, maldiciéndolos y odiándolos porque le costaba dinero mantenerlos, y también orgullosa de que la oyese una dama de tanto fuste.

Luego bajaba la voz para comunicar apreciaciones comprometidas; y su marido, interrumpiéndola de cuando en cuando aconsejaba:

—Más prudente fuera que te callases.

Pero ella, sin hacer caso, proseguía:

—Sí, señora; esos hombres no hacen más que atracarse de cerdo y de patatas, de patatas y de cerdo. Y no crea usted que son pulcros. ¡Oh, nada pulcros! Todo lo ensucian, y donde les apura... lo sueltan, con perdón sea dicho. Hacen el ejercicio durante algunas horas, todos los días y anda por arriba y anda por abajo, y vuelve a la derecha y vuelve a la izquierda. ¡Si labrasen los campos o trabajasen en las carreteras de su país! Pero no, señora; esos militares no sirven para nada. El pobre tiene que alimentarlos mientras aprenden a destruir. Yo soy una vieja sin estudios; a mí no me han educado, es cierto; pero al ver que se fatigan y se revientan en ese ir y venir mañana y tarde, me digo: Habiendo tantas gentes que trabajan para ser útiles a los demás, ¿por qué otros procuran, a fuerza de tanto sacrificio, ser perjudiciales? ¿No es una lástima que se maten los hombres, ya sean prusianos o ingleses, o poloneses o franceses? Vengarse de uno que nos hizo daños es punible, y el juez lo condena; pero si degüellan a nuestros hijos, como reses llevadas al matadero, no es punible, no se castiga; se dan condecoraciones al que destruye más. ¿No es cierto? Nada sé, nada me han enseñado; tal vez por mi falta de instrucción ignoro ciertas cosas, y me parecen injusticias.

Cornudet dijo campanudamente:

—La guerra es una salvajada cuando se hace contra un pueblo tranquilo: es una obligación cuando sirve para defender la patria.

La vieja murmuró:

—Sí, defenderse ya es otra cosa. Pero ¿no deberíamos antes ahorcar a todos los reyes que tienen la culpa?

Los ojos de Cornudet se abillantaron:

—¡Magnífico, ciudadana!

El señor CarréLamadon reflexionaba. Sí, era fanático por la gloria y el heroísmo de los famosos capitanes; pero el sentido práctico de aquella vieja le hacía calcular el provecho que reportarían al mundo todos los brazos que se adiestran en el manejo de las armas, todas las energías infecundas, consagradas a preparar y sostener las guerra, cuando se aplicasen a industrias que necesitan siglos de actividad.

Loiseau se levantó y, acercándose al fondista, le habló en voz baja. Oyéndole, Follenvie reía, tosía, escupía; su enorme vientre rebotaba gozoso con las guasas del forastero; y le compró seis barriles de burdeos para la primavera, cuando se hubiesen retirado los invasores.

Acabada la cena, como era mucho el cansancio que sentían, se fueron todos a sus habitaciones.

Pero Loiseau, observador minucioso y sagaz, cuando su mujer se hubo acostado, aplicó los ojos y el oído alternativamente al agujero de la cerradura para descubrir lo que llamaba “misterios de pasillo”.

Al cabo de una hora, aproximadamente, vio pasar a Bola de Sebo, más apetitosa que nunca, rebosando en su peinador de casimir con bandas blancas. Se alumbraba con una palmatoria y se dirigía a la mampara de cristales esmerilados, en donde lucía un expresivo número. Y cuando la moza se retiraba, minutos después, Cornudet abría su puerta y la seguía en calzoncillos.

Hablaron, y después Bola de Sebo defendía enérgicamente la entrada de su alcoba. Loiseau, a pesar de sus esfuerzos, no pudo comprender lo que decían; pero, al fin, como levantaron la voz, cogió al vuelo algunas palabras. Cornudet, obstinado, resuelto, decía:

—¿Por qué no quieres? ¿Qué te importa?

Ella, con indignada y arrogante apostura, le respondió:

—Amigo mío, hay circunstancias que obligan mucho; no siempre se puede hacer todo, y, además, aquí sería una vergüenza.

Sin duda, Cornudet no comprendió, y como se obstinase, insistiendo en sus pretensiones, la moza, más arrogante aún y en voz más recia, le dijo:

—¿No lo comprende?... ¿Cuándo hay prusianos en la casa, tal vez pared por medio?

Y calló. Ese pudor patriótico de cantinera que no permite libertades frente al enemigo debió de reanimar la desfallecida fortaleza del revolucionario, quien, después de besarla para despedirse afectuosamente, se retiró a paso de lobo hasta su alcoba.

Loiseau, bastante alterado, abandonó su observatorio, hizo unas cabriolas y, al meterse de nuevo en la cama, despertó a su antigua y correosa compañera, la besó y le dijo al oído:

—¿Me quieres mucho, vida mía?

Reinó el silencio en toda la casa. Y al poco rato se alzó, resonando en todas partes, un ronquido, que bien pudiera salir de la cueva o del desván; un ronquido alarmante, monstruoso, acompasado, interminable, con estremecimientos de caldera en ebullición. El señor Follenvie dormía.

Como habían convenido en proseguir el viaje a las ocho de la mañana, todos bajaron temprano a la cocina; pero la diligencia, enfundada por la nieve, permanecía en el patio, solitaria, sin caballos y sin mayoral. En vano buscaron a éste por los desvanes y las cuadras. No encontrándole dentro de la posada, salieron a buscarle y se hallaron de pronto en la plaza, frente a la iglesia, entre pequeñas casas de un solo

piso, donde se veían soldados alemanes. Uno mondaba patatas; otro, muy barbudo y grandón, acariciaba a una criaturita de pecho que lloraba, y la mecía sobre sus rodillas para que se calmase o se durmiese, y las campesinas, cuyos maridos y cuyos hijos estaban “en las tropas de la guerra”, indicaban por signos a los vencedores, obedientes, los trabajos que debían hacer: cortar leña, encender lumbre, moler café. Uno lavaba la ropa de su patrona, pobre vieja impedida.

El conde, sorprendido, interrogó al sacristán, que salía del presbiterio. El acartonado murciélago le respondió:

—¡Ah! Esos no son dañinos; creo que no son prusiano; vienen de más lejos, ignoro de qué país; y todos han dejado en su pueblo un hogar, una mujer, unos hijos; la guerra no los divierte. Juraría que también sus familias lloran mucho, que también se perdieron sus cosechas por falta de brazos; que allí como aquí, amenaza una espantosa miseria a los vencedores como a los vencidos. Después de todo, en este pueblo no podemos quejarnos, porque no maltratan a nadie y nos ayudan trabajando como si estuviesen en su casa. Ya ve usted, caballero: entre los pobres hay siempre caridad... Son los ricos los que hacen las guerras crueles.

Cornudet, indignado por la recíproca y cordial condescendencia establecida entre vencedores y vencidos, volvió a la posada, porque prefería encerrarse aislado en su habitación a ver tales oprobios. Loiseau tuvo, como siempre, una grase oportuna y graciosa: “Repueblan”; y el señor CarréLamadon pronunció una solemne frase: “Restituyen”.

Pero no encontraban al mayoral. Después de muchas indagaciones, lo descubrieron sentado tranquilamente, con el ordenanza del oficial prusiano, en una taberna.

El conde le interrogó:

—¿No le habían mandado enganchar a las ocho?

—Sí; pero después me dieron otra orden.

—¿Cuál?

—No enganchar.

—¿Quién?

—El comandante prusiano.

—¿Por qué motivo?

—Lo ignoro. Pregúnteselo. Yo no soy curioso. Me prohíben enganchar y no enganche. Ni más ni menos.

—Pero ¿le ha dado esa orden el mismo comandante?

—No; el posadero, en su nombre.

—¿Cuándo?

—Anoche, al retirarme.

Los tres caballeros volvieron a la posada bastante intranquilos.

Preguntaron por Follenvie, y la criada les dijo que no se levantaba el señor hasta muy tarde, porque apenas le dejaba dormir el asma; tenía terminantemente prohibido que le llamasen antes de las diez, como no fuera en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero tampoco era posible, aun cuando se hospedaba en la casa, porque únicamente Follenvie podía tratar con él de asuntos civiles.

Mientras los mandos aguardaban en la cocina, las mujeres volvieron a sus habitaciones para ocuparse de las minucias de su tocado.

Cornudet se instaló bajo la saliente campana del hogar, donde ardía un buen leño; mandó que le acercaran un veladorcito de hierro y que le sirvieran un jarro de cerveza; sacó la pipa, que gozaba entre los demócratas casi tanta consideración como el personaje que chupaba en ella —una pipa que parecía servir a la patria tanto como Cornudet—, y se puso a fumar entre sorbo y sorbo, chupada tras chupada.

Era una hermosa pipa de espuma, primorosamente “culotada”, tan negra como los dientes que la oprimían, pero brillante, perfumada, con una curvatura favorable a la mano, de una forma tan discreta, que parecía una facción más de su dueño.

Y Cornudet, inmóvil, tan pronto fijaba los ojos en las llamas del hogar como en la espuma del jarro; depuse de cada sorbo acariciaba satisfecho con su mano flaca su cabellera sucia, cruzando vellones de humo blanco en las marañas de sus bigotes macilentos.

Loiseau, con el pretexto de salir a estira las piernas, recorrió el pueblo para negociar sus vinos en todos los comercios. El conde y el industrial discurrían acerca de cuestiones políticas y profetizaban el porvenir de Francia. Según el uno, todo lo remediaría el advenimiento de los Orleáns; el otro solamente confiaba en un redentor ignorado, un héroe que pareciera cuando todo agonizase; un Duguesclin, una Juana de Arco y ¿por qué no un invencible Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuese demasiado joven! Oyéndolos, Cornudet sonreía como quien ya conoce los misterios del futuro: y su pipa embalsamaba el ambiente.

A las diez bajó Follenvie. Le hicieron varias preguntas apremiantes: pero él sólo pudo contestar:

—El comandante me dijo: “Señor Follenvie, no permita usted que mañana enganchen la diligencia. Esos viajeros no saldrán de aquí hasta que yo lo disponga”.

Entonces resolvieron entrevistarse con el oficial prusiano. El conde le hizo pasar una tarjeta, en la cual escribió Carré Lamadon su nombre y sus títulos.

El prusiano les hizo decir que los recibiría cuando hubiese almorzado. Faltaba una hora.

Ellos y ellas comieron, a pesar de su inquietud. Bola de Sebo estaba febril y extraordinariamente desconcertada.

Acababan de tomar el café cuando les avisó el ordenanza.

Loiseau se agregó a la comisión; intentaron arrastrar a Cornudet, pero éste dijo que no entraba en sus cálculos pactar con los enemigos. Y volvió a instalarse cerca del fuego, ante otro jarro de cerveza.

Los tres caballeros entraron en la mejor habitación de la casa, donde los recibió el oficial, tendido en un sillón, con los pies encima de la chimenea, fumando en una larga pipa de loza y envuelto en una espléndida bata, recogida tal vez en la residencia campestre de algún ricacho de gustos chocarreros. No se levantó, ni saludó, ni los miró siquiera. ¡Magnífico ejemplar de la soberbia desfachatez acostumbrada entre los militares victoriosos!

Luego dijo:

—¿Qué desean ustedes?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos continuar nuestro viaje, caballero.

—No.

—¿Sería usted lo bastante bondadoso para comunicarnos la causa de tan imprevista detención?

—Mi voluntad.

—Me atrevo a recordarle, respetuosamente, que traemos un salvoconducto, firmado por el general en jefe, que nos permite llegar a Dieppe. Y supongo que nada justifica tales rigores.

—Nada más que mi voluntad. Pueden ustedes retirarse.

Hicieron una reverencia y se retiraron.

La tarde fue desastrosa: no sabían cómo explicar el capricho del prusiano y les preocupaban las ocurrencias más inverosímiles. Todos en la cocina se torturaban imaginando cuál pudiera ser el motivo de su detención. ¿Los conservarían como rehenes? ¿Por qué? ¿Los llevarían prisioneros? ¿Pedirían por su libertad un rescate de importancia? El pánico los enloqueció. Los más ricos se amilanaban con ese pensamiento; se creían ya obligados, para salvar la vida en aquel trance, a derramar tesoros entre las manos de un militar insolente. Se derretían la sesera inventando embustes verosímiles, fingimientos engañosos, que salvaran su dinero del peligro en que lo veían, haciéndolos apare-

cer como infelices arruinados. Loiseau, disimuladamente, guardó en el bolsillo la pesada cadena de oro de su reloj. Al oscurecer aumentaron sus aprensiones. Encendieron el quinqué, y, como aún faltaban dos horas para la comida, resolvieron jugar a la treinta y una. Cornudet, hasta el propio Cornudet, apagó su pipa y, cortésmente se acercó a la mesa.

Bola de Sebo hizo treinta y una. El interés del juego ahuyentaba los temores.

Cornudet pudo advertir que la señora y el señor Loiseau, de común acuerdo, hacían trampas.

Cuando iban a servir la comida, Follenvie apareció y dijo:

—El oficial prusiano pregunta si la señorita Isabel Rousset se ha decidido ya.

Bola de Sebo, en pie, al principio descolorida, luego arrebatada, sintió un impulso de cólera tan grande, que de pronto no le fue posible hablar. Después dijo:

—Contéstele a ese canalla, sucio y repugnante, que nunca me decidiré a eso. ¡Nunca, nunca, nunca!

El posadero se retiró. Todos rodearon a Bola de Sebo, solicitada, interrogada por todos para revelar el misterio de aquel recado. Se negó al principio, hasta que reventó, exasperada:

—¿Qué quiere?... ¿Qué quiere?... ¿Qué quiere? ¡Nada! ¡Estar conmigo!

La indignación instantánea no tuvo límites. Se alzó un clamor de protesta contra semejante iniquidad. Cornudet rompió un vaso, al dejarlo, violentamente sobre la mesa. Se emocionaban todos, como si a todos alcanzara el sacrificio exigido a la moza. El conde manifestó que los invasores inspiraban más repugnancia que terror, portándose como los antiguos bárbaros. Las mujeres prodigaban a Bola de Sebo una piedad noble y cariñosa. Las monjas callaban, con los ojos bajos.

Cuando la efervescencia hubo pasado comieron. Se habló poco. Meditaban.

Se retiraron pronto las señoras, y los caballeros organizaron una partida de encarte, invitando a Follenvie con el propósito de sondearle con habilidad en averiguación de los recursos más convenientes para vencer la obstinada insistencia del prusiano. Pero Follenvie sólo pensaba en sus descartes, ajeno a cuanto le decían y sin contestar a las preguntas, limitándose a repetir:

—Al juego, al juego, señores.

Fijaba tan profundamente su atención en los naipes, que hasta se olvidaba de escupir y respiraba con un estertor angustioso. Producían

sus pulmones todos los registros del asma, desde los más graves y profundos a los chillidos roncós y destemplados, que lanzan los polluelos cuando aprenden a cacarear.

No quiso retirarse cuando su mujer muerta de sueño, bajó en su busca, y la vieja se volvió sola, porque tenía por costumbre levantarse con el sol, mientras su marido, de natural trasnochador, estaba siempre dispuesto a no acostarse hasta el alba.

Cuando se convencieron de que no era posible arrancarle ni media palabra, le dejaron para irse cada cual a su alcoba. Tampoco fueron perezosos para levantarse al otro día, con la esperanza que les hizo concebir su deseo cada vez mayor de continuar libremente su viaje. Pero los caballos descansaban en los pesebres; el mayoral no compartía. Se entretuvieron dando paseos en torno de la diligencia.

Desayunaron silenciosos, indiferentes ante Bola de Sebo. Las reflexiones de la noche habían modificado sus juicios; ya casi odiaban a la moza por no haberse decidido a buscar en secreto al prusiano, preparando un alegre despertar, una sorpresa muy agradable a sus compañeros. ¿Había nada más justo? ¿Quién lo hubiera sabido? Pudo salvar las apariencias, dando a entender al oficial prusiano que cedía para no perjudicar a tan ilustres personajes. ¿Qué importancia pudo tener su complacencia, para una moza como Bola de Sebo?

Reflexionaban así todos, pero ninguno declaraba su opinión.

Al mediodía, para distraer el aburrimiento, propuso el conde que diesen un paseo por las afueras. Se abrigaron bien y salieron; sólo Cornudet prefirió quedarse junto a la lumbre, y las dos monjitas pasaban las horas en la iglesia o en casa del párroco.

El frío, cada vez más intenso, les pellizcaba las orejas y las narices; los pies les dolían al andar; cada paso era un martirio. Y al descubrir la campiña les pareció tan horrorosamente lúgubre su extensa blancura, que todos a la vez retrocedieron con el corazón oprimido y el alma helada.

Las cuatro señoras iban delante y las seguían a corta distancia los tres caballeros.

Loiseau, muy seguro de que los otros pensaban como él, preguntó si aquella mala pécora no daba señales de acceder, para evitarles que se prolongara indefinidamente su detención. El conde, siempre cortés, dijo que no podía exigírsele a una mujer sacrificio tan humillante cuando ella no se lanzaba por impulso propio.

El señor CarréLamadon hizo notar que si los franceses, como estaba proyectado, tomaran de nuevo la ofensiva por Dieppe, la batalla

probablemente se desarrollaría en Totes. Puso a los otros dos en cuidado semejante ocurrencia.

—¿Y si huyéramos a pie? —dijo Loiseau.

—¿Cómo es posible, pisando nieve y con las señoras? — exclamó el conde—. Además, nos perseguirían y luego nos juzgarían como prisioneros de guerra.

—Es cierto; no hay escape.

Y callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero en su ligera conversación flotaba una inquietud que les hacía opinar de opuesto modo.

Cuando apenas le recordaban, apareció el oficial prusiano en el extremo de la calle. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su talle oprimido y separaba las rodillas al andar, con ese movimiento propio de los militares que procuran salvar del barro las botas primorosamente charoladas.

Se inclinó al pasar junto a las damas y miró despreciativo a los caballeros, los cuales tuvieron suficiente coraje para no descubrirse, aun cuando Loiseau echase mano al sombrero.

La moza se ruborizó hasta las orejas y las tres señoras casadas padecieron la humillación de que las viera el prusiano en la calle con la mujer a la cual trataba él tan groseramente.

Y hablaron de su empaque, de su rostro. la señora CarréLamondon, que por haber sido amiga de muchos oficiales podía opinar con fundamento, juzgó al prusiano aceptable, y hasta se dolió de que no fuera francés, muy segura de que seduciría con el uniforme de húsar a no pocas mujeres.

Ya en casa, no se habló más del asunto. Se cruzaron algunas acritudes con motivos insignificantes. la cena, silenciosa, terminó pronto, y, cada uno fue a su alcoba con ánimo de buscar en el sueño un recurso contra el hastío.

Bajaron por la mañana con los rostros fatigados; se mostraron irascibles; y las damas apenas dirigieron la palabra a Bola de Sebo.

La campana de la iglesia tocó a gloria. La muchacha recordó al pronto su casi olvidada maternidad (pues tenía una criatura en casa de unos labradores de Yvetot). El anunciado bautizo la enterneció y quiso asistir a la ceremonia.

Ya libres de su presencia, y reunidos los demás, se agruparon, comprendiendo que tenían algo que decirse, algo que acordar. Se le ocurrió a Loiseau proponer al comandante que se quedara con la moza y dejase a los otros proseguir tranquilamente su viaje.

Follenvie fue con la embajada y volvió al punto, porque, sin oírle siquiera, el oficial repitió que ninguno se iría mientras él no quedara complacido.

Entonces, el carácter populachero de la señora Loiseau la hizo estallar:

—No podemos envejecer aquí. ¿No es el oficio de la moza complacer a todos los hombres? ¿Cómo se permite rechazar a uno? ¡Si la conoceremos! En Ruán lo arrebaña todo; hasta los cocheros tienen que ver con ella. Sí, señora, el cochero de la Prefectura. Lo sé de buena tinta; como que toman vino de casa. Y hoy, que podría sacarnos de un apuro sin la menor violencia, ¡hoy hace dengues, la muy zorra! En mi opinión, ese prusiano es un hombre muy correcto. Ha vivido sin trato de mujeres muchos días; hubiera preferido, seguramente, a cualquiera de nosotras; pero se contenta, para no abusar de nadie, con la que pertenece a todo el mundo. Respeta el matrimonio y la virtud, ¡cuando es el amo, el señor! Le bastaría decir: “Esta quiero”, y obligar a viva fuerza, entre soldados, a la elegida.

Se estremecieron las damas. Los ojos de la señora CarréLamadon brillaron; sus mejillas palidieron, como si ya se viese violada por el prusiano.

Los hombres discutían aparte y llegaron a un acuerdo.

Al principio, Loiseau, furibundo, quería entregar a la miserable atada de pies y manos. Pero el conde, fruto de tres abuelos diplomáticos, prefería tratar el asunto hábilmente, y propuso:

—Tratemos de convencerla.

Se unieron a las damas. La discusión se generalizó. Todos opinaban en voz baja, con mesura. Principalmente las señoras proponían el asunto con rebuscamiento de frases ocultas y rodeos encantadores, para no proferir palabras vulgares.

Alguien que de pronto las hubiera oído, sin duda no sospecharía el argumento de la conversación; de tal modo se cubrían con flores las torpezas audaces. Pero como el baño de pudor que defiende a las damas distinguidas en sociedad es muy tenue, aquella brutal aventura las divertía y esponjaba, sintiéndose a gusto, en su elemento, regocijándose en un lance de amor, con la sensualidad propia de un cocinero goloso que prepara una cena exquisita sin poder probarla siquiera.

Se alegraron, porque la historia les hacía mucha gracia. El conde se permitió alusiones bastante atrevidas —pero decorosamente apuntadas— que hicieron sonreír. Loiseau estuvo menos correcto, y sus audacias no lastimaron los oídos pulcros de sus oyentes. La idea, expresada brutalmente por su mujer, persistía en los razonamientos de

todos: “¿No es el oficio de la moza complacer a los hombres? ¿Cómo se permite rechazar a uno?” La delicada señora Carré Lamadon imaginaba tal vez que, puesta en tan duro trance, rechazaría menos al prusiano que a otro cualquiera.

Prepararon el bloqueo, lo que tenía que decir cada uno y las maniobras correspondientes, quedó en regla el plan de ataque, los amaños y astucias que debieran abrir al enemigo la ciudadela viviente.

Cornudet no entraba en la discusión, completamente ajeno al asunto.

Estaban todos tan preocupados, que no sintieron llegar a Bola de Sebo, pero el conde, advertido al punto, hizo una señal que los demás comprendieron.

Callaron, y la sorpresa prolongó aquel silencio, no permitiéndoles de pronto hablar. La condesa, más versada en disimulos y tretas de salón, dirigió a la moza esta pregunta:

—¿Estuvo muy bien el bautizo?

Bola de Sebo, emocionada, les dio cuenta de todo, y acabó con esta frase:

—Algunas veces consuela mucho rezar.

Hasta la hora del almuerzo se limitaron a mostrarse amables con ella, para inspirarle confianza y docilidad a sus consejos.

Ya en la mesa, emprendieron la conquista. Primero, una conversación superficial acerca del sacrificio. Se citaron ejemplos: Judit y Holofernes; y, sin venir al caso, Lucrecia y Sextus, Cleopatra, esclavizando con los placeres de su leche a todos los generales enemigos. Y apareció una historia fantaseada por aquellos millonarios ignorantes, conforme a la cual iban a Capua las matronas romanas para adormecer entre sus brazos amorosos al fiero Aníbal, a sus lugartenientes y a sus falanges de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que han detenido a los conquistadores ofreciendo sus encantos para dominarlos con un arma poderosa e irresistible; que vencieron con sus caricias heroicas a monstruos repulsivos y odiados, que sacrificaron su castidad a la venganza o a la sublime abnegación.

Discretamente se mencionó a la inglesa linajuda que se mando inocular una horrible y contagiosa podredumbre para transmitírsela con fingido amor a Bonaparte, quien se libró milagrosamente gracias a una flojera repentina en el momento fatal.

Y todo se decía con delicadeza y moderación, ofreciéndose de cuando en cuando en entusiástico elogio que provocase la curiosidad heroica.

De todos aquellos rasgos ejemplares pudiera deducirse que la misión de la mujer en la tierra se reducía solamente a sacrificar su cuerpo, abandonándolo de continuo entre la soldadesca lujuriosa.

Las dos monjitas no atendieron, y es posible que ni se dieran cuenta de lo que decían los otros, ensimismadas en más íntimas reflexiones.

Bola de Sebo no despegaba los labios. La dejaron reflexionar toda la tarde.

Cuando iban a sentarse a la mesa para comer apareció Follenvie para repetir la frase de la víspera.

Bola de Sebo respondió ásperamente:

—Nunca me decidiré a eso. ¡Nunca, nunca!

Durante la comida, los aliados tuvieron poca suerte. Loiseau dijo tres impertinencias. Se devanaban los sesos para descubrir nuevas heroicidades —y sin que saltase al paso ninguna—, cuando la condesa, tal vez sin premeditarlo, sintiendo una irresistible comezón de rendir a la Iglesia un homenaje, se dirigió a una de las monjas —la más respetable por su edad— y le rogó que refiriese algunos actos heroicos de la historia de los santos que habían cometido excesos criminales para humanos ojos y apetecidos por la Divina Piedad, que los juzgaba conforme a la intención, sabedora de que se ofrecían a la gloria de Dios o a la salud y provecho del prójimo. Era un argumento contundente. La condesa lo comprendió, y fuese por una tácita condescendencia natural en todos los que visten hábitos religiosos, o sencillamente por una casualidad afortunada, lo cierto es que la monja contribuyó al triunfo de los aliados con un formidable refuerzo. La habían juzgado tímida, y se mostró arrogante, violenta, elocuente. No tropezaba en incertidumbres casuísticas; era su doctrina como una barra de acero; su fe no vacilaba jamás, y no enturbiaba su conciencia ningún escrúpulo. Le parecía sencillo el sacrificio de Abraham; también ella hubiese matado a su padre y a su madre por obedecer un mandato divino; y, en su concepto, nada podía desagradar al Señor cuando las intenciones eran laudables. Aprovechando la condesa tan favorable argumentación de su improvisada cómplice, la condujo a parafrasear un edificante axioma “el fin justifica los medios”, con esta pregunta:

—¿Supone usted, hermana, que Dios acepta cualquier camino y perdona siempre, cuando la intención es honrada?

—¿Quién lo duda, señora? Un acto punible puede, con frecuencia, ser meritorio por la intención que lo inspire.

Y continuaron así, discutiendo acerca de las decisiones recónditas que atribuían a Dios, porque le suponían interesado en sucesos que, a la verdad, no deben importarle mucho.

La conversación, así encarrilada por la condesa, tomó un giro hábil y discreto. Cada frase de la monja contribuía poderosamente a vencer la resistencia de la cortesana. Luego, apartándose del asunto ya de sobra repetido, la monja hizo mención de varias fundaciones de su Orden; habló de la superiora, de sí misma, de la hermana San Sulpicio, su acompañante. iban llamadas a El Havre para asistir a cientos de soldados variolosos. Detalló las miserias de tan cruel enfermedad, lamentándose de que, mientras inútilmente las retenía el capricho de un oficial prusiano, algunos franceses podían morir en el hospital, faltos de auxilio. Su especialidad fue siempre asistir al soldado; estuvo en Crimea, en Italia, en Austria, y al referir azares de la guerra, se mostraba de pronto como una hermana de la Caridad belicosa y entusiasta, sólo nacida para recoger heridos en lo más recio del combate; una especie de sor María Rataplán, cuyo rostro desencarnado y descolorido era la imagen de las devastaciones de la guerra.

Cuando hubo terminado, el silencio de todos afirmó la oportunidad de sus palabras.

Después de cenar se fue cada cual a su alcoba, y al día siguiente no se reunieron hasta la hora del almuerzo.

La condesa propuso, mientras almorzaban, que debieran ir de paseo por la tarde. Y el conde, que llevaba del brazo a la moza en aquella excursión, se quedó rezagado...

Todo estaba convenido.

En tono paternal, franco y un poquito displicente, propio de un “hombre serio” que se dirige a un pobre ser, la llamó niña, con dulzura, desde su elevada posición social y su honradez indiscutible, y sin preámbulos se metió de lleno en el asunto.

—¿Prefiere vernos aquí víctimas del enemigo y expuestos a sus violencias, a las represalias que seguirían indudablemente a una derrota? ¿Lo prefiere usted a doblarse a una... liberalidad muchas veces por usted consentida?

La moza callaba.

El conde insistía, razonable y atento, sin dejar de ser “el señor conde”, muy galante, con afabilidad, hasta con ternura si la frase lo exigía. Exaltó la importancia del servicio y el “imborrable agradecimiento”. Después comenzó a tutearla de pronto, alegremente:

—No seas tirana; permite al infeliz que se vanaglorie de haber gozado a una criatura como no debe haberla en su país.

La moza sin despegar los labios, fue a reunirse con el grupo de señoras.

Ya en casa, se retiró a su cuarto, sin comparecer ni a la hora de la comida. La esperaban con inquietud. ¿Qué decidiría?

Al presentarse Follenvie, dijo que la señorita Isabel se hallaba indispuesta, que no la esperasen. Todos aguzaron el oído. El conde se acercó al posadero y le preguntó en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Por decoro no preguntó más; hizo una mueca de satisfacción dedicada a sus acompañantes, que respiraron satisfechos, y se reflejó una retozona sonrisa en los rostros.

Loiseau no pudo contenerse:

—¡Caramba! Convido a champaña para celebrarlo.

Y se le amargaron a la señora Loiseau aquellas alegrías cuando apareció Follenvie con cuatro botellas.

Se mostraban a cuál más comunicativo y bullicioso; rebosaba en sus almas un goce fecundo. El conde advirtió que la señora CarréLamadon era muy apetecible, y el industrial tuvo frases insinuantes para la condesa. La conversación chisporroteaba, graciosa, vivaracha, jovial.

De pronto, Loiseau, con los ojos muy abiertos y los brazos en alto, aulló:

—¡Silencio!

Todos callaron, estremecidos.

—¡Chist! —y arqueaba mucho las cejas para imponer atención.

Al poco rato dijo con suma naturalidad:

—Tranquílcese. Todo va como una seda.

Pasado el susto, le rieron la gracia.

Luego repitió la broma:

—¡Chist!...

Y cada quince minutos insistía. Como si hablara con alguien del piso alto, daba consejos de doble sentido, producto de su ingenio de comisionista. Ponía de pronto la cara larga, y suspiraba al decir:

—¡Pobrecita!

O mascullaba una frase rabiosa:

—¡Prusiano asqueroso!

Cuando estaban distraídos, gritaba:

—¡No más! ¡No más!

Y como si reflexionase, añadía entre dientes:

—¡Con tal que volvamos a verla y no la haga morir, el miserable!

A pesar de ser aquellas bromas de gusto deplorable, divertían a los que las toleraban y a nadie indignaron, porque la indignación, como todo, es relativa y conforme al medio en que se produce. Y allí respiraban un aire infestado por todo género de malicias impúdicas.

Al fin, hasta las damas hacían alusiones ingeniosas y discretas. Se había bebido mucho, y los ojos encandilados chisporroteaban. El conde, que hasta en sus abandonos conservaba su respetable apariencia, tuvo una graciosa oportunidad comparando su goce al que pueden sentir los exploradores polares, bloqueados por el hielo, cuando ven abrirse un camino hacia el Sur.

Loiseau, alborotado, se levantó a brindar.

—¡Por nuestro rescate!

En pie, aclamaban todos, y hasta las monjitas, cediendo a la general alegría, humedecían sus labios en aquel vino espumoso que no habían probado jamás. Les pareció algo así como limonada gaseosa, pero más fino.

Loiseau advertía:

—¡Qué lástima! Si hubiera un piano podríamos bailar un rigodón.

Cornudet, que no había dicho ni media palabra, hizo un gesto desapacible. Parecía sumergido en pensamientos graves y de cuando en cuando se estiraba las barbas con violencia, como si quisiera alargarlas más aún.

Hacia medianoche, al despedirse, Loiseau, que se tambaleaba, le dio un manotazo en la barriga, tartamudeando:

—¿No está usted satisfecho? ¿No se le ocurre decir nada?

Cornudet, erguido el rostro y encarado con todos, como si quisiera retarlos con una mirada terrible, respondió.

—Sí, por cierto. Se me ocurre decir a ustedes que han fraguado una bellaquería.

Se levantó y fue repitiendo:

—¡Una bellaquería!

Era como un jarro de agua. Loiseau se quedó confundido; pero se repuso con rapidez, soltó la carcajada y exclamó:

—Están verdes; para usted... están verdes.

Como no le comprendían, explicó los “misterios del pasillo”. Entonces rieron desaforadamente; parecían locos de júbilo. El conde y el señor Carré Lamadon lloraban de tanto reír. ¡Qué historia! ¡Era increíble!

—Pero ¿está usted seguro?

—¡Tan seguro! Como que lo vi.

—¿Y ella se negaba...?

—Por la proximidad...vergonzosa del prusiano.

—¿Es cierto?

—¡Certísimo! Pudiera jurarlo.

El conde se ahogaba de risa; el industrial tuvo que sujetarse con las manos el vientre, para no estallar.

Loiseau insistía:

—Y ahora comprenderán ustedes que no le divierta lo que pasa esta noche.

Reían sin fuerzas ya, fatigados, aturdidos.

Acabó la tertulia. “Felices noches”

La señora Loiseau que tenía el carácter como una ortiga, hizo notar a su marido, cuando se acostaban, que la señora CarréLamadon, “la muy fantasma”, río de mala gana, porque pensando en lo de arriba se le pusieron los dientes largos.

—El uniforme las vuelve locas. Francés o prusiano, ¿qué más da? ¡Mientras haya galones! ¡Dios mío! ¡Es una lástima; como está el mundo!

Y durante la noche resonaron continuamente, a lo largo del oscuro pasillo, estremecimientos, rumores tenues apenas perceptibles, roces de pies desnudos, alientos entrecortados y crujir de faldas. Ninguno durmió, y por debajo de todas las puertas asomaron, casi hasta el amanecer, pálidos reflejos de las bujías.

El champaña suele producir tales consecuencias, y según dicen, da un sueño intranquilo.

Por la mañana, un claro sol de invierno hacía brillar la nieve deslumbradora.

La diligencia, ya enganchada, revivía para proseguir el viaje, mientras las palomas de blanco plumaje y ojos rosados, con las pupilas muy negras, picoteaban el estiércol, erguidas y oscilantes entre las patas de los caballos.

El mayoral, con su zamarra de piel, subido en el pescante, llenaba su pipa; los viajeros, ufanos, veían cómo les empaquetaban las provisiones para el resto del viaje.

Sólo faltaba Bola de Sebo, y al fin compareció.

Se presentó algo inquieta y avergonzada; cuando se detuvo para saludar a sus compañeros, se hubiera dicho que ninguno la veía, que

ninguna reparaba en ella. El conde ofreció el brazo a su mujer para alejarla de un contacto impuro.

La moza quedó aturdida; pero, sacando fuerzas de flaqueza, dirigió a la esposa del industrial un saludo humildemente pronunciado. La otra se limitó a una leve inclinación de cabeza, imperceptible casi, a la que siguió una mirada muy altiva, como de virtud que se rebela para rechazar una humillación que no perdona. Todos parecían violentados y despreciativos a la vez, como si la moza llevara una infección purulenta que pudiera comunicárseles.

Fueron acomodándose ya en la diligencia, y la moza entró después de todos para ocupar su asiento.

Como si no la conocieran. Pero la señora Loiseau la miraba de reojo, sobresaltada, y dijo a su marido:

—Menos mal que no estoy a su lado.

El coche arrancó. Proseguían el viaje.

Al principio nadie hablaba. Bola de Sebo no se atrevió a levantar los ojos. Se sentía a la vez indignada contra sus compañeros, arrepentida por haber cedido a sus peticiones y manchada por las caricias del prusiano, a cuyos brazos la empujaron todos hipócritamente.

Pronto la condesa, dirigiéndose a la señora CarréLamadon, puso fin al silencio angustioso:

—¿Conoce usted a la señora de Etreles?

—¡Vaya! Es amiga mía.

—¡Qué mujer tan agradable!

—Sí; es encantadora, excepcional. Todo lo hace bien: toca el piano, canta, dibuja, pinta... Una maravilla.

El industrial hablaba con el conde, y confundidas con el estrepitoso crujir de cristales, hierros y maderas, se oían algunas de sus palabras: "...Cupón... Vencimiento... Prima... Plazo..."

Loiseau, que había escamoteado los naipes de la posada, engrasados por tres años de servicio sobre mesas nada limpias, comenzó a jugar al bésigue con su mujer.

Las monjitas, agarradas al grueso rosario pendiente de su cintura, hicieron la señal de la cruz, y de pronto sus labios, cada vez más presurosos, en un suave murmullo, parecían haberse lanzado a una carrera de oremus; de cuando en cuando besaban una medallita, se persignaban de nuevo y proseguían su especie de gruñir continuo y rápido.

Cornudet, inmóvil, reflexionaba.

Después de tres horas de camino, Loiseau, recogiendo las cartas, dijo:

—Hay gazuza.

Y su mujer alcanzó un paquete atado con un bramante, del cual sacó un trozo de carne asada. Lo partió en lonchas finas, con pulso firme, y ella y su marido comenzaron a comer tranquilamente.

—Un ejemplo digno de ser imitado —advirtió la condesa.

Y comenzó a desenvolver las provisiones preparadas para los dos matrimonios. Venían metidas en un cacharro de los que tienen para pomo en la tapadera una cabeza de liebre, indicando su contenido: un suculento pastelón de liebre, cuya carne sabrosa, hecha picadillo, estaba cruzada por collares de fina manteca y otras agradables añadiduras. Un buen pedazo de queso, liado en un papel de periódico, lucía la palabra “Sucesos” en una de sus caras.

Las monjitas comieron una longaniza que olía mucho a especias, y Cornudet, sumergiendo ambas manos en los bolsillo de su gabán, sacó del uno cuatro huevos duros y del otro un panecillo. Mondó uno de los huevos, dejando caer en el suelo el cascarón y las partículas de yema sobre sus barbas.

Bola de Sebo, en el azoramiento de su triste despertar, no había dispuesto ni pedido merienda, y exasperada, iracunda, veía cómo sus compañeros mascaban plácidamente. Al principio la crispó un arranque tumultuoso de cólera, y estuvo a punto de arrojar sobre aquellas gentes un chorro de injurias que se le venían a los labios; pero tanto era su desconsuelo, que su congoja no le permitió hablar.

Ninguno la miró ni se preocupó de su presencia; se sentía la infeliz sumergida en el desprecio de la turba honrada que la obligó a sacrificarse, y después la rechazó, como un objeto inservible y asqueroso. No pudo menos de recordar su hermosa cesta de provisiones devoradas por aquellas gentes; los dos pollos bañados en su propia gelatina, los pasteles y la fruta, y las cuatro botellas de burdeos. Pero sus furores cedieron de pronto, como una cuerda tirante que se rompe, y sintió pujos de llanto. Hizo esfuerzos terribles para vencerse; se irguió, tragó sus lágrimas como los niños, pero asomaron al fin a sus ojos y rodaron por sus mejillas. Una tras otra, cayeron lentamente, como las gotas de agua que se filtran a través de una piedra; y rebotaban en la curva oscilante de su pecho. Mirando a todos resuelta y valiente, pálido y rígido el rostro, se mantuvo erguida, con la esperanza de que no la vieran llorar.

Pero advertida la condesa, hizo al conde una señal. Se encogió de hombros el caballero, como si quisiera decir: “No es mía la culpa.”

La señora Loiseau, con una sonrisita maliciosa y triunfante, susurró:

—Se avergüenza y llora.

Las monjitas reanudaron su rezo después de enrollar en un papelucho el sobrante de longaniza.

Y entonces Cornudet —que digería los cuatro huevos duros— estiró sus largas piernas bajo el asiento frontero, se reclinó, cruzó los brazos, y sonriente, como un hombre que acierta con una broma pesada, comenzó a canturrear La Marsellesa.

En todos los rostros pudo advertirse que no era el himno revolucionario del gusto de los viajeros. Nerviosos, desconcertados, intranquilos, se removían, manoteaban; ya solamente les faltó aullar como los perros al oír un organillo.

Y el demócrata, en vez de callarse, amenizó el bromazo añadiendo a la música su letra:

*Patrio amor que a los hombres encanta,
conduce nuestros brazos vengadores;
libertad, libertad sacrosanta,
combate por tus fieles defensores.*

Avanzaba mucho la diligencia sobre la nieve ya endurecida, y hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste del anochecer, en la oscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monótono, obligando a sus irascibles oyentes a rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico.

Y la moza lloraba sin cesar; a veces, un sollozo, que no podía contener, se mezclaba con las notas del himno entre las tinieblas de la noche.

MOCHILA AL HOMBRO

Por JonKarl Huysmans

Cuando terminé mis estudios mis padres juzgaron útil hacerme comparecer ante una mesa cubierta con un paño verde detrás de la cual sobresalían los bustos de unos viejos señores que se preocuparon por saber si yo había aprendido lo suficiente sobre lenguas muertas como para ser promovido al grado de bachiller.

La prueba fue satisfactoria. Para celebrar mi éxito, toda la nobleza familiar fue convocada a una cena en la que todos se interesaron por mi futuro y resolvieron por fin que estudiara derecho.

Bien o mal rendí mi primer examen y el dinero para inscribirme en segundo año lo consumí con una rubia que decía sentir afecto por mí, a ciertas horas.

Frecuenté asiduamente el Barrio Latino y allí aprendí muchas cosas, entre otras a interesarme por estudiantes que escupían en los bocks sus ideas sobre la política y más tarde a gustar las obras de George Sand y Heme, de Edgard Quinet y Henri Mürger.

Había llegado a la pubertad de la tontería.

Eso duró un año; yo maduraba poco a poco. Las luchas electorales del fin del Imperio me dejaban indiferente: no era hijo de senador ni de proscrito; sólo debía seguir, bajo cualquier régimen, las tradiciones de mediocridad y miseria adoptadas desde hacía tiempo por mi familia.

El derecho me gustaba poco. Pensaba que el Código había sido mal escrito de exprofeso, para proporcionar a algunos la oportunidad de argumentar infinitamente sobre las más insignificantes palabras. Aún hoy me parece que una frase correctamente escrita no puede motivar interpretaciones tan diversas.

Me sondeaba buscando un estado que pudiese asumir sin demasiada repugnancia, cuando el Emperador encontró uno: me hizo soldado á causa de su torpeza política.

Estalló la guerra con Prusia. En verdad yo no comprendía los motivos que hacían necesaria esa carnicería entre ejércitos. No sentía la necesidad de matar a otros ni de que éstos me mataran a mí. Fuera como fuera, incorporado a la guardia móvil del Sena, recibí la orden, después de haber ido a buscar mi uniforme y unos zapatos, de pasar por la peluquería y encontrarme a las siete de la tarde en el cuartel de la calle Lourcine.

Concurrí puntualmente a la cita. Después de pasar lista, una parte del regimiento ganó la puerta y llenó la calle. Entonces la calzada se agitó y los cafetines se colmaron.

Apretados unos contra otros, obreros con capotes, obreros andrajosos, soldados con correas y polainas, desarmados, escandían, acompañándose con el entrechocar de los vasos, una desgañitada y desafinada Marsellesa. Cubiertos con quepíes de increíble profundidad y viseras de ciego adornadas con escarapelas tricolores de latón; vestidos con capotes azul oscuro con cuello y ornamento color gamuza, pantalones de lino azules con una franja roja, los móviles del Sena aullaban a la luna antes de partir a la conquista de Prusia. Era un estrépito ensordecedor en las vinerías, un alboroto de vasos, bidones y gritos, cortado aquí y allá por el chirriar de las ventanas golpeadas por el viento. De pronto, un redoble de tambor cubrió todos esos clamores. Una nueva columna salía del cuartel; entonces fue una fiesta, una borrachera indescriptible. Los que bebían en las tabernas salieron a la calle, seguidos por sus parientes y amigos que se disputaban el honor de llevarles la bolsa. Las filas se habían roto y era una mezcla de militares y paisanos: las madres lloraban; los padres, más calmos, transpiraban vino; los niños saltaban de alegría y cantaban a gritos, con toda su voz aguda, canciones patrióticas.

Atravesaron todo París tumultuosamente, a la luz de los faroles que flagelaban con blancos zigzagueos las nubes en tumulto. El calor era opresivo, la bolsa pesada; se bebía en cada esquina. Por fin llegaron a la estación de Aubervilliers. Hubo un momento de silencio roto por sollozos que luego fueron dominados otra vez por la Marsellesa y, por fin, nos apilaron como bestias en los vagones.

—¡Adiós, Jules! ¡Hasta pronto! ¡Sé prudente! ¡Sobre todo escríbeme!

Una vez más nos estrechamos las manos, el tren silbó y abandonamos la estación.

Éramos unos cincuenta hombres en el grupo que partía. Algunos lloraban a moco tendido, abucheados por otros que, borrachos perdidos, ensartaban velas en su pan de munición, gritando a toda voz: “¡Abajo Radiguet y viva Rochefort!”. Varios apartados en un rincón, miraban, silenciosos y taciturnos, el piso que trepidaba en el polvo. De pronto el tren se detiene; desciendo: noche cerrada; son las 12 y 25.

Hacia uno y otro lado se extienden los campos y a lo lejos, iluminados por las luces bruscas de los relámpagos, una casita, un árbol, dibujan su silueta contra un cielo hinchado de tormenta. Sólo se escucha el rumor de la máquina, cuyos haces de chispas, que escapan por

la chimenea, se dispersan como un fuego de artificio a lo largo del tren. Todos bajan y se acercan a la locomotora, que se agranda en la noche y se hace inmensa. La detención durará dos horas. Dos discos están al rojo; el mecánico esperaba que giraran. Vuelven a ser blancos y subimos a los vagones, pero un hombre que viene corriendo con una linterna que agita, dice unas palabras al conductor que retrocede de inmediato a una vía de estacionamiento donde retomamos nuestra inmovilidad. No sabemos dónde estamos. Vuelvo a bajar y, sentado en un talud, mordisqueo un trozo de pan y bebo un trago, cuando un estrépito de huracán sopla a lo lejos, se acerca aullando y escupiendo llamas y un interminable tren de artillería pasa a todo vapor cargado de caballos, hombres, cañones cuyo cuello de bronce centellea en un tumulto de luces. Cinco minutos después retomamos nuestra marcha lenta interrumpida por altos cada vez más largos. Termina por amanecer y, acodado en la puerta del vagón, fatigado por los sacudones de la noche, miro la campiña que nos rodea: una serie de llanos gredosos y, cerrando el horizonte, una franja de verde pálido como el de las turquesas enfermas, una región chata, triste, carcomida: la Champagne miserable.

Poco a poco el sol se enciende, mientras continuamos viajando. ¡Pero al fin, no obstante, llegamos! Habíamos partido la noche anterior, a las ocho, llegamos a Châlons a las tres de la tarde. Dos móviles del Sena habían quedado en el camino: uno que se había arrojado a un arroyo desde lo alto del vagón y otro que se había roto la cabeza en la baranda de un puente. Los demás, después de haber saqueado las casillas y jardines que había en la ruta, bostezaban, con la boca sucia de vino y los ojos hinchados, o bien jugaban arrojándose de un extremo a otro del coche ramas de arbustos y jaulas de pollos que habían robado.

El desembarco se realizó en el mismo orden que la partida. Nada estaba preparado: ni cantina, ni paja, ni mantas, ni armas; nada, absolutamente nada. Solamente unas tiendas llenas de estiércol y piojos, recién abandonadas por las tropas que habían partido hacia la frontera. Durante tres días vivimos en la zona de Mourmelon comiendo una salchicha un día, bebiendo un tazón de café con leche otro, explotados sistemáticamente por los habitantes, acostándonos de cualquier manera, sin paja ni mantas. Todas cosas no muy apropiadas por despertarnos el interés por el oficio al que nos obligaban.

Una vez instaladas las compañías se dividieron; los obreros fueron a las tiendas habitadas por sus semejantes y los burgueses hicieron otro tanto. La tienda donde me hallaba no estaba del todo mal compuesta ya que habíamos logrado, a fuerza de vino, expulsar a dos pa-

lurdos, cuyos pies sumaban a su mal olor nativo el de una incuria prolongada y voluntaria.

Transcurrieron uno o dos días. Nos hacían montar guardia con piquetes; tomábamos mucho aguardiente y las tabernas de Mourmelon estaban siempre llenas cuando Caurobert nos pasa revista en el frente de banderas. Todavía lo veo, montado en un gran caballo, doblado en dos sobre la silla, los cabellos al viento y los bigotes encerados sobre un rostro lívido. Estalla un motín. Privados de todo y poco convencidos por ese mariscal de que nada nos faltaba, berreamos a coro cuando habló de reprimir nuestras quejas por la fuerza: “¡Ran plan plan! Cien mil hombres por tierra. ¡A París! ¡A París!”

Caurobert se puso lívido y gritó, plantando su caballo en mitad de nuestro grupo: “¡Honor a un mariscal de Francia!” Nuevos abucheos partieron de las filas; entonces torció las riendas y seguido por su estado mayor nos amenazó con el dedo, silbando entre dientes: “¡Me la pagaréis cara, señores parisienses!”

Dos días después de este episodio el agua glacial del campo me enfermó tanto que tuve que ir de urgencia al hospital. Ajusté mi bolsa después de la visita del médico y bajo la guardia de un cabo me fui cojeando y arrastrando la pierna, sudando bajo mis arneses. El hospital desbordaba de gente y me rechazaron.

Fui entonces hasta una de las ambulancias que se hallaban próximas. Había en ella una cama vacía y fui admitido. Dejé allí mi bolsa y, esperando a que el mayor me prohibiera moverme, fui a pasearme por el jardincito que había entre dos cuerpos del edificio.

De pronto, por una puerta apareció un hombre de barba erizada y ojos glaucos. Con las manos en los bolsillos de un largo delantal color moreno me gritó desde lejos:

—¡Eh, hombre! ¿Qué diablos está haciendo allí?

Me acerco, le explico el motivo por el cual estoy allí. Sacude los brazos y aúlla:

—¡Vuélvase! No tiene derecho a pasearse por el jardín mientras no se le haya dado la ropa.

Vuelvo entonces a la sala; un enfermero me entrega un capote, un pantalón, pantuflas y un birrete. Me miro, así mal vestido, en un espejito. ¡Qué facha y qué atavíos, mi Dios! ‘Con mis ojos hinchados y mi tez pálida, con el pelo cortado al ras y la nariz brillante, con mi ropa gris ratón, mi pantalón rojizo, mis enormes pantuflas sin tacos, mi birrete gigantesco de algodón, soy prodigiosamente feo. No puedo contener la risa. Vuelvo la cabeza hacia mi vecino de cama, un alto muchacho de tipo judío, que aboceta mi retrato en su libreta. De in-

mediato nos hacemos amigo; le digo que me llame Eugéne Lejantel y él me dice llamarse Francis Emonot. Ambos conocimos los mismos pintores y entablamos discusiones estéticas, olvidando nuestros infortunios. Llega la noche y nos reparten un plato de potaje con las perlas negras de algunas lentejas, nos sirven vasos de coco clarete, me desvisto, encantado de acostarme en la cama sin guardar mis trapos y botas.

La mañana siguiente, a eso de las seis, me despierta un gran alboroto en el que se destacan grandes voces. Me siento en la cama y me froto los ojos: veo entonces al señor de la víspera, siempre vestido con su hopalanda de color moreno que avanza majestuoso, seguido de un cortejo de enfermeros. Era el mayor.

Apenas entra, mira de izquierda a derecha y de derecha a izquierda con sus taciturnos ojos verdes, hunde sus manos en los bolsillos y exclama:

—Número 1, muestra tu pierna..., tu roñosa pierna. ¡Ah, va mal esa pierna! La llaga chorra como una fuente. Loción de agua blanca, carne recocida, media ración, una buena tisana de orozuz.

—Número 2, muestra tu garganta... tu roñosa garganta. Cada vez peor, esa garganta. Mañana te cortarán las amígdalas.

—Pero doctor...

—¡No te pregunté nada! Si dices una palabra te encajo la dieta.

—Pero...

—A este hombre le encajan la dieta. Escriba: dieta, gargarismo, una buena tisana de orozuz.

De esta manera pasó revista a sus enfermos, prescribiendo para todos, así fueran venéreos o heridos, afiebrados o disentéricos, su buena tisana de orozuz.

Cuando llegó frente a mí me observó, me arrancó las mantas, me aplicó unos puñetazos en el vientre, me recetó agua albuminada y la inevitable tisana y se fue resoplando y arrastrando los pies.

La vida era difícil con la gente que nos rodeaba. Eramos veintiuno en la sala. A mi izquierda estaba mi amigo, a mi derecha un trompeta grandote, carcomido como un dedal y amarillo como un vaso de bilis. Acumulaba dos profesiones; la de zapatero de día y la de rufián de noche. Por otra parte era un muchacho burlesco que caminaba sobre las manos, cabeza abajo, que contaba de la manera más ingenua del mundo cómo estimulaba el trabajo de sus pupilas a zapatazos y entonaba con su voz conmovedora canciones sentimentales:

—¡En mi desgracia solo me ha quedado de aquella golondrina la amistad!

Conquisté su confianza dándole unas monedas para comprar un litro de vino y procedimos bien al no malquistarnos con él pues el resto de la sala, compuesto en parte por procuradores de la calle Maubuéc, estaba muy dispuesto a buscarnos querella.

Una noche entre otras, el 15 de agosto, Francis Emonot amenazó con abofetear a dos hombres que le habían quitado una servilleta. Se produjo un formidable alboroto en el dormitorio. Las injurias llovían, éramos tratados de “maricas” y “duquesas”. Dos contra diecinueve, teníamos la posibilidad de recibir una cuidadosa paliza cuando el clarín intervino, apartó a los más encarnizados, los apaciguó e hizo devolver el objeto robado. Para festejar la reconciliación que siguió a esta escena, Francis y yo dimos tres francos cada uno para que el clarín, con ayuda de sus camaradas saliera a procurarse carne y vino fuera de la ambulancia.

La luz había desaparecido en la ventana del mayor, el farmacéutico terminó por apagar también la suya; nos arrastramos fuera para inspeccionar los alrededores para que los hombres que se deslizarían a lo largo de los muros no encontraran centinelas en el camino y saltaran al campo. Una hora después estaban de vuelta, cargados de vituallas. Nos las pasan, vuelven con nosotros al dormitorio, suprimimos los dos veladores, encendemos unos cabos de vela en el piso y alrededor de mi cama formamos un círculo. Habíamos absorbido tres o cuatro litros y despachado una buena parte de una pierna de cordero cuando escuchamos un enorme ruido de botas. Apago las velas a golpes de chancleta y todos se esconden en las camas. La puerta se abre y aparece el mayor, lanza una formidable “¡Maldición!”, tropieza con la oscuridad, sale y vuelve a aparecer con un farol y el inevitable cortejo de enfermeros. Aprovecho el instante de respiro para hacer desaparecer las sobras del festín; el mayor atraviesa el dormitorio a paso acelerado, amenazándonos con meternos presos.

Nos retorremos de risa bajo nuestras mantas mientras los clarinazos suenan en el otro extremo del corredor. El mayor nos pone a dieta y después se va, advirtiéndonos que pronto conoceríamos de qué paño estaba hecho.

Cuando desapareció fue el delirio; las carcajadas, las risas que redoblaron, estallaban, chisporroteaban; el clarín se pavoneaba por el dormitorio imitado por uno de sus amigos; un tercero saltaba sobre su cama como si fuera un trampolín y caía y rebotaba con los brazos extendidos y la camisa flotando en el aire; su vecino bailaba un triunfal canción... El mayor vuelve a entrar; viene con cuatro soldados a los

que ordena apresar a los bailarines y nos anuncia que va a redactar un informe para elevar a quien corresponde.

Por fin la calma se restablece; la mañana siguiente hacemos comprar comida a los enfermeros. Los días pasan sin incidentes. Nos morimos de hastío en la ambulancia cuando un día, a las cinco, un médico entra precipitadamente en la sala y nos ordena tomar nuestras ropas y preparar las bolsas.

Diez minutos después nos enteramos que los prusianos marchan sobre Chálons.

Un taciturno estupor reina en la sala. Hasta entonces ignorábamos lo que acontecía. Nos habíamos enterado de la demasiado célebre victoria de Sarrebrück pero no conocíamos los reverses que nos abrumbaban. El mayor nos examina uno por uno; ninguno está curado; todos han tragado su agua de orozuz pero han estado privados de otros cuidados. Sin embargo devuelve a sus regimientos a los menos enfermos y ordena a los demás que se acuesten vestidos y con la bolsa lista.

Francis y yo estábamos entre estos últimos. El día pasa, pasa la noche; nada, pero yo estoy con cólicos y sufro. Por fin, a eso de las nueve de la mañana aparece una larga fila de mulas con artolas. Ambos subimos al aparato. Alzados sobre la misma mula, como el pintor era muy grueso y yo muy flaco, el sistema se balanceaba: mientras yo subía por el aire, él descendía por debajo de la panza del animal que, arrastrado por delante y empujado por detrás pateaba y coceaba furiosamente. Corríamos en un torbellino de polvo, enceguecidos, atolondrados, sacudidos, aferrados a la barra de la artola, cerrando los ojos, riendo y lloriqueando. Llegamos a Chálons más muertos que vivos; caímos como ganado exhausto sobre la arena, después nos amontonaron en vagones del tren y abandonamos la ciudad...¿para ir adónde? Nadie lo sabía.

Era de noche; volábamos sobre los rieles. Los enfermos salían de los vagones para pasear sobre las plataformas. La máquina silba; su marcha se hace más lenta y por fin se detiene en una estación, la de Reims, supongo, aunque no podía afirmarlo. Nos morimos de hambre: la Intendencia había olvidado el detalle de darnos pan para el viaje. Bajo del tren y veo un café abierto. Corro hacia allí, pero otros se me habían adelantado. Cuando llegué había una pelea. Uno se apoderaba de botellas, otros de comida, éstos de pan, aquellos de cigarrillos. Enloquecido, furioso, el patrón defendía su negocio a golpes de jarra. Empujados por sus camaradas, los soldados de la primera fila se abalanzaban sobre el mostrador que se desmoronó arrastrando en la caída al patrón y a los mozos. Entonces fue el pillaje generalizado; todo fue

robado desde los fósforos hasta los escarbadientes. En ese momento suena una campana y el tren parte. Nadie se preocupa por ello y, sentado en la calzada, mientras explico al pintor la contextura del soneto el tren retrocede para recogerlos.

Subimos a nuestros compartimentos y pasamos revista al botín conquistado. En verdad los platos eran poco variados; embutidos y nada más que embutidos. Teníamos seis rodajas de salchichas, una lengua escarlata, dos salchichones, una soberbia lonja de mortadela, una tajada de jamón con carnes de color oscuro y vetas blancas, cuatro litros de vino, media botella de coñac y velas. Colocamos pabilos en el cuello de las cantimploras fijadas por medio de cintas a las paredes del vagón. Cuando el tren se sacudía al pasar por las agujas de los desvíos, una lluvia de gotas de sebo caliente nos salpicaba las ropas que, por otra parte, ya conocían cosas peores.

Comenzamos de inmediato la comida, interrumpida por las idas y venidas de los soldados que, corriendo por los andarieles, a lo largo del tren, venían a golpear los vidrios para pedirnos de beber. Cantábamos a voz en cuello, bebíamos, brindábamos; nunca se ha visto a enfermos que hicieran tantas cabriolas en un tren en marcha. ¡Se hubiera dicho que era una corte de los milagros rodante! Los tullidos saltaban sobre las puntas de los pies, aquellos cuyos intestinos hervían los refrescaban con buenos sorbos de coñac, los tuertos abrían los ojos, los afiebrados hacían piruetas, las gargantas enfermas vociferaban y tragaban alcohol. ¡Era algo inaudito!

La turbulencia terminó por calmarse, sin embargo. Aprovecho la calma para sacar la nariz por la ventanilla. No hay una sola estrella, ni siquiera un trocito de luna; el cielo y la tierra parecen una misma cosa y en esa intensidad de tinta negra parpadeaban como ojos de colores diferentes las linternas fijadas al palastro de los discos. Cierro el vidrio y miro a mis compañeros. Unos roncan; otros, incómodos por los vaivenes del coche, rezongan y blasfeman, acomodándose sin cesar, buscando un lugar para extender las piernas, para ubicar la cabeza que se bamboleaba a cada sacudida.

A fuerza de mirarlos empezaba a amodorrarme cuando la detención del tren me despertó. Estábamos en una estación y la oficina del jefe brillaba como el fuego de una fundición en la oscuridad de la noche. Tenía una pierna adormecida, temblaba de frío y bajé para calentarme un poco. Me paseé a lo largo del andén y llegué hasta la máquina a la que estaban desenganchando para cambiarla por otra. Al pasar por la oficina escuché la campanilla y el tictac del telégrafo. El empleado, de espaldas, estaba un poco inclinado a la derecha, de ma-

nera que, desde donde yo me hallaba solo veía la parte trasera de su cabeza y la punta de la nariz, rosa y perlada de sudor, en tanto el resto del rostro desaparecía en la sombra proyectada por la pantalla del pico de gas.

Me invitan a subir de nuevo al tren y encuentro a mis compañeros tal como los había dejado. Esta vez me quedo profundamente dormido. No sé cuánto hacía que dormía cuando un griterío me despierta: ¡París! ¡París! Salto a la portezuela. A lo lejos, sobre una franja de oro pálido se destacan, en negro, las chimeneas de fábricas y usines. Estamos en SaintDenis; la noticia corre de vagón en vagón. Todos están de pie. La máquina acelera su marcha. La estación del Norte se dibuja a lo lejos; llegamos, nos arrojamos por las puertas y algunos consiguen escaparse mientras que los demás son detenidos por los empleados del ferrocarril y por las tropas, que nos obligan a subir a otro tren, que parte no se sabe hacia dónde.

Viajamos todo el día en línea recta. Estoy cansado de mirar la larga serie de casas y árboles que huyen ante mis ojos; y además están esos cólicos. Hacia las cuatro de la tarde la máquina comenzó a andar más lentamente hasta detenerse en un andén donde nos esperaba un viejo general alrededor del cual pululaban unos jóvenes con quepis rosa, pantalones rojos y botas con espuelas amarillas. El general nos pasa revista y nos divide en dos secciones; una parte hacia el seminario y la otra hacia el hospital. Parece que estamos en Arras. Francis y yo formamos parte de la primera sección. Nos alzan sobre carretas repletas de paja y llegamos a una construcción que parece querer desmoronarse en la calle. Subimos al segundo piso, donde hay una sala que contiene una treintena de camas; cada uno desata su bolsa, se peina y se sienta. Llega un médico.

—¿Qué tiene usted? —le dice al primero.

—Un ántrax.

—¡Ah! ¿Y usted?

—Disentería.

—¡Ah! ¿Y usted?

—Un tumor.

—¿Pero entonces no son heridos de guerra?

—Para nada.

—Y bien, entonces pueden recoger sus bolsas. El arzobispado cede las camas de los seminaristas sólo para los heridos de guerra.

Vuelvo a meter en la bolsa las pocas cosas que había sacado y volvemos a partir, renqueando, hacia el hospicio de la ciudad. Allí ya no había lugar. En vano las monjas han tratado de juntar las camas de

hierro: las salas están llenas. Cansados de todo, Francis toma un colchón y yo otro y vamos a acostarnos en el jardín, sobre el césped.

A la mañana siguiente hablo con el director, un hombre afable y encantador. Le pido permiso para salir con el pintor e ir a la ciudad. Consiente; la puerta se abre. ¡Somos libres! ¡Por fin vamos a comer! ¡Comer verdadera carne, beber buen vino! ¡Ah, no vacilamos, fuimos al mejor hotel de la ciudad! Nos sirven un suculento almuerzo. ¡Hay flores en la mesa, magníficos ramos de rosas y fucsias que se abren en floreros de vidrio. El mozo nos trae una costilla que sangra en un lago de manteca; el sol participa de la fiesta, hace brillar los cubiertos y las hojas de los cuchillos, esparce su polvo de oro a través de las jarras y, cosquilleando al vino que se mueve lentamente en los vasos, pincha con una estrella sangrienta el mantel adamascado.

¡Oh santa alegría de las comilonas! ¡Tengo la boca llena y Francis está borracho! El olor de la carne asada se mezcla al aroma de las flores, la púrpura de los vinos lucha con el rojo de las rosas; el mozo que nos sirve parece un idiota y nosotros unos tragones pero nos da lo mismo. Engullimos carne asada sobre carne asada, nos echamos un burdeos sobre un borgoña, un chartreux sobre un coñac. ¡Al diablo con los vinos ordinarios que bebíamos después de partir de París! ¡Al diablo esas sopas innominables, esas bazofias desconocidas que embuchábamos desde hacía casi un mes! Estamos irreconocibles; nuestras caras famélicas ahora se enrojecen como mascarones, bostezamos con la nariz apuntando al techo; vamos a la deriva. Recorremos así toda la ciudad.

Sin embargo se hace tarde; ¡hay que volver! La monja que vigila la sala de los viejos nos dice con su vocecita aflautada:

—Señores militares, ustedes tuvieron frío la noche pasada, pero hoy tendrán una cama.

Y nos lleva a una gran sala en cuyo techo se destacan tres veladores mal prendidos. Tengo una cama blanca, me hundo con delicia en las sábanas que tienen todavía el buen olor de la lejía. Sólo se escucha la respiración y los ronquidos de los durmientes. Siento calor, mis ojos se cierran; ya no sé donde me encuentro. Pero un cloqueo prolongado me despierta. Abro un ojo y a los pies de mi cama veo un individuo que me contempla. Me siento en la cama. Frente a mi hay un viejo alto, seco, de mirada huraña; tiene una boca babosa en medio de una barba desordenada. Le pregunto qué quiere. Ninguna respuesta. Le grito:

—¡Váyase; déjeme dormir!

Me muestra el puño. Se me ocurre que es un alienado. Enrollo una servilleta y le hago un nudo en la punta. El viejo avanza; salto de la cama, esquivo el golpe que me dirige y le asesto con toda puntería un golpe en el ojo izquierdo. El viejo ve las estrellas; se arroja sobre mí. Retrocedo y le doy un puntapié en el estómago. Trastabilla y arrastra una silla en su caída. El dormitorio entero se despierta. Francis acude en camisa para prestarme ayuda. También llega la monja; los enfermeros se arrojan sobre el loco y lo castigan para luego acostarlo con gran esfuerzo.

El aspecto del corredor era notablemente risible. Los resplandores rosados que difundían los veladores agonizantes habían sido reemplazados por los relumbrones de tres linternas. El techo negro, con sus redondeles de luz que danzaban sobre las mechas encendidas brillaba ahora con sus tintes de yeso recientemente estucado. Los enfermos, un conjunto de títeres sin edad, habían empuñado con una mano el trozo de madera que pendía sobre sus camas en la punta de un cordel y con la otra hacían gestos terroríficos. Mi cólera cedió ante este espectáculo; me retorció de risa, el pintor se ahogaba. Sólo la monja se mantenía seria y a fuerza de amenazas y oraciones logró poner orden en la cuadra. Bien o mal, la noche terminó y por la mañana, a las seis, un redoble de tambor nos reunió: el director nos llamaba. Partimos hacia Rouen.

Llegados a esta ciudad un oficial le dijo al desgraciado que nos conducía que el hospicio estaba lleno y que no podía alojarnos. A la espera de novedades tenemos una hora de detención. Arrojo mi bolsa en un rincón de la estación y aunque mi vientre hierve salgo con Francis vagando a la aventura. Nos extasiamos ante la iglesia de Saint-Ouen. Admiramos tantas cosas que la hora de plazo transcurrió antes de que hubiésemos pensado en volver a la estación.

—¡Hace rato que sus camaradas han partido! —nos dijo un ferroviario—. ¡Están en Evreux!

—¡Diablos! El próximo tren sale a las nueve. ¡Vamos a comer!

Cuando llegamos a Evreux ya era noche cerrada. No podíamos presentarnos a esa hora en el hospicio; parecíamos malhechores. La noche era soberbia, atravesamos la ciudad y nos encontramos en campo raso. Era la época de la siega y las gavillas estaban hechas. En medio del campo cavamos en el estiércol dos nichos confortables y no sé si por el perfume turbador de nuestro lecho o por el penetrante aroma de los bosques, sentimos necesidad de hablar de nuestros amores difuntos. ¡El tema era inagotable! Poco a poco, sin embargo, las pala-

bras se hicieron más escasas. los entusiasmos se debilitaron y nos quedamos dormidos.

—¡Caramba! —dice mi amigo al estirarse—, ¿qué hora será?

Me despierto. El sol no tardará en salir pues el gran telón azul ya se adorna con galones rosados. ¡Qué miseria! Deberemos ir a golpear la puerta del hospicio, dormir en salas impregnadas de ese olor soso en el que siempre reaparece, como un obstinado estribillo, la áspera flor del polvo de cloroformo.

Retomamos entristecidos el camino del hospital. Nos abren pero ¡ay!, sólo uno es admitido: Francis. Yo soy enviado al liceo.

La vida ya no era posible. Meditaba una evasión cuando un día el médico interno de servicio baja al patio. Le muestro mi tarjeta de estudiante de derecho. El conoce Paris, el Barrio Latino. Le explico mi situación.

—Es absolutamente necesario —le digo— que Francis venga al liceo o que yo vuelva al hospital.

Reflexiona y por la noche se acerca a mi cama y me dice al oído: “Mañana por la mañana diga que se siente peor”.

Así lo hice: a la mañana siguiente, hacia las siete, llegó el médico. Este buen y excelente hombre tenía dos defectos: su boca olía mal y siempre quería sacarse de encima a los enfermos, costara lo que costara. Todas las mañanas ocurría lo mismo:

—¡Ah, ah, ese palurdo —gritaba— qué buena facha tiene! Buen aspecto, no hay fiebre. Levántese y vaya a tomar una taza de café; pero nada de tonterías; ya sabe, no corra detrás de las mujeres. Le voy a firmar su alta; mañana volverá a su regimiento.

Enfermo o no enfermo, echaba tres por día. Esa mañana se detuvo frente a mi cama y dijo:

—¡Ah, caramba muchacho, tiene mejor aspecto!

Me quejo: ¡nunca he sufrido tanto! Me tantea el vientre.

—Pero eso va mejor —murmura—, el vientre está menos duro.

Protesto. El parece asombrado. Entonces el interno le dice en voz baja:

—Habría que hacerle una enema y aquí no tenemos jeringa ni bomba. ¿Si lo enviáramos al hospital?

—Es una buena idea —dijo el hombre encantado de desembarazarse de mí—. Y de inmediato firmó mi orden de admisión.

Radiante de alegría cierro mi bolsa y bajo la guardia de un sirviente del liceo hago mi entrada en el hospital. ¡Vuelvo junto a Francis! Por una increíble casualidad en el corredor San Vicente donde

está instalado, pues no hay lugar en las salas, hay una cama libre cerca de la suya. ¡Juntos de nuevo! Además de los nuestros hay cinco camastros alineados a lo largo de los muros pintados de amarillo. Tienen por habitantes un soldado de línea, dos artilleros, un dragón y un húsar. El resto del hospital está compuesto por algunos viejos decrepitos, algunos jóvenes raquíuticos ó patizambos y gran cantidad de soldados sobrevivientes del ejército de MacMahon que, después de haber transitado de ambulancia en ambulancia, han venido a recalar en este ribazo.

Francis y yo somos los únicos que llevamos el uniforme de la guardia móvil del Sena. Nuestros vecinos eran unos muchachos bastante simpáticos, a cual más insignificante que el otro. En general eran hijos de paisanos o granjeros llamados bajo banderas en cuanto se declaró la guerra.

Mientras me quito la casaca llega una monja tan delicada, tan bonita que no puedo dejar de mirarla. ¡Ah, sus grandes y hermosos ojos! ¡Sus largas pestañas rubias! ¡Sus blancos dientes! Me pregunta por qué abandoné el liceo. Le explico por medio de frases nebulosas que la falta de una bomba compresora me ha hecho emigrar del colegio. Ella sonrío dulcemente y me dice:

—¡Oh señor militar usted puede llamar a las cosas por su nombre. Estamos habituadas a todo.

Estoy convencido de que ella debía estar habituada a todo, la pobre, pues los soldados no cuidaban para nada su lenguaje delante de ella. Por otra parte nunca la vi ruborizarse; pasaba muda entre los soldados, con los ojos bajos fingiendo no escuchar las groseras bufonadas que se decían.

¡Dios mío, cómo me mimó! Todavía la veo, por la mañana, avanzando lentamente desde el fondo del corredor, cuando el sol quebraba sobre las losas la sombra de los barrotes de las ventanas. Las grandes alas de su cofia le golpeaban el rostro. Llegaba hasta mi cama con un plato que humeaba y en cuyo borde resaltaban sus uñas bien cuidadas.

—La sopa parece un poco chirle esta mañana—decía con su linda sonrisa. Le traigo chocolate; tómelo rápido mientras está caliente.

A pesar de los cuidados que ella me prodigaba, me aburría mortalmente en este hospital. Mi amigo y yo habíamos llegado a ese grado de embrutecimiento en que ya no se abandona la cama tratando de matar las horas de esas insoportables jornadas de somnolencia. Nuestras únicas distracciones consistían en las comidas diarias, compuestas

de carne de buey hervida, sandía, ciruelas pasas y un dedo de vino, todo en cantidad insuficiente para nutrir a un hombre.

Gracias a mí sencilla cortesía con las monjas y a las etiquetas de farmacia que escribía para ellas felizmente obtenía una costilla de vez en cuando o una pera recogida en el huerto del hospital. Era pues el soldado que menos podía quejarse entre todo los que se hallaban amontonados confusamente en las salas, pero los primeros días no lograba tragar mi ración matinal. Era la hora de la visita y el doctor elegía ese momento para hacer sus operaciones. Al día siguiente a mi llegada abrió un muslo de arriba a abajo. Oí un grito desgarrador: cerré los ojos, no lo suficiente sin embargo como para no ver una lluvia roja que salpicaba con grandes gotas el guardapolvo del médico. Esa mañana no pude comer. Poco a poco, no obstante, fui haciéndome más aguerrido. Pronto llegué a contentarme con dar vuelta la cabeza y cuidar mi ropa.

Siempre a la espera, la situación se hacía intolerable. Habíamos tratado en vano de procurarnos diarios y libros y lo único que podíamos hacer, para divertirnos, era vestirnos con el uniforme del húsar. Pero esta alegría pueril se extinguía rápidamente y nos acostábamos a cada momento, cambiando algunas palabras, hundiendo la cabeza en la almohada.

No había mucho que conversar con nuestros camaradas. Los dos artilleros y el húsar estaban muy enfermos como para hablar. Lo único que hacía el dragón era blasfemar, levantarse a cada rato envuelto en su manta blanca para ir a la letrina de donde venía arrastrando la suciedad con sus pies desnudos. En el hospital no había tazas de noche. Algunos de los más enfermos tenían sin embargo bajo la cama una vieja cacerola que los convalecientes hacían saltar como cocineros, ofreciendo el manjar a las monjas.

Quedaba sólo, pues, el soldado de línea, un pobre muchacho almacenero, padre de un niño. Desde que fue llamado bajo banderas casi siempre estuvo con fiebre y tiritando bajo las mantas. Sentados a lo sastre en nuestras camas le escuchábamos contar la batalla en que había estado. Extraviado cerca de Froeschwiller, en una pradera rodeada de bosques, había visto resplandores rojos que atravesaban ramilletes de humo blanco y había bajado la cabeza sorprendido por los cañonazos y asustado por el silbido de las balas. Luego había caminado con los regimientos por tierras de cultivo sin ver a ningún prusiano, sin saber dónde estaba, escuchando a su lado gemidos entrecortados por gritos breves.

De pronto las filas delanteras invirtieron su marcha y en el desorden de la huida había caído al suelo, sin darse cuenta cómo. Se había escapado, abandonado su fusil y su bolsa. Por fin, agotado por las marchas forzadas de ocho días continuos, extenuado por el miedo y debilitado por el hambre, se había sentado en un foso. Allí permaneció inerte, ensordecido por el ruido de los obuses, resuelto a no defenderse, a no moverse. Pensó en su mujer y lloró, preguntándose qué había hecho para sufrir así. Sin saber por qué recogió una hoja de árbol que había guardado con devoción, y que nos mostraba a menudo.

Un oficial, empuñando un revólver, había pasado tratándolo de cobarde y amenazándolo con romperle la cabeza si no echaba a andar. El había respondido ¡Prefiero eso! Pero cuando el oficial lo sacudía para ponerlo de pie, se desvaneció sangrando por la nuca. Entonces, de nuevo presa del terror, había huido hasta encontrar una lejana carretera inundada de fugitivos, surcada de arcos cuyos caballos reventados obstaculizaban la marcha de las filas.

Por fin había podido ponerse al abrigo. El grito de traición se elevaba de la tropa. Viejos soldados aparecían todavía resueltos a continuar, pero los reclutas no.

—¡Que vayan ellos a hacerse matar! — decían señalando a los oficiales.

—Es su oficio.

—Yo tengo hijos y no será el Estado quien los alimente, y enviaban la suerte de los heridos leves y de los enfermos que podían refugiarse en las ambulancias.

—¡Ah, uno siente miedo! ¡Y esas voces de los que llaman a su madre o piden de beber! —agregaba estremeciéndose—. Se callaba y miraba el corredor con expresión enajenada. Luego continuaba:

—Es igual; estoy feliz de estar aquí y además mi mujer puede escribirme.

Sacaba unas cartas de su pantalón, diciendo satisfecho:

—El niño me ha escrito. ¿ven? —y señalaba el final de la hoja, bajo la dificultosa escritura de su mujer, donde unos palotes formaban una frase dictada en la que se leía “Besos a papá” en manchones de tinta.

Escuchamos esta historia por lo menos veinte veces y debimos sufrir durante mortales horas a este hombre encantado de tener un hijo. Terminamos por taparnos las orejas y tratar de dormir para no escucharlo.

Esta deplorable vida amenazaba con prolongarse cuando una mañana Francis, que se había pasado el día anterior andando por el patio (y eso contra su costumbre) me dijo:

—¡Eh!, Eugéne, ¿quieres venir a respirar un poco de aire campestre? Hay un prado reservado para los locos —prosiguió—; está vacío. Si subimos al techo de las celdas, nos resultará fácil con ayuda de las rejas de la ventana, llegar al borde del muro y de allí saltar al campo. A dos pasos del muro se abre una de las puertas de Evreux. ¿Qué dices?

—Digo..., digo que estoy dispuesto a salir, ¿pero cómo haremos para volver?

—No sé, salgamos primero, después avisaremos. Levántate; van a servir la sopa. Después saltamos.

Me levanto. Faltaba agua en el hospital, de manera que tenía que arreglármelas con la gaseosa que la monja me había procurado. Tomo mi sifón, apunto al pintor que grita ¡Fuego! y le largo un chorro en la cara. Me toca ahora a mí; recibo el chorro, me froto la nariz y me seco. Ya estamos prontos a salir y descendemos. El prado está desierto; escalamos el muro. Francis toma impulso y salta. Yo estoy a caballo del muro, echo una mirada rápida en derredor: abajo hay un foso con hierbas; a la derecha, una de las puertas de la ciudad; a lo lejos un bosque rizado en el que desgarrones de oro rojizo se destacan sobre una franja de azul pálido. Estoy de pie, escucho el ruido del patio y salto. Ahora vamos paralelos al muro; ¡estamos en Evreux!

—¿Y si comiéramos?

—De acuerdo.

Mientras marchábamos en busca de una posada vemos dos mujercitas de caderas cimbreantes. Las seguimos y las invitamos a comer; ellas no aceptan. Insistimos y contestan que no, pero menos firmemente; insistimos otra vez y dicen que sí. Vamos a su casa con un pastel, botellas, huevos, un pollo frío. Nos parece raro encontramos en una habitación clara, empapelada con un papel salpicado de flores lilas y hojas verdes. En las ventanas hay cortinas de damasco color grosella; sobre la chimenea un espejo y un grabado que representa a Cristo molestado por los fariseos. Ponemos la mesa, miramos con ojos a las muchachas que giran alrededor de ella. Colocar los cubiertos les lleva tiempo porque las detenemos cuando pasan para besarlas. Pero ¿qué nos pasa? ¡Hace tanto tiempo que no rozamos la boca de una mujer!

Corto el pollo; los tapones saltan y bebemos como cubas y devoramos como ogros. El café humea en las tazas y le agregamos co-

ñac. Mi tristeza se vapora, se enciende el ponche y las llamas azules del kirsch revolotean en la ensaladera que crepita. Las muchachas bromean con los cabellos cayéndoles sobre los ojos y las ropas en desorden. De pronto suenan las cuatro. ¡Dios, hemos olvidado el hospital! Me pongo pálido; Francis me mira asustado. Abandonamos los brazos de nuestras huéspedes y salimos rápidamente.

—¿Cómo volvemos? —dice el pintor.

—¡Ay!, no tenemos manera de elegir. Llegaremos a duras penas para la hora de la sopa. Tratemos, con ayuda de Dios, de entrar por la gran puerta.

Cuando llamamos, la monja portera acude a abrirnos y se queda estupefacta. La saludamos y en voz bastante alta como para que me oiga digo:

—Sabes que en la Intendencia no son muy amables. Sin embargo el gordo nos ha recibido con bastante corrección...

La monja no dice una palabra mientras que nosotros corremos al galope hacia la cuadra. Justo a tiempo cuando escucho la voz de sor Angela que distribuye las raciones. Me acuesto velozmente y con la mano me cubro el cuello, donde han quedado las marcas de los besos de mi amiga. La monja me mira y como encuentra en mis ojos un brillo desacostumbrado me pregunta:

—¿Se siente usted peor?

La tranquilizo diciéndole:

—Al contrario, hermana, me siento mejor, pero el ocio y el encierro me matan.

Cuando le expliqué el espantoso aburrimiento que sentía, perdido en medio de la tropa y en el fondo de la provincia apretó sus labios y sus ojos tomaron una indefinible expresión de melancolía y de piedad. Sin embargo, una vez me había dicho secamente:

—¡Oh, la libertad no le serviría de nada!, haciendo alusión a un diálogo entre Francis y yo que ella había sorprendido: discutíamos sobre los encantos de las parisienses. Después se había suavizado y había agregado con una pequeña mueca encantadora:

—Usted no es nada serio, señor militar ...

Convine con el pintor que a la mañana siguiente, una vez tragada la sopa, escalaríamos de nuevo el muro. A la hora fijada rondábamos alrededor del prado, pero la puerta estaba cerrada. Nos encaminamos hacia la monja portera que nos pregunta a dónde vamos.

—A la Intendencia —le contestamos.

La puerta se abre y salimos.

Llegados a la gran plaza de la ciudad, frente a la iglesia, mientras contemplábamos las esculturas del pórtico, descubro a un señor grueso, con cara de luna roja erizada de bigotes blancos, que nos mira con asombro. Lo miramos de frente, desafiantes, y proseguimos nuestro camino. Francis se moría de sed. Entramos en un café y paladeando una media taza ojeo el periódico del lugar en el que encuentro un nombre que me parece conocer. En verdad no conocía a la persona que llevaba ese nombre, pero éste me traía recuerdos borrados desde hacia tiempo. Recordé que uno de mis amigos tenía un pariente encumbrado en la ciudad de Evreux.

—Es necesario que lo vea —le dije al pintor.

Pregunto su dirección al cafetero pero la ignora. Salgo y pregunto por él a todos los panaderos y farmacéuticos que encuentro. Todos comen su pan y beben sus pócimas pero ninguno de esos industriales conoce la dirección del señor Fréchède. Pero por fin la encuentro. Le quito el polvo a mi blusón, compro una corbata nueva y un par de guantes y llamo suavemente a la reja de una mansión, en la calle Chartraine, que yergue sus fechadas de ladrillo y sus tejas de pizarra en medio del desorden soleado de un parque. Un sirviente me hace pasar. El señor Fréchède está ausente pero la señora está en casa. Espero unos segundos en un salón; la puerta se abre y aparece una anciana dama. Tiene un aspecto tan amable que me tranquilizo. En pocas palabras le explico quién soy.

—Señor —me dice ella con una gentil sonrisa—, he oído hablar mucho de su familia; creo incluso haber visto a su madre en casa de la señora Lezaut, en ocasión de mi último viaje a París. Sea usted bienvenido.

Hablamos largamente; yo, un poco incómodo cubriendo con mi gorra el chupón del cuello; ella tratando de hacerme aceptar el dinero que me ofrecía y que yo rechazaba.

—Vamos—me dijo—deseo serle útil, de todo corazón. ¿Qué puedo hacer?

—¡Oh, Dios mío! Si usted lograra, señora, que me envíen a París, sería para mí un gran favor. De creer a los diarios, las comunicaciones podrían quedar pronto interceptadas. Se habla de un nuevo golpe de Estado o del derrumbe del Imperio; necesito encontrar a mi madre y, sobre todo, no caer prisionero aquí, si los prusianos llegan.

Entretanto vuelve el señor Fréchède. En dos palabras queda informado de la situación.

—Si usted quiere venir conmigo a ver el médico del hospicio, no perdamos tiempo.

—¿Ver al médico? Dios mío, ¿cómo explicarle mi salida del hospicio? No me atrevo a decir una palabra.

Sigo a mi protector preguntándome cómo habrá de terminar todo eso. Llegamos y el doctor me mira con aire asombrado. No le doy tiempo de abrir la boca y le recito, con prodigiosa volubilidad, un rosario de lamentaciones sobre mi triste situación.

El señor Fréchède toma la palabra y le pide para mi un permiso de convalecencia de dos meses.

—El señor está, en efecto, bastante enfermo—dice el médico— como para tener derecho a dos meses de reposo. Si mis colegas y el general están de acuerdo conmigo, su protegido podrá volver a París dentro de pocos días.

—Está bien —responde el señor Fréchède—, se lo agradezco doctor; esta noche hablaré con el general.

En la calle lanzo un suspiro de alivio, estrecho la mano de ese excelente señor que se digna interesarse por mí y corro a encontrarme con Francis. Tenemos el tiempo justo para volver al hospital. Cuando llegamos a la reja Francis llama; saludo a la monja y ella me detiene:

—¿No me dijeron esta mañana que iban a la Intendencia?

—Sí, efectivamente hermana.

—Y bien, el general acaba de pasar por aquí. Vayan a ver al director y a la hermana Angela: ellos los están esperando. Ustedes les explicarán, sin duda, la razón de sus visitas a la Intendencia. Subimos, muy confusos, la escalera que lleva al dormitorio. Sor Angela está allí esperando y me dice:

—Nunca hubiera creído semejante cosa. ¡Han corrido por toda la ciudad ayer y hoy y Dios sabe qué vida habrán llevado!

—¡Oh, por favor! —exclamé.

Me miró tan fijamente que no agregué una sola palabra.

—Bien —prosiguió—, el general los ha encontrado hoy en la gran Plaza. Negué que hubieran salido y los busqué por todo el hospital. El general tenía razón: ustedes no estaban aquí. Me preguntó sus nombres; yo le di el de uno de ustedes y no quise dar el del otro. ¡He hecho mal, sin duda, porque ustedes no lo merecen!

—¡Oh, cuánto se lo agradezco hermana!

Pero sor Angela no me escuchaba: estaba indignada por mi conducta. Sólo me quedaba un partido por tomar: callarme y aguantar el chubasco sin siquiera intentar ponerme al abrigo. Mientras tanto, Francis había sido llamado por el director y como, no se por qué, su-

ponían que él me pervertía, y además se llevaba mal con el médico y las monjas a causa de sus bromas, le anunciaron que partiría a la mañana siguiente para volver a su guarnición.

—Las bribonas de ayer son delatoras que nos han vendido —me decía furioso. El propio director me lo ha confiado.

Mientras maldecíamos a esas mujeres y deplorábamos nuestros uniformes que nos hacían tan fácilmente reconocibles, corrió el rumor de que el Emperador estaba prisionero y que en París se había proclamado la república. Le di un franco a un viejo que podía salir para que nos trajera un ejemplar del Gaulois. La noticia era cierta. El hospital se regocijaba. “¡Saltaste, peleme!. No demasiado rápido, pero la guerra ha terminado”. A la mañana siguiente Francis y yo nos abrazamos y él partió.

—¡Hasta pronto! —me gritó cerrando la reja. La cita es en París.

¡Ah, esos días siguientes! ¡Cuántos sufrimientos! ¡Qué abandono! ¡Imposible salir del hospital! En honor mío un centinela se paseaba frente a la puerta. Tuve sin embargo el valor de resistir al sueño... Me paseaba por el prado como un animal enjaulado, once horas por día. Conocía mi prisión hasta en sus más remotos rincones. Conocía los lugares donde mejor crecía el césped, las partes de la muralla que flaqueaban y se rajaban. Sentía repugnancia por mi corredor, por mi camastro aplastado como una galleta, por mis sábanas podridas de mugre. Vivía aislado, no hablaba a nadie, pisoteando los guijarros del patio, errante como un alma en pena. Me roía los puños de impaciencia; observaba las idas y venidas de los civiles y militares mezclados, pasando y volviendo a pasar por todos los pisos, llenando las galerías con su lento andar.

Ya no tenía fuerzas para sustraerme a la persecución de las monjas que los domingos nos empujaban a la capilla. Me volvía monomaniaco; una idea fija me poseía: huir lo más pronto posible de esta lamentable cárcel. Además el dinero escaseaba. Mi madre me había enviado cien francos a Dunquerque donde parecía que debía hallarme y este dinero no me llegaba. Vi aproximarse el momento en que no tendría más monedas con que comprar tabaco y papel.

Los días transcurrían mientras yo esperaba. Los Fréchède parecían haberme olvidado y yo atribuía su silencio a mis escapadas que, sin duda, habían conocido. A todas esas angustias venían a sumarse dolores terribles. Mal cuidadas y exasperadas por las malandanzas que había corrido, mis tripas ardían. Sufría de tal modo que temía no poder soportar un viaje. Disimulaba mis sufrimientos en el temor de que el

médico me obligara a permanecer más tiempo en el hospital. Me quedé en cama varios días; luego, cuando sentí que me abandonaban las fuerzas, quise levantarme de todas maneras y bajar al patio. Sor Angela no me hablaba más y por las noches, cuando hacía su ronda por los corredores y las cuadras, apartándose para no ver el fuego de las pipas que bullaban en la oscuridad, pasaba frente a mi indiferente, fría, desviando los ojos.

Una mañana, sin embargo, mientras me paseaba por el patio, dejándome caer en un banco, ella me vio tan cambiado, tan pálido, que no pudo reprimir un impulso compasivo. Por la noche, una vez terminaba su visita a los dormitorios, mientras me hallaba acodado en mi almohada mirando con los ojos muy abiertos los regueros azulados que la luna vertía por las ventanas del comedor, la vi venir. Sonreía dulcemente.

—Mañana por la mañana —me dijo— se presentará ante la Junta Médica. Hoy he visto al Sr. Fréchède. Es probable que dentro de dos o tres días usted salga para París.

Doy un salto en la cama, mi rostro se ilumina, quiero saltar y cantar; nunca fui tan feliz. Amanece; me visto y muy inquieto voy a la sala donde hay una reunión de oficiales y médicos.

Uno por uno los soldados exhiben sus torsos agujereados o cubiertos de pelos. El general se limaba una uña, el coronel de la gendarmería se abanicaba con un papel, los practicantes conversaban mientras palpaban a los soldados. Por fin llega mi turno: me examinan de pies a cabeza, me aprietan e! vientre, hinchado y tenso como un globo y, por unanimidad, me conceden una licencia por convalecencia de sesenta días. ¡Por fin volveré a ver a mi madre! ¡Encontrar mis bibelots, mis libros! ¡Ya no siento ese hierro rojo que me quemaba las entrañas! ¡Salto como una cabra!

Anuncio a mi familia la buena nueva. Mi madre me escribe, cartas y cartas, asombrándose de que no lleguen. ¡Ay! mi licencia debe ser visada por la División de Rouen. El visado llega a los cinco días; estoy en regla. Voy a ver a sor Angela y le ruego que obtenga para mí un permiso con el objeto de agradecer a los Fréchède, que han sido tan buenos conmigo. Ella va al despacho del director y me trae el permiso. Voy entonces a la casa de esa buena gente, me obligan a aceptar un pañuelo de seda y cincuenta francos para el viaje. Voy entonces a buscar mi legajo a la Intendencia y vuelvo al hospital. Sólo me quedan unos minutos. Busco a sor Angela y la encuentro en el jardín.

—¡Oh!, querida hermana —le digo emocionado—, me voy. ¿Cómo podré pagarle lo que le debo?

Le tomo la mano y ella quiere retirarla pero yo la llevo a los labios y la beso. Ella se ruboriza.

—¡Adiós! —murmura, y amenazándome con el dedo agrega alegremente:

—¡Sea prudente y sobre todo no tenga malos entretenimientos en el camino!

—¡Oh!, no tema hermana; ¡se lo prometo!

La hora suena, la puerta se abre y salgo precipitadamente hacia la estación. Subo a un vagón y el tren parte.

El coche está lleno a medias pero felizmente ocupó un asiento en un extremo. Pongo la nariz en la ventanilla, veo algunos árboles podados, algunas colinas que serpentean a lo lejos y un puente sobre un gran pantano reluciente al sol. Nada de eso es alegre. Me hundo en mi rincón, mirando a veces los hilos del telégrafo que reglan el ultramar con líneas negras. El tren se detiene, los viajeros que me rodean descienden, la portezuela se cierra pero vuelve a abrirse para dejar paso a una joven.

Mientras se sienta y arregla su vestido observo su rostro bajo el velo. Es encantadora, sus ojos son de azul cielo, sus labios purpurinos, sus dientes blancos, sus cabellos tienen el color del maíz maduro.

Inicio una conversación; ella se llama Reine y borda flores. Hablamos como amigos. De pronto empalidece y parece que va a desmayarse. Abro las ventanillas, le paso un frasco de sales que llevo conmigo, por azar, desde mi salida de Paris.

Me agradece y se apoya en mi bolsa para tratar de dormir. Felizmente estamos solos en el compartimento pero el tabique de madera que lo separa del resto del vagón no llega muy alto y se ve y sobre todo se escucha el clamor y las fuertes risas de los paisanos y paisanas. De buen grado les hubiera pegado a esos imbéciles que turbaban su sueño. Pero me contenté con escuchar las mediocres opiniones que intercambian sobre política. Me fatigo pronto y me tapo las orejas; trato de dormir pero la frase del jefe de la última estación reaparece en mi ensueño como un obstinado estribillo: “El tren no llega a Paris; la vía está cortada en Nantes”. Cuando abro los ojos mi vecina también se despierta. No quiero hacerla partícipe de mis temores; hablamos en voz baja y me dice que va a reunirse con su madre en Sévres. Le digo que el tren no llegará a París antes de las once de la noche.

—No tendrá usted. tiempo de alcanzar el embarcadero de la orilla izquierda.

—¿Qué hago si mi hermano no está allí esperándome?

¡Oh miseria, estoy sucio como un peine y mi vientre arde! No puedo pensar siquiera en llevarla a mi departamento de soltero y además, antes que nada quiero ir a casa de mi madre. ¿Qué hacer? Miro a Reine con angustia, tomo su mano. En ese momento el tren cambia de vía y la sacudida la arroja hacia adelante. Nuestros labios están próximos, se tocan, apoyo los míos con rapidez y ella se ruboriza. ¡Señor Dios! Su boca se mueve imperceptiblemente: me devuelve el beso. Un largo estremecimiento recorre mi columna vertebral; me siento desfallecer al contacto de esos brazos ardientes. ¡Ah, sor Angela, sor Angela, ¡qué difícil es reformarse! El tren ruge y rueda sin aminorar la marcha; volamos a todo vapor hacia Nantes. Nuestros temores son vanos: la vía está libre. Reine cierra a medias sus ojos, su cabeza cae sobre mi hombro, sus pequeños rulos se mezclan con mi barba y me cosquillea los labios. Sostengo su cintura y la acuno. Paris no está lejos; pasamos frente a los docks de mercaderías, frente a rotondas donde rezongan, en medio de un vapor rojo, las locomotoras. El tren se detiene y nos piden los billetes.

Todo está bien pensado: primero conduciré a Reine a mi departamento. ¡Siempre que su hermano no esté esperándola a la llegada! Bajamos del coche y su hermano está allí.

—Dentro de cinco días —me dijo en un beso— el pájaro vuela.

Cinco días después yo estaba en cama, gravemente enfermo, y los prusianos ocupaban Sévres. Nunca más la volví a ver.

Tengo el corazón acongojado; lanzo un largo suspiro. Y sin embargo no es el momento de estar triste.

Traqueteo ahora en un coche de plaza, reconozco mi barrio y llego a la casa de mi madre. Subo la escalera de a cuatro escalones, llamo con premura y la mucama abre la puerta.

—¡Es el señor! —dice y corre a avisar a mi madre que viene presurosa a mi encuentro, empalidece, me besa, me mira de ‘pies a cabeza, se aleja un poco y vuelve a mirarme.

Mientras tanto la mucama ha vaciado la alacena.

—Usted debe tener hambre, señor Eugenio...

—Creo que tengo hambre, sí.

Devoro todo lo que me sirven y trago grandes vasos de vino. En verdad no sé lo que como ni lo que bebo.

¡Vuelvo por fin a mi casa a acostarme! Encuentro mi departamento tal como lo dejé. Lo recorro, radiante; luego me siento en el diván y me quedo allí, extasiado, en estado de beatitud, llenándome los ojos con la visión de mis bibelots y mis libros. Me desvisto, me baño pensando que por primera vez desde hace meses voy a acostarme

en un lecho propio con los pies limpios y las uñas cortadas. Salto sobre el colchón, hundo la cabeza en las plumas, mis ojos se cierran y navego a toda vela en el país de los sueños.

Me parece ver a Francis encendiendo su gran pipa de madera, a sor Angela mirándome con su linda mueca y por fin a Reine que se me acerca. Me despierto sobresaltado y me trato de imbécil. Vuelvo a hundirme en mis almohadas pero los dolores, a los que por un momento había dominado reaparecen ahora que los nervios están menos tensos. Me froto suavemente el vientre pensando que ha terminado todo el horror de la disentería que había arrastrado por esos lugares donde todos se exhiben sin pudor.

Estoy en mi casa, en habitaciones mías. Me digo que es necesario haber vivido en la promiscuidad de los hospicios y los campos para apreciar el valor de una palangana de agua, para saborear la soledad de los lugares donde uno se pueda bajar los pantalones sin problemas.

LA SANGRÍA

Por Henri Céard

I

Son las diez de la mañana de uno de los últimos días de Octubre. Lugar de la escena, París durante el sitio. La víspera se habían batido encarnizadamente en los lodazales de las cercanías de Saint-Denis. Las noticias son malas, los despachos telegráficos oscuros y en los bandos que acaba de fijar el Gobierno en las esquinas se nota no sé qué indecisión, no sé qué mentiras. Las frases eran confusas; no decían nada. Bajo la aparente confianza de las proclamas se adivinaba el involuntario reconocimiento de una derrota, la confesión de un desastre. En la niebla, bajo, los transparentes crespones de un cielo enlutado, los vendedores de periódicos han pasado, como de costumbre, pregonando escaramuzas, anunciando encuentros, y el eco de sus voces sube siniestramente hasta los últimos pisos de las casas, envueltas en densa bruma.

Otro retroceso, otra derrota. Cañones sin cartuchos, refuerzos que no llegan, avanzadas que se abandonan, posiciones ganadas que el ejército no se cuida de conservar: «¿Quién quiere la toma de Dourget por los prusianos?, cinco céntimos» Y las mujeres, que hacen cola a la puerta de las carnicerías, con los pies en el agua y con la esperanza de comprar media libra de carne; los guardias nacionales, que vuelven de las murallas agobiados, tiznados por la pólvora, los ojos fatigados por una noche de insomnio y de guardia, todos los que pasan por la calle compran y devoran la lacónica noticia del parte oficial: «Los voluntarios rechazados, la aldea definitivamente del enemigo que se fortifica en ella; todo un batallón de guardias móviles de Batignolles, hecho prisionero».

Los periódicos dan más detalles, y sus narraciones particulares agravan las noticias atenuadas del parte oficial. Las tropas se han batido bien, pero no eran bastante numerosas. Los regimientos que han tomado parte en la lucha no han sido sostenidos por las reservas y el fuego del enemigo los ha diezmado. No se publica la cifra de los muertos; tampoco el número de los heridos; pero uno y otro se cree que son considerables. Circulan rumores espantosos. La defensa se hace ya imposible. Se habla de capitulación. En las plazas, gente que presume de estar enterada, afirma, que la noche pasada M. Thiers había entrado en París llevando proposiciones de paz. De boca en boca corre una palabra, una palabra de horror y de acusación: «Nos han

hecho traición». Y todo París lo repite con acento feroz, en medio de la niebla que va aumentando.

La emoción se ha apoderado del General en jefe. Los continuos partes que recibe le han hecho saber que en el ensanche amenaza el pueblo con un motín y que los tambores recorren las calles, tocando generala, de Belleville a Montmartre. Ha reunido a los oficiales; todos están allí escuchándole. Todos están de acuerdo en que se ha hecho lo que se podía hacer; juzgan también que los discursos bastarán para calmar la efervescencia del pueblo. Se propone publicar una nueva proclama, y en el gran salón de Sesiones del palacio del Estado se oyó durante largo rato el ruido de una pluma sobre el papel. Fuera, aumenta la oscuridad. Lejanos clamores, sonidos de corneta dominados por el «a las armas, ciudadanos» de la Marsellesa atraviesan el aire saturado de humedad, y batiendo un instante los cristales, que vibran en los marcos, vienen a morir en medio del sombrío salón.

El hombre que acaba de escribir levanta la cabeza. Pide una lámpara, y levantando la pantalla, tose un poco, habla de su responsabilidad personal. Después, cogiendo una a una las cuartillas que ha escrito y que numera con cuidado, dice:

—He ahí, señores, lo que propongo que se proclame en París.

El General cambia de postura, y con calma, detallando las frases, calculando la entonación, haciendo resaltar las palabras como un actor, lee un discurso largo, en el cual explica las sabias razones de su templanza, alaba sus retrasos, enumera infinitas dificultades, el resultado que tendría la resistencia. Cuando habla de esperanza, de éxito definitivo, de triunfo futuro, una sonrisa ligera de ironía mueve sus labios. Delante de él, alrededor de la mesa, el Estado Mayor, por educación o por un resto inconsciente de disciplina, escucha y trata de aparentar que presta atención. Pero hay manos distraídas que juegan con las gorras, con los puños de los sables, atormentando las cintas de las condecoraciones, o acarician sin cesar las plumas de ganso esparcidas alrededor del tintero sobre el tapete verde. Algunos, faltos de esperanza, se retuercen violentamente el bigote, se cruzan de brazos y cambian de postura, se sientan, cruzadas las piernas calzadas de bota alta, cuyas espuelas hacen en medio del silencio un pequeño ruido de acero. En un rincón, de pie, con aire burlón y un cuadernillo en la mano, como si tomara notas, un joven oficial de la Guardia móvil dibuja rápidamente el cuadro que aparece a su vista.

La proclama es larga, interminable. De vez en cuando toma aliento el lector, y entonces, aunque están cerradas las ventanas, entran con más violencia los clamores de fuera. En la plaza ruedan los

carros, suenan las trompetas, se entrecruzan las voces de mando, formando una sinfonía de gritos y de patadas, mientras que allá, a lo lejos, los cañonazos de los fuertes sirven de fúnebre acompañamiento. Parece por un instante que el Estado Mayor escucha con atención; después comienza otra vez la lectura, somnolienta y triste, meciendo en vaga torpeza a esa gente que se esfuerza en dar gravedad a su aburrimiento, expresión e inteligencia a sus caras de perros azotados. De pronto, el General se interrumpe bruscamente. Los gritos son más terribles y parecen llevados por un viento de odio. Diez mil voces exasperadas se levantan unísonas a través de las brillantes notas de la Marsellesa y del aire de Lampion; un grito se repite, un grito de súplica y de amenaza: «¡La salida! ¡La salida!»

Se levanta un oficial y abre con ademán de impaciencia el balcón. De la plaza del Hôtel de Ville, cuajada de gorras y erizada de bayonetas, cuyas puntas de acero brillan a través de la niebla, surge un hurra irónico seguido de un insulto.

Algunos, tomando al oficial por un General en jefe, lo injurian y le interpelan tuteándole.

En medio de tanta confusión, se oyen roncadas voces que piden armas; unos quieren marchar adelante y que todos les sigan; otros, creyendo que alguno quiere hablar, gritan para imponer silencio. Unos dicen: «¡delegados, delegados!» y proponen enviar una comisión que se entienda con el Gobierno, mientras los entusiastas agitan febrilmente las gorras y gritan ¡bravo! con todas sus fuerzas, sin saber por qué. No se consigue restablecer la calma, y como el oficial, algo pálido, se retira sin decir una palabra, un grito único, más amenazador y más fuerte, desgarrar la atmósfera brumosa, condensando toda la cólera y todo el delirio de la multitud: «¡Capitulan! ¡Capitulan!»

—¡Vaya unos caracoles de muralla! — dijo el oficial cerrando la ventana. Habrá que acabar por hacerles una sangría; sino no estarán contentos: y colocando entre las piernas el sable que le golpea en el costado, se sienta tranquilamente. Se sonríen los que le rodean; encuentran ingeniosa la frase. El General mismo la aprueba con la cabeza; después da cuerda a la lámpara, que produce tufo, levanta la mecha, y murmurando entre dientes las últimas palabras interrumpidas por este incidente, se dispone a continuar la lectura.

De pronto llaman suavemente a la puerta, se oye un murmullo de voces, como la insistente súplica de un importuno a quien un ujier prohíbe la entrada. Suenan de nuevo los golpes, el Estado Mayor escucha:

«Al arma ciudadanos,

Formad los batallones.»

que canta el pueblo en la plaza con acento de desesperación, que no amenguan las paredes ni los tapices de la sala.

«Marchemos, que los ríos de la patria
De sangre impura vamos a llenar.»

Y al tiempo del atronador sonido que producen las voces al cantar las últimas notas de la canción, se abre la puerta de un modo muy singular:

—¿Se puede entrar? ¿Se entra? ¡Bah! lo mismo da, yo entro.

Entonces se oye sobre el entarugado el ruido de unos tacones, mezclado con crujido de enaguas, y entra sonriendo una mujer en la sala.

Su sombrero negro, de forma sencilla, está adornado con cintas tricolores, y bajo un velo de blanca gasa muy apretado sobre la nariz, se atenúan las facciones de su cara y la hacen parecer joven. Es alta, su paso es atrevido, luce un gran gabán de pieles que lleva en la manga izquierda la insignia de la Convención de Ginebra: la cruz de las ambulancias, roja sobre fondo blanco.

—Salud, mi General.

Y llevándose a la frente la mano derecha, elegantemente enguantada, imita con gravedad el saludo militar.

Después, con más confianza:

—A todos, buenos días—añade.

Entonces, paseando alrededor de la mesa con gracia y desenfado, saluda ligeramente a unos, y a otros les da fuertes apretones de manos, según son los grados de amistad y simpatía. En la extremidad de la manga, donde brilla una faja de finísima piel, se mueve el diminuto guante de Suecia, va y viene, deja una mano para agarrarse a otra, desaparece entero bajo la burda piel de un enorme guante de ordenanza, reaparece y vuelve a desaparecer bajo los enormes bigotes que lo cubren con un beso ceremonioso, mientras que detrás, el vestido al moverse, produce un ambiente de voluptuoso perfume y de elegancia provocadora.

—¿No encuentran ustedes muy aburrido este sitio? Yo vengo de las ambulancias. ¡Hijos míos! ¡no tienen ustedes idea de lo mal que huele en ellas! ¿Me permiten ustedes?

Sin esperar contestación, tira el sombrero sobre un sillón. Aparece entonces su cabellera peinada como para un baile, un pelo magnífico teñido de rojo que caía en bucles sobre la espalda, con flequillo sobre la frente. La cara blanca de los polvos de arroz, los labios pintados de carmín, los ojos agrandados por una franja negra dibujada al

lado de las pestañas, el vestido de seda negro, lleno de volantes y escotado. Sobre el borde del cuerpo, en que también se destacan adornos con los colores nacionales, se muestra la forma del pecho, sostenido por el corsé. De sus brazos, que salen desnudos del extremo de las mangas, donde la cruz de Ginebra brilla también, en medio de los bordados, de las cintas; de los encajes, se desprende un tenue olor de mujer de su carne amorosa, deliciosamente ajamonada.

—Y bien ¿qué hay de nuevo? ¿Siempre lo mismo?

Y viendo la proclama sobre la mesa:

—¡Ah! ¡pues sí hay novedad! debí haberlo sospechado. ¡Palabras y palabras! ¿no es eso? ¿Qué les cuentan ustedes ahora a los parisienses? Verdaderamente, es necesario que sean de buena pasta. ¿Les ensartan ustedes muchas mentiras? Veamos la nueva remesa.

Inclinada sobre la mesa, doblada por el talle, con la postura de una esfinge, empieza a leer. A lo lejos el cañón deja oír periódicamente su ronco estampido. Los amotinados, sin aliento ya, acallan sus clamores, ahogan sus cantos, parece que toman aliento. Pero por el incesante ruido de pasos, por las numerosas órdenes que se escuchan, por el murmullo humano que se oye debajo de las ventanas en medio de la densa niebla, se conoce que el gentío aumenta desmesuradamente. De todos los extremos de París, de Montmartre, de Bercy, asustados, impacientes, exasperados, se han puesto en camino, siguiendo los redobles del tambor y recibiendo continuamente refuerzos. La insurrección creciente sólo espera para estallar la voz de un jefe, una orden o simplemente la casualidad.

La elegante señora sigue leyendo; después, cansada de volver las hojas del manuscrito, tararea alegremente. Con un gestecillo picaresco tira todos los papeles; los esparce por el aire y canta el estribillo de la canción de moda:

«C'est le sire de Fichtonkhan
qui s'en vaten guerres.»

El Estado Mayor la contempla estupefacto; el General, aturdido por completo, se retuerce el bigote; está tan asombrado que no dice ni una palabra. Alrededor de la mesa, iluminados por la luz de la lámpara, guardan todos silencio, disgustados por semejante inconveniencia.

—Pues qué ¿para esto se han reunido ustedes? ¿Saben lo que se me ocurre? Pues bien; están ustedes haciendo esfuerzos para aparentar que toman en serio cosas que les aburren y fastidian soberanamente. Ea ¡basta de silencio! ¡atención! ¡rompan filas!

Y cogiendo al azar un quepis galoneado que estaba sobre un velador se lo puso audazmente en la cabeza, y con la voz grave de un presidente levantó la sesión.

El General en jefe salta sobre su asiento. Está pálido de indignación. Se acerca a la atrevidísima señora con los puños cerrados y apretando los dientes; ella se echa hacia atrás; da la vuelta a la mesa y se burla en sus barbas riéndose a carcajadas; unas carcajadas sonoras, comunicativas, que empiezan a contagiar al Estado Mayor.

—¡No me cogeréis, no me cogeréis!

—¡Señora!—dice con voz balbuciente el General.

—Puedes llamarme Huberta; no te prives porque estén delante estos señores.

—¡Señora! — repite el General.

Y va a cogerla. Sus manos se agitan coléricas; el General siente la necesidad de desahogar su cólera. La ha cogido por un brazo y estruja la insignia de Ginebra. Pero ella, por un movimiento brusco de hombros se escapa, y precipitándose detrás de un sillón como detrás de una barricada, exclama:

—¡Señores! ¡señores! ¡Yo le ruego que nos dejen solos! ¿No ven ustedes que quiere dar un espectáculo?

Y dirigiéndose al General, añade:

—Anda, vete, querido mío.

Los oficiales consultan con la mirada al Jefe, que tiembla bajo sus condecoraciones. Después se levantan; salen silenciosamente, y al abrir la puerta se oyen los ecos de la Marsellesa cantada a pleno pulmón.

La señora se acerca al General tratando de besarle. Él la rechaza con dureza.

—Eres insoportable, imprudente, entrometida—la dice el General —¿a qué has venido al Consejo? ¡A comprometerme! ¡nada más que á comprometerme! ¿Cómo van a respetarme después de lo ocurrido? ¡Mis oficiales se reirán de mí; pierdo todo mi prestigio! ¡Es necesario que todo esto acabe! ¡ estoy decidido!

—¿Tú, decidido?—dijo ella con un gesto de asombro e incredulidad.

—¡Sí! has caído aquí como una bomba; has turbado nuestras más graves deliberaciones. lo has desarreglado todo; ¡todo lo has echado a perder! Puede pasar que en la intimidad me des consejos estratégicos y me propongas planes de campaña inverosímiles... ¡nadie había de saberlo! Pero aquí ¡delante de todo el mundo, venir á imponerte! ¡Ah! qué arrepentido estoy de haber sido débil contigo.

Había tratado de dar tono grave a su voz. Pero se esfuerza en vano, pues encuentra la situación cómica.

Ese demonio adorable de Madame Pahauen es verdaderamente divertido. No deseaba él, ciertamente, sino perdonarle otra vez sus travesuras; pero, después de todo, ¡había hecho tales demostraciones de familiaridad con ciertos miembros del Consejo! Esto le desagradaba y no lo aguantará más.

—Lo has Comprendido, ¿no es verdad? —le dice.

Madame Pahauen suelta una sonora carcajada que hace temblar su pecho sobre el corsé, agita la cadena de su reloj y mece hasta los cajetes de su falda.

—¿Tienes celos? —dice por fin.

El General no contesta, pero su silencio parece una afirmación.

—Pobrecito mío! Pues bien, no te faltaba más que eso, ahora reúnes todas, todas las ridiculeces.

—¿Ridículo yo? ¿Yo ridículo? ¿Y por qué? ¿me hace usted el favor de decírmelo? No quiero oírlo ni de los labios de una mujer. ¡Ridículo! ¿Qué ridiculeces tengo? ¿en qué? ¿por qué? ¿cómo? Yo soy un buen oficial, todo el mundo lo sabe, los periódicos que me atacan no han puesto nunca en duda mi valor. Los Generales inspectores lo han hecho constar con frecuencia en sus informes particulares; tengo notas soberbias, hojas de servicio magníficas...

Y empezó a citar, henchido de vanidad una a una sus campañas, enseñó sus condecoraciones, dijo que todo el ejército le respetaba. Había publicado libros notables sobre cuestiones militares, pues era muy buen literato. ¡Y ella pretendía que pasase por un ser ridículo! Repetía sin cesar esa palabra, volvía constantemente a ella y la colocaba siempre como final de sus razonamientos. ¡Ridículo!

Pero Madame Pahauen, con su voz aflautada, como mujer que sabe lo que se dice y que apoya su opinión en la opinión pública, dice:

—Ridículo, sí, ridículo, digas lo que digas.

El General hizo un gesto terrible.

Ella prosiguió:

—¿Pero tú no ves nada? ¿no lees nada? ¿no oyes nada?

Entonces, con una gracia cruel, con movimientos de mano que cortaban el aire, secamente y apoyando sus afirmaciones, le recordó sus torpezas, su mala suerte, sus desaguisados que ella exageraba, atribuyéndolos con saña feroz a su incapacidad y a sus pretensiones. Le contó todas las pequeñeces que él proclamaba no tomar en serio: los que entraban en acción sin órdenes, el ejército sin organización, las batallas dadas por la casualidad, acabando por la derrota siempre; las

provisiones retrasadas, la falta de municiones, los puentes demasiado cortos. Le habló de París, donde todos los voluntarios armados estaban sin movilizar por indecisión, paralizados por desconfianza, y la Guardia nacional inútil detrás de las fortificaciones, donde se moría de fastidio, de impaciencia y de inercia. Desfilaban de este modo estrechas y terribles sus acusaciones, que ella detallaba tranquilamente con una vocecita agridulce.

A medida que hablaba, como si se cansase, olvidaba sus gestos de autoridad, y sus dedos, sin guante ya, jugaban con las sortijas que hacía pasar de una mano a otra. Acabó por echarle en cara la muerte de los soldados caídos en las escaramuzas, los combates que ella calificaba de carnicerías organizadas, los pobres reclutas que veía en los hospitales, sangrando de sus heridas y gritando al sentir penetrar en sus carnes el bisturí del médico. Hasta le acusó, como de un crimen personal, de la muerte de un joven capitán de Estado Mayor matado en la última refriega. Ella le conocía, le había visto muchas veces en sociedad.

—¡Uno de tus queridos! ¡sin duda! —gritó el General.

Hasta entonces no había dicho nada, bajando la cabeza, rabian-do en su interior ante las recriminaciones brutales, cuya justicia comprendía él sin embargo.

—Y aun que así fuera, ¿qué?—contestó ella descaradamente.

—No me extraña eso nada —replicó él— ¿con quién no te has acostado? Tu cama es una garita en que se relevan los centinelas a cada momento.

Entonces, soltando el trapo, dando libre salida a la amargura de su corazón, le nombró uno a uno sus amantes. Los había de todas las armas, de caballería, de infantería y de artillería, y hasta soldados reclutas. Citaba los cuerpos, los grados, con voz de despecho, con entusiasmo, porque él levantaba la jerarquía de sus amores y se creía comprometido, no por sus infidelidades, sino porque las había cometido con inferiores suyos.

Con gran calma oía Madame Pahauen esa serie de acusaciones, y dulcemente, como distraída, se abanicaba la pierna con la falda.

De vez en cuando una fecha citada por él, la hacía reír estrepitosamente. A cada nuevo nombre que añadía el General a la lista de amantes, contestaba ella «presente», y al oír algunos, se iluminaba su voluptuoso semblante. Sin duda evocaban en ella lujuriosos recuerdos, cuya sola idea le producía lánguida complacencia.

El General se había callado, falto de respiración, con la sorda cólera del hombre cuyo poder no es reconocido, cuya fuerza resulta

inútil. ¡Sé burlaba de él aquella mujer! ¡No pudiendo decidirse á pegarla, se veía obligado á sufrir sus sarcasmos; él, que por una desobediencia podía hacer fusilar a un hombre y diezmar un regimiento. Con el fin de resistirse a la necesidad de violencia que sentía, apretaba los puños y así evitaba la tentación de abofetearla en ambas mejillas, como se hace para corregir las impertinencias de una niña mal criada.

Ahora era ella la que hablaba, era ella la que, con sus irónicas confesiones, le echaba esos nombres al rostro. Para aumentar su exasperación, exageraba hasta lo infinito, atribuyéndose amantes que no había tenido nunca, y por medio de una alusión premeditada y al parecer involuntaria, aparentó tener relaciones con un miembro del Gobierno.

Le designó claramente quien era, porque sabía que era su enemigo mortal.

—¡El!—gritó el General con acento de indignación.

—Calma, amigo mío—dijo ella, y se arrellanó en su sillón, pasó la lengua por sus labios y balanceó la cabeza con aire de profunda satisfacción, como mujer que saborea de nuevo una dicha pasada.

—¡Él!—repetía el General, fuera de sí.

—Pues sí, él ¿y qué?

En aquel instante un clamor más violento dominó toda la gritería de la mañana. Diez mil voces invadieron la sala, confundidas en un grito único y prolongado. Los retratos de los Generales temblaron en sus marcos colgados de las paredes. Los cristales de las arañas chocaron sonoramente, mientras el maderamen de las puertas crujía como impulsado por una fuerza secreta. Y, sin embargo, en medio de tanto ruido, se oían claramente las siguientes palabras:

—¡Abajo! ¡abajo! ¡dimisión! ¡dimisión!

Madame de Pahauen hizo un gesto de profundo desprecio.

Extendiendo la mano hacia la ventana, designando vagamente el populacho que gritaba abajo entre la niebla, con la cabeza altivamente levantada y un desdeñoso movimiento de labios que había aprendido en un teatro de último orden, dijo:

—Mira ahí tu autoridad, mírala, ni el pueblo, ni las mujeres...

No la dejó acabar el General. Espíritu indeciso, lento para resolverse, no obraba más que bajo la inmediata presión de los hechos. Asustado por la brutal sorpresa de la realidad, como un hombre bruscamente despertado en medio de su sueño, en la tranquilidad de sus hipótesis, decidido a verificar alguna violencia, dijo con aire de autoridad:

—Se marchará usted mañana, señora.

—Su voz no demostraba cólera, hablaba como mandando a subordinados, con palabras cortadas, con altiva sequedad, que anticipadamente destruía la réplica sobre los labios de su interlocutor.

—¿Me echa usted?

—Desde luego.

—¿Entonces, iré?...

—Adonde usted quiera, me importa poco; lo importante es que se vaya usted.

Ella le miró fijamente a los ojos, para asegurarse de que decía la verdad; para ver si no quedaba en su interior algún deseo o algún arrepentimiento que pudiese ella explotar. Sus ojos estaban serenos. Quiso ella, sin embargo, probar un último medio, una de esas caricias que en tiempo de sus antiguas discusiones conseguían ahogar su cólera; pero él no le admitió, y le dijo:

—Basta, basta, no quiero más comedia.

Ella, sin embargo, se le acercó de nuevo, con movimientos de gata, con los labios temblando como si encerrasen promesas voluptuosas. Inclineda sobre él, trató de besarle y él la rechazó con un movimiento brusco, diciéndole:

—Yo soy aquí el amo; lo dicho, dicho está, ¡déjeme usted en paz!

Así era, en efecto; sacudida por un escalofrío de cólera, humillada, se puso el sombrero, con lentitud calculada, que producía de nuevo la exasperación del General. Después se puso el abrigo, pero no encontrando la entrada de la manga izquierda, sin decir una palabra, se acercó a él, que muy mal humorado tuvo que ayudarla a vestirse. Se puso los guantes muy despacio, sin apresurarse, haciendo movimientos de cabeza, fingiendo que hacía una serie de razonamientos interiormente; el plan ingenioso, el complot mezquino de una venganza de mujer. No pudiendo abrocharse el guante derecho, le tendió la mano. En la abertura de la manga, se veía algo del desnudo brazo, de un color rosa excitante. El General la rechazó de nuevo, temeroso de ceder ante esa desnudez deliciosa, volviendo la cabeza como si la tentación fuese demasiado fuerte.

—Vamos, trabaja — dijo ella, con la mayor indiferencia— ya ves que yo no puedo.

Y tuvo él que resignarse a complacerla, rompiéndose las uñas al esforzarse para abrochar los delicados botones, que lucían bajo la piel de los ojales. Cuando acabó, dijo madame Pahauen:

—¿De modo que tengo que irme? ¿Me echa usted?

Y él contestó:

—Sí, la echo, seguramente.

—Bueno, me iré. Pero ya sabes, querido mío, voy allá.

Se habla dirigido hacia la mesa, y recorriendo con el dedo un mapa que allí estaba abierto, lo detuvo sobre Versalles, y con aire amenazador repitió:

—Allí me voy.

—Como usted guste.

Como no tenía traza el General de indignarse, apoyó ella la frase para proporcionarse el placer de producir en él un último movimiento de cólera. Con una palabra suprema insultó su patriotismo.

—Sí; me voy con los prusianos. Son más listos que tú. ¡Son hombres fuertes por lo menos! Mientras que tú y tus Generales... ¿quieres que te lo diga? Pues bien: ¡me hacéis sudar demasiado!

Después, haciendo una graciosa reverencia como cuando salía de una visita, añadió:

—Hasta la vista, querido, buena suerte.

Cediendo, sin embargo, a un secreto deseo de ironía, le preguntó:

—¿No tienes nada que decirles?

—¿A quién?

—A esos señores de la calle.

El ya no la oía. Acababa de cerrar la puerta detrás de ella, y una vez solo respiraba a sus anchas con la satisfacción que produce terminar los incidentes y los actos desagradables y difíciles de ejecutar.

Ahora que Madame de Pahauen se había ido; ahora que por fin había tenido el valor de romper con ella, renacían su libertad, su voluntad que ella había anulado con la brujería de su gracia, ablandándole con la ternura de su sonrisa. Un momento, sin embargo, como para defenderse contra sí mismo en el caso de que se le ocurriese á ella volver y pedirle perdón, echó las dos vueltas a la llave de la puerta. Entonces, en la soledad, se sintió más fuerte. Miré todos los muebles; no quedaba nada de ella. Tuvo miedo de tener que renunciar a una cinta deshecha, a una violeta olvidada, a algo perteneciente a su persona, que bastaría veces para hacer revivir los deseos y despertar la concupiscencia. Los sillones, vacíos, presentaban alrededor de la sala sus desnudos asientos. Sólo un ligero aroma de oponax, escapado de la ropa de Madame de Pahauen, vagaba aún por el ambiente. Entonces, para librarse del influjo de ese perfume, abrió el General una ventana. La plaza se le apareció con su imponente masa de cabezas humanas, sus movimientos de alarma, sus bayonetas reunidas en apretado haz que un pálido rayo de sol hacía brillar entre los innumerables

puños que de todas partes y en actitud amenazadora se dirigían hacia él. Allí quedó algunos momentos, embriagado por su impopularidad, gozándose en los insultos, feliz y vanidoso de poder imponerse al mundo entero de ese modo y exasperar así a la ciudad. Basaba su orgullo en que sabría acallar esos furoros a buenas o a malas, en que le bastaba decir una palabra, dar una orden para hacer obedecer a los amotinados y para sujetar a los sublevados.

Se volvió para ver si aún se notaba el olor del oponax. El delicado y excitante perfume de mujer había desaparecido. La lámpara, falta de cuerda, daba tufo, desprendiendo un olor acre de mecha carbonizada y de aceite caliente. En aquel momento se oyó un crujido parecido al ruido de una tela de seda que se rasga. Dominando el clamor creciente de la multitud, se oyó una descarga. Algunas balas chocaron contra las piedras de la fachada produciendo un sonido seco al hacer saltar de ella pedazos que caían como escamas sobre una humareda espesa, interrumpida en varios puntos por rojizas llamas. Con la misma calma que si asistiera a una maniobra militar, cerró el General la ventana. Estaba dando la vuelta al dorado picaporte, cuando cayeron detrás de él, a sus pies, pedazos de vidrio. Una bala, atravesando la ventana, había ido a incrustarse en la pared de enfrente y uno de los retratos presentaba en su uniforme un agujero negro en el pecho. Entonces el General, sacando el brazo por la destrozada ventana, amenazó a la muchedumbre con el puño, diciendo:

—Veremos cual de los dos vence.

La voz resonó brutalmente en el inmenso salón desierto.

A lo lejos, el cañón en los fuertes, tronaba sin interrupción en salvas desesperadas.

II

Al otro día, dominado el tumulto, encarcelados los jefes, suprimidos los periódicos, Madame. de Pahauen detenida, era conducida por una escolta más allá de las líneas francesas.

El General estaba triste. Recibió sin alegría al oficial que le anunció que se habían cumplido sus órdenes. Sin poderlo remediar, seguía con su pensamiento á través de los caminos abandonados, de las aldeas ocupadas, de los desolados campos, a la elegante mujer de la roja cabellera, cuya posesión había sido su delicia. Ahora, pasada la cólera, le dolía su partida. Consideraba que había disminuido voluntariamente su prestigio y rebajado su poder. Algo le faltaba, algo estropeaba su éxito.

En otro tiempo, apartado por las sospechas del Imperio, en su retiro de literato y de soldado, había escrito infinidad de artículos contra la torpeza del Gobierno; pero no pudo nunca librarse de un momento de emoción, de un minuto de deseo, cuando los periódicos llevaban hasta él los ecos de las grandes fiestas de Compiègne, las descripciones de las grandes orgías de SaintCloud. Su afán de placer le roía en la vanidosa austeridad de su destierro. A menudo, en las horas de dolor que los más fuertes conocen, había sentido vacilar su conciencia, debilitarse su honradez. Más de una vez se había propuesto someterse, decidido interiormente por las sofisticadas razones que determinan los actos de cobardía, convencido de que, en medio de tantas inconsecuencias cometidas, su inconsecuencia pasaría desapercibida. Pero el orgullo le había sostenido. También su ambición le había librado de caer en complacencias y servilismos. Había pensado que llegan en un día a hacerse los amos, los que no cambian nunca de actitud y saben tomar una posición fija en medio de la corriente de los hombres y el momentáneo encadenamiento de los hechos. Además le repugnaban las medianías: no hubiera encontrado gusto en acometer empresas vulgares. ¿Venderse? ¡él también! Todo el mundo se había vendido y con un arte de corrupción que esperaba él poder superar. Se hubiera avergonzado de haber plagiado bajezas y de desear capitulaciones, hubieran sido de esas que hacen a sus autores inmortales por la grandeza de su gloria o la profundidad de su infamia. Se creía nacido para un porvenir brillante, formado para la celebridad, capaz de los mayores esfuerzos y acallando sus deseos de dominar, luchando contra sus apetitos, había esperado; honrado por cálculo; no corrompido aún porque así era su voluntad. El pueblo, que no adivinaba sus impacencias ni su sorda fiebre, le admiraba, creyéndole un martir, y le suponía gran capacidad y talentos desconocidos; se disponía a saludarle como a una potencia salvadora.

La caída del Imperio le había colocado en una situación que dejaba atrás sus más hermosos sueños. En sus manos colocaba todo su poder París, temblando por la llegada de los prusianos, siempre vencedores. De su lejana oscuridad subía de pronto al puesto de dictador, y desde el principio la obediencia se hizo fácil a ese amo voluntario en quien fiaba la patria todas sus esperanzas. Sólo se le pedía que obrase pronto. De buen grado firmaban en blanco todo lo que quisiera mandar, con tal de que las órdenes fuesen breves, las decisiones rápidas, los resultados tangibles, inmediatos. Pero, como sucede a todos los teóricos quienes contraría lo brusco de los hechos, su sabia lentitud de combinaciones no supo sacar el partido conveniente de los elemen-

tos nerviosos que tenía á su alrededor. A las impacencias, á los grandes movimientos de la muchedumbre, oponía sus consejos de templanza y paralizaba, con la sequedad de sus cálculos, los vibrantes entusiasmos que pedían marchar al combate. Siguiendo en su Gobierno militar la práctica de inercia que hizo el éxito de su vida, dejó de obrar, estando Paris sitiado, esperando de la casualidad la suerte de una buena fortuna, contando con los recursos de fuera, incapaz de improvisar nada, juzgando las nuevas situaciones con las ideas preconcebidas y los puntos de vista antiguos. No empleaba su autoridad en excitar los ánimos, sino que, al contrario, la derrochaba en ahogar las iniciativas y en impedir los actos de audacia. Correcto, exacto, pero sabio sin profundidad, inteligente sin elevación y tenaz basta la tontería, sólo se confiaba en la intimidación con Madame de Pahauen, cuyos movimientos, gracias y picardías de ardilla escapada, fustigaban sus sentidos, adormecidos por las fatigas de sus campañas, y contrastaban con la matemática pesadez de su cerebro.

Madame de Pahauen se había casado varias veces con personas que no le habían dejado su nombre. En medio de la galantería de la sociedad imperial en que había brillado, afirmaban los más enterados que el nombre que llevaba era un nombre de guerra tomado de una novela o encontrado entre los personajes secundarios de algún drama de boulevard. Sus maridos no habían hecho más que pasar a su lado, sin pesar mucho sobre su lecho y tan amables con ella que no habían deshecho su estado civil de fantasía. Habían sido unos Durand, Bernard, Dumont, empleados de ministerio. Viejos viciosos o jóvenes llenos de ambición, consentían en sacarla a paseo, en cinta de un amante (gran personaje que se comprometía a protegerlo), la veían algún tiempo después de celebrarse la boda, y últimamente efectuaban una separación amistosa. Llegaba un día en que los dos cónyuges se iban cada uno por su lado y no se ocupaban ya el uno del otro. El empleado daba su nombre a la criatura, obtenía numerosas gratificaciones del Ministerio, ascensos rápidos y era condecorado, teniendo siempre en sus labios frases sobre la honradez, la buena conducta, el trabajo que todo lo consigue, el saber que eleva y distingue. Durante ese tiempo, Madame Pahauen, indiferente y libre, iba a los bailes, a las recepciones, estaba en todas las reuniones pequeñas, en todas las grandes cenas. Amazona los días de caza, galopaba con el velo tendido al viento, por las praderas de Compiègne. En los cuadros vivos, con un maillot de seda color de carne inundado por la blanca luz del aluminium, lucía sus bien formadas piernas, la amplitud de su garganta, el hermoso y provocante impudor de su cuerpo de estatua. Señora caritativa que era,

se la veía en los días de venta para los pobres ofrecer amablemente a los besos de los caballeros, a cambio del oro de sus bolsillos, todo lo que sus vestidos dejaban desnudo sobre su cuerpo. Después desaparecía repentinamente. Sus mejores amigas decían que se enterraba; otras suponían que se entregaba a piadosas meditaciones y que hacía austeros retiros en conventos afamados. La verdad era que se encerraba, por capricho de viciosa hastiada, con jovencuelos que se complacía en pervertir. Entonces se la veía pasear por las iglesias un luto falso y lujoso. Siempre acompañada por una doncella, entraba en una casita de Batignolles o de Passy, y los vendedores de frutas, los porteros, las comadres que estaban sentadas en sus puertas viendo pasar la gente, se compadecían al ver pasar a una viuda tan joven. Su generosidad servía para disimular los secretos extravíos de su conducta, impedía la sospecha y hacía callar la murmuración. Algunas veces, cuando las dudas eran demasiado grandes, las afirmaciones demasiado precisas, se mudaba repentinamente de habitación ó impedía que se confirmasen las inducciones y que se comprobasen los hechos. Se marchaba dejando tras de sí un ambiente de santidad bastante grande por lo numeroso de sus buenas obras. Tenía gusto en engañar al público, ocultando sus grandes vicios y sus apetitos que llegaban hasta la bestialidad, bajo la apariencia de una vida modesta, virtuosa y tranquila, y después en emprender, exhibiéndose con un amante, una vida loca y desenfrenada. La corte se entristecía durante sus ausencias. Sólo ella comunicaba una alegría contagiosa en ese mundo de aventureros siempre inquietos en medio de sus fiestas, como rateros que al comer el producto de su robo temen a cada momento oír llamar a la puerta y ver entrar al comisario. Cometía todo género de locuras. Su vicio se hacía grandioso a fuerza de presentarse sin hipocresía, sin pudor, a la luz de las arañas. Algunas de sus excentricidades se habían hecho célebres: una noche en una cena había salido completamente desnuda de un pastel enorme, cuya gigantesca pasta descollaba encima de la mesa; ella fue la primera que tomó esos baños de Champagne que después imitaron las horizontales que habían agotado ya todos los recursos de su imaginación, y la democracia no la había perdonado nunca el haber echado sus enaguas por encima de la balaustrada de las butacas para llegar a un puesto en las butacas de orquesta, andando delante de los espectadores, con las piernas al aire, en una noche de estreno.

Cuando París fue sitiado, se quedó por curiosidad. No había podido resistir el deseo de ver de cerca el espectáculo nuevo para ella, de una ciudad de 2.000.000 de almas, rodeada, hambrienta y reducida a sus propios recursos. De buena gana había aceptado las probables

dificultades de una vida de sitio a fin de contemplar ese drama extraordinario, esperando situaciones nuevas que alegraran un poco su fastidio de beldad corrompida y hastiada. En los primeros días del mes de septiembre, mientras que sus amigas, aprovechando los últimos caminos libres, empaquetaban sus vestidos y hacían cola en las ventanillas de las estaciones cuajadas de viajeros, para ir a esperar en el extranjero o en una provincia apartada, el final de los acontecimientos, ella, exponiendo su persona, había entrado con valor en el personal de las ambulancias, reclutado especialmente entre las mujeres poco ocupadas y sobre todo entre las que deseaban conservar sus caballos: los demás caballos de la población se empleaban para llevar cañones, transportes y para carne. ¡Y qué bonita y coqueta y graciosa enfermera resaltaba! El dolor, la muerte, todo lo que entristece y apesta, todo lo que mancha y ensucia, todo eso no era para ella más que un pretexto para ser elegante. ¡Con qué alegría por la mañana se contemplaba en su espejo, escotada con traje de calle tan provocador que parecía traje de baile!. Como antes se vestía para el espectáculo de un estreno, se componía y trataba de hacerse seductora para el espectáculo de la muerte; paseaba por entre los enfermos, que gritaban en las angustias de la agonía, el fulgor de sus diamantes, y los soldados espiraban agradeciendo con palabras confusas y balbucientes, las dulzuras de esa enfermera extraordinaria que les presentaba en sus últimos momentos todas las seducciones de una mujer y todos los minuciosos cuidados de una hermana cariñosa. Dulcificaba las agonías, daba valor a los convalecientes. Era despreocupada, tenía con los heridos esas familiaridades que las mujeres del pueblo tienen naturalmente con los enfermos. Los llamaba: mon vieu, ma vieille. Criticaba cariñosamente sus desfallecimientos con palabras crudas, adjetivos burdos, que hacían presumir en ella grande afecto; y el dolor de las heridas desaparecía, habiéndoselo llevado las palabras groseramente amistosas de su lenguaje de antigua modista picaresca.

Nacida en los barrios bajos, respiraba en ese medio de obreros recientemente reclutados, un relente de los aires de su infancia, llevando allí por la casualidad, en sus vestidos, sus costumbres y su conversación; renacía su vida de obrera, rozándose con los hombres en el nocturno paseo de aquellos barrios o en los rigodones populacheros, y con gran placer trataba a aquella gente de igual a igual. Les pagaba licores, tabaco, vino, y fumaba con placer los cigarrillos que le ofrecían. Hasta los tuteaba como a camaradas. Muchas veces su simpatía hacia ellos pasaba más allá del hospital y los acompañaba después de

curados, a las trincheras de las obras avanzadas y a las guardias que vigilaban al enemigo.

Más de una vez habían tenido los oficiales superiores ocasión de ver entrar entre sus barracas y vivaques un coche que anulaba todas sus consignas. El cochero decía una palabra, y cuando titubeaba el centinela, una mano pequeña y enguantada salía del ventanillo y presentaba un pase ante el cual desaparecía toda resistencia y toda disciplina. Madame de Pahauen se apeaba: entre ella y el Estado Mayor se efectuaba un cambio de saludos y de cortesías.

Charlaba y hacía sin duda un cúmulo de preguntas impertinentes, porque los oficiales arqueaban las cejas de impaciencia y cortaban secamente el aire con los brazos mientras hacían con la cabeza, moviéndola de izquierda a derecha signos de negación. Pero esa misma mano diminuta se enterraba en el bolsillo del vestido y sacaba una carterita y de ella un papel que volvía enseguida a su escondite. Entonces se habían allanado los obstáculos, continuaba la discusión más calmada y como indiferente, hasta que un soldado raso, enviado allí con una orden, saludaba a sus jefes entregándola y se azoraba sonrojándose al ver a Madame Pahauen. Ella le agarraba por el cuello, le llamaba hijo suyo, le abrazaba como si fuera su madre, con un cariño exagerado. Un momento después, en medio del tiroteo de fusilería y de ametralladora, de la horrible gritería de las avanzadas que son atacadas, el coche, pasando siempre libre por todas partes, con sólo una palabra del cochero un gesto de la dueña, volvía a París con Madame Pahauen, cuyas piernas apretaban con apasionado esfuerzo los pantalones de su amante del momento. Detrás de ellos, en el Estado Mayor, se oían conversaciones llenas de censura y de temores.

Los oficiales hablaban de Madame Pahauen haciendo preceder su nombre del la, de ese artículo que significa el desprecio para las cortesanas demasiado célebres. La llamaban la Pahauen, asombrados interiormente de ese oscuro y extraño poder de la mujer, cuyas sonrisas hacían obedecer a los más fuertes y cuyas gracias podían, a su capricho, derribar los Gobiernos y arruinar las ciudades. En el colmo de su estupefacción, no llegaban a comprender que el General en jefe hubiese podido acoquinarse bajo sus faldas desordenadas, cuyos encajes parecían llevar consigo necesariamente una amenaza de desastre.

Y era precisamente a causa de lo animado de su carácter de la exuberancia de su fantasía que el General había escogido a madame de Pahauen. Con sus bromas, con sus habilidades voluptuosas, sus charlas de loro suelto, le interrumpía en medio de la gravedad de sus ocupaciones y le hacía olvidar el peso de su responsabilidad. Y ahora

que se le ha ido, abandonando los negocios urgentes, dejando que se acumulen telegramas que no se digna contestar, triste, grave, se engolfa en sus sueños. Trae a su memoria los primeros días de sus relaciones, las dulzuras de los primeros encuentros, la ternura de su luna de miel en la ciudad que está sobre las armas, sus paseos por ese París en pie retemblando bajo los primeros disparos de los cañones de las fortificaciones.

La casualidad hizo la presentación. Un día había ella entrado a verle en su despacho, atravesando a pesar de los criados, forzando las puertas con una sonrisa. ¡Dios mío! Se hacía pedigüña. Pero lo que pedía no era para ella. No; ella no necesitaba nada, era una amiga suya que temía las consecuencias de un largo sitio. Tenía un niño; necesitaba cuidados, leche, y se le había ocurrido pedir un salvoconducto para ir al campo a vivir tranquilamente. Una mujer no es de gran utilidad en una ciudad en que se están batiendo. ¡Pero ella no conocía a nadie! ¿Cómo haría? Madame de Pahauen insistió en su petición, y el General no pudo librarse del influjo que el encanto de esa mujer ejercía sobre su espíritu.

Había cogido de la mesa una hoja de papel, la había colocado delante de él, y mojando una pluma en el tintero se la puso en la mano. Y mientras redactaba el pase bajo la mirada de esa mujer, que inclinada sobre la mesa, rozaba con su pecho el uniforme, salían de ella efluvios que le llenaban de una calurosa emanación de deseo, tan intensa y penetrante, que le temblaba la mano al trazar sobre el papel las incorrectas líneas. Con su perfume, con sus palabras, penetraba en él esa mujer por todos los poros de su cuerpo. Se desprendía de ella una fascinación que removía profundamente su sensualidad. Tomaba posesión de todo su ser, se imponía a su carne.

El no ignoraba su historia, sus aventuras, las grandes locuras que había cometido en la corte imperial. Se le despertó un sentimiento de vanidad que hizo callar toda la prudencia del hombre: apareció el ambicioso, era una alegría áspera y deliciosa para el dictador todopoderoso, añadir esa mujer a su dominación, unir al poder supremo ese vicioso escándalo y completar sus sueños, gozando de ese recuerdo vivo del Imperio.

Madame de Pahauen se rendía con facilidad a sus deseos amorosos de viejo militar. Cedía por medio de una complicación ingeniosa, irritando sus deseos con su fingido pudor, y por fin llegó a ser su querida bruscamente, como si se hubiese abandonado.

A partir de ese instante, aquel hombre que tenía en su mano el destino de toda la ciudad, que podía decidir el éxito y cambiar la faz

de la historia, altivo y soberbio para todo el mundo, estuvo secretamente manejado por la caprichosa y fantástica mano de una mujer. No sabía con seguridad qué placer era mayor, si dar órdenes al ejército, que no podía discutir sus decisiones, o prestar ciega obediencia a la desarreglada cabecita de Madame Pahauen, que no veía en su extraordinario poder más que un pretexto para divertirse y sentía placer en tomar la guerra como juguete.

Le acompañaba a todas partes. Rara vez se veía pasar sólo al General. Detrás de él, a corta distancia, iba siempre una discreta berlina, en que los rojos caballos se ostentaban hermosos como una inmensa flor sobre el soberbio traje de seda. Una mujer aparecía en medio de tantas pieles y adornos, asomando de vez en cuando la cara al ventanillo. Se la encontraba en todas las trincheras, en todos los sitios en que se removía tierra, donde el Estado Mayor trataba de elevar reductos o de improvisar defensas. Se la conocía, y al cabo de algún tiempo se contaban leyendas sobre su persona. De MoulinSacquet a Mont Valérien, de Bobigny a Bagneux, la imaginación de los militares, inspirada en recuerdos de novelas y folletines, se ingeniaba para compararla con alguna heroína de los pasados tiempos, a alguna Juana de Arco o Juana Hachette, llegada á los campos de batalla para animar el valor y asegurar la victoria.

También los periódicos hablaron de Madame de Pahauen. Evocaron con motivo de ella los recuerdos de las mujeres romanas, la abnegación de las esposas de Lacedemonia; un poeta la llamó «el ángel de las avanzadas», y aunque en el fondo los más listos la suponían alguna historia amorosa; aunque los escépticos no disimulasen que ostentaba solamente una desvergüenza grandísima, su buen humor, su amena charla con los soldados, las raciones de vino que hacía distribuir como suplemento, le ganaba todos los corazones. Su coche, al alejarse de ellos, era frecuentemente victoreado, y siendo entonces de moda aclamar a las personas nacidas en las provincias invadidas, la Guardia nacional, mezclándose en el concierto de bendiciones que se entonaba en las avanzadas y en los fuertes, la admiraba como a una gran señora alsaciana. Se hablaba mucho de ella en las fortificaciones. Muchos suponían que el día de la batalla iría al lugar del fuego, como un hombre. Después de todo, no se podía poner en duda su temperamento guerrero y sus cualidades militares. Se la había visto un día escalando atrevidamente los malecones de los baluartes, sin pedir ayuda a nadie, y cerca de los cañones que asomaban sus golas en las troneras cubiertas de hierba; se había hecho explicar largamente por los artilleros los detalles y pormenores de la maniobra, se había ente-

rado minuciosamente de las aletas de zinc de las granadas y de la teoría de la trayectoria.

Un día había llegado su afición a meter y sacar el escobillón en la pieza. Durante una hora entera, con las faldas recogidas para tener más soltura de movimientos, hizo la ronda con una patrulla de guardias nacionales.

Los que estaban de guardia en los sitios próximos, abandonaban sus barracas para contemplarla, con la pipa en la boca, maravillados de la generosidad con que jugaba veinte francos contra diez céntimos en cada golpe. Por diplomacia, para aumentar su popularidad, había tenido la malicia de perder, y por la noche, con el dinero que le ganaron se bebió tanto en las cantinas, se brindó tanto por ella, vinosas voces repitieron con tal entusiasmo las patrióticas excitaciones que había pronunciado al jugar a la rayuela, que madame de Pahauen fue reconocida universalmente por una especie de divinidad. La escasa inteligencia de la gente del pueblo, inclinada siempre a la deificación y al simbolismo, veía en ella un personaje extraordinario que, en la ciudad armada, era la personificación de la alegría francesa, resistiendo a todas las derrotas, triunfando de todos los desastres, respondiendo irónicamente a los estallidos de las granadas con estallidos de risa.

Así es que en los días que siguieron a la marcha de Madame de Pahauen, los baluartes se entristecieron. Había menos animación a lo largo de las murallas, y los guardias nacionales de centinela bostezaban, mirando con desesperación si el desierto camino les traía en lontananza el coche blasonado, del cual solía apearse la mujer elegante, a cuya sonrisa presentaban las armas galantemente como a una potencia. Sólo desfilaban arcones, el siniestro ir y venir de las ambulancias; ó bien eran cañones, convoyes dando tumbos, lentamente arrastrados por jamelgos tambaleantes, delgados, como láminas de papel.

Algunos días, la profunda tristeza de la ronda se animaba con el clamor de numerosos batallones en marcha, con el tumulto de las salidas proyectadas. Los soldados desfilaban, bien alineados, seguidos por los saludos de despedida. Se oía en el aire estallido de besos, esperanzas de victoria, y los regimientos marchaban con más ánimo como si renaciese la esperanza en su corazón. Después los mismos esfuerzos producían siempre idénticos resultados. Los cañonazos se oían largo rato y a gran distancia. Llegaban telegramas tardíos y contradictorios; la angustia se apoderaba de París a medida que descendían las sombras de la noche como fúnebre cielo. Luego, a la vacilante luz de lámparas de petróleo colocadas para reemplazar el gas, volvían las tropas a la desbandada con una derrota más y unos cañones menos, mientras

que detrás, a caballo, adelantándose a su Estado Mayor, pasaba el General, pensativo bajo los galones de su kepis, deseando locamente la vuelta de Madame de Pahauen, como si su insensata amante pudiera devolverle su energía de hombre que había desaparecido con la alegría de la cortesana, envuelta en los pliegues de su vestido y en los hoyos de sus carrillos; como si sus besos hubiesen podido consolidar ese poder que él sentía vacilar bajo las sangrientas ironías de París, diariamente vencido.

III

En Versalles, Madame de Pahauen no encontró las delicias de la vida cortesana que antes había hecho durante los felices días del Imperio. Su reciente prestigio de dama favorita, desapareció también. Sin autoridad y casi sin dinero, arrastraba una existencia monótona, herida en lo más profundo de su vanidad al verse confundida con el tropel de entretenidas, que, temiendo un bombardeo o simplemente por el afán de lucro, se habían trasladado al campo prusiano.

Su llegada había sido más que modesta, humilde. Estaba desorientada al oír por todas partes aquel bullicio guerrero de aquella villa muerta, y a la cual la invasión daba un extraordinario movimiento, algo así como una animación transitoria y momentánea. El hotel de la avenida de SaintCloud, estaba lleno de oficiales, de ordenanzas que hablaban tosca y groseramente, y que hacían sonar sus anchas espuelas al bajar y subir por la escalera. Apenas si había conseguido Madame de Pahauen una habitación estrecha, con un mezquino gabinete que le servía de tocador, y donde dormía la doncella que la acompañaba. La dueña de la fonda, aprovechando la ocasión y sacando buen partido de las desdichas de sus compatriotas, le había alquilado este departamento a un precio elevadísimo. Treinta francos diarios sin contar la asistencia.

Y la buena señora, reventando dentro del corsé, cubierta la cabeza con la cofia, adornada con anchas cintas color de rosa, con el rostro iluminado por el afán de lucro y la mirada escudriñadora, le había hecho comprender que consentía en darle el cuarto mediante ciertas concesiones inauditas.

No se quejaba; pero, verdaderamente, una habitación por ese precio... ¡en fin! que perdía dinero. Felizmente Madame de Pahauen era francesa, que de otro modo no hubiera consentido ella, la dueña de la fonda, en darle la habitación en un precio tan disparatado. ¡Un cuarto tercero apenas, porque el entresuelo no era alto de techos; y además

tenía vistas a la calle! Un oficial prusiano que había querido tomarlo, le había ofrecido el doble. Pero es necesario ayudarse mutuamente, ¿no es cierto? Ella opinaba que debían sacrificarse todos los intereses al mutuo auxilio de los compatriotas. Además en el cuarto bajo de la casa, había abierto un establecimiento en que vendía vinos y licores; y vendiendo Champagne pasado y aguardientes artificiales, que bautizaba audazmente con los nombres de coñac y fine champagne, Madame Worimann, alsaciana, se desquitaba con sus enemigos, que iban a beber a su casa, de las pérdidas que, según ella, le ocasionaban los franceses y parisienses de ambos sexos que, habiendo conseguido un salvoconducto, se establecían en Versalles y le pagaban por su habitación un precio exorbitante, buscando un destierro cómodo donde se pudiera comer pan blanco, al abrigo de las granadas, y sin estar demasiado lejos de las curiosidades y noticias del París sitiado. A esas industrias de casera y vendedora de licores, añadía Madame Worimann, secretamente, una profesión, cuyos productos eran triples que los ya exorbitantes beneficios de su comercio oficial. Julieta Worimann había sido comadrona: a la sazón estaba separada de su marido, y después de vender su casa, con su muestra de hierro blanco en que estaba pintado un niño recién nacido, concibió la idea de explotar la guerra y los vicios de los invasores. Este negocio le producía seguramente más, no teniendo por otra parte ciertas quiebras que, en forma de proceso, había sufrido en su oficio de comadrona.

Después de tres años pasados en la inacción, fingiendo una conducta regular y una hipócrita devoción que la hacía ir todos los domingos á la iglesia de San Luis, a oír misa, a escuchar los sermones y a encender velas, la vieja comadrona, en medio de los desórdenes de la guerra, y aprovechando la falta de vigilancia de la policía, se dedicó al oficio de alcahueta, que ya le había proporcionado los más pingües beneficios de su casa. Con los parisienses no tenía que temer ni procuradores, ni audiencias, ni persecuciones. Libre y despreocupada, aprovechando el conocimiento que tenía de la lengua alemana, que había hablado de joven en Strasburgo, procuraba a los oficiales ricos, habitación, alimento y amor. Familiar con los Generales, complaciente con los de Estado Mayor, había escapado a todas las requisitorias de los alemanes. Protegida a causa de los especiales servicios que prestaba con su industria, almacenaba dinero en medio de tanto desastre. Para ella no era el prusiano un enemigo que se odia, un explotador del cual hay que librarse: era un cliente que se recibe con una sonrisa, un consumidor que produce beneficio y que se trata de conservar con halagos. Dulce con todo el mundo, afable por necesidad, no era severa

más que para ese París lejano, cuyos incesantes cañonazos le hacían temer una salida victoriosa. Entonces serían echados los prusianos. Versalles volvería a ser francés, su comercio moriría para siempre. Procuraba no creer en la eficacia de la resistencia, y temblando por sus intereses acusaba diariamente al Gobierno, que hacía morir a tanta gente sin necesidad ni esperanzas de resultado.

—¿De qué servía todo eso?—preguntaba.

Cuando delante de la puerta de su casa pasaban prisioneros heridos, gritando en los coches de las ambulancias, Madame Worimann exhalaba piadosas exclamaciones, se dolía de tal modo de esos pobres muchachos, que su reputación ganaba mucho en el barrio. Como mujer, no vale gran cosa, decían, pero tiene un corazón de oro. Eso era indiscutible. Después entraba en su casa, y esas mismas ternezas las prodigaba a los bávaros, sajones y pomeranianos que bebían alegremente.

Las mismas circunstancias que eran favorables a Madame Worimann, hacían desastrosa la posición de Madame Pahauen. No faltaban mujeres en la plaza de Versalles, y la notoriedad que pudiera tener su prostitución, la celebridad que tenía en París, cesaba allí, en esa ciudad en que los oficiales no conocían el esplendor de sus relaciones anteriores, e ignoraban todas sus excentricidades y fantásticos caprichos. Por primera vez se percibió madame de Pahauen de que envejecía.

Los deseos no se manifestaban a su alrededor en el paseo. En vano interrogaba al volver a casa a su criada; no había cartas amorosas ni ramos de flores. Nadie había ido. Tampoco llegaban billetitos poéticos y perfumados, disimulando la secreta concupiscencia que expresaban bajo la forma de perfecta galantería y de exagerado sentimiento. Le faltaba todas las mañanas su acostumbrada correspondencia amorosa, y las noches las pasaba sola al lado del fuego, sin corte de adoradores, sin conversaciones de amigos, mientras a lo lejos el cañón tronaba, remedando con su fúnebre sonido la expresión de tristeza de su propio pensamiento. Nada, ni la carta brutal ofreciendo dinero, seca como un cálculo y breve como un anuncio.

La vida se hacía muy dura a Madame de Pahauen. El dinero que había llevado consigo disminuía rápidamente y cuando se acabara, ¿cómo y de dónde había de procurarse más?

No había hecho nunca economías, no tenía crédito con ningún banquero. Tuvo que dirigirse a Madame Worimann. Esta se mostró complaciente, y explotándola prestándole a intereses inverosímiles, aprovechó la ocasión para darle algunos consejos.

—He conocido otras señoras muy encopetadas que se han visto en conflictos iguales y aun mayores. Pues bien, han salido del apuro.

Lo importante, exclamaba ladinamente madame Worimann, es tener iniciativa y no acobardarse. Sobre todo teniendo una persona de confianza, yo por ejemplo, que se encargue de...

Y en un final de frase en que trató de disimular con delicadas palabras, la enormidad de su proposición, le ofreció sus servicios. Le pidió perdón por su atrevimiento, pero en el fondo vino a decirle que tenía motivo de envanecerse; «se había fijado en ella el otro día un oficial de alta graduación».

—¿Qué oficial? —preguntó Madame de Pahauen—no comprendo nada de lo que usted me dice. Explíquese usted, vamos a ver.

—Uno de esos que están al lado del emperador Guillermo. Tienen un nombre. No me acuerdo cual.

—¿Y qué quiere ese señor?

Entonces Madame Worimann, creyendo tener el consentimiento de Madame de Pahauen, le dijo en voz baja y brillándole los ojos de alegría, lo que se deseaba de ella y el precio que se había ofrecido por la posesión de su persona.

Por primera vez tuvo conciencia de su infamia Madame de Pahauen, toda su vida le pareció despreciable e inmundo al oír esas palabras. Todo el decorado de lujo, toda la apoteosis fantástica en que había vivido triunfante en la impudencia y la orgía, se le vino abajo de un golpe. En una súbita evocación se vio a sí misma paseando por los salones de las Tullerías. La orquesta tocaba, escondida bajo las flores; se bailaba, y de un extremo a otro, bajo la espléndida luz de las arañas, se veían blanquísimas espaldas cuajadas de brillantes. Generales, diplomáticos, cuyos nombres, pronunciados por los criados al entrar en los salones, resonaban majestuosos por encima de los demás, inspirando respeto a los mismos que los pronunciaban, se apresuraban a rodearla, pidiéndole el favor de una mirada, felices de que se les permitiera recogerle el abanico; y después consideraban que habían sido objeto de gran distinción si se dignaba dar con ellos una vuelta de vals. Se la consultaba para la dirección del cotillón; ella arreglaba las figuras, y de vez en cuando imaginaba novedades prodigiosas que decidían el éxito del baile y que eran copiadas en el extranjero como invenciones de la última moda.

Durante tres meses había sido dueña de París, y en todo ese tiempo no había habido dentro de las fortificaciones una voluntad contraria a la suya. Había mandado a los Generales, quebrantado la disciplina, y ¡cuántas órdenes no se habían dado obedeciendo a sus

caprichos!... Hasta fijaba la fecha de las batallas. Podía producir a voluntad la alegría o la muerte. Y ahora se atrevían a ofrecerle la cama de un prusiano; ahora venía la miseria a forzarla a someterse a todo. Se rebeló contra eso. Consentía en ser la cortesana brillante maldecida por Juvenal, y que siente la admiración de los que la contemplan levantar el polvo con su coche, cuando pasa tan majestuosa y tan insolente, que las gentes honradas dudan y que un mal deseo nace en el corazón de los humildes. ¡Pero ahora había caído de tal modo que la tomaban por una prostituta vulgar y ofrecían por su sonrisa y por su carne un precio determinado! ¡A ella, que antes había arruinado familias y quebrado banqueros, con la promesa de un beso!

¡Todo lo comprendió! Había sucedido, indudablemente algo de que su alocada cabeza no se dio cuenta hasta ahora. Para caer así, un horrible cataclismo tenía que haber estallado a su alrededor. En su desgracia, se dio cuenta de lo que era el infortunio general; entrevió la miseria y la catástrofe común, y en la derrota de su opulencia adivinó infinitos desastres, inmensidad de ruinas irreparables. ¡Comprendió que eso era la invasión, que eso era la guerra!

Madame de Pahauen se imaginó que de un extremo a otro de Francia habría millares de mujeres abandonadas como ella, sin un cuarto, metidas en un hotel y comerciando con la lujuria, pagando su tercería a las alcahuetas.

La patria invadida se le apareció como un lugar de desolación en que las cortesanas habían perdido la libertad de sus cuerpos y el derecho de escoger amantes. El dolor le prestó entendimiento. Un arranque de entusiasmo patriótico le hizo admirar de pronto en los que no había reparado al principio, en esos soldados improvisados, armados de cualquier manera, y que luchaban desesperadamente. El espectáculo que había contemplado, con la dejadez de una hermosa mujer, abanicándose tranquilamente, apareció entonces ante sus ojos con todo el horror de sus detalles, con toda la grandeza de su feroz humanidad. Ella, hasta entonces sola, no había padecido el dolor general.

Había pasado sonriendo entre los muertos, y ahora sentía una especie de rubor por aquella indiferencia, por aquella tranquilidad en que había vivido tanto tiempo.

Notó que llegaba también para ella la hora del dolor, también ella quería sacrificarse como la mujer de París, que veía con su imaginación, tiritando de frío en las puertas de las carnicerías, en los bulevares, donde caían las granadas, cogiendo un fusil y haciendo fuego sobre los enemigos. Entonces, olvidando su miseria, su bolsillo vacío, su casa reducida y pobre, su criada que gruñía, pidiendo a todas horas

su salario atrasado, Madame de Pahauen rechazó con desprecio el ofrecimiento de madame Worimann. ¡Ella venderse a los prusianos! ¡Nunca!

Como insistiese Madame Worimann, la empezó a injuriar, criticando el oficio que tenía ella, ¡una alsaciana!

—Más le valía no ser francesa, que tener un tráfico semejante— le dijo.

—De modo que no acepta usted. ¿Y por qué?

Madame de Pahauen tomó una actitud de altiva dignidad. Y mezclando su amor a París, sus exageraciones de mujer y sus antiguos gestos, aprendidos cuando hacía el papel de gran señora en el tablado de un teatrillo, respondió:

—Porque soy parisina, ¡caramba! y las parisinas no hacen porquerías como usted.

Y volviéndose bruscamente, salió. Detrás de ella sonaron con estrépito las puertas. Madame Worimann, que la veía irse con aire de tierna lástima, pensaba:

—No vale la cosa el ruido que has armado. Tú vendrás aquí, y quizá más pronto de lo que crees.

Entretanto le pareció lo más digno no volver a hablar con su huésped.

Así se pasaron muchos días. La vida de Madame de Pahauen se pasaba triste y solitariamente. Ahora estaba sola; su criada la había dejado después de una gran disputa. Experimentó ese aumento de tristeza que produce el tener que arreglárselo todo sin ayuda de nadie. Madame Worimann se vengaba, negándose a ayudarla; y todas las mañanas paseaba sobre su peinador su cabellera suelta, y en dos o tres veces hacía su cama. El mover los colchones era operación que la cansaba el cuerpo, poco acostumbrado a los trabajos domésticos; era torpe, y las precauciones que tomaba para no ensuciar sus blancas manos, los guantes que se ponía para preservarlas, contribuían a hacerla tan desmañada, que rompía todos los objetos frágiles que tocaba. Hasta su elegancia empezaba a abandonarla.

En otro tiempo había sido modelo vivo de la moda. Los vestidos, sobre su cuerpo, ganaban en gracia, y los sombreros que se ponía tomaban aire de suprema coquetería. Ahora los vestidos lujosos, los peinados delicados, que habían hecho el éxito de su fortuna, parecían haber perdido toda su juventud, toda su frescura. Las cintas flotaban mustias, sin brillo; las colas de sus vestidos, al rozar sobre el pavimento de las calles, producían un crujido melancólico y cansado, y los rasos, cachemires, todo el lujoso vestuario, empaquetado con esmero,

entre papel de seda en sus maletas, parecía, bajo el cielo de Versalles, la miserable mercancía de una casa de confección, vendida para liquidar las cuentas.

Madame de Pahauen también, como sus vestidos, envejecía: su edad aparecía en sus arrugas. Allí, en su cuarto del hotel, no tenía sus lápices, sus dentífricos, sus colores, sus polvos de arroz, esa farmacia de ingredientes con los cuales consolidaba su belleza y sus encantos, todas las mañanas, durante hora y media. Hacía tiempo que disminuía el carmín con que pintaba sus labios; lo economizaba haciendo prodigios para conservar lo poco que quedaba, temiendo el día, cada vez más cercano, en que su boca presentaría todo el horror de su prematuro envejecimiento, y en que su sonrisa descubriría, detrás de los labios, sus dientes amarillos. Y, sin embargo, era hoy su única satisfacción el vestirse.

Desocupada, roída por el aburrimiento, llena de inquietudes, sobresaltada por vagos remordimientos, trataba de combatir la persistencia de sus penas, haciendo complicadas combinaciones en la manera de vestirse. Pasaba largo tiempo delante del espejo estrecho, levantada sobre las puntas de los pies, con el objeto de verse por encima del fanal que cubría el reloj, que estaba colocado sobre la chimenea.

Procuraba revivir en esa existencia de otro tiempo, resucitar, por medio día tan sólo, ese pasado de lujo, cuyo recuerdo la rejuvenecía, y así lo conseguía a veces, haciéndose un peinado antiguo o encontrando una cinta o una alhaja de feliz recuerdo. Después, cuando estaba aviada y correcta de los pies a la cabeza, no podía ya permanecer en su cuarto. Atormentada por la necesidad de salir, por el deseo de exhibirse, salía a pasearse, sola y a pie.

Entonces, en la siniestra ciudad de las ventanas cerradas, en las calles en que los transeúntes cedían el paso a los uniformes y a los cascos, mientras los burgueses no salían más que a asuntos de absoluta necesidad, tomaba indefinible intensidad de tristeza la soberbia ostentación de lujo de Madame de Pahauen. Sus gracias parecían lúgubres hasta hacer llorar, sus pretensiones espantaban. Los pocos versalleses que encontraba a su paso se volvían, riéndose al contemplarla. Algunos vagos seguían al crujido de sus enaguas, de ese atavío incoherente y exagerado. Los perdidos la comparaban con las mujeres públicas en el día de salida. Y verdaderamente era cosa cómica y desagradable ese espectro de mujer de belleza fugaz, cabellos rojos que se ennegrecían por falta de pintura que, en medio de la Prusia, en medio del ejército enemigo triunfante, parecía el espectro de las elegancias mundanas y el fantasma de los esplendores de París.

Pronto tuvo que renunciar Madame de Pahauen a sus paseos, de donde volvía insultada, escarnecida como una mujer pública. Metió los vestidos en los maletas, y encerrada en su cuarto, vestida con una bata sencilla, desesperada, esperó. ¿Quién sabe? pensaba; acaso la fortuna de las armas le sería favorable al fin. París vencedor ¿le abriría las puertas? Dominada por un acceso de devoción, rezó pidiendo a Dios con fervor que concediera a los franceses una victoria que le devolvería su tranquilidad, sus criados, su hotel y su antiguo lujo.

Pero la victoria tardaba en venir para las armas francesas. Cada batalla librada era una derrota. Madame Pahauen, desesperada hasta el fondo de su corazón, rugía de cólera cuando desfilaban bajo sus ventanas los alemanes gritando «hurra» y celebrando sus triunfos. El invierno, crudísimo, se prolongaba desmesuradamente. Allá abajo luchaba continuamente París, tenaz en su derrota, y las noches estaban llenas del sordo retumbar de los cañones. ¡Oh cuanto quería ella ahora ese París lejano y terrible! hacia él convergían todas las esperanzas, y las últimas alegrías de la vieja cortesana se producían cuando llenaba París el ambiente con el enorme estrépito de sus fuertes, y el trueno de sus murallas. A cada cañonazo creía ella que un camino iba a abrirse, por el cual podría entrar, y en el disparo de las ametralladoras y las detonaciones de la fusilería pensaba en las luchas definitivas que iban a decidir la suerte de Francia y cambiar la faz de las cosas. Llegada la noche, añadía a esos días de angustia la tristeza de las tinieblas, la monotonía de la nieve, y no ocurría nada. En la calle repetían las cornetas prusianas el melancólico toque de retreta, invariable y monótono. Pasaban regimientos batiendo el tambor, acompañado del agrio sonido de las flautas y parecía que nunca volverían a oírse las cornetas de la patria en la triste ciudad de los largos paseos, de los hermosos castillos llenos de las estatuas de los héroes franceses.

Y sin embargo, no daban gran importancia a las fuerzas del enemigo las noticias que a casa de Madame de Pahauen llevaban los mozos de la fonda, el carbonero de la esquina y las visitas que alguna vez tenía de mujeres de vida airada, vecinas suyas. Corría el rumor de que sus fortificaciones eran frecuentemente casi nulas, sus trincheras inexpugnables, fingidas. Apenas tenían algunas baterías formales, provistas de piezas de gran alcance y de abundancia de municiones. El resto eran tubos de chimenea y de alcantarillas, dirigidos hacia París, y que en el cristal de los anteojos de los sitiados producían la imagen de enormes cañones en actitud amenazadora. Se citaban los lugares en que se encontraban y hasta las personas que lo habían observado. Se decían sus nombres en voz baja, para que no sospechasen los enemi-

gos. Puede ser que estos rumores fuesen exagerados, todo el mundo lo creía así, pero indudablemente había un fondo de verdad en todo ello.

Esos detalles, frecuentemente repetidos, mantenían las ilusiones de Madame de Pahauen. Algunas veces creía que su sueño se realizaba. París vomitaba por todas sus bocas de fuego y Versalles se iluminaba con fúnebre resplandor. Las estafetas corrían por las calles, y alrededor de las tropas, estrechamente formadas, se oían voces de mando. Se iluminaban las ventanas de las casas, y mientras las tropas se alejaban de la ciudad, volvían a producirse en sus habitantes la curiosidad y los comentarios.

Los prusianos, pensaban, atacados por sorpresa, no se podrían defender; las tropas francesas saldrían de París en masa y victoriosamente. Esperanzas entusiastas se hacían todas las noches con el gorro de dormir en la cabeza. Todos escuchaban con atención el menor ruido, queriéndole interpretar favorablemente. El ruido de los arcones que rodaban por el camino, hizo creer a veces que se llevaban los alemanes el equipaje del emperador Guillermo para salvarlo del desastre general. Todos miraban al castillo, y como le veían oscuro suponían, llevados de un disparatado optimismo, que el Estado Mayor alemán había huido.

Madame de Pahauen era hermosa, sobre todo en esos momentos en que desbordaba su imaginación. Hija del pueblo, educada por la cultura de novelas y folletines, con el espíritu empapado en esas concepciones fantásticas que se fundan en la locura y en el absurdo y se desenlazan con las complicaciones más extraordinarias, decía cosas y daba opiniones estupendas con un aplomo imperturbable. Aseguraba, por ejemplo, que el palacio de Versalles estaba minado. Los parisinos sólo esperaban el momento favorable: una chispa eléctrica, y volaría el emperador Guillermo con su Estado Mayor. Estaba convencida también de que esas minas que pasaban por debajo del Sena partían de Auteuil y terminaban en la Place d'Ármes. No había duda, la salida se haría por ese lado. Los franceses marcharían por la mina, y tendrían gracia, cuando saliesen en el centro de Versalles, batiendo los tambores y tocando las cornetas.

Decía esas tonterías con la mayor seriedad, pues estaba plenamente convencida de que eran ciertas. Llegó a creer que oía ruidos subterráneos que se asemejaban al cadencioso paso de las tropas. Los más escépticos dudaban, asombrados por la autoridad que les inspiraba su confianza. Efectivamente, les parecía que ocurría algo extraño. Con frecuencia, era un caballo que golpeaba el suelo en la cuadra de la casa contigua. A veces era menos aún: el murmullo de los árboles

movidos por el viento durante la noche. Generalmente no oían nada más que los sonidos imaginarios que la esperanza hace percibir a un oído atento e impaciente.

Llegaba la mañana; iluminaba con su pálida luz las casas de Versalles, y sus habitantes, con los ojos hinchados de una noche de insomnio, el cuerpo fatigado y el espíritu animado por esa esperanza de triunfo que no llegaba nunca, veían entrar las tropas enemigas. Iban cantando los soldados, como si volvieran de una revista o de una maniobra. Otra vez había sido rechazado un ataque de los sitiados, y Madame Pahauen, con las lágrimas en los ojos, llorando por ella, aunque parecía llorar por su patria, escuchaba silenciosamente el rítmico sonido de las botas sobre el camino y el lejano estampido del cañón, que a intervalos hacía sonar su atronadora voz. Sus salvas parecían tocar el himno fúnebre del París agonizante.

París era ahora la idea fija de Madame de Pahauen. Lo contemplaba en el horizonte, sentía por esa ciudad el cariño que inspiran en la ausencia los seres queridos cuando están enfermos. Un día, no pudiéndose contener, tomó el camino de la capital. Anduvo mucho tiempo perdida por los campos, rechazada por los centinelas, detenida por todo género de consignas. Iba de colina en colina, atravesando los bosques, resbalando sobre la nieve, sin llegar a la vista de París, que parecía no quererla admitir. Por un momento se detuvo sobre una altura que dominaba a Meudon. Entonces se le apareció la ciudad a través de las ramas entrecruzadas de los árboles, que sobre el fondo del cielo destacaban su dibujo como un grabado, al aguafuerte.

Eran las cuatro de la tarde, la noche se echaba encima. Aumentaban las sombras, y París, confundiendo con las tinieblas, no era más que una inmensa oscuridad; Madame de Pahauen tembló. Apenas lo reconocía, en esa masa negra, en el fondo del inmenso hueco que formaban las dos colinas. No era el París iluminado y fantástico que veía de noche en el verano, esparciendo luz y vida, enviando a un cielo cuajado de estrellas el aire de sus pulmones, el murmullo de sus calles y cuyos innumerables mecheros de gas parecían colocar sobre la tierra el reflejo de los astros del cielo. El inmenso y rojizo resplandor que flotaba sobre la ciudad, había desaparecido. La actividad parecía haber abandonado esa capital sin gas, que yacía en medio de la llanura con el siniestro enfriamiento de un planeta apagado para siempre. Rara vez oscilaba en medio de la profunda oscuridad alguna luz lejana, y ese raro resplandor hacía soñar nuevos absurdos a Madame de Pahauen. A pesar de su optimismo, lo comparaba a veces con esas luces que enciende la piedad en la habitación de los muertos.

De pronto tembló el suelo bajo sus pies, sacudido por sucesivas detonaciones. Sus oídos fueron dolorosamente impresionados. A. derecha e izquierda aparecieron inmensas llamaradas rojas. Las faldas de las colinas resplandecían como un enorme incendio; un espantoso ruido de metralla se produjo al mismo tiempo y se oían silbar los proyectiles.

En París, súbitamente iluminado, estallaban las granadas. Era el bombardeo. Los disparos se seguían con calma, con regularidad matemática, mientras que París, en inmovilidad cataléptica, no contestaba. Ni un tiro de fusil en las avanzadas, ni un cañonazo en los fuertes. En los instantes de silencio se oía como el ruido de una casa que se derrumba.

Entonces Madame de Pahauen comprendió su cobardía. Tuvo vergüenza de haber huido de la ciudad; desesperada, pensó que había obrado mal poniéndose a salvo mientras sus conciudadanos sufrían, debilitados por el hambre, diezmados por los combates del día y de la noche. El espanto aumentaba la intensidad de sus sensaciones, se imaginaba que cada cañonazo lanzado a esa sombra fúnebre arruinaba un barrio, que cada granada, al estallar, producía un muerto. París se le apareció entonces como una ciudad de degüello y de escombros, y ese espectro le atormentaba como un remordimiento. Volvió la cabeza, y haciendo un esfuerzo para despegarse del suelo, en que el espanto la tenía sujeta, colocando de vez en cuando la mano ante los ojos, para hacer huir la preocupación siniestra que le producía esa visión, corrió desesperada hasta Versalles.

Lo había decidido, iría a París arriesgando la vida. Tenía que ocupar su puesto en medio de aquella miseria; pretendía su parte en los sufrimientos, pedía su pedazo de peligro. Y después de todo, si todo se había acabado, si París se hundía con el Imperio y con sus veinte años de corrupción, faltaba ella para completar el cuadro. Le parecía que tenía que presentarse como las bailarinas en la escena final en la apoteosis de una comedia de magia, inundada por la luz eléctrica. Pensó también que podía exasperar las resistencias, castigar la cólera y animar, en fin, esa defensa soñolienta, prestándole audacia. Sí, iría a París. Les contaría las pocas fuerzas que tenían los enemigos. Les explicaría que sus fuerzas estaban dispersas, que sus armamentos eran insuficientes, sus fortificaciones ficticias y otras muchas cosas. Podía ser que consiguiese sacudir la inercia, decidir a los indecisos. El bombardeo, que se oía a lo lejos, continuaba espantoso, formidable. Entonces soñó con hechos grandiosos: los fuertes, lanzando bombas a la voz de su mando, el ejército marchando a impulso de su voluntad, y

el romántico recuerdo de sus lecturas mezclándose a la exaltación de sus nervios, la hacían pensar que llegaría a ocupar un sitio en la historia, al lado de las heroínas célebres, cuyo valor había libertado pueblos enteros. Resuelta a todo, llena de patriótico entusiasmo, fue a ver a Madame Worimann. Se presentó humilde, procuró con palabras dulces captarse las simpatías de la alcahueta, y después, bruscamente, como avergonzada de sus propias bajezas, declaró que aceptaba.

—¿Qué? ¿qué es lo que usted acepta?—preguntó hipócritamente Madame Worimann.

—Lo que usted me propuso el otro día, ya lo sabe usted.

Madame Worimann hizo un gesto que significaba: ya sabía yo que vendría usted.

—Pero exijo—repuso Madame de Pahauen—una condición indispensable. Al día siguiente es necesario que se me faciliten los medios para entrar en París. De otro modo no hay nada de lo dicho.

Tardó mucho Madame de Pahauen en recibir contestación. Dos días se pasaron, y aún seguía en su cuarto paseando por la habitación y temiendo que ese oficial del séquito del emperador Guillermo hubiese cambiado de opinión y se negase a última hora a cumplir su ofrecimiento. El espejo le reflejó la cara. Se encontró fea y se convenció de que ya no inspiraba deseos voluptuosos. Entonces agudizó su entendimiento la vieja cortesana. Empleó todos sus artificios en restablecer, aunque sólo fuese por un día, su soberbia belleza. Sus botes de pomadas, que acabó de vaciar, devolvieron a su cara una juventud momentánea; el carmín volvió a sus labios con un poco de colorete. Un pedacito de lápiz que encontró dio vigor a sus cejas, un poco de khol oscureció sus párpados, avivando el extinguido fuego de sus ojos. Y Madame de Pahauen, la célebre, la hermosa, resucitó, porque así se lo había propuesto.

Cuando entró Madame Worimann en su cuarto, apenas la reconoció.

—¡Dios mío!—exclamó—como...

Madame de Pahauen la interrumpió, y con dulce voz le dijo:

—¿Qué hay?

—Está arreglado.

—¿Todo? ¿absolutamente todo?

—Absolutamente todo. Entonces, después de haberle enterado misteriosamente de la hora, del sitio, le dijo:

—¿No necesita usted. nada más?

—Nada...

—Pues adiós, señora.

Madame de Pahauen se estiró, extendió los brazos como una persona que acaba de salir de una posición muy molesta, y suspiró de satisfacción.

—Por fin — dijo—ha llegado la hora de reír.

Abajo, Madame Worimann, delante de la caja, acababa de abrir su portamonedas. Sacaba uno a uno los thalers que le había valido su intervención, y mientras los contemplaba, partían relámpagos de avaricia satisfecha de los ojos de la alcahueta.

IV

Hace ciento doce días que comenzó el sitio. Por la mañana se colocan aún pasquines en las calles; se ha vuelto a reducir la ración de carne por individuo, y el pan negro produce al cortarlo un chirrido desagradable y cuando se masca cruje como si tuviese piedras. Los panaderos han sido reemplazados por químicos.

Composiciones empíricas sustituyen a la harina que falta. En los graneros vacíos se barren con cuidado los residuos de los cereales, las envolturas de la avena, los granos de trigo fermentados y sucios, se hace con todo ello una pasta que se vende a buen precio y que contiene algo de lo que comúnmente se usa para fabricar el pan. La carne de caballo ya no es buena. La toman de donde pueden, de las cuadras, cada vez más desiertas.

Los que las tienen son los proveedores de las carnicerías. Y esa carne, cortada de caballerías viejas y enfermas, desprende, después de asada, un olor acre y desagradable que hace perder el apetito a los que pretenden comerla.

Se gasta mucho dinero. Se disputan y pagan precios enormes por las últimas latas de carne en conserva, por los comestibles raros que idea el ingenio de los estómagos hambrientos. Se compran, no sin repugnancia, perros, gatos y ratas, se guisan sin manteca y sin aceite, se comen con asco y las gastritis aumentan y se agravan todos los días. Ya no hay leche. Los recién nacidos chupan con trabajo biberones, que no tardan en secarse. De vez en cuando se para en la calle un batallón que iba marchando, para presentar las armas a unos féretros de niños, cubiertos de un lienzo blanco, y esta escena se repite varias veces en el mismo bulevar, en una marcha de media hora. Las estadísticas comprueban que aumentan las enfermedades y con ellas las defunciones. Las calles están llenas de mujeres enlutadas y de guardias nacionales con la gasa en el quepis. Apenas hay familia que no cuente una muerte reciente: todas tienen alguna desgracia que llorar.

De noche, el bombardeo llena toda la ciudad con el desgarrador estampido de sus granadas, con el espanto de tanta matanza anónima; de día se mira en vano al cielo de nieve, esperando una paloma mensajera que traiga en sus alas el anuncio de una victoria lejana, una noticia vaga de lo que ocurre a los parientes de la provincia que se figura uno devastada y padeciendo todo género de desventuras. Pero los globos salen todos los días llevándose cartas que no reciben contestación.

El frío y las balas de los prusianos hacen que cada día entren menos palomas en el palomar, y el afán de noticias es tan grande, la ansiedad es tal, que se compran dos, tres y hasta cuatro periódicos. Todos se repiten, y sin embargo, cuando pasa voceando un vendedor: Las últimas noticias, los detalles de la salida, todo el mundo se asoma a las ventanas; se oyen gritos llamando a los vendedores; las mujeres y los niños bajan de las casas; compran la hoja extraordinaria y la leen en la calle con impaciencia y ansiedad. El periódico repite lo que ha dicho el anterior, reproduce los mismos detalles, copia los mismos telegramas, y sin embargo, pronto se aglomeraron a las puertas de las tenencias de Alcaldía a leer los pasquines en que se dan las noticias oficiales. La esperanza ha abandonado de tal manera los corazones, que ya no se cuenta con noticias de triunfo: sólo se pide que haya algún cambio en el mal.

El entusiasmo decrece, la iniciativa se debilita, la ciudad apática cumple maquinalmente sus deberes militares. Poco a poco se ha cansado la Guardia nacional de los esfuerzos inútiles que venía haciendo. París, sin embargo, sigue resistiéndose con el inmenso poder de la inercia. Una agitación sin fuerzas se produce en las calles; suenan las cornetas; las guardias montan a caballo; los centinelas se relevan; los cañones se disparan, pero todo sin resultado, sin interés, automáticamente y por costumbre.

El abandono, el rebajamiento moral de la ciudad, se han apoderado del General en jefe. Sus proclamas, antes tan numerosas, se hacen cada día más raras; antes tan elocuentes, tan dogmáticas y prolifas, son ahora breves y concisas. Su estrategia no aventaja a su pluma. Ya no intenta nada, se conforma con esperar. Lo miserable de sus últimas salidas, ha aguzado contra él la ironía del pueblo y él quiere vengarse. A todo el mundo, a todas las cosas echa la culpa de sus descalabros. Le agitan furiosos intempestivos que aturden su cerebro e imperan sobre su voluntad; su cólera se exalta contra los tenderos y ciudadanos que se permiten apreciar los actos de un militar, de un General. Acaba de firmar el parte diario, la noticia oficial que ha de comunicarse a todos los periódicos, y que dice así: «Han caído algu-

nas granadas en tal sitio, no ha habido más que paisanos heridos». Esto le parecía una ironía ingeniosa y cruel.

De vez en cuando se apodera de él un resto de devoción, cuando se convence de su impotencia y se le desbarata una estratagema. Siente la necesidad de creer en Dios; querría que fuesen posibles esas inmensas victorias de los Gedeones cuando rechazaban a los enemigos; esos muros que Sansón derribaba de un puñetazo sobre los sitiadores, y dejándose llevar por leyendas inverosímiles, soñaba con triunfantes libertadores como los que aparecen en las batallas de los tiempos bíblicos. Esperaba la visión de Constantino, el lábarum sagrado que vio sobre las nubes prometiéndole la victoria y recordando a Atila que la historia pinta alejándose de París a los ruegos de una pastora, se le ocurre hacer una novena a Santa Genoveva.

Los telegramas, siempre con noticias adversas, se acumulan en su despacho. Los revolvía y ordenaba distraídamente, preguntándose si había de darlos al público. Ya el día anterior había recibido noticias desastrosas de un individuo que consiguió atravesar las filas prusianas. Allí permaneció largo rato, de pie, abatido bajo el peso de su dolor y de sus derrotas, desconsolado por los desastres de las provincias.

Ya no es permitido dudar: la capitulación se impone. Trata de buscar un remedio, pues esa palabra ensucia toda su dignidad militar de otros tiempos; pero los víveres se han agotado y las tropas han disminuido, ¡han sido tantos los muertos y heridos en esos cinco meses de lucha! Aún existe la Guardia nacional. Se sonrió involuntariamente, pues participaba del desprecio que los soldados de profesión sienten hacia esos soldados improvisados. Vuelve a presentarse entonces a su imaginación la palabra capitulación, y poco a poco va su espíritu aceptándolo. Después de todo, había hecho lo que humanamente podía hacerse: no ha faltado a las leyes que determinan la conducta de un General que manda una plaza fuerte. No tendría la gloria del héroe; pero su honor quedará incólume. Discute en su interior el pro y el contra de estas decisiones, se acusa de algunas cosas, se absuelve y concluye que ha cumplido con su deber. Por fin se resigna con su suerte.

A pesar de esto, y por un exceso supremo de conciencia, quiere asegurarse de si sería posible hacer una salida heroica y desordenada. ¡Quién sabe! Puede que un ataque repentino forzase la línea de los sitiadores, que es demasiado larga para no tener algún punto débil. Hace ensillar su caballo. Escoltado por un piquete de caballería que proyecta apenas la delgada sombra de sus caballos, vivos espectros del hambre y de la miseria, sube lentamente la avenida de los Campos

Elíseos. El camino que conduce al Arco del Triunfo está encharcado y lleno de baches. A los lados sólo se ven casas cerradas, hoteles abandonados y en algunos un cartel blanco que dice: «Ambulancia». El General vuelve la vista, y detrás de él; hasta las Tullerías, ve la avenida, desierta, que se prolonga monótonamente, entre los árboles sin hojas, como un sendero de un bosque lleno de malezas y barrancos. Sobre ese camino, hoy abandonado, en que desfilaba pocos meses antes todo el París lujoso y mundano, toda la galantería y todo el amor de la inmensa ciudad, sólo se ven ahora, de vez en cuando, carros de ambulancias. Los heridos van hacinados en ellos, gritando a cada vaivén, y el General que continúa su marcha los saluda con el clásico gesto de Napoleón, diciéndoles: «Honor al valor desgraciado». A medida que se acerca al Arco del Triunfo, que se presenta como un gigante al final de la avenida, la idea de la ambulancia, que acaba de ver, se mezcla en su espíritu con el recuerdo de las mujeres elegantes que a la hora del paseo había visto en el mismo sitio en tiempo del Imperio. Poco a poco las vagas formas que flotan en su espíritu toman caracteres más fijos, y aparece Madame Pahauen con todas sus gracias y le trae el recuerdo de todas sus seductoras habilidades. ¡Ah! ¡cómo se arrepiente ahora de su cólera de hace tres meses, del arrebato que le dio al desterrarla, sin reflexionarlo mejor! Si Madame Pahauen estuviera con él en esta hora de desesperación, en que está agonizando su ambición de gloria, en que todo lo que había deseado se escapa de sus manos, su presencia podía consolarle; a él, que sólo considera, en medio del aniquilamiento de la patria, su vanidad herida de muerte. Teniéndola en sus brazos, olvidaría lo miserable de sus proyectos, la eterna medianía del nombre que va a dejar a la historia. ¡Qué importa que todo se hunda y se derrumbe, si en medio del desquiciamiento universal y del luto de toda la nación, podía engolfarse él en el goce de un deseo carnal realizado! ¡Ah! ¡si pudiese ver ahora y tocar esa hermosa desnudez de madame de Pahauen!

Lo persigue la deseada imagen de su querida en camisa, enseñando a trechos la carne, a través de los encajes y adornos de la ropa interior, recordándole las antiguas noches de placer. Ella está a su lado cuando echa pie a tierra y entrega a un soldado de dragones la brida de su caballo; ella sube con él del brazo la escalera oscura del Arco del Triunfo y con él llega a lo alto, al lado del aparato telegráfico, cuyo timbre suena continuamente. Y París entero se presenta a sus pies rodeado por inmenso círculo de humo. Los cañonazos de las fortificaciones siguen constantemente atronando el espacio, y a lo lejos, más allá de los muros, sobre las colinas, responden con furia los cañones

prusianos y extienden hasta el horizonte otro círculo de humo que envuelve al primero.

El General contempla con un catalejo ese espectáculo, monótono para su ojo militar. Se pasea a lo largo de la gran plataforma, fijando la mirada ya sobre Genevillers, ya sobre Meudon, después vuelve a mirar MontValerien, donde las piezas de mayor calibre llenan el aire de un humo más espeso. Acaba por no encontrar interés en todo aquello, y da las órdenes maquinalmente al telegrafista que las transmite inmediatamente. El aparato Morse funciona: le entretiene el ruido del manipulador, el movimiento de las ruedas que ponen en movimiento la cinta de papel azul de los telegramas. Pronto se detiene todo: se han transmitido todas sus órdenes y se queda sorprendido por la rapidez con que ha terminado su diversión. Pero vuelve a sonar el timbre: se levanta un botón y el papel vuelve a salir impulsado por las ruedas y sin saber por qué, como si fuesen a anunciarle su felicidad en esas líneas y puntos trazados por el aparato, trata de leer la cinta, no comprende esos signos, se enfada y pregunta al empleado:

—¿Qué dice?

—Acaba de llegar un comisionado del ejército alemán, pidiendo que se suspenda el fuego durante media hora para facilitar la entrada en París de Madame de Pahauen...

El empleado no se atreve a leer el nombre y dice: « Pauavan, Pourveu... »

—¡Madame de Pahauen! —dice el General, y lo repite varias veces—«Pahauen, Pahauen», como para convencerse a sí mismo de la realidad de lo que dice.

—Acordado—dice—sí, ya sé de lo que se trata. De usted la orden de conducir a esa señora al palacio del Estado Mayor.

Y temiendo haber dicho demasiado y que en la vivacidad de sus palabras y en el calor de su expresión pudiera adivinarse la pasión que le animaba, añadió esta frase hipócrita:

—Allí la interrogaré—y así hacía creer que se trataba de intereses de la patria, por los cuales se preocupaba.

El manipulador empezó a funcionar para transmitir la orden; el General estuvo a punto de mandar al empleado que la transmitiese más rápidamente. Poco a poco va marchando el telegrama, y por fin se termina. Nunca le había parecido al General tan lenta la manipulación del aparato. De pronto disminuyen los atronadores disparos a derecha e izquierda. El humo, elevándose, descubre las colinas Meudon, Clamart, Sévres, y el campanario de SaintCloud eleva solo su blanca pirámide al cielo en medio de las ruinas de todo el pueblo. Encima de

MontValerien flotan aún ligeras nubes de humo, mientras el estrépito de los cañonazos disminuye y muere a lo lejos, repercutiéndose en los ecos acompasados.

Entonces Madame de Pahauen, de pie en un barco, atraviesa el Sena ensangrentado, mientras dan una tregua a sus odios y suspenden su cólera esos dos pueblos que desde hace seis meses se baten y ametrallan, y dan el terrible espectáculo que tiene suspendidos los ánimos del mundo entero. Madame Pahauen contempla sonriendo a los remeros. Varios oficiales, en la orilla alemana, la saludan con cariño. Otros oficiales, en la orilla francesa, la llaman con gestos de íntima familiaridad, y en medio de las dos orillas devastadas, pasa, afirmando así, en aquella lucha colosal, el inmenso poder de su carne, el insolente triunfo de su sexo.

El General ha mirado largo rato con el anteojo un punto negro que se movía en el Sena y que debía ser la embarcación que traía para él a Madame de Pahauen y su lujuria. Hay un momento en que no ve nada, después aparece de nuevo la mancha negra, que se acerca lentamente a la orilla opuesta. Por fin la toca, se confunde con ella, repentinamente desaparecen dos banderas blancas, colocadas en las dos riberas, y las cornetas surcan con tanto estrépito que sus notas llegan a los oídos del General.

Otra vez empiezan los cañones a lanzar la muerte y la ruina por sus bocas de cobre; otra vez el humo se levanta por todos los extremos de la ciudad ocultando sus colinas. El campanario de SaintCloud vuelve a ocultarse en una espesa nube, y el cañoneo continúa con tanta intensidad, que se sienten los efectos de un terremoto.

El armisticio ha terminado; Madame de Pahauen está en París. Detrás de ella corre la sangre otra vez; las casas se derrumban y las ruinas se acumulan. ¿Qué importa todo eso? Madame de Pahauen está en París.

El General ha bajado rápidamente, ha montado a caballo y se ha dirigido a galope al palacio del Estado Mayor, reventando los moribundos caballos de su escolta. Allí espera. Lleno de impaciencia se pone a pasear a lo largo de los salones tratando de acallar su ansiedad con el esfuerzo de un movimiento continuo. Madame de Pahauen tarda en llegar. Le parece que no es tan larga la distancia entre el puente de Sevres y el centro de París. Se inquieta y piensa que habrá cometido una omisión. Puede ser que sus órdenes, dadas en lo alto del Arco, no hayan sido bastante concretas. Piensa ya dar otras más detalladas, otras que apresurasen la ejecución, cuando de pronto se abre la puerta

y Madame de Pahauen, despidiéndose del oficial que la acompañaba, aparece.

Con ella entra, como una escolta, toda la cólera de la ciudad bombardeada.

El General se precipita hacia ella con los brazos abiertos por la pasión, y la llama cariñosamente por su nombre de pila:

—¡Huberta!

Pero Madame de Pahauen está seria. De pie, majestuosa y amenazadora con su vestido negro, rechaza los labios que se acercan a los suyos, los besos que le ofrece el General y las caricias que quiere prodigarle. Ahora le toca a ella rechazar al General. Le pide cuenta de lo que ha hecho, con dureza y con palabras crueles en que se desquita de su estancia en Versalles. Le pregunta por qué no se bate. Casi le acusa de no haber salido a libertarla de su destierro, en la habitación de la avenida de SaintCloud. Se queja amargamente de su inacción, como podría hacerlo de una cita a que hubiese faltado. De seguro hubiera ido a buscarla, dice, si hubiese tenido valor para ello.

—Pero debías de haberte figurado que se aburre uno mucho en Versalles — le dijo el General.

Y no teniendo otra cosa que decirle, repetía:

—¡Huberta, Huberta! en tono de súplica como un niño que pide un juguete que no le quieren dar.

Pero ella prosigue:

—La cosa era difícil. Bastaba querer y nada. más. Las tropas alemanas no estaban tan aglomeradas que fuese imposible pasar. Ella lo sabía muy bien, pues había visto esas célebres fortificaciones prusianas. La mayor parte de esos cañones eran tubos de chimenea. ¿No lo había adivinado él? ¿De qué le servían los anteojos? El no era tan miope. ¡Si supieras — le dice — cómo se burlan de tí en Versalles!

Y dominada por uno de esos momentos de elocuencia que salen a veces de la boca de las mujeres apasionada, le contó todo lo que sabía, todo lo que creía saber de la posición estratégica de los prusianos. Con un lenguaje diabólico, lleno de palabras agudas y de epítetos felices, repite todos los cuentos, todas las estúpidas invenciones, todos los detalles inverosímiles que ha recogido en Versalles en sus conversaciones con el camarero del hotel, con Madame Worimann, con la lechera y con el carbonero. Según ella, los prusianos carecían de todo: de víveres, de municiones y hasta de paciencia. El sitio les perjudica tanto como a los parisinos, más aún. Basta un día de combate para acabar con sus cartuchos. Una mediaderrota sería causa de que se insubordinasen sus tropas y pidiesen la vuelta a Alemania. La opinión

de los necios es la que acaba de describir, pero, la refiere con un aplomo tal, con tanta sinceridad, que la solidez de sus tonterías produce dudas en el espíritu del General. ¿Será verdad todo eso? Y sin atreverse a contradecirla, sin esperanza de que le dé más noticias sobre el particular, se contenta con repetir cariñosamente:

—¡Huberta, Huberta!

Pero ella le imita, y parodiándole, dice a su vez:

—¡ Huberta, Huberta!

—No hay Huberta que valga. ¿De modo que te dejas bombardear, te dejas asar sin defenderte?

Entonces le describe la miseria que hay en los barrios que acaba de recorrer. Anteuil devastado. La muralla arruinada, descubriendo el interior de las casas destruidas; y exagerando los desastres, aumenta y multiplica los horrores que acaba de ver. El menor detalle que ha observado en el camino, abultado por su elocuente palabra, se convierte en terrible acusación, que le hace bajar la cabeza.

El trata, sin embargo, de defenderse; se excusa con las dificultades de la situación, con su responsabilidad ante la historia.

—La historia — repite ella — si continuas como has empezado, tendrás tu lugar en la historia; me hace gracia.

Y se reía a carcajadas con irónica insistencia.

Entonces despiertan en el General, a pesar de su apatía; las viejas ambiciones. Ahora qué ha reconquistado a Madame de Pahauen, ¿por qué no había de reconquistar, por el esfuerzo de su voluntad, su gloria que se escapa? Quien sabe... Puede haber verdad en las cosas que ha contado esa mujer. Sin duda pueden aún romperse las filas del enemigo, y habla de esfuerzo supremo, de una salida en masa y de un ataque irresistible. Ya se cree vencedor, dictando a los prusianos las condiciones de la paz y llegando al colmo de sus deseos y de sus sueños, se ve aclamado en medio de la admiración del universo, y además acostándose con Madame Pahauen.

Cuando ésta se apaciguó, le explicó sus planes definitivos. Se valdrá de la Guardia nacional mientras quede uno con vida; todos los batallones ayudarían a la empresa. Se arrepiente de no haberla empleado antes; era una tropa excelente la Guardia nacional. La salida será formidable, y ya tiene pensada, según su costumbre, una proclama para excitar el valor y reanimar el ánimo de París. Piensa además en la frase de ese oficial, en esa frase que le hizo reír hace cinco meses:

—A esos caracoles de muralla, habrá que hacerles una sangría.

Pues bien, está decidido a hacer esa sangría. ¡Qué importa si la fortuna se empeña en mostrarse adversa! No podrá decirse que no ha empleado los medios de que disponía. Si la ciudad se ve obligada a capitular, el honor por lo menos quedará salvado.

—Lo quieres— dijo—pues bien, se dará la batalla.

Entonces Madame de Pahauen le abrazó con el agradecimiento cariñoso de una niña que ve que ceden a sus caprichos.

—Ya sabes—le dijo—que quiero estar bien colocada, me procurarás un sitio bueno, para que pueda ver y estar resguardada.

Y hablando así, le abrazaba. Sus besos resonaban en la silenciosa habitación.

V

Ocho días después se verificó la salida, a tientas, a través de la niebla. Al anoecer, después de un día entero de angustia y de impaciencia, y a la luz de unas cerillas, se leían en las fachadas de las alcaldías los despachos que anunciaban el desastre definitivo, la rendición inevitable. Pedían además refuerzos, hombres, caballos, coches, para sacar del fango en que yacían los muertos y los heridos de la Guardia nacional, que sangraba a borbotones allá arriba en el bosque.

EL ATAQUE DEL SIETE

Por Léon Hennique

“¡Ran, plan..., plan, plan, plan!” corearon los soldados de la cuadra, de pie, reunidos en semi-círculo alrededor de uno de ellos que se hallaba de rodillas, con la cabeza apoyada en la falda de un camarada, y luego callaron.

—¡Atención, Sauvageot! —dijo el cabo Verdier, un rubio alto, de barba rojiza.

Hubo un ligero temblor en la mano del soldado, extendida sobre sus nalgas; sin duda ya había recibido unas buenas palmadas. Y mientras él esperaba, muy ansioso, otro soldado atravesó el grupo, levantó tranquilamente el puño y lo dejó caer. Sonó un golpe seco.

—¡Ay! ¡Maldita sea...! ¡Tengan buen sentido! —farfulló Sauvageot, furioso.

Estalló la risa general. “Ese Sauvageot, ¡Qué flojo! ¡Berrear de esa manera por unos pobres reveses! ¡Ah, desgraciado infante! ¡No; no era. posible hallar un imbécil semejante! Y por otra parte, a cada cual su turno. ¿Acaso le molestaba cuando era él quien golpeaba a los otros? ¿Entonces, qué? ¿Las manos de Sauvageot son manos? ¡Nada de eso: son ¡palas de horno!

Sauvageot se irguió con expresión afligida, los bigotes caídos y un resto de cólera en las mejillas. Parecía notablemente estúpido.

—Veamos, ¿quién fue el prusiano que te embromó? —terminó por preguntarle el cabo Verdier,

—Fue Faguelin.

Y a coro, la cuadra lanzó un aullido de alegría, repitiendo: “¡Faguelin! ¡Faguelin!”.

Alguien gritó: “¡Eh, Fagueln...! ¿Has visto a Faguelin?”

Y volvía a preguntar, cuando lo arrojaron entre las rodillas del camarada que sonreía beatíficamente sentado en el extremo de un catre.

—¡Atención! —gritó otra vez Verdier— ¡Prepara tu trasero!

Entonces se acercó un soldado alto y delgado, vestido con un blusón demasiado grande. Se habla sacado un zapato y lo traía en la mano, renqueando, y con una expresión socarrona. Levantó su zapato; por todos lados había manos que lo estimulaban. Pero de pronto el cabo Verdier gritó:

—¡Firmes!

Acababa de ver al teniente de turno en el hueco de la puerta, y detrás de él los largos bigotes del sargento mayor. Se trataba de una visita de inspección. Los soldados se precipitaron al pie de sus catres y esperaron, con rostro serio. Se oía crepitar la vela que se consumía en un ángulo de la tabla del pan. Su larga llama amarilla inundaba con danzantes y desvaídos resplandores los muros blanqueados a la cal, las pilas de ropa bien doblada colocada en una estantería de abeto, las bolsas de tela encerada con las que algunos cubrían sus lechos, semejantes a animales ‘destripados Calzados en su armero, los fusiles dormían alineados en una sombra opaca, sin un destello.

—Puede empezar a pasar lista, Verdier —dijo el teniente.

Era un joven pálido, casi imberbe, calzado con botas que le llegaban a la rodilla. Mientras avanzaba hasta la mitad de la pieza, su sable producía un claro sonido al golpear con las botas.

—¡Prouvost! —gritó el cabo.

—¡...sente! —respondió Prouvost.

—¡Lefèvre!

—Presente.

—¡Gaillardin!

—¡...sente!

La lista continuó. Los hombres respondían en cuanto eran nombrados y en la calma de la pieza la diferencia de las voces era notable.

—¡Joliot! —gritó Verdier— ¡Joliot! —repitió.

Nadie respondió. Joliot no estaba allí. El teniente preguntó:

—¿Nadie lo ha visto? ¿No se sabe dónde está?

La cuadra callaba. El teniente se volvió hacia el sargento mayor:

—Escriba: Joliot falta.

Luego, cuando cesó el ruidito agrio del lápiz sobre el papel, en el momento de salir, el teniente se volvió y dijo:

—Los prusianos están a veinte leguas de aquí. El comandante de la plaza espera que cada uno de ustedes cumplirá con su deber.

La noticia no fue creída. Entonces, en medio del silencio que la había acogido, sonó ruidosamente en el patio del cuartel el llamado para la extinción de los fuegos. Desde el comienzo de la invasión el llamado tenía lugar a las ocho y media. Fue como una advertencia sonora y tranquila la que se oyó primero. Dos notas se repitieron tres veces, seguidas por una frase melancólica, emotiva. El clarín las había entonado en las largas noches de agosto; ahora pertenecían a la oscuridad lívida de los crepúsculos de otoño. La advertencia volvió, seguida otra vez por la misma frase triste, y por fin se apagó en un gemido.

El teniente se había detenido en la puerta.

—¡Mira —decía—, una aurora boreal! Fíjese, Biottet.

—¡Ah, soberbia, mi teniente, soberbia! .—había respondido el sargento mayor.

Una vez cerrada la puerta, el murmullo de la conversación se fue debilitando hasta extinguirse.

Dos minutos después, toda la cuadra corría a alinearse en el patio, formando un tropel casi apacible, en el que detonaba la blancura de algunas camisas.

—¡Bagasa! —exclamó un marsellés.

Los camaradas se contentaban con mirar. Frente a ellos, sobre el vacío regular producido por tres inmensos cuerpos de edificios abiertos, por el lado del monte, como una bocaza, en el cielo, una napa incandescente avanzaba imperceptiblemente sobre la ciudad, más allá de la reja del cuartel y de la plaza de armas enorme, desierta y ya toda rosada. La napa parecía elevarse longitudinalmente de una calle rectilínea para ir a confundirse con la lividez de la atmósfera. Mil remolinos nevados comenzaban a ensancharse. El horizonte, estrangulado a lo lejos, en el lugar donde una segunda calle cortaba a la primera, surgía tan rojo y lleno de luz intensa que semejava el escupitajo furioso de una formidable pieza de artillería. Varias chimeneas y las crestas de ciertos techos se encendían con reflejos castaños. Un perro, en un corral lejano, ladraba a la muerte. Frente al cuartel, la bayoneta de un centinela que se paseaba lentamente con su arma al hombro, lanzaba por momentos un destello brusco que se extinguía de inmediato.

—Hay sangre en el aire —dijo un soldado—; en alguna parte deben estar luchando.

—No; le está sangrando la nariz al buen Dios—replicó un camarada.

—Bah, quizá sea un incendio —hizo notar Sauvageot.

—Eso... ¿Un incendio?

Sauvageot fue abucheado. El cabo Verdier montó en cólera.

—¡Silencio! ¡Hato de marranos, me van a mandar a la cárcel!

Al fondo de un segundo patio, detrás de la fachada, por segunda vez sonó el llamado de extinción de fuegos. La distancia velaba el canto del clarín, dándole solamente un acento lamentoso, el sonido de una cosa arrojada fuera del cielo flamígero como un desecho. Los vidros del cuartel se iluminaron, llenos de vagos reverberos.

Entretanto, a cierta distancia del grupo formado por los soldados y lo más lejos posible del cabo, dos amigos habían entablado una conversación.

—Así que has encontrado a Joliot.

—Justo cuando acababa de llevar la sopa a la prisión.

—¿Por qué no ha vuelto?

—Ha recibido plata de su provincia.

—¡Ah, el muy pícaro!

—Quería que fuera con él a comer un bocado en casa de la vieja

Mathis.

—Y no aceptaste.

—No, gracias; acabo de salir del calabozo... Uno se vuelve viejo.

—No eres hombre.

Hubo un silencio; luego, el admirador de Joliot continuó:

—¿Dónde duerme? ¿No lo sabes?

—Sí, caramba, en el 7.

—¡Ah, el muy pícaro!

La conversación terminó con una risa quebrada. Cuando el clarín sonó por tercera vez, más lejos aún, con sonido de trompeta infantil, el cabo Verdier dijo:

—¡Eh, guasones, váyanse a dormir!

Volvieron a la cuadra. La vela se consumía sobre la tabla del pan. Verdier la apagó. Una indefinida pesadez se amodorraba en la sombra. Nadie tenía ganas de hablar. Sólo el rumor de las ropas, los golpes de los zapatos con sonidos distintos, alteraban la oscuridad del silencio.

De pronto Sauvageot exclamó:

—¡Peste maldita! ¿Cuándo va a terminar 'la guerra? ¿Para qué sirve? ¡Estábamos tan tranquilos!

En medio del crujido de los catres bajo los cuerpos fatigados, un soldado dejó escapar un pedo.

—¡Córrelo, Sauvageot!

Pero él no se turbo; con voz aún más convincente, continuó:

—Sí, la guerra... ¿Para qué sirve?

El iba a continuar sus jeremiadas, cuando Verdier ordenó:

—¡Silencio!

Poco después todos dormían, y los ronquidos del soldado alto y delgado alternaban con los del cabo.

Lentamente, una claridad rojiza entró por la ventana; pálida primero, luego resplandeciente, se aproximó al lecho más cercano, lo señaló con una mancha sanguinolenta. Era la aurora boreal que invadía la noche por sobre el cuartel.

II

Entre los resplandores del cielo, claramente, sobre el reposo de la pequeña ciudad, el reloj de la iglesia parroquial daba las once y media y el del cuartel sonaba aún, cuando un soldado abrió la puerta de la cuadra, dio unos pasos y cayó de rodillas en medio de un círculo de luz. Sus brazos buscaron un apoyo y luego se dobló sobre un costado, como un buey sacrificado.

Sauvageot se despertó.

Pero vuelto en sí por un esfuerzo de voluntad, preguntó:

—¿Eres tú, Joliot...? ¿Por qué no hablas, maldito cochino?

No tuvo respuesta y entonces se levantó, como buen camarada, se acercó al individuo, trató de alzarlo, pero terminó por extenderlo de espaldas.

Mientras con ojos entreabiertos miraba a Joliot, cuyo rostro inclinado hacia las ventanas recibía el reflejo de la aurora nocturna, murmuraba:

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Joliot yacía allí con su mandíbula inferior quebrada y el rostro salpicado de sangre y pólvora. Tenía un agujero bajo la boca, un poco a la izquierda, y un hilo de sangre tibia le corría por el pescuezo manchándole la casaca, en cuyo cuello, junto a los primeros botones, se coagulaba.

—¡Eh ustedes! —gritó Sauvageot.

Su voz resonó como una campana.

—¡Socorro!

—¿Eh...? ¿Qué...? —balbucearon algunos, sobresaltados.

—¡Joliot! ¡Joliot ha muerto!

—¿Muerto? ¿Muerto? ¿Muerto?

Fue como un eco que resonó en todos los rincones de la cuadra. Se acercaron, enfundados en sus camisas de dormir.

—¡Prouvost, enciende! —gritó Verdier.

En dos tiempos y tres movimientos Joliot fue acostado en su catre. No se movía más que un poste.

Una voz preguntó:

—¿Si fuéramos a buscar al mayor?

—Eso es..., apúrate.

Pero Prouvost no conseguía encender las velas. En los intervalos cortados por exclamaciones, frases inconclusas e inevitables empujones, se lo escuchaba revolver los efectos del cabo colocados sobre la estantería, una parte de los cuales cayó al suelo.

—No encuentro nada —murmuraba—, nada.

Verdier tuvo que intervenir. Halló dos velas. Pero nadie tenía cerillas. Por fin Sauvageot se procuró una.

De pronto, un soldado gritó:

—¡Respira!

Habían encendido las dos velas y entonces empezó una procesión: cada uno venía a pegar la oreja en el pecho 'de Joliot.

—Es cierto, respira —decían al retirarse.

La cuadra no cejaba en su atención. Sauvageot fue el primero que propuso desabotnar las ropas del herido, lavarle la cara; pero al principio no hubo prisa, porque todos, mirándose a los ojos, frunciendo las cejas, se preguntaban —y sin embargo con bastante tranquilidad—:

—¿Adónde diablos habrá ido Joliot a hacerse embromar así?

—Los prusianos, quizás... —sugirió un conscripto.

Lo mandaron a paseo. ¡Como si los cuerpos de guardia hubieran podido dejar pasar a algún prusiano por las puertas de la ciudad! Y, además... esos prusianos... ¡pavadas! Siempre se los anuncia pero nunca se los ve... Unos rateros hábiles. Sí, pero con tres mil hombres en la guarnición...

Ahora el herido parecía dormir, pálido, con los rasgos tensos, conservando sin embargo su aspecto juvenil. Le habían lavado la cara y el bigote le dibujaba una sombra en el labio superior. Un hilillo de sangre continuaba fluyéndole del mentón e iba ensanchándose en contacto con la piel húmeda. A su alrededor reinaba la inquietud y, a pesar de ser inútil, esta pregunta no dejaba de ser formulada:

—¿Adónde diablos habrá ido Joliot a hacerse embromar así?

Y se transformaba en el estribillo de una canción que escondía una sorda cólera.

—Le han birlado el sable —dijo Verdier—. ¡Ojalá que haya podido defenderse!

—¡Oh, debe haber alguno bien castigado en este momento! —replicó Sauvageot.

Los soldados sintieron la necesidad de explicarse el hecho. Cada cual inventaba una historia, la comentaba, buscaba posibilidades. Según unos, Joliot debía de haberse batido con artilleros. Nada de asombroso, dadas las antipatías comunes; el cafetín de la vieja Mathis había visto más de una de esas disputas. Según otros, Joliot debía de haber sido herido en los bastiones por un centinela demasiado celoso en el cumplimiento de las consignas. Sin embargo, prevaleció la opinión de Verdier: Joliot había tenido un altercado con civiles. Su herida olía a

revólver y la pólvora que manchaba su rostro denunciaba un tiro a boca de jarro. Y agregaba:

—Por otra parte, desde que empezó la guerra, todos esos roñosos se pasean con pistolas en los bolsillos.

—No importa —dijo Sauvageot—. Habrá que ver. ¡Cuídense de esos bandidos que se hacen los guapos! ¡Nadie podrá decir que se ha golpeado así como así al batallón!

Los rostros se ensombrecieron y bruscamente el espíritu de cuerpo invadió a esos hombres enervados por la desgracia de un camarada, buen muchacho, amable, bromista, ese que estaba allí tendido, agonizante, vestido con un uniforme como el de ellos. El furor comenzó a germinar y se amasó en medio de ciertos silencios, mientras se esperaba al cirujano mayor, que no aparecía. Iban a mirar a Joliot y volvían murmurando.

—¡No; nadie podrá decir que se ha golpeado así como así al batallón!

El afecto por Joliot se multiplicaba junto con la cólera. Recomenzó el desasosiego, expresado en las manos temblorosas que, acompañadas por miradas ansiosas, aplicaban loción en las sienes y la frente del herido, enjugaban su sangre, le preparaban una almohada con un capote. Ah, nadie pensaba en dormir... Y en medio de la agitación cada uno había ido calzando sus pantalones y zapatos, ajustando sus tiradores, anudándose las polainas, vistiéndose inconscientemente, no por el placer de pasearse vestido entre los catres, sino para estar listos para hacer algo.

Un vago entendimiento, algunos jirones de proyectos se antrecruzaban, tratando de tomar forma en esas cabezotas brutales. Mil reflexiones se atropellaban entre sí. El aire estaba cargado de electricidad. A cada instante se pedía agua fresca para lavar el mentón de Joliot. Lefèvre empuñaba la jarra de asperón, corría al patio y entonces se oía el chorro del grifo de la fuente.

De pronto, en el momento en que menos se lo esperaba, el herido se movió, abrió la boca; un estertor silbante le hinchaba la garganta. Verdier dio un salto hacia su cantimplora. ¿Cómo nadie había pensado hasta ahora en reanimarlo con un trago de aguardiente?

Al cabo de tres minutos el herido paseó por el techo una mirada tan apagada que parecía velada por una fina piel.

—La mirada es mala —murmuró un grandote que nunca logra terminar de una vez—. El mayor ya debería estar aquí.

Sin embargo, Joliot parecía no ver nada. Los brazos y las piernas le pesaban; estaba como petrificado. Sauvageot le tomó una mano

y trató de calentársela. La mirada del herido, lentamente, parecía querer iluminarse, pero su garganta continuaba silbando.

—¡Joliot... ! ¡Joliot...! ¿Cómo estás? —repetían encarnizadamente a su alrededor—. ¿Mejor, no?

A la fuerza querían que se sintiera mejor. Y grandes lágrimas le humedecían los ojos, deslizándose por sus mejillas hasta las orejas. Una mueca dolorosa le contraía la boca.

Un soldado, blasfemando, apartó a sus ‘compañeros y se acercó a Joliot. Como un actor seguro de su oficio gritó:

—¿Joliot, me oyes? Di, ¿me oyes?

Joliot lo miró y estalló en lamentos que se escapaban entrecortados por un hipo terrible. Un raudal de sangre le cubrió el mentón.

Entonces se expandió algo así como un gran concierto en el que las voces de rabia se mezclaban con las de compasión. Todos a la vez trataban de consolarlo: “No llores... Ya viene el mayor... ¡Pobre viejo! ¡Pobre viejo! ¡Quédate tranquilo, te vengaremos! ¿Todavía tienes sed? Trata de hablar, de decirnos quién te la ha dado”.

Joliot masticó dos o tres comienzos de frases en medio de la ansiosa atención de los demás, pero ninguna aclaración surgió de allí. Algunos se arrebatan: “¡Y pensar que no llegaremos a saber nada! —decían—. ¡Maldita sea, maldita sea!” Y las blasfemias iban y venían por sobre el cuerpo extendido como balas sobre un cadáver inmóvil en un campo de batalla.

—¡Vamos, cállense! —gritó Verdier—. Si alguien se mete.... . Déjenme interrogarlo.

—Joliot, ¿te sientes con fuerza para contestarme?

Joliot contestó con un débil “Sí”. Se escuchaba el soplo de su respiración. Treinta rostros se habían inclinado hacia él con los ojos encendidos.

—¿Dónde te hirieron?

—En el 7.

—¡Oh! —dijeron todos, asombrados.

—¿Quién fue?

—El...

revelación de Joliot se perdió en un suspiro... Ah, ah, ¿será que decididamente no llegaremos a saber nada?” Y volvieron a callár, mientras Verdier repetía su pregunta. Esta vez Joliot respondió:

—Fue el patrón.

Retumbó entonces una tempestad de imprecaciones. Ya no podía uno quedarse allí. El que sostenía la vela, cerca del lecho, la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared. La cuadra quedó iluminada sólo

por la vela cuya humeante llama se balanceaba gravemente sobre la tabla del pan. Un estrépito de viejos zapatos rodaba sobre el piso. Varios hombres se pusieron sus blusones. Se formó un grupo de otros que gesticulaban, cada uno lanzando una frase sin escuchar la del vecino y todos dominados por Sauvageot, que gritaba en todos los tonos:

—¿Es que ahora nos van a matar en los burdeles?

De las cuadras más próximas, atraídos por el alboroto, venían camaradas a informarse. Les mostraban a Joliot retorciéndose y les contaban los hechos. En un instante la gran pieza encalada se llenó de gente. Nadie podía moverse y el rumor crecía sin cesar. Pero fue otra cosa cuando Joliot, vuelto en sí, asustado como un niño, se puso a gritar, en los primeros espasmos de su agonía:

—¡Mamá! ¡Mamá!

El cirujano no llegaba. A lo largo del muro sombrío, los fusiles continuaban su sueño.

En ese momento había más de doscientos hombres alrededor del moribundo. Uno de los catres soportaba a diez individuos y las conversaciones se habían exasperado a fuerza de girar siempre alrededor de las mismas ideas, en el mismo estrecho círculo.

De pronto, con voz retumbante, Verdier anunció:

—¡Joliot ha muerto!

Los doscientos hombres lo oyeron y quedaron azorados.

En efecto, Joliot acababa de morir y yacía con una mirada que espantaba y la boca abierta. Entonces, en medio del gran silencio nervioso, alguien que nunca se supo quién fue gritó:

—¡A las armas!

En el patio había quedado una multitud de soldados que no había podido entrar, pero a quienes la muerte de Joliot había inflamado como un reguero de pólvora. Y todos a cual mejor, aun los sargentos, bajo la aurora boreal con su claridad leonada, alrededor del muerto, aullaban desgañitadamente:

—¡A las armas! ¡A las armas!

Los de la cuadra ya se habían apoderado de sus fusiles, ajustaban sus cinturones, se aprovisionaban de cartuchos. Llenos de furia, los camaradas se dispersaron. El tumulto se agravaba y, en tanto la muerte de Joliot seguía su curso, el inmenso cuartel se llenaba de un creciente zumbido.

III

Los primeros que desembocaron en la plaza de armas —una treintena de hombres— arrastraron con ellos al centinela de la reja. Por otra parte era de la cuadra de la víctima. El hábito de la disciplina hacía que la escuadra marchara sin un grito, casi en orden. Una atmósfera amarilla caía de la aurora en fusión, atravesando vapores transparentes, un poco por encima de la soledad de los techos. Mil nubes de oro, unas bordeadas de cobre, otras extendidas en una compacta placidez, otras por fin hinchadas y prontas a reventar, habían acaparado el cielo. La gran plaza arenosa centelleaba con un pálido resplandor. Parecía como si los soldados avanzaran sobre cenizas, en el fondo de una gigantesca chimenea chata, en un cajón de horno pronto a extinguirse. Las alas del cuartel y las casas construidas alrededor de la plaza parecían haber sido calentadas al blanco. Bastante lejos, paralelos a un muro, una fila de árboles jóvenes, gracias a sus ramas y sus últimas hojas, daba la ilusión de una bandada de langostas. Por las dos calles visibles, la más ancha de las cuales huía hacia las murallas, no circulaba ningún transeúnte retrasado. Un callejón se hundía en la ciudad como un boquete ejecutado al rojo. Pero en el cuartel continuaba ese zumbido de colmena y se exhalaba, bajo el esplendor del fenómeno meteorológico, como una voz de estímulo.

El puñado de hombres continuaba avanzando. Luego se detuvieron para cargar los fusiles, más rápidamente esta vez, y se dirigieron hacia uno de los ángulos de la plaza, el lado donde, a continuación de una fila de barracas mal revocadas, más allá de un puente tendido sobre la suciedad de un arroyo, se hallaba una casa de aspecto severo, erguida en su tranquila honorabilidad. De la casa escapaban ruidos semejantes a un ‘chapotear de agua sobre barro. Cuando estuvieron a unos treinta pasos de la casa, el chapotear quedó explicado. Provenía de un miserable piano encallado por azar en cierta habitación donde languidecía una luz neblinosa. Alguien tecleaba un vals en el piano, con todas sus fuerzas, pero el instrumento, desdentado, asmático, agotado por las noches sin reposo, por los toqueteos pringosos, caracoleaba como una vieja prostituta. Sin embargo, a través del rojo desvaído de las cortinas corridas, se veían sombras que giraban. Sin duda, en esa habitación cálida, llena de risas roncadas, se debía ignorar el crimen cometido contra Joliot.

Fue Verdier quien tiró del cordón de la campanilla. Un postigo se abrió y una voz interrogó:

—¿Qué desea usted?

—Entrar, Joséphin.

—¡Ah!, ¿es usted, señor Verdier? Imposible. es demasiado tarde.

Bajo el empuje robusto de treinta hombres la cerradura cedió y la puerta fue a dar violentamente contra la pared. El piano tocaba todavía el mismo vals y la danza continuaba. Los soldados entraron en un patio y, al ver las armas, Joséphin escapó, lanzándose por el hueco de una escalera.

—¡Fuego! —gritó Sauvageot, disparando su fusil.

Joséphin apresuró sus pasos; uno tras otro sonaron diez disparos, con vibrante claridad. Levantado de los escalones, Joséphin cayó luego de espaldas. Era un pobre contrahecho, mozo de la casa, a quien esos mismos soldados, en tiempos normales, habían invitado con generosas libaciones. El piano cesó en su canallesco alboroto, pero ninguna ventana se abrió. Sin embargo, en el trozo negro de la escalera, alguien se puso a gritar:

—¿Quién es?

Una nueva descarga fue la terrible respuesta. Hubo puertas que se cerraron y otras que se abrieron en medio de un tumulto de gritos que se alejaba y tras el cual se precipitaron los soldados.

Al mismo tiempo una algazara comenzaba en la plaza de armas y una granizada de balas cayó sobre el techo de la casa. Las pizarras llovieron en el patio. Otros soldados llegaron con paso gimnástico.

Luego del primer impulso, una vez en terreno propio, habían dudado un instante, blasfemando, maldiciendo, sin apurarse demasiado, pero al crepitar de los disparos todos abandonaron sus cuadras, empuñando las armas, aullando y dando saltos como salvajes. Una larga fila de pantalones color granza salió corriendo del cuartel rumbo al 7, en el que penetraba por la puerta abierta, atraída por una fuerza irresistible. A cada instante, en medio del estrépito desencadenado, rasgando el resplandor irreal, a pesar de los encontronazos en la carrera, los caños de los fusiles se elevaban, escupiendo, todos en la misma dirección, una delgada llama roja. Sin perder tiempo, los soldados recargaban sus fusiles. Humaredas blancuzcas, por encima de la hilera de hombres, permanecían suspendidas un instante en el mismo sitio, para luego elevarse, manchando la claridad del cielo.

El gran 7 parecía en calma ahora, bajo su techo nuevo, roto un poco aquí y allá, en el que la noche llameante se reflejaba como en un espejo de agua. Pero pronto la fila que lo invadía se detuvo e inició un movimiento de retroceso. La casa llena de gente vomitaba. Se elevó un sordo murmullo dominado por un grito que llegó hasta la puerta del cuartel:

—¡Está lleno! ¡Está lleno!

Amontonados, todos gritaron entonces:

—¡A muerte!

Un clamor les respondió, ¡Un clamor de rabia e impotencia concentrados! La multitud ondeaba, acuchillada por hojas brillantes; encarnizándose con el techo de la casa. Una parte de la plaza estaba desierta, la otra tenía gorgoteos de cloaca y el tumulto formaba un pesado conjunto monótono detrás de la canción seca de la fusilería.

Por la calle que huía hacia las murallas, de pronto, un rumor se agregó al de la plaza. Los artilleros acababan de enterarse del asesinato de Joliot y acudían ellos también. Sus zapatos sonaban en el pavimento. Sorprendidos por una dura aclamación, los infantes giraron la cabeza: los refuerzos desembocaban en la plaza. Una salva de mosquetones al aire, seguida por una de fusiles, fue disparada por puro placer, a manera de un apretón de manos entre uniformados, una forma de reconciliarse militarmente. Montado en pelo, un gran caballo blanco marchaba delante de la artillería. El clarín llamó otra vez a la carga; apenas si se lo oyó.

A esa altura de las cosas, por todas partes, las ventanas de las casas comenzaban a abrirse y la gente asomaba la punta de la nariz, aunque retirándola enseguida porque los soldados bromistas apuntaban hacia arriba. Poco a poco, un sentimiento de siniestra alegría se fue mezclando con el furor de la multitud aburrída de permanecer inactiva. La confraternización se expresaba por medio de grandes carcajadas o de llamados a gritos.

La necesidad de beber algo comenzaba a aguijonear a todo el mundo y las gargantas secas así lo expresaban. En una esquina de la plaza, tres oficiales muy fastidiados conversaban, lejos de sus hombres.

Entretanto, en el primer piso del 7 todavía reinaba una gran actividad. Por otra parte la casa estaba extrañamente construida: un interminable pasillo corría entre dos hileras de habitaciones, pobres piezas donde, sobre cuchetas de abeto, desde hacía una década, más de un regimiento se había aliviado de sus amores recargados y de sus borracheras. Ahora, los soldados lo demolían todo. La oleada humana había invadido todas las piezas y hormigueaba apenas iluminada por algunas velas halladas en un cajón. Los soldados arrancaban las cortinas, destrozaban los muebles, desgarraban los pobres atavíos colgados en los guardarropas, desordenaban la ropa blanca, hurgaban en los armarios, robaban el dinero y las joyas. En una suerte de gabinete llamado honoríficamente salón amarillo, porque era utilizado por los

suboficiales, Sauvageot se entregaba al vandalismo. Había abierto una ventana sobre un pequeño patio y por ella arrojaba lo que le alcanzaban sus camaradas, repitiendo infatigablemente: “Para la nobleza! ¡Para los curas!” Pero no se reía. Una música infernal subía de la planta baja, donde los menores utensilios de cocina eran arrojados contra las paredes para romperlos. El techo de la casa crujía, retumbaba como si los castigaran con enérgicos bastones. Cuando las balas chocaban en la canaleta, ésta resonaba con un ruido de gong rajado. Una lluvia de pizarra y cascotes caía sobre las cabezas de los que se encontraban en el patio, provocando blasfemias. Y como la búsqueda no había dado resultado alguno hasta ese momento, los nervios estaban cada vez más excitados. ¿Dónde diablos podía estar oculto el asesino de Joliot? ¿Habría huido con sus mujeres? La multitud exhalaba una hediondez de almacén.

De pronto, en el fondo de una habitación, una voz aterrorizada gritó:

—¡Bueno! ¡Nos están tirando!

—¿Cómo?

—Acabo de oír silbar una bala; debe estar allí en la pared.

Los camaradas se fastidieron; ¡unos verdaderos animales, los de la plaza! ¡Que montón de burros! ¡Maldición!

Como el lugar no era bueno, había que huir. Trataron de hacerlo, pero el empuje del corredor obstruía las puertas. Las piezas estaban prisioneras, Un vocerío infernal las recorrió sucesivamente. Parecía como el rugido de las fieras que, en los zoológicos, se responden de jaula en jaula.

Pero un pesado pataleo había ya invadido el segundo piso de la casa. Encarnizadamente, siguió allí la búsqueda y el pillaje; se robaba con alegría, pero tuvieron que detenerse: una puerta cerrada impedía ir más lejos.

—¿Qué pasa? —preguntaron— ¿Qué, no se avanza más?

Luego estallaron otros gritos:

—¡No empujen, desgraciados! ¡No empujen; nos ahogamos!

Verdier, apretado contra la puerta en compañía del soldado alto que no terminaba nunca se debatía como un diablo. Sus blasfemias se escuchaban sin duda abajo, en el patio.

—¡Hunde la puerta...! ¡Hunde la puerta, de una vez!

El no podía mover los brazos. Entonces:

—¡Oh, hop! ¡Oh, hop! —gritaron los soldados que estaban detrás.

—¡Oh, hop! —repetían los otros, que llegaban hasta la escalera, tratando de adelantarse.

La puerta se entreabrió. Un chirrido agrio desgarró el piso, mientras una cama se desplazaba palmo a palmo.

—¡Oh, hop! —gritaban los soldados.

Los muebles se desmoronaban.

—¡Oh, hop!

La puerta se detuvo pero, hombre a hombre, pudieron entrar. Verdier, asaltado por la duda, no lo hizo; entonces el soldado alto se inclinó y pasó bajo su nariz mientras armaba su fusil. Pero en cuanto pasó lanzó un grito. Una mujer que se hallaba de rodillas sobre una cómoda, detrás de la puerta, le había aplicado un golpe de candelero y ahora decía:

—¿Lo recibiste, bandido?

El soldado, medio aturdido, apuntó hacia ella y disparó pero, incomodado por las sillas, erró el tiro. Casi enseguida la mujer se puso de pie sobre el mármol de la cómoda. Era pequeña, de cuerpo mezquino, y tenía la melena llena de pomada. Una verdadera mujer para soldados. Un ridículo vestido de cantinera, sucio, abigarrado, demasiado corto, le daba un extravagante aspecto de pájaro exótico salpicado. Calzaba botitas de satín carmesí con botones dorados y medias negras acuchilladas de verde. Sobre una nariz en forma de hoja de cuchillo, sus ojos brillaban bajo una capa de cosmético azul.

Un triste rumor venía del pasillo. Nadie se atrevía a afrontar el peligro corrido por el soldado alto. El silencio en la pieza era realmente espantoso.

Frente a una ventana cuyas cortinas blancas parecían amarillas a causa de la aurora boreal, como si una ancha hoguera amenazara incendiarias, siete mujeres estaban sentadas en un diván tapizado con terciopelo verde, apretadas unas contra otras, horrorizadas, entre los orolepes de sus peinados y sucios atavíos. Inspiradas por un loco terror, habían prendido todas las velas de los candelabros que se hallaban sobre la chimenea. Había un ropero abierto. Sobre el papel rojo de la pieza, cruzado de oro, dos desnudos mostraban sus carnes descoloridas en medio de un desorden de sábanas.

—¡Ustedes! ¡Entren de una vez! —gritó el soldado alto a sus camaradas.

Por fin se decidieron: uno a uno fueron deslizándose en la pieza, tropezando entre los muebles dispersos.

—¡Rápido, cambiemos de fusil! —dijo de pronto el soldado alto sin darse vuelta. Su vecino le pasó su fusil. El apuntó a la morenita

que estaba sobre la cómoda. Ella lo miraba y no creía que le fuera a tirar, pero la bala partió y entonces cayó sobre una butaca, con un choque blando. Las otras, a lo largo del diván, no se lamentaron. Se apretujaron aún más, con ojos turbados por una resignación embrutecida. Ahora había una veintena de hombres, escalonados entre el desorden.

—¿Dónde está el patrón? —preguntó Verdier a las mujeres. Ellas no contestaron.

—¿Dónde está el patrón? —repitió Verdier endureciendo la voz.

—¿El patrón? —dijo una rubia gorda y despeinada, toda floja y desnuda bajo un peinador de gasa negra.

—Sí, el patrón.

—No sé —dijo ella, sacudiendo la cabeza. Sus pechos eran fofos y sus ojos sin mirada.

—¿No lo sabes? ¡Bueno, ahí tienes!

Le disparó. Y otros disparos partieron de todos lados contra el miserable grupo: lo magullaron, lo acostaron sobre el piso, en un rincón, formando un montón en el que las polleras levantadas dejaban entrever el rosa mortecino de esos cuerpos de treinta centavos.

Habían obedecido a la cruel pasión del momento, a esas ganas que fuerzan al hombre armado a hacer uso de sus armas.

Sin embargo, no todas las mujeres habían muerto. Una quedaba viva, una tan vieja y de aspecto tan respetable que hubiera podido ser la madre del mayor de esos hombres que estaban en la pieza. Había caído de rodillas y cruzaba las manos en actitud suplicante. Parecía haberse elegido un lugar, detrás de la hecatombe, para ser excluida de ella; y sollozaba con el pecho hinchado por un cloqueo ridículo. Con un golpe de bayoneta, el soldado alto la hizo caer sobre sus asentaderas. Tres veces quiso levantarse y otras tantas cayó. La sangre le corría desde el vientre hasta los tobillos, pero ella se obstinaba en vivir. Y por cuarta vez comenzaba a erguirse frente al ropero abierto cuando un nuevo golpe la abatió, obligándola a morir doblada en dos, con las piernas al aire, en una postura obscena.

Cumplida la matanza, todos quedaron boquiabiertos. Algunos hombres se contentaron con echar una lenta mirada en el granero desierto. Decididamente, el dueño de casa había desaparecido.

Una pesada embriaguez se apoderaba de esos hombres fogueados por todas las fatigas y todos los tumultos. Los fusiles temblaban en sus manos.

Hartos de inactividad, los del pasillo decidieron divertirse un poco. Se abrieron paso como mejor pudieron, y aun con riesgo de

accidentarse, perforaban los techos a balazos. Cuando caía el yeso agachaban la cabeza, tratando de protegerse, siempre riendo, entre los torbellinos de humo. La pieza de las fusiladas estaba llena; sin embargo ya se podía salir de ella. Los vapores de pólvora sobrevolaban los quepíes; un círculo de hombres rodeaba a las mártires, mirándolas con ojos excitados, empujándose hacia ellas, como niños que juegan al borde del fango.

Un extraño y alegre estrépito se elevaba del patio. Los soldados abrían las ventanas conmovidos por una celosa curiosidad: quedaron asombrados. Un centenar de sus camaradas estaban allí, borrachos como cubas, felices, incapaces de moverse, con los quepíes en la punta de sus bayonetas. Las botellas pasaban de mano en mano y de boca en boca, formando una suerte de vago remolino. El negro respiradero de la bodega dejaba escapar canciones cuarteleras. La enorme colada del cielo se habla transformado en un manto vaporoso y rojizo cruzado por murciélagos en vuelo sobresaltado. Algunas andanadas sonaban aún en la plaza, como en los últimos momentos de los fuegos artificiales, cuando los petardos se queman entre las nubes de bengala frente a la multitud atontada. Algo así como una respiración, a lo lejos, detrás del ajetreo de hombres y fusiles, daba animación a las casas. Por las calles, tropeles de civiles llegaban sin cesar, pidiendo informaciones a los soldados. Puesto que la fusilería no tenía nada que ver con una tentativa de ataque a la ciudad por parte de los prusianos, todo lo demás les daba lo mismo.

Sin embargo, no tardó en establecerse al azar un diálogo entre algunos encolerizados del patio y los soldados asomados a las ventanas del 7, los unos apoyados en los hombros de los otros, bajo una humareda que se diluía lentamente.

—Bueno ¿lo reventaron?

—¿A quién?

—Al patrón.

—¡No! Ni rastros del patrón... Desaparecido ¡Un bandido, el patrón!

—¿Y las damiselas?

—¡Ah!, esas...

De pronto, los soldados de las ventanas se interrumpieron.

—¡Fíjate! ¡Una pelea! ¡Dale! ¡Dale! ¡Bravo! ¡Bravo!

Pero enseguida las voces de apoyo cesaron pues alguien advirtió:

—¡Cuidado, un oficial!

En efecto, con la salvaguardia de sus galones, energético y robusto, el teniente que había visitado la cuadra de Joliot se había deslizado hasta la entrada de la bodega y sostenía a un borracho por las solapas, gritando:

—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Todos son unos miserables!

El soldado gruñía, sacaba la lengua, se debatía mientras unos diez hombres a su alrededor interponían sus voces.

Un poco más lejos, los borrachos seguían divirtiéndose como si nada hubiera ocurrido, en plena francachela, desgañitándose como locos. Contra la puerta de entrada, un buen mozo, sin causa visible, simplemente porque estaba borracho, gritaba como un pavo y quería incendiar la ciudad, hablaba de quemar los almacenes de forraje. Y ya tenía algunos que comenzaban a prestarle atención, cuando un disparo partió de una ventana, hirió al oficial de arriba a abajo, atravesándole el cráneo. Se lo vio aún un instante en pie, balbuceando:

—¡Puercos, ah, puercos! ¡Morir así...!

La sangre le corría por la cara; después, lentamente, se desplomó, lívido, hasta desaparecer en una marea de espaldas, junto con su suprema pena de no morir luchando contra el enemigo.

En la casa continuaban los disparos. Una atmósfera de crimen, un soplo de destrucción, hacían arder las cabezas. Los artilleros soltaron a los caballos, que recorrían la ciudad sacando chispas al pavimento, relinchando en tropillas o sueltos, o bien cruzando la plaza de armas en alocado galope. Por todas partes sonaban clarines; los trompas, agrupados frente a las rejas del cuartel, ensayaban alegre fanfarrias. Los cabarets estaban abiertos y en plena batahola. La ciudad pertenecía a los soldados; los puestos de vigilancia y las garitas habían sido abandonados, la prisión fue abierta. Expulsados por las siniestras bromas de la guarnición achispada, los habitantes de la ciudad volvían a sus lechos, preguntándose:

—¿Cómo acabará todo esto?

Estallaban todavía algunos disparos de fusil, cuando quedaba algún cartucho disponible.

Fue entonces cuando los oficiales se separaron. Se habían reunido una hora antes con el comandante de la plaza.

—¿Qué hacemos? —habían preguntado.

—Nada —había respondido el comandante—, necesitamos a los soldados.

Y en el momento de despedirse, mientras intercambiaban apretones de manos bajo la larga mancha pálida que quedaba de la aurora

boreal, frente a la consternación general, esbozó una risita sarcástica bajo sus blancos bigotes.

—¿No lo saben ustedes? —dijo— ¡Y bien! Dejemos pasar unos ocho días y ya verán quiénes serán los que lamenten el asunto de esta noche.

Esos holgazanes son más tontos que niños. Han roto su juguete.

DESPUÉS DE LA BATALLA

Por Paul Alexis

Aún continuaba la lucha, entonces ya muy lejana, sobre la otra vertiente de la meseta, a una distancia de dos leguas o de tres, a lo sumo. El día llegaba a su término sin que el cañoneo disminuyese. La neblina glacial, que se elevaba desde el fondo del valle próximo, apagaba el fragor de los estampidos.

Un soldado francés de infantería caminaba a duras penas por la principal carretera del departamento, avanzando solo y herido en el pie izquierdo. Una bala le había rozado el talón, afortunadamente sin fracturar el hueso, y había salido de la parte lesionada. Obligado el infante a quitarse el zapato, vendó la herida como pudo, rasgando un trozo de la camisa en tiras. Avanzaba con mucha lentitud, utilizando el fusil como bastón y apoyando solamente lo indispensable el pie enfermo sobre el suelo endurecido y resbaladizo, por efecto de la helada. Los trapos del apósito estaban completamente rojos y empapados en sangre, como si fueran una esponja.

No solamente era muy intenso el dolor físico, sino que por la agitación de la fisonomía, y por ciertos estremecimientos prolongados que sacudían todo el cuerpo del infante, se podía afirmar que aquél organismo delicado y débil, de complexión nerviosa, sentía excesivamente cualquier impresión agradable o desagradable, moral o física. Un pequeño tapabocas de lana muy fina aparecía arrollado en derredor del cuello. Las delicadas manos, amaratadas por el frío, y que ordinariamente eran muy blancas, sin duda alguna, presentaban grietas en los dedos, como las de un niño. Aun cuando había cumplido veintiocho años de edad, no aparentaba veinte. Su bigote estaba apuntando.

A pesar de su aspecto delicado, el joven herido no había arrojado la mochila, cuyo peso abrumaba sus débiles hombros. A trancas y a barrancas seguía, más bien que andando, saltando sobre un pie, y deteniéndose a cada dos o tres saltos, para reponer sus fuerzas. Mas llegó un momento en que, a pesar de su enérgica voluntad, le fue imposible ir más lejos. Sólo tuvo tiempo para llegar al borde del camino y acercarse a un guardacantón, a cuyo pie dejó caer la mochila, para sentarse sobre ella. La noche había cerrado ya y la niebla era más densa. Con la espalda apoyada sobre el guardacantón estuvo escuchando y no oyó nada. Ni un rumor humano, ni siquiera el lejano ladrido de algún perro, ni un chillido de búho. Era cosa de que se creyera en el fondo de

un desierto, y de un desierto tal, que no hubiese en él animal viviente. Aplicó el oído al suelo, y percibió con mucha dificultad un rumor muy lejano, que resonaba allá, en el fondo de la niebla; era que seguía retumbando el cañón.

¿Qué le importaba a él, en aquel momento, que prosiguiese o no la batalla, y que el ejército francés quedase o no quedase victorioso? Él, no obstante, era un soldado voluntario, alistado por entusiasmo patriótico. Se dedicó a asegurar de la mejor manera que le fue posible el improvisado vendaje de su herida. Luego, por lo mismo que no había tomado bocado alguno desde muchas horas antes, recordó que debía conservar un trozo de bizcocho en el bolsillo del capote, y se puso a roer melancólicamente el duro alimento. Sentía sed ardiente, y no tenía qué beber. Llevaba una calabacita en bandolera, pero estaba vacía. La destapó, a pesar de todo, y la aproximó a sus labios; una sola gota de aguardiente llegó hasta la lengua. Entonces comenzó a meditar acerca de su situación.

Ni siquiera sabía en qué sitio se hallaba. Tantas marchas y contramarchas durante quince días, es decir, desde que su destacamento se había incorporado al ejército de Chanzy y había entrado en campaña, le desorientaron por completo. Además, desde el momento en que se repuso del síncope sufrido en medio del campo de batalla, sus ideas eran confusas.

¿Cuánto tiempo había estado sin sentido? ¿Diez minutos? ¿Tres horas? ¿Un día entero? No lo sabía. Todo lo que le era dable recordar se reducía a lo siguiente: Su batallón había pasado toda una noche en un estrecho camino, que formaba hondonada, tendidos los soldados boca abajo y completamente vestidos. Se había prohibido vivaquear y basta encender una cerilla. Todo ello para no llamar la atención de las avanzadas bávaras, a quienes se trataba de sorprender. Poco antes de apuntar la aurora llegó una batería de seis cañones al camino de la hondonada, y el batallón del herido se alejó 1.500 metros. Entonces hizo alto durante breves minutos detrás de una cortina de álamos; después, un centenar de camaradas y él tuvieron que avanzar en concepto de tiradores contra una larga cerca aspillerada por los alemanes. Hubiera sido facilísimo arrasar la pared con unos cuantos cañonazos; mas, probablemente, sin órdenes superiores no debía empezar combate la batería del camino de la hondonada.

Necesario fue, por lo tanto, adelantar brutalmente, a pecho descubierto, contra un muro aspillerado ¡Cómo le latía el corazón! ¡El primer encuentro! Había llegado el momento, aguardado. Con impaciencia durante cuatro meses mortales, que gastó en los campos de

maniobras, mal equipado, mal alimentado, mandado torpemente y fatigado por enojosos ejercicios. Aún no clareaba el día. No se oía un disparo de fusil. No se veía un centinela enemigo. ¡Quién sabe! Tal vez iban a sorprender. una vez a los que nos habían sorprendido tantas. ¿No se contaban acaso maravillas del joven General en jefe? ¿No sería, por Ventura, aquella helada aurora la aurora de un gran triunfo? El no sentiría miedo, cumpliría su deber como los demás. ¿Y si tuviera miedo, a pesar de todo? Esta importuna y humillante duda le imprimía al andar un temblor nervioso También sentía en aquel momento, impaciencia, un deseo furioso de que no se hiciese esperar mucho tiempo aquella primera descarga, que habría de revelar su valor, que le obligara a caer sin sentido, acobardado y nervioso, o que lo había de transfigurar con la sobreexcitación del héroe. Habían llegado entonces a 40 metros de la pared aspillerada. ¿Qué aguardaban para tirar los hijos de aquel pueblo flemático y parsimonioso? Sentía casi tentación de gritarles: «¡Haced fuego, pardiez! ¡Imbéciles!» Al menor pretexto hubiera disparado él su chassepot al aire, con tal de llamarles la atención. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, le dejó aturdido un ruido ensordecedor, y él mismo hizo fuego al azar, en medio de la humareda; después se tendió instintivamente boca abajo.

A partir de ese instante, sus recuerdos se confundían y se reducían a vaguedades. Había proseguido el provocador estruendo de las detonaciones. Entre la humareda, más densa cada vez, silbaban las balas, en ocasiones muy cerca de su oreja, y después se hundían en la tierra, destrozando las remolachas, como los granizos impulsados por un viento huracanado. Lo único que sabía era que los otros eran tiradores, camaradas suyos, estaban tendidos como él, sanos y salvos o muertos. Lo que en medio de las brumas de su memoria distinguía aún, y esto de una manera clara entonces, era el espantoso e inolvidable cambio repentino del rostro de un soldado negro, situado a cuatro pasos de él, rostro que instantáneamente y durante un minuto se había vuelto horriblemente blanco, mientras la masa cerebral se escapaba, fluyendo fuera del cráneo, cuya tapa había sido levantada, y mientras cubría la ensortijada cabellera. Entonces él, manteniéndose al lado del cadáver, se había encogido sin hacer movimiento alguno, esforzándose por cubrir su cráneo con la culata del chassepot. De lo que después ocurrió, sólo conservaba vagas reminiscencias: la especie de latigazo que creyó haber recibido en el talón, la pérdida de sangre, cierto entumecimiento en toda la pierna izquierda, la sensación experimentada en el pie, como si éste hubiera sido bañado por un líquido cálido en un principio y helado después, todo se confundía en su imaginación, co-

mo las embrolladas apariciones de una pesadilla. No tenía certidumbre de haber intentado en un momento ponerse en pie y de haber caído al suelo nuevamente. También le parecía posible haber sentido una conmoción del suelo, sacudido por la caballería, haber visto cascos de los caballos que agitaban el aire junto a su mismo rostro, y tal vez habría pasado todo un escuadrón por encima de su cuerpo. Esas cosas, y probablemente otras, también pudieron ocurrir más allá del velo negro que había caído sobre sus ojos y le había envuelto con el ambiente del no ser. Por último, acababa de despertar y verse solo en medio de la helada niebla, al caer la noche y en la inmensidad de la campiña, que había quedado repentinamente desierta y silenciosa.

Temblaba de frío y de miedo. Una tentativa para levantarse, sólo dio por resultado un agudo dolor en el pie izquierdo. Al caer quedó sentado sobre la mochila y se apoyó nuevamente con el codo sobre el guardacantón, sintiéndose desalentado y muy débil. Si llegaban a transcurrir algunos instantes sin que nadie le socorriera, volvería a perder el conocimiento. Sólo le quedaba una esperanza; que una persona cualquiera, francés o prusiano, amigo o enemigo, pasara pronto por la carretera. Prestabas oído atento, y ¡nada!

Entonces, poniendo a contribución toda la escasa fuerza que le quedaba y con voz trabajosa y doliente, exclamó:

—¡Socorro! ¡Que venga alguien, por favor! ¡Alguien, socorro!

Descansó un momento y repitió sus clamores varias veces, y entre llamamiento y llamamiento se ponía a escuchar. ¡Nadie! Un silencio aterrador! En aquellos instantes las lágrimas inundaron sus ojos, lágrimas abundantes, que corrieron luego silenciosamente por sus mejillas de niño.

De pronto, como si se le hubiera ocurrido un supremo recurso en que no había pensado aún, cesaron de fluir sus lágrimas. Se puso a persignarse; sus labios se agitaban y murmuraban por lo bajo algunas frases, oraciones y oraciones fervorosas. Pero esas oraciones estaban en latín.

Durante mucho tiempo estuvo rezando de esa suerte, con las manos juntas y moviendo por costumbre el pulgar y el Índice de la mano derecha, como si sus dedos hubieran estado pasando las cuentas de su rosario. De vez en cuando besaba con devoción un escapulario y una medallita pendientes de su cuello y sujetos a él con un cordón negro, que acababa de sacar de entre las ropas. El quepis, de que se había despojado por respeto, yacía en tierra. En la parte alta del occipucio blanqueaba una mancha circular, en la cual se veía la carne, por

no haber brotado nuevamente los cabellos; quien de esa suerte imploraba la ayuda del cielo, había sido tonsurado.

Entonces llegó a sus oídos un lejano rumor de ruedas. ¡Gran Dios! ¿Han sido oídas milagrosamente mis súplicas? Desfallecido con la esperanza, se inclinó hacia el lado de donde procedía el ruido. No cabía duda; era el rodar de un carruaje. Se oía ya distintamente el chirriar de los ejes y los golpes de los cascotes de caballo. Mas nada se veía aún. ¡Con tal de que llegara el vehículo por la carretera, en cuyo borde se hallaba él sentado!, pensaba el herido. Hubo un momento en que no percibió rumor alguno, y se estremeció todo su cuerpo. ¡Habría llegado el carruaje a su destino y no avanzaría ya! ¿Se alejaría acaso por algún camino transversal? Una tras otra, se santiguó cuatro o cinco veces; esta vez de puro cobarde. ¿Qué hacer en tal situación? Dar voces, pero ¿sería esto prudente? Los gritos podían asustar al conductor y decidirle a tomar otra dirección. Después oyó nuevamente el ruido. El caballo avanzaba por el camino al trote y pasaría pronto por delante del herido. ¡Si no se detuviera en aquel instante, si diera un latigazo al caballo por contestación a los gemidos del estropeado!

—No, pensaba éste; me tenderé de través. Prefiero que pasen entonces las ruedas sobre mi cuerpo.

Y la desesperación le comunicó fuerzas para arrastrarse hasta la parte media del camino. Un carromato grande, de cuatro ruedas, cubierto con una tela embreada y tendida sobre tres aros de madera, se acercaba a él a trote corto y sólo distaba ya algunos pasos. El herido, rendido y sin alientos, quiso llamar y únicamente logró emitir algunos sonidos inarticulados. El carruaje no llevaba farol encendido y aquél podía ser aplastado. Por fortuna el caballo se espantó, se detuvo de golpe y aun retrocedió algunos pasos.

—¿Quién va?—gritó una voz de mujer.

Y se oyó el ruido de un revólver, al ser amartillado.

—¡Socorro! ¡Piedad! ¡Estoy herido!

No pudo decir una palabra más. Se cerraron sus ojos, y su cabeza volvió a caer sobre el helado lodo del camino.

Cuando, transcurridos algunos instantes, volvió a abrir los ojos, le deslumbró una viva claridad. La mujer acababa de encender una linterna, y desde el extremo del carromato, inclinada hacia el herido, le estaba contemplando.

—¿Quién sois? — repitió. — ¿Qué hacéis ahí, en medio del camino?

Su voz sonora y musical, algo baja, ahogada por la violenta emoción que la mujer trataba de disimular, revelaba que ésta era muy

joven. Bien abrigada contra el frío, envuelta en una enorme pelliza de color oscuro y propia de una campesina, pelliza bajo la cual debía llevar otro abrigo, se había echado el capuchón sobre la cabeza. No dejaba ver parte alguna del rostro y su mano derecha no abandonaba el revólver, completamente montado. Sentía desconfianza y la entraban tentaciones de apagar la linterna de golpe, y obligar al caballo a dar un rodeo, a fin de no aplastar aquella larva humana que gemía y obstruía el camino, y alejarse rápidamente. Mas esto hubiera sido huir, sentir miedo con el pretexto de ser prudente, y acobardarse.

Con fingida distracción e indiferencia seguía preguntando al joven, cuánto tiempo haría que estaba herido y dónde sentía el dolor. Al oír las contestaciones del otro, sostenía ella en su interior una batalla. De repente se volvió hacia la trasera del vehículo, y la mirada que dirigió al interior, bajo el toldo tendido sobre los aros; una de esas miradas, con las cuales se consulta ordinariamente a una persona, la inspiró una resolución al parecer.

La joven viajaba sin compañía.

—Aguardad—dijo—voy a bajar.

A pesar de su gran debilidad, el herido se dio exacta cuenta de todo esto. La joven, al aproximarse a él, seguía temblando nerviosamente. Había conservado en la mano la linterna. Con la otra, presentó al joven una botella destapada. Era de ron. Él bebió con avidez.

—Gracias —dijo.—Me siento ya mejor.

Ella le alargó la botella otra vez.

—Tomad, tomad más...

La mujer se inclinó hacia el herido, y el capuchón dejó la cabeza al descubierto. Le pareció maravillosamente hermosa. No se cansaba de beber; se sentía turbado, y la joven perdió la paciencia.

—Vamos pronto — exclamó — no tengo tiempo...

Entonces la miró él intranquilo.

—Guardad la botella. También tengo pan y os lo entregaré enseguida. Y ahora procurad apartaros del medio del camino; os daré la manta del caballo y podréis aguardar hasta que amanezca.

Decía todas estas frases en tono seco, cortado e imperativo, como si no admitiese réplica. Así manda una dama de alta clase a sus criados. Él se sentía humillado, cual si hubiera recibido una limosna. Con el corazón inundado de gratitud hacia la mujer que le socorría, hubiera deseado besar su mano, y sin embargo, le entraban deseos de llorar.

Con el rubor en el rostro, confortado por el ron y aguijado por la vergüenza sobre todo, se puso en pie. Había quedado el saco en tierra. La mujer le recogió y le llevó hasta el guardacantón próximo.

—Por lo menos ahí—dijo—no os expondréis a ser aplastado.

Entonces levantó la linterna. El infeliz avanzó cojeando y ella no se atrevió a decirle: daos prisa. Hasta dio algunos pasos para salirme al encuentro, siguiendo con la linterna en alto. Sus miradas se encontraron con las del herido y reparó en que éste tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. También observó que era muy joven. Comenzó a surgir en ella la simpatía y le dirigió nuevas preguntas:

—¿Cómo os llamáis?

—Gabriel... Gabriel Marty.

—¿De dónde sois?

—De Vitri.

—¡Cómo! ¡De Vitri!—¡Y ella de Rennes! Bretón, lo mismo que ella, casi un compatriota. Le miró con mayor atención. La distinción de aquel rostro macilento y marcado por el dolor, impresionó a la joven. Volvió la vista hacia el carruaje otra vez. Nuevamente sostenía una lucha interior. En circunstancias ordinarias habría transportado al mozo a cualquier punto, hasta una ambulancia o hasta el primer mesón.

—¡No puedo, no puedo!—murmuraba.

Al pronunciar el no puedo, se contristó, a juzgar por el tono de su voz. Debía hallarse bajo el peso de una profunda pena. Y Gabriel Marty, olvidada por un momento su angustia personal, contenía la respiración.

—Vos mismo os vais a convencer de que me es imposible.

Se aproximó a la trasera del vehículo; levantó bruscamente un extremo de la tela embreada y dijo:

—¡Mirad!

A la luz del farol se vio una caja de madera sin barnizar, cubierta con una tela negra.

—Ahí está el cadáver del barón de Plémoran, antiguo zuavo pontificio, que murió en el campo de batalla.

Se vio obligada a guardar silencio durante algunos segundos, como para recobrar la voz y agregó:

—Era mi marido... Le he encerrado esta mañana en el féretro. Se estaba dando una batalla y nadie quería transportarle. Entonces compré a un labriego este caballo y este carro...

No sabiendo qué decir, Gabriel Marty se quitó el kepis, cayó de rodillas, hizo la señal de la cruz y se puso a rezar.

Un cuarto de hora después el carromato avanzaba por la carretera arrastrado por el caballo, que caminaba a trote corto. La viuda del Barón conducía el carruaje, y detrás de ella el joven soldado, tendido en el vehículo sobre un poco de paja, dormía ya profundamente al lado del féretro.

El caballo era un animal de labor, pesado pero fuerte. Para que no abandonase el trote, la joven le fustigaba a cada momento. La carretera, destrozada y casi destruida por las idas y venidas de varios cuerpos de ejército, iba siendo más penosa a medida que avanzaban. La joven salvaba los riesgos por su cuenta, porque había montado mucho a caballo.

Serían las nueve de la noche, poco más o menos. Apareció ante los viajeros una subida muy pendiente y larga. No era cosa de marchar al trote ya. La mujer abandonó el látigo, aflojó las riendas y dejó que el caballo caminase a su gusto. Entonces se entregó ella por completo a sus meditaciones.

Sin saber por qué, se había tranquilizado mucho. Su cuerpo no experimentaba ya aquel fatigoso temblor nervioso que una hora antes la agitaba a pesar suyo. Después pensó que tal vez debía la tranquilidad de aquel momento a la presencia del herido. ¿Por ventura no hay instantes en que la compañía de un niño con andadores y aun la de un animal basta para alentarnos? ¡Quién sabe! Acaso al siguiente día cortasen la pierna al mozo. Tal vez a las veinticuatro horas estaría muerto como el barón de Plémoran. Pues bien, en tal estado le necesitaba ella. Si hubiese estado útil, bien sano, bien armado y dispuesto a prestarla ayuda, no habría querido nada con él. ¿Por qué? Porque entonces, cuando había hecho algo más que ser heroica, no se avenía a que la minasen su heroísmo.

Así, tenía resuelto su plan. En tanto que no chistase el joven; en tanto que no fuese molesto, le conduciría, hasta que, llegado el día, pudiera dejarle en una posada o en cualquier granja hospitalaria. Hasta entregaría dinero para que no le faltase nada al desventurado y fuese cuidado de una manera conveniente.

Después continuaría ella el viaje hasta llegar a la próxima estación del ferrocarril. Si estuviese cortada la vía, seguiría avanzando más allá. Aun cuando tuviese que recorrer cien kilómetros sola y por medio de aquella comarca, donde se estaban batiendo hacía quince días varios cuerpos de ejército, acabaría seguramente por encontrar un tren que la condujese a ella y a los restos de su marido a la baja Bretaña, a Plémoran.

Después de todo ¿qué tenía ella que temer? La generalidad respeta a los muertos. Si los azares de su fúnebre viaje la obligaban a cruzar entre un destacamento armado, lo peor que pudiera suceder era que fuese registrado el carruaje. Alemanes y franceses, soldados regulares, hulanos o francotiradores, se descubrirían ante el féretro y la dejarían paso libre, presentándole las armas. No habrá, en suma, otro peligro que el de tropezar con merodeadores aislados, con rezagados desertores o campesinos codiciosos. Había oído hablar de esa hez de malhechores que van arrastrando tras sí los ejércitos en campaña, de esos cuervos humanos que al siguiente día de un encuentro se arrojan sobre el campo de batalla para despojar a los cadáveres, y que rematan a los heridos a fin de registrarlos con mayor holgura. Contra tales cobardes, cualquiera que fuese su nacionalidad, tenía ella un revolver. Al pensar esto metió la mano derecha en el bolsillo de la pelliza para palpar el arma. Esta continuaba allí, y ella se tranquilizó mucho.

Luego cambió el curso de sus ideas. No era ella ya quien caminaba así sola, de noche, por las carreteras, sino otra mujer, una mujer extraordinaria, que ella vio algunas veces en sueños y que tenía un modo de vivir que ella no conoció jamás. Y lo increíble de la aventura, lo inverosímil de aquella realidad la obligaba a reír en algunos momentos con una risa interior.

¿ No se la había aparecido aquella mujer extraordinaria, siendo ella niña, en las ochenta estancias destartaladas del castillo de Plémoran? Su mismo tío, el anciano Marqués, de taciturno carácter, a pesar de su edad, pasaba a veces tres días consecutivos cazando y tres meses enteros sin dirigir la palabra. Su tía, de estatura desmesuradamente elevada, seca, angulosa, fea y mal vestida, cuando no estaba rezando en la capilla del fondo del parque, la obligaba a recitar el Catecismo y la aterraba con los suplicios de la condenación eterna, o la explicaba fórmulas para conservar las manzanas. Su primo hermano, con quince años de edad más que ella, el Sr. Trivulce, tan malo como la sarna y tan egoísta como un hijo único, aun cuando casado ya con la señorita Edith, se cuidaba de ella lo mismo que de esas pobres harapientas, a quienes ahuyentaba a pedradas cuando notaba que estaban recogiendo algunas ramas de leña muerta. Una de las grandes distracciones del Sr. Trivulce durante las horas de recreo, que le consentía su preceptor el abate, ¿no se reducía acaso a dar empujones, a pellizcar o a abofetear a la que había de ser su mujer? Tal vez la hubiese inutilizado para toda su vida sin la protección de la nodriza, la suya, una excelente bretona nacida en Phítnoran y que no sabía leer ni escribir, una imaginación candorosamente poética que la refería todo género de leyendas.

De esas leyendas, recogidas en la edad infantil; de los retratos de familias, algunos de ellos negros con el polvo de varios siglos, y todos colgados en las inmensas galerías; de las viejas tapicerías señoriales, gastadas hasta verse la trama del tejido, de la misma atmósfera sombría y rancia de aquella poco recreativa morada, había salido la señorita Edith, una criatura ideal. Obligada a vivir en interior recogimiento, llevada a soñar por la influencia de la misma comarca, de aquel cielo cubierto de extensos bosques, de aquel sordo golpear del Océano, que martilleaba el acantilado no lejos del castillo, y de aquel viento que penetraba por las entornadas vidrieras mal unidas y que mugía a través de los interminables corredores, la joven hubiera muerto sin esa compañera invisible, que al parecer crecía y se transformaba al mismo tiempo que ella.

Por lo pronto, durante su infancia, ajena a toda clase de juegos, se había distraído mucho con aquella hermanita soñada. Después, a los catorce años, cuando se ocultaba tiempo para leer libros de caballería robados en la biblioteca, la hermanita de los sueños se transformó en una hermosa y heroica castellana, que inspiraba nobles pasiones, y era amada con cariño puro por caballeros que caían mortalmente heridos besando un mechón de los cabellos de la dama. La belleza de la hermosa y heroica castellana estaba constituida por cien y cien diversos rasgos tomados de todas las Plémoran de varios siglos, cuyas imágenes pendían de los muros de la galería de retratos.

La elegancia y esbeltez de su talle procedía de la hierática rigidez de cierta contemporánea de Felipe Augusto; tenía ojos grandes, circundados de barniz como los de la dama que dio golpe en la corte de Luis XIII, y la tez, de azucena y rosa, realzada por un lunar postizo como los que estaban de moda en tiempos de la Regencia, la cabeza noblemente erguida de otra Plémoran y la nariz ligeramente arqueada de toda la serie, y por último, el hermoso cuello de cisne do la última retratada, cuello segado implacablemente cierto día por la cuchilla del doctor Guillotin. Desde los catorce hasta los diecinueve años, continuó soñando así. ¡Que vida tan deliciosa!

Trivulce, terminada su educación, vivía a. su capricho en París, aguardando la hora de celebrar la ya concertada boda con su prima hermana. El Marqués, con parálisis en las piernas, no se movía de su gran sillón; hablaba poco, y no aceptaba otros cuidados ni más compañía que la de un antiguo criado, septuagenario ya. Su tía, además de dedicarse a sus rezos en la capilla, criaba cotorras y perritos. Por entonces, la joven gozaba la más amplia libertad. ¡Cuántas correrías a caballo por las profundidades del bosque y por acantilados, acompa-

ñada únicamente por dos guardas del monte, que la seguían desde lejos! También tenía verdadera pasión por la lectura. Principalmente de noche, cuando hacía mucho tiempo que todos dormían en el castillo, se sepultaba en el amplio lecho de colgaduras, colocando la lámpara sobre la mesita. Inútil era que el viento zumbase por las hendiduras de las puertas con gemidos de alma del purgatorio: las horas transcurrían agradable y rápidamente, y la inmovilidad del cuerpo contribuía a que el pensamiento volase mejor a sus anchas, ¡Soledad viviente y fecunda, poblada de visiones intensas! Cuántas veces al apagar la luz había tenido que correr los pesados cortinajes del lecho, a fin de no ver la del naciente día! Verdad es que en tales casos no abría los ojos hasta que no sonaba la campanilla que llamaba a almorzar; y la joven llegaba con retraso, con los ojos fatigados y el rostro muy pálido. Mas la tía, que nunca había acabado de atusar a los perros a tal hora, bajaba más tarde aún. Andando el tiempo, todos los libros de la biblioteca pasaron por las manos de la joven.

En un viejo Robinson Crusoe, del cual faltaban algunas páginas, hizo palpar el corazón de la joven el pie de imprenta de «Vendredi.» Había leído dos veces todas las obras de Walter Scott, una interminable historia de las Cruzadas, y novelas de la Edad Media; después leyó relatos de viajes maravillosos y la Conquista de Méjico Hernán Cortés. Atala, René y Los Natchez habían envuelto su espíritu en una nube de poesía, en medio de la cual apareció súbitamente un rayo de luz: la lectura de un volumen suelto de la Comedia humana. Luego se lanzó sobre el teatro. ¡No comprendió nada de Shakespeare, traducido por Ducis! ¡Racine la produjo fastidio, más descubrió fuentes de emoción en Corneille; Molière la hizo reír con entusiasmo en una edad en que, por no conocer nada de la vida, no comprendió el cruel sentido oculto de risas tales. También devoró a Diderot sin asimilársele; los cien volúmenes de las obras completas de Voltaire, dos libros de química y de historia natural y el Diccionario filosófico. Cierta día, en que abrumada por libros que no estaban a su alcance, cuando nada tenía ya que leer y estaba nuevamente abrasada de curiosidad, revolvía la biblioteca de arriba abajo, la casualidad la reveló la existencia de un secreto. La bastó oprimir un botón imperceptible que simulaba un nudo natural de la madera; osciló una tabla y dejó al descubierto una cavidad oculta. Había dado la joven con una veintena de libros pornográficos.

El que abrió al azar, una novela del marqués de Sade, nada la reveló, ¡tal era entonces la inocencia de la joven! Hojeó otros varios sin comprender una palabra. Después abrió el titulado Gamiani, escri-

to por el marqués Alcides de T., y que tenía grabados. Al ver tales grabados, se puso repentinamente roja como una amapola. Sintió correr por la espina dorsal un súbito fuego y se volvió para entrar hacia la puerta, inquieta e indecisa.

Una criada, terminado el arreglo de las habitaciones de su cargo, estaba barriendo en la galería que había delante de la biblioteca. La tía iba a pasar para dirigirse a la capilla. ¡Podía entrar alguna! Entonces, Cerrando precipitadamente el escondrijo, Edith se fue a refugiarse en el extremo del parque, en el fondo de un espeso bosquecillo, a donde nadie más que ella iba desde hacía diez años. Allí, segura de no ser molestada, al pie de un antiguo fauno de piedra mutilado ya, que estrechaba una ninfa sin brazos, la joven miró los grabados otra vez. Luego abrió otro volumen Daphnís y Cloe. Devoró éste desde el principio hasta el fin sin saltar un renglón. ¡Qué tarde tan memorable! Hacía tres semanas que la joven había cumplido diecinueve años. Era el mes de junio. Se sentía calor. En derredor de ella, en lo más recóndito de las arboledas se percibían suaves frotos de alas y ruidos de invisibles carreras. A veces interrumpía la lectura con las mejillas ardiendo, la frente bañada de sudor y falta ella de aliento. Dos mariposas blancas revoloteaban lentamente una en derredor de otra y después acabaron por formar una sola mariposa blanca.

Por la tarde la joven no comió en la mesa.

Desde entonces, durante dos largos años, desde los diecinueve a los veintiuno, se sintió muy cambiada. ¿Adónde se había retirado aquella hermana de sus sueños, aquella criatura imaginaria que siendo ella niña había compartido sus juegos, y que luego había ido creciendo a la par de ella, y que había ido hermoseándose con las bellezas repartidas entre una estirpe entera y con las deliciosas reminiscencias de las propias lecturas? ¿Habría vuelto al no ser? ¿Acaso, detenida en lejanos sitios por una potencia superior, gemía secretamente, con el corazón henchido y los ojos anegados de lágrimas eternas? Porque no era posible que la inmaculada aparición, la simpática compañera de los años de castidad, se hubiese trocado en un ser bestial. Y ciertamente era una bestia quien había inquietado a la joven día y noche durante los dos años aquellos; una bestia desenfrenada e impúdica, que arrasaba inmundas voluptuosidades y aspiraba a una saciedad inasequible. ¡Ni un momento de descanso! Lo mismo durante el día, en medio del solemne fastidio del antiguo castillo señorial, que durante las noches, aquellas noches de ardor en que la aurora acababa por sorprenderla sin haber pegado los ojos. Cuando la primavera hacía palpar el campo con un estremecimiento de vida, la joven salía de madrugada a

caballo o a pie, siempre con la idea fija, siempre con la esperanza vaga de tranquilizarse en medio de la general agitación amorosa de los seres.

Pero regresaba al castillo exasperada y en un estado de ánimo que inspiraba compasión; subía sin detenerse a su estancia, se encerraba en ella con llave, se despojaba de su traje o de su amazona, desabrochaba el corsé y se arrojaba boca abajo sobre el lecho, sofocada y tendiendo en el vacío los brazos abiertos a un ser desconocido, para retorcerlos después con desesperación, conteniendo los roncros gritos de llamada. ¿Acaso no había visto en el camino real, y en un carruaje de vagabundos, a una muchacha de su edad, de cabellos encrespados y completamente desceñida, que iba durmiendo abrazada a la cintura del hombre que conducía el vehículo? A través de un seto había oído además los apagados gritos de una campesina, arrojada por un mozo de labranza sobre la recién segada hierba y que solamente oponía resistencia al gañán, que levantaba las sayas con las palabras: ¡acaba, Pedro, que doy voces! ¡qué me enfado! poco ruidosas por cierto. En su misma presencia la moza de la granja había ayudado al toro a cubrir una vaca. Sobre una rama se habían emparejado dos abejarucos. Y ella no era la hembra del abejaruco, ni la vaca, ni la campesina, ni la vagabunda. Hasta las emanaciones de las flores primaverales envenenaban el ambiente con un excitante perfume de amor.

Había enflaquecido mucho y circundaba sus ojos un gran círculo azulado; acabó por enfermar. Un médico de la ciudad, a quien se acudió, le prescribió el hierro. La tía mandaba encender cirios en la capilla. La nodriza, que no sabía leer ni escribir, murmuraba, entre dientes: convendría casarla.

Después quedó destruida a su vez la cínica bestia que la había hostigado durante aquellos años de malestar. Desde el día en que contrajo matrimonio con Trivulce, que regresó de París para ese objeto, todo murió en ella. Solamente por la forma en que depositó sobre su frente el primer beso de desposado aquél a quien al cabo de cinco años volvía ella a ver, se sintió abrumada por inmensa desesperación. Con todo, se consumó el matrimonio, sin que Edith se atreviese a proferir una queja, a abrir el corazón a su tío o a su tía y a arriesgar la manifestación de un reparo. En la iglesia de Plémoran, cuando ostentaba el velo de desposada, en el momento de convertirse en mujer de aquel primo que la maltrató desde su niñez y que continuó siendo tirano y necio, experimentó una impresión de ahogo en la garganta. La faltó de repente aire para respirar, como si hubiese caído en un foso y hubiese oído que ajustaban una lápida sepulcral sobre su cabeza.

Al fin, pasados quince meses había penetrado un poco de aire y de luz por una inesperada hendidura en aquella asfixiante fosa del matrimonio. Habiendo estallado la guerra, después de nuestras primeras derrotas Trivulce volvió un día de la casa de un vecino, el Señor de Kérazel, diciendo: ¡Grandes novedades! Vosotros no sabéis una palabra: Cathelineau está alistando y armando voluntarios. Kérazel es uno de ellos. También lo son de la Ferté y de Kéralu y de Quiberon... Ella le, contempló con mayor interés que ordinariamente. Yo parto mañana, agregó él con sencillez. ¡Gracias a Dios! Ya veía un Plémoran, ella, que era de la familia. Le tendió la mano con una amabilidad que no le había manifestado nunca. Al día siguiente emprendió el hombre la marcha. La noche en que hemos conocido a la joven, ésta le conducía muerto ya, tendido en aquel féretro de madera sin barnizar. Edith volvió nuevamente la cabeza hasta la trasera del vehículo.

Habían pasado la penosa cuesta y la joven fustigó el caballo. Al avanzar con mayor rapidez, el carruaje daba grandes saltos, en cuanto las ruedas tropezaban con alguna piedra. A veces la piedra era muy alta y todo el vehículo sonaba produciendo un chirrido de dislocación. A cada movimiento de esa especie, Edith sentía maquinalmente la tentación de volver la cabeza, para asegurarse de que la tartana contenía su carga lúgubre.

Entonces casi creía que había amado al Barón. No recordaba ya la infernal malicia con que, durante las horas de recreo, el Señor Trivulce tomaba en ella venganza del enojo de haber tenido que traducir a Plutarco y haber estado paseando con el abate por el centro del jardín de las raíces griegas. Olvidaba que su marido contaba quince años de edad más que ella, el profundo egoísmo del hijo único, la vulgaridad de una alma baja, la indiferencia y el hastío de los que fue vividor por algunos momentos en París y que no se consolaba de haber sido recluido en su provincia por la escasez de su fortuna. Aquel triste personaje, de detestable carácter, había cumplido su deber alistándose y había muerto en el campo de batalla, como debe morir un Plémoran. La joven sólo pensaba en esa acción meritoria. Lo demás, no tenía realidad alguna. Hay más: ella, que había nacido también Plémoran, pensaba que este apellido acababa de extinguirse para siempre, puesto que no existía otra rama y ella no tenía hijo alguno. No estaba, por lo tanto, muy ajena de creerse desgraciada en sumo grado. Si no la hubiese sostenido la idea de que cumplía un alto deber y de que tenía a su vez la obligación de mostrarse digna de su stirpe, acaso, y gracias a la intervención de los nervios, se hubiera echado a llorar con sinceridad completa. De repente, a pesar suyo, se estremeció Edith. Un

prolongado suspiro y el ruido de un cuerpo que se revolvía, sonaron a sus espaldas. Acababa de moverse Gabriel Marty, de quien se había olvidado la joven por completo.

Se había vuelto sobre el costado izquierdo, apoyando en el féretro la espalda y los pies. En aquella nueva postura roncaba con mucha fuerza, como una persona rendida de fatiga. Y ese ronquido sacó de sus casillas a la señora de Plémoran.

Aquellos ronquidos la impedían seguir el hilo de sus meditaciones. En aquel momento lamentaba haberse hecho cargo del herido. Solamente había atendido a un movimiento de compasión y resuelto con sobrada premura. Las personas que en el primer momento se dejan llevar por el corazón, deben desconfiar del movimiento inicial de la voluntad. La joven tardaba mucho en reflexionar. Si llegase a encontrar a los prusianos, la presencia de aquel soldado francés, con su uniforme y armado de fusil en el vehículo, podría serla muy perjudicial. Así, en la primera habitación que encontrase se desembarazaría del herido, y aun si llegara a cruzarse con cualquier carruaje en el camino, entablaría gestiones para alejarle enseguida, entregando dinero. Entre tanto, aun cuando la carretera se elevaba otra vez por una cuesta, la joven molía a golpes al caballo, para obligarle a galopar y con objeto de que el ruido de las ruedas no permitiera oír aquel roncar que la irritaba.

A las doce y media de la noche despertó Gabriel Marty.

Se sentía mejorado. Las pocas gotas de ron que había deglutido y cuatro o cinco horas de profundo sueño, le habían devuelto parte de sus fuerzas. La herida del pie cuya inflamación había desaparecido con el reposo, no le hacía sufrir tanto.

Apenas fue amargada la impresión de bienestar por el recuerdo de que estaba echado al lado de un cadáver. Por lo demás, ¿qué le importaba que hubiera un hombre muerto detrás de aquella tabla? Ni siquiera herían sus miradas los paños negros, puesto que habían acabado por caerse entre el féretro y el fondo del carronato. ¡El no había visto nunca a aquel hombre! Además, desde algunos días antes la muerte era una cosa ordinaria en derredor suyo, y la de otra persona nos deja impasibles y aun nos inspira una involuntaria satisfacción egoísta, cuando se piensa en que podía haber sido uno mismo la víctima. Hizo, sin embargo, la señal de la cruz, agitó un poco los labios murmurando el *De profundis* en voz muy baja, y luego, después de sacar de entre la casaca el escapulario, le besó con recogimiento. Entonces volvió la espalda a la Señora de Plémoran.

La joven, por su parte, no se había dado cuenta de nada. Sentada sobre el banco en la delantera del carruaje, seguía ejerciendo de conductor. Le hubiera bastado al herido extender el brazo para tocarla, pero la noche era tan oscura que sólo confusamente distinguía la silueta. De vez en cuando una fuerte tos la agitaba sobre la pelliza; estaba acatarrada.—¡Con tal de que esta admirable y animosa joven no atrape una enfermedad! —pensaba él. Si hubiera sido bastante atrevido, él, que había recobrado el calor, se habría despojado de su capote para tenderle sobre los pies de la joven y hubiera colocado en derredor del cuello de ésta el tapabocas de lana. Después comenzó a divagar el pensamiento de Gabriel. Acabaron por juntarse sus largas pestañas y cayó en un estado de somnolencia.

Se sentía sumido en grato bienestar; invadía una felicidad desconocida todo su ser y se entregaba a ella. Todo ello dimanaba de la presencia de aquella joven, cuyas facciones sólo había entrevisto durante un momento. ¡Le había salvado la vida! En una efusión de gratitud, el alma del joven se lanzaba constantemente hacia ella. Y comprendía que la mujer estaba junto a él, al alcance de la mano; con levísimo movimiento había podido estrechar la cintura de la joven.

Hasta le asaltaba una tentación; la de extender disimuladamente un brazo sobre la paja, dirigir silenciosamente la mano al mismo borde de los vestidos y tocarlos con las puntas de los dedos. Sabía que tal contacto le causaría la voluptuosidad de una caricia. Él sentía sed de tal voluptuosidad. Mas, con el sopor de la somnolencia, el brazo no estaba dispuesto a satisfacer el deseo inmediatamente, y el abate Marty tuvo tiempo para acordarse de que era sacerdote.

¡Le estaba vedada la mujer! ¡No podía tocarla, ni aun con el pensamiento! Hasta entonces le había preservado de su contacto un terror santo y misterioso.

Mas no había sido sacerdote siempre. Precisamente retrocediendo a sus más lejanos años, recordaba que la mujer había sido la precoz, intuitiva y única preocupación de su existencia.

Siendo todavía niño, y hallándose en Vitri, cuando salía de vísperas con su piadosa madre, bajo los olmos seculares de la plaza y cerca de la gótica basílica, se acercaba una anciana amiga, constantemente acompañada de una hija, una moza alta y robusta, de veinticinco años, que no hallaba manera de casarse, y ésta se inclinaba siempre para besar a Gabrielito. Y Gabrielito se mantenía un minuto muy cabal colgado del cuello de la hermosa muchacha, comiéndola el color de las mejillas y estrechándola con sus piernas de gatito lascivo.

Su padre era escribano de la curia. Criado en el despacho del escribano, entre las notificaciones de juicios, protestas, embargos y legajos de papel sellado y amarillento, de los cuales se exhalaba el olor del polvo, de las cosas encerradas y de las enmohecidas, rociado con el perfume repugnante de los autos, Gabriel había pasado la niñez entera, en un triste aposento, cuya única ventana, cerrada con polvorientos vidrios, daba a una callejuela. Esta era estrecha y nadie acudía a ella a no ser los sábados, domingos y lunes, días en que varios hombres con blusa, vacilantes siempre, entraban y salían, como parroquianos que eran de una mala taberna, oculta en un piso bajo del fondo de la calleja. En tales días se oían en la taberna oleadas de voces aguardentosas, juramentos, disputas y cantos báquicos, eructos de borracho y vómitos se mezclaban con el garganteo de las aguas de fregar, vertidas desde los diferentes pisos en las cañerías de desagüe.

Pero en una ventana de enfrente correspondiente al piso alto, en medio de un marco de campanillas y capuchinas, que se elevaban a lo largo de cuatro hilos, trabajaba una muchacha. A cada momento la reñía la voz seca y brutal de su madre, exclamando: ¡María! ¡María! Sin embargo, María, sin perder un momento, trabajaba desde por la mañana hasta la noche Constantemente se oía el ruido de su aguja o de sus tijeras. Solamente durante las tardes, en que su madre iba al lavadero con un paquete de ropa en la cabeza, María se tomaba algún rato de descanso y se ponía a mirar a la calle. Entonces él veía aparecer la frente de la muchacha, brillante por su blancura, y los abundantes cabellos rojos, siempre desordenados. A veces se entretenía ella en escupir a la calle o trataba de molestar a algún gato lanzándole un terroncito de tierra, recogido en la caja de las campanillas. Las ruidosas carcajadas descomponían en ocasiones la pañoleta azul cruzada sobre su pecho. A veces penetraba también su mirada en el despacho del escribano. Entonces Gabriel se ruborizaba y bajaba inmediatamente la nariz sobre los papeles.

Y lo que le parecía delicioso a los diez años, mientras como escribiente en miniatura copiaba los papelotes, era pensar que aquella María, la cual tenía sin embargo doble edad que él, trabajaba a su lado. Algunos días por la tarde se ponía María a entonar cualquier canción lánguida, cuya letra repetía eternamente con voz monótona y parsimoniosa. Y el padre de Gabriel estaba entonces en el Tribunal. Y penetraba por la abierta ventana un reflejo del sol poniente, inundando de amarillenta luz el viejo y oscuro despacho. No comprendía bien aún el muchacho las palabras «amante, querido, amor», de que estaban sembradas las canciones de María. Sin embargo, aquellas noches

apenas había acabado de acostarse y se llevaba su madre la luz, Gabriel veía con la imaginación la ventana de las campanillas y de las capuchinas. La cabeza despeinada de María se presentaba ante él, y hasta ella en persona llegaba a deslizarse en la habitación del muchacho. La contemplaba allí entonces, a su lado, en su propio lecho; la retenía abrazada y la decía por lo bajo: te amo, te amo, hasta que se quedaba dormido.

Después, bruscamente y desde cierto día, María cesó de cantar. No era ya la misma; contestaba a su madre cuando la reñía; se echaba de repente a llorar y sus ojos estaban rodeados por un círculo sombrío. Una mañana, cuando la miraba él a hurtadillas, a tiempo que ella regaba las plantas, hasta le pareció que caía una gruesa lágrima en el cajón. De seguro la pasaba algo; Después, cierta noche, desde la habitación del muchacho, cuya ventana estaba próxima a la del gabinete, oyó Gabriel una escena violenta — ¡Sucia! ¡Putas!...gritaba el padre de María.— ¡En cinta y sin querer decirnos de quién siquiera! ¡Toma, puta! ¡Toma, sucia! Y cada injuria iba acompañada de un nuevo golpe. Gabriel oyó perfectamente el ruido apagado producido por la cabeza de la muchacha golpeada con los muebles. Hasta que amaneció, María estuvo bramando de dolor, y desde entonces no la volvió a ver el muchacho entre las campanillas. Se había separado de sus padres. Y pareciéndolo que el despacho del escribano era tan triste como una tumba, manifestó a su padre que él no sería escribano nunca. Como su madre había estado siempre deseosa de tener un hijo cura, el joven se hizo sacerdote.

Aun siéndolo no había podido despojarse de la idea fija de la mujer. Por lo pronto, durante los seis años de Seminario, se acordó de aquella María muchas veces. En clase, mientras le explicaban el *Epítome historiae sacrae*, su pensamiento volaba a ella. ¿Qué haría entonces? ¿Se habría casado con el que la dejó en cinta? ¿Habría vuelto a la casa de sus padres? ¿Se habría convertido en una ramera? Y después se echaba a buscar en su diccionario francés-latino las voces ramera, mujer alegre, prostituta. En la sala de estudio, los vecinos, ocultos por sus pupitres, completamente abiertos, se entregaban a actos obscenos. Él escondía el rostro entre las manos, cerraba los ojos, se tapaba las orejas, y pensaba en la ventana rodeada de campanillas. María había protegido su castidad. ¿Acaso no se imaginaba él oír un lejano eco de la dulcísima voz de la joven, cuando el armonium acompañaba los cánticos en la capilla? La muchacha tenía un parecido vago con una virgen de cabellera amarilla, pintada en los cristales de colores que había sobre el altar. Cierta día compuso versos dirigidos a

ella, una famosa composición en alejandrinos, sorprendida por su profesor de historia eclesiástica, que la leyó ante toda la clase, colmándole de elogios, a pesar de la pobreza de la rima. Después conforme avanzó en años, una impalpable gasa fue cubriendo insensiblemente el recuerdo de María. Sus cabellos, sus facciones, su voz, hasta su nombre, todo se fue hundiendo paulatinamente en una bruma. Pero con todo, quedaba algo de aquella mujer en el fondo de la ardiente piedad que sintió en el Seminario conciliar el joven. Quiso éste amar a Dios con toda la energía que hubiera amado a una mujer. En el lugar de la mujer, Dios; misterio por misterio. Tal fue su vocación.

Y se había ligado con lazos eternos. Pero en el fondo del entusiasmo y de la abnegación, ¿no se prometió siempre por ventura, para calmar las fatales rebeldías de la carne, que le serían concedidas esas dichas con centuplicadas creces en un mundo superior? Aun en el pleno ejercicio de su divino ministerio, y durante tres años, cuando decía misa, cuando consagraba la hostia, cuando daba la absolución, no había podido menos de creer que encontraría esas voluptuosidades espiritualizadas algún día, y exentas de las perturbaciones de la saciedad. ¡En la confesión sobre todo! Allí, en medio de la tranquilidad y la penumbra de ese tribunal de indulgencia, había seguido amando a la mujer. A través del indeleble enrejado, había oído los cuchicheos de misteriosas confidencias. ¡Qué horas tan deliciosas! Con la mano de cirujano espiritual, autorizado para levantar los últimos velos, había visto al desnudo a la mujer, a la mujer en toda su integridad. Esta le había revelado las instructivas tribulaciones de una inocencia virginal, que no tenía aún conocimiento de sí misma; aquélla, las últimas resistencias de un corazón dominado por la pasión ya; otra, la repercusión de las primeras desilusiones, los prematuros remordimientos de una contrición pronta a resbalar por las recaídas; alguna, las vacilaciones de la edad crítica de los definitivos desencantos; una de las últimas, las aberraciones de una senil recaída, que había cambiado de objeto; mezquindades de beatería, puerilidades y charlatanerías, y chispas pálidas de una llama moribunda. A todas las había amado él de igual manera, con sacerdotal afecto; las facilitó las revelaciones, adivinó lo que callaban, e indulgente con las extraviadas y conmovido con todos los dolores, lloró con ellas sobre sus miserias. Y lo que en todas ellas había amado entonces, con amor casto, según creía, cristianamente, es decir, con el mismo amor con que Nuestro Señor Jesucristo amó también a la Magdalena, no era siquiera lo que amó en otro tiempo con la candorosa violencia del instinto, sino un ser único, abstracto, la más adorable criatura de Dios: ¡la mujer!

Mas, si siempre amó a la mujer como Nuestro Señor Jesucristo, y a través de la reja del confesionario, ¿no era una injusticia monstruosa, que al cabo de tres años de sacerdocio, se le prohibiera la entrada en el tribunal de la penitencia? ¡Oh! ¡celos de colegas de las poblaciones vecinas, a los cuales había arrebatado él penitentes de rango! ¡Denuncias al arzobispo de Rennes! ¡Cartas anónimas! Llamado cinco veces en ocho días al palacio arzobispal, no fue simpático al Gran Vicario. Privado de su cargo, y privado de las licencias para decir misa durante seis meses, se resignó cristianamente en un principio, hasta que se le metió en la cabeza la idea de sentar plaza, después de leer una noche en el periódico el relato de los primeros desastres. Y en los momentos en que le presentamos, herido y a punto de morir de frío y de inanición, acababa de ser salvado milagrosamente por una joven.

En aquel momento fue acometida Edith por un golpe de tos.

—Hace mucho frío—pensó otra vez el hombre.—Va a coger una fluxión de pecho, y mía sería la culpa.

Su pasado de sacerdote, no le impedía tratar de que se sentase ella en su puesto, bajo la tela embreada, en tanto que él conduciría a su vez el vehículo. Se sentía completamente fortalecido. Mas ¿cómo formular la proposición a aquella Baronesa que le había hablado en la carretera como a un sirviente? Su timidez le llevó primero a cambiar dos o tres veces de postura sobre la paja, dirigiéndose a sí mismo un «vamos, no he dormido mal». Después, se sentó apoyando la espalda sobre el féretro.

La señora de Plémoran, volvió la cabeza a su vez:

—¿Necesitáis algo?—dijo. — Tengo pan y carne fiambre.

Gabriel Marty se negó a aceptar el ofrecimiento. Por el momento no echaba de menos nada. Comería más tarde, cuando comiera también la señora.

—No os ocupéis de mí—dijo ella con sequedad.

Y sin parar mientes en la resistencia del herido, le dio parte de sus provisiones. Gabriel comió dócilmente y con el corazón enternecido. También bebió ron. Luego, con ese tono obsequioso que adopta un cura campesino cuando es invitado a la mesa del castillo, se deshizo en manifestaciones de gratitud y en excusas por las molestias que causaba. El mismo hábito le sugirió esta frase: « Pediré para vos, señora, todas las bendiciones del Dios omnipotente». Mas una repentina reflexión, contuvo la frase cuando iba a pronunciarla, y la modificó, reduciéndola sencillamente a esta: « Por la mañana y por la noche no os olvidaré en mis oraciones.»

Edith le escuchaba algo asombrada. Se expresaba bien siendo un simple soldado. Tenía sentimientos religiosos. ¡Era un verdadero bretón! Después, como se prolongasen las manifestaciones de gratitud del militar, creyó poner término a ellas, diciendo:

—Todo eso no es nada... Sois un mozo excelente...

Acababa de empuñar las riendas de nuevo.

—Podéis echaros a dormir otra vez—agregó. Y dio un latigazo al caballo. Volviendo a tomar ya el interrumpido hilo de sus pensamientos, se dedicó a calcular las consecuencias de su viudez. Veamos. Llegaría a Plémoran. ¿Cómo la recibirían sus tíos, es decir, sus suegros? ¿Qué actitud había de guardar ella ante la desesperación de los ancianos, ella que no había aprobado la oposición de estos a que sentara plaza su hijo único? ¿Cómo amortiguar el golpe hasta donde era posible? Avisar por telegrama, no; una carta era preferible. Mas entonces, reparó en que el soldado no había vuelto a acostarse sobre la paja. Y, el importuno se atrevía aún a dirigirle la palabra. Era una verdadera falta de tacto, casi una insolencia. ¿Se imaginaría, por lo tanto, que iba a pasar la noche con él? El desgraciado la tomaba por una de su clase.

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo con tono que no admitía réplica.—
¡Guardemos silencio!

Ni siquiera volvió la cara hacia él para decir esto. Toda la sangre de Gabriel se quedó helada en las venas. Sin quererlo, había molestado por lo visto. Y no era, seguramente, tal el sentido de sus palabras, es decir, de toda clase de circunlocuciones, para ofrecerse a desafiar el frío en el puesto de ella. Y a su lado ¡cuán pequeño, mezquino, indigno y miserable se juzgaba! Volvió a acostarse dócilmente como un perro.

Por su parte, Edith, después de las brusquedades del arrebato, sentía ya la reacción de la bondad nativa en ella. « Tal vez he sido demasiado áspera con ese muchacho — pensaba. — Después de todo tiene trazas de estar bien educado; es tímido y reservado más bien que audaz. Mas ¿cómo es que ya no chista? » Una sonrisa asomó a los labios de Edith. El desgraciado pensaba indudablemente algo para contestar a tan brusca salida de tono. « ¡Está bien! Que haga lo que quiera. Es necesario darle tiempo para que ese interesante mozo dé con la réplica. » Entonces recordaba las facciones del herido, que ella vio a la luz de la linterna. Nueva sonrisa. « Ea — pensó—¿ me voy a estar ocupando de él tanto tiempo? Luego se oscureció su frente; había vuelto a Plémoran con el pensamiento. Pronto regresó. « ¿Qué hará mi herido? »—se dijo, y se puso a escuchar. — ¿Se habrá dormido? »

Entonces, como ni siquiera oía respirar a Gabriel, tuvo un vago sentimiento de miedo... No, no se muere con tanta rapidez. Más bueno era poner en claro las cosas. Después de todo no conocía a aquel hombre. Entre los bretones hay de esos caracteres recatados y susceptibles. ¿Quién sabía si no se dispondría aquél a sorprenderla por la espalda con algún golpe de mal género? Había dejado ya las riendas, había cogido la linterna y proyectaba la claridad de ésta en dirección a Gabriel.

Se cruzaron sus miradas. Ella advirtió inmediatamente el cambio operado en el rostro del herido.

—¿Qué tenéis, pues?—exclamó.

Gabriel volvió la cabeza.

—¿Os hace sufrir más acaso vuestra herida?

Él hizo un signo negativo.

Edith se fue acercando, conservando en la mano la linterna.

—Seré tal vez yo... Os habré disgustado.

Su voz se había dulcificado mucho.

—¡Veo que soy yo la causa! Es necesario que no me guardéis rencor; bien sabéis... No nos encontramos en circunstancias ordinarias.

Ella le tendió la mano y él no volvió la cabeza siquiera.

—¡Mirad! Estoy aquí... Vengo a brindaros mi mano y a pedir que me dispenséis.

Gabriel oprimía aquella mano, y no pudiendo pronunciar una palabra y conteniéndose para no sollozar, la llevó a sus labios. Edith se la abandonaba con la tranquilidad de conciencia propia de quien acaba de enmendar un yerro.

Precisamente entonces se sentía arrastrada por la humildad cristiana y la abnegación. ¿Acaso cuando se alistó el Sr. de Plémoran no pensó ella en partir también, para entrar al servicio de las ambulancias? Verdaderamente hubiera sido una extraña auxiliar con la cruz roja de Ginebra, si no hubiese prescindido de sus altanerías de hija de familia noble. «En la guerra, como en la guerra.» Solamente por curiosidad iba a jugar a la hermana de caridad un poco tiempo.

Se empeñó de todas veras en curar la herida de Gabriel. Este se negaba a consentirlo, porque no sentía ya dolores, según afirmaba bajo palabra de honor. No valía la pena; el vendaje del pie era suficiente. Por dicha había salido la bala, y bastaría el reposo para lograr la curación. Mas ella no quería contentarse con palabras. De ver la herida, en todo caso, no podía seguirse daño alguno, y ella tenía afán por verla. Varias veces invocó el argumento: « Si llegara a presentarse la gangrena... » Sin embargo, todo fue inútil; el bretón se aferró en su nega-

tiva. Mil muertes antes que impresionar a la joven con la exhibición de los enrojecidos trapos, de la llaga desnuda y del pie manchado de sangre y de lodo. Le era insoportable sobre todo la idea de que seguramente aquello despedía mal olor.

Por fin, como la lucha de circunspección y de caritativo celo amenazaba eternizarse, Edith se dejó llevar de un arrebató y exclamó:

—Lo quiero... ¿ me oye bien? Lo quiero... yo. A la verdad, ¿era o no era ella el ama sobre el carruaje? A él le hubiera bastado con no subir, y la joven llegó a agregar con aspereza:

—Si no cedierais, tendréis que apearos. Una prolongada mirada de terror y de sumisión cariñosa fue la contestación de Gabriel. La linterna, colgada de una escarpia clavada en una de las paredes del carruaje, sólo los alumbraba con dudosa claridad. Edith sacó más la bujía. Luego, arrodillada sobre la paja al lado de su herido, se dispuso a sacar de un enorme saco de viaje una esponja, vendas de hilo y diferentes frascos con árnica, agua alcanforada, etc., una completa farmacia llevada desde Plémoran por precaución. Mas ¿dónde depositar tantos avíos? ¿ Acaso no se hallaba allí mismo, ante sus manos, una caja de madera sin pintar, como si hubiera sido colocada exprefeso? Sin titubear, distribuyó los objetos de su botiquín sobre el féretro, que fue para ella tan útil como cualquier mesa. Al dar el vehículo un tumbó, se derramó parte del agua que había echado sobre la esponja, colocada en un plato previamente. Y penetrando por las mal unidas tablas, algunas gotas de agua rociaron sin duda los restos mortales del zuavo pontificio. Pero Edith, que acababa de despojarse de la pelliza y de doblar hasta los codos las mangas de su abrigo de terciopelo negro guarnecido de pieles, solamente pensaba en sus preparativos.

Había en ella algo de infantil. Ponía su vanidad en aparecer como mujer de grande experiencia.

—Ea, nada tenéis que temer—dijo—no os haré daño; tengo la mano muy suave.

Y desenvolviendo entonces las vendas, con la destreza de un alumno interno de los hospitales, se puso fa referir que en otra época, hallándose en Plémoran, había colocado el vendaje a la hija de un arrendatario suyo, que sufrió una atroz caída en presencia de la joven. Después, así que todo estuvo preparado, detuvo el caballo con objeto de que no la molestasen las trepidaciones del carruaje al andar.

—Alto—dijo.—Cuanto a vos, es necesario que os tendáis cuan largo sois sobre la paja.

Gabriel intentó resistirse nuevamente.

—Es preciso—repitió la joven con tono que no admitía réplica.—Debo estar a mis anchas. Por vuestra parte, nada necesitáis ver...

Sin embargo, Edith iba palideciendo a medida que separaba con delicadeza los sangrientos y enlodados jirones. Mas cuando quedó a la vista la desgarradura causada por la bala, se inclinó resueltamente y la examinó muy de cerca, utilizando una segunda bujía, que acababa de encender.

A la luz de la vela, Gabriel, tendido sobre la paja, veía de lleno el rostro de Edith. Esta fruncía el entrecejo. Una profunda arruga, trazada de arriba abajo, dividía su frente en dos mitades. Contemplaba en silencio al herido, en tanto que éste, a quien la impresión del aire producía intenso escozor, temblaba de pies a cabeza y lanzaba apagados quejidos. Después, hablando campanuda y gravemente, con la tranquila certidumbre de un profesor de clínica al emitir su dictamen ante los alumnos durante la visita de la mañana, dijo:

—Nada hay que temer, amigo mío. Esto no será nada.

Gabriel experimentó entonces una sensación de bienestar. Sentía sobre la herida la suavidad de aquellas vendas de usado y flexible lino, recubiertas de cerato, que acababa de aplicarle con delicadeza, y ¡le había llamado ella amigo suyo!

—Gracias, gracias—murmuró, abrumado por la gratitud.

Se había arrodillado ante ella sobre la paja. Hubiera deseado pronunciar discursos, frases, mas solamente salía de sus labios la palabra gracias. Entonces se le presentó el recurso de las lágrimas, y lloró mucho tiempo, prosternado ante Edith. Se sentía aliviado con llorar. A la vez que saltaba de sus ojos aquella lluvia cálida y bañaba su rostro, se esparcía por su ser y la inundaba de felicidad, antes desconocida, algo tibio también y extraordinariamente delicioso. Ella, sentada a su lado sobre la paja, le dejaba llorar, no sin advertir que tenía expresivos y hermosos ojos. Por vez primera le miró con atención y observó los detalles de sus facciones a la luz de la linterna. «Es casi un niño, pensaba; verdaderamente es muy joven, más joven de lo que yo creía.» Y casi inmediatamente decía para sus adentros: «Sus negros y recortados cabellos están admirablemente distribuidos. ¡Calla! ¡que labios tan rojos y frescos!» De pronto, cuando estaba la joven entregada a saborear tales descubrimientos, se oscureció su frente. Una penetrante inspección que llegó hasta el fondo de su pasado, una rápida comparación, y luego la amargura de decirse: «Jamás me estreché entre sus brazos un hombre como este». Entonces recordó que regresaba con objeto de enterrar a Plémoran para siempre, y notó que el caballo continuaba parado en medio del camino.

Edith cogió nuevamente las riendas y obligó al caballo a andar. Después aceptó el ofrecimiento de Gabriel, que deseaba también ser conductor, toda vez que había dormido. Abandonó ella la banqueta, por lo tanto, y fue a sentarse en el interior del vehículo sobre la paja, en el sitio que había ocupado el joven.

La tela embreada, extendida sobre los aros, abrigaba a Edith de la intemperie y la joven no sentía tanto frío. Pero estaba junto al féretro, y su imaginación penetró horrorizada entre las cuatro maderas, donde cada tumbo agitaba un cuerpo inerte. Entonces le pareció que el viaje fúnebre era interminable. Miró la hora en su reloj. ¡Las dos y media apenas! Aún había cuatro horas de noche. ¡Estarían todavía lejos de Blois cuando amaneciese! En Blois, sino la habían engañado, encontraría un tren y después pasaría hacia Angers, por Tours. Una vez en Bretaña... Mas había allí tantos sinsabores en perspectiva, tal cúmulo de deberes crueles y de insípidas tareas, que, para no pensar en ellas, se dedicó a hacer hablar a Gábriel sobre lo primero que se la ocurriese; ¿Había sufrido muchas pérdidas su regimiento? ¿Vivían aún los padres del joven? ¡Él era de Vitri! ¡Qué perspectiva tan magnífica la de todo el valle, visto desde la plaza de la iglesia! ¿No había tenido hermanos? Y para disimular la incoherencia y la falta de oportunidad de la conversación, fingía ella que la interesaban todas esas cosas. Su voz tocaba en las inflexiones de una intimidad cariñosa. Gabriel no trataba de saber nada. ¡Ni siquiera el pasado, ni el porvenir existían para él! Solamente la invasora voluptuosidad de la hora presente, que él hubiera deseado eternizar. Sentado en el banco, le dominaba la languidez. Sus contestaciones eran breves. Le parecían muy pesadas las riendas, que continuaba sosteniendo. Las hubiera soltado al menor pretexto; se habrían cerrado sus ojos y se hubiera dejado caer al lado de la joven.

También ella iba cayendo en estado de languidez. Las frases iban siendo entrecortadas. Después cesó de hecho la conversación. Edith creyó que sentía sueño; se tendió a lo largo sobre la paja y adoptó disposiciones para dormir. Estaba echada al lado derecho con los pies envueltos en una manta en la parte anterior del vehículo, y la cabeza un poco levantada y tocando casi en el féretro. Había cerrado los ojos un momento antes, tratando de dormitar, cuando se apagó bruscamente la linterna, cuya vela había ardidido hasta el cabo.

Ambos se encontraban en el fondo de una densa oscuridad. Gabriel, que continuaba sobre la banqueta con las riendas en la mano, ni siquiera distinguía ya el camino. El caballo seguía avanzando maquinalmente. Entonces Gabriel, que no oía removerse a la joven, creyó

que estaba durmiendo y tuvo la osadía de tenderse con precaución paralelamente a ella y a la mayor distancia que le fue posible. Pero ni uno ni otro dormían y manteniéndose inmóviles, llegaron poco a poco a sentir mucho frío; se acercaron. En lo profundo de la noche y con un intenso frío, sin haberse dicho una palabra, he aquí que se encontraron casi uno en brazos del otro. Entonces, de repente se estrecharon con frenesí y sus labios, que se andaban buscando, acabaron por encontrarse. Las circunstancias eran más poderosas que su voluntad, se devoraron a caricias.

A las cinco de la madrugada, Gabriel, que estaba durmiendo teniendo a Edith adormecida entre los brazos, despertó sobresaltado y medio aturdido. El carruaje estaba casi volcado sobre un carril profundo y la cabeza del joven había chocado contra el féretro pero el carruaje se enderezó y Gabriel volvió a dormirse inmediatamente estrechando con más fuerza a Edith que no había despertado. La niebla se iba disipando al acercarse el alba, y el animal continuaba avanzando lentamente sin que le asustara el rojo fulgor de cinco poblaciones incendiadas, que cubría de color de sangre el horizonte.

Terminada la guerra, el abate Marty recobró el favor cerca de su Obispo. Se había conducido bien sobre el campo de batalla. Todavía cojeaba. Le dieron el curato de una aldea. Edith de Plémoran se casó en segundas nupcias con un agente de cambio.

Este libro se terminó de imprimir en Pontevedra, a veintisiete de agosto del año dos mil cinco.